RUDOLF STEINER

EL MOVIMIENTO OCULTO DEL SIGLO XIX Y SU RELACIÓN CON LA CULTURA MUNDIAL

Editorial Antroposófica

Digitado por Biblioteca Upasika www.upasika.tk

Titulo original: *"Die okkulte Bewegung im neunzehnten Jahrhundert und ihre Beziehung zur Weltkultur"*

Editado por: *Rudolf Steiner – Nachlassverwaltung 1969 Dornach/Schweiz*

Primera Edición en castellano: *"Editorial Antroposófica"*

Traducción: *Juan Berlín*
Ursula Kochmann

Traducción reelaborada por : *Rita Udewalt*
E. Schellhamer

ACERCA DE LAS PUBLICACIONES DE LAS CONFERENCIAS DE RUDOLF STEINER

Las obras escritas y publicadas de Rudolf Steiner (1861—1925) constituyen el fundamento de la ciencia espiritual de orientación antroposófica. Entre los años 1900 y 1924 éste, dio y dictó además una gran cantidad de conferencias y cursos, tanto en publico como para los miembros de la Sociedad Teosófica, mas tarde Sociedad Antroposófica. Originalmente, Rudolf Steiner quiso que no se escribieran sus conferencias, por lo general libremente pronunciadas, porque habían sido pensadas como información "oral", no destinada para la impresión. Pero, cuando en creciente medida aparecieron y se difundieron apuntes taquigráficos, tomados por oyentes en forma incompleta y llena de errores, se vio obligado a regularizar todo lo referente a la reproducción de los textos, tarea encomendada a Marie Steiner von Sivers. A ella le correspondió, de ahí en más, la designación de los taquígrafos, la administración de los textos y la revisión necesaria para la publicación de los mismos. Como Rudolf Steiner, por falta de tiempo, no pudo corregir los manuscritos, salvo en casos muy contados, hay que respetar, frente a toda publicación de sus conferencias, las reservas manifestadas por él mismo: "Habrá que admitir que se hallen incorrecciones en los manuscritos no revisados por mí".

En su autobiografía "Mi Vida" (capítulo 35), Rudolf Steiner se refiere a la relación entre las conferencias dadas ante los miembros, las cuales, en un principio, tan sólo eran disponibles como manuscritos impresos internos, y sus escritos públicos. El texto correspondiente se reproduce a continuación. Lo manifestado allí vale igualmente para los cursos de determinadas materias especificas, dirigidos a un circulo limitado de participantes que estaba familiarizado con los fundamentos de la ciencia espiritual.

Después de la muerte de Marie Steiner (1867 1948), se comenzó con la publicación de la "Edición de las obras completas de Rudolf Steiner", de acuerdo a pautas suministradas por ella. La presente obra forma parte de dicha edición completa.

I CONFERENCIA

10 de octubre de 1915

En base a nuestras recientes reflexiones, ustedes se van a dar cuenta de que la concepción materialista del mundo que reina en la actualidad, no es resultado de algún capricho humano, sino, en cierto modo, de una necesidad histórica.

Quien conoce el desarrollo de la humanidad en cuanto a sus asuntos espirituales, sabe que los siglos y milenios pasados se distinguían por una participación de la humanidad en la vida espiritual, mayor que la de los últimos cuatro o cinco siglos. Ya sabemos con qué fenómeno general coincide esto, sabemos que en las primeras etapas del desarrollo terrestre, la humanidad poseía la herencia de la antigua clarividencia lunar. También podemos imaginar que, en aquellos primeros tiempos, esa clarividencia fue muy importante, muy activa, de modo que, en aquel entonces, los hombres podían abarcar muchísimo con su mirada espiritual. Luego, esa antigua clarividencia fue disminuyendo; llegaron los tiempos en que, para la gran mayoría de la humanidad, desapareció la capacidad de penetrar con la mirada en el mundo espiritual, y llegó el tiempo en que, diríamos como sustituto de la gerencia perdida. El "Misterio del Gólgota" entró a llenar su papel para el desarrollo del alma humana. Con todo, quedaba todavía cierto resto de las antiguas capacidades anímicas, resto que palpita en lo que fue ciencia natural hasta el siglo XIV, XV, e incluso hasta el siglo XVI y XVII. La ciencia natural de esos siglos fue algo completamente distinto de la actual; todavía podía contar, si bien no con una lúcida imaginación clarividente, con los remanentes de las antiguas inspiraciones e intuiciones que entonces eran objeto del empeño de los llamados alquimistas. El alquimista de esos siglos – si era honrado y no trabajaba para su provecho personal– todavía trabajaba, en cierto modo, con las viejas inspiraciones e intuiciones; en sus manipulaciones externas obraban, sin que tuviera mucha conciencia de ello, los restos de la antigua clarividencia. Mas iba en continuo descenso el número de las personas que tenían tales remanentes de clarividencia. Ya he indicado varias veces que, hoy día, esos restos pueden sacarse a la luz con mucha facilidad del alma humana, en la clarividencia atávica visionaria. Hemos descrito, desde muchos aspectos, cómo esa clarividencia atávica–visionaria puede presentarse en la época actual.

Mientras más avanza el desarrollo humano hacia nuestros tiempos, disminuyen los antiguos poderes anímicos, a la par que va en aumento las inclinaciones del alma que se orientan más bien a la observación del mundo exterior sensible. Eso fue preparándose lentamente y alcanzó su culminación precisamente a mediados del siglo XIX. Esto no es muy evidente que digamos, para nuestros contemporáneos poco acostumbrados a ocuparse de esas cosas; mas para los hombres del futuro será obvio que, en lo que toca a las inclinaciones materialistas, hubo un apogeo en la segunda mitad, y especialmente a mediados del siglo XIX. Fue entonces cuando se desarrollaron las más frecuentes inclinaciones materialistas. Pero cada inclinación tiene, a la vez, la consecuencia de que se desarrollen ciertos talentos: lo grandiosos que se ha desarrollado en el método cinético materialista, se debe precisamente al surgimiento de las inclinaciones de apego al mundo exterior sensible.

Pero eso que acabamos de señalar como momento o trance evolutivo de la humanidad, hemos de imaginárnoslo acompañado de otro fenómeno. Si echan una mirada retrospectiva a los primeros tiempos del desarrollo espiritual de la humanidad, notarán que, en cuanto a sus conocimientos espirituales, los hombres de aquellos tiempos se encontraban en una situación relativamente afortunada: casi todos tenían conocimiento del mundo espiritual

por visión directa. Así como los hombres de hoy tienen percepciones de los minerales, plantas y animales, y saben de sonidos y colores, del mismo modo los de antaño sabían del mundo espiritual. Ese saber fue muy concreto, de modo que, propiamente, no hubo ninguno quien, durante el tiempo en que la conciencia de vigilia se hallaba reducida a una condición de sueño u onírica, no hubiera tenido conexión con los muertos que, en vida, le habían sido cercanos; así, durante la vigilia, se podía tener trato con los vivos, y durante el sueño o los sueños, con los muertos. En aquellos albores de la humanidad, hubiera sido superflua una doctrina sobre la inmortalidad del alma, lo mismo que hoy sería superfluo demostrar la existencia de las plantas. Tan ridículo como sería hoy el intento de demostrar que existen plantas, hubiera sido el que, en aquellos tiempos primordiales, alguien hubiera querido demostrar que hay una vida del alma después de la muerte.

Esta capacidad humana de convivir con el mundo espiritual se fue perdiendo poco a poco. Naturalmente, siempre hubo algunos que hicieron uso de la oportunidad que todavía le quedó a la humanidad para cultivar la clarividencia especial; pero también esos se hizo siempre más difícil. ¿Cómo se desarrolló en los tiempos antiguos la clarividencia especial? Si hoy día, uno se pone a estudiar con fervor la filosofía de Platón o lo que todavía existe de la filosofía Heráclito, uno se da cuenta de que hay que tomar estas antiguas filosofías griegas en sentido completamente diferente de las filosofías posteriores. Lean el primer capítulo de “Los enigmas de la filosofía” en el que expuse que los filósofos antiguos: Thales y Parménides, Anaxímenes y Heráclito, todavía dependen de su propio temperamento. Hasta ahora, esto no se había señalado; lo expuse por primera vez en mi libro “Los enigmas de la filosofía”, por lo que tardará mucho tiempo hasta que se crea. Pero eso no importa. Hasta Platón, tiene uno la impresión de que la filosofía involucra al hombre entero; esto termina con Aristóteles. Con él, uno tiene la impresión de que se trata de una filosofía aprendida, una filosofía de erudición. De ahí que, para entender a Platón, se requiere todavía algo más de lo que, por lo general, el filósofo de hoy, puede aportar. A ello se debe asimismo que haya un abismo entre Platón y Aristóteles; éste ya es un erudito en el sentido moderno, en tanto que aquél es el último filósofo en el antiguo sentido griego: todavía tiene algo de los conceptos vivos. Mientras se tiene semejante filosofía, no se pierde el contacto con el mundo espiritual, y esa filosofía se ha propagado por mucho tiempo, hasta bien entrada la Edad Media. La Edad Media no hizo nada para que evolucionara la filosofía, sino que adoptó la filosofía de Aristóteles. Y considerando las peculiaridades de su época, hizo bien en adoptar simplemente esa filosofía aristotélica por algún tiempo; también adoptó la filosofía platónica.

Ahora bien, en los tiempos antiguos, mientras persistía siquiera la disposición para cierta clarividencia, sucedía algo muy importante cuando los hombres dejaban que esa filosofía actuara sobre ellos. En la actualidad, la filosofía actúa solamente sobre la cabeza, sobre el pensamiento; por eso, hay tantas personas que rehuyen la filosofía porque no les gusta pensar. Y, sobre todo, no quieren estudiarla porque no ofrece sensaciones. En cambio, la filosofía antigua, admitida en el alma humana, fecundaba todavía, en virtud de su mayor fuerza viva, los restos de la disposición clarividente. Así era la filosofía platónica, e incluso la aristotélica: no eran tan abstractas como las filosofías de hoy, sino que fecundaban las disposiciones a la clarividencia. Y así sucedió que los individuos que se entregaban a una filosofía de ese tipo, fecundaban la decreciente disposición a la clarividencia. Así se formaron los videntes. Pero como sea que lo que había que aprender sobre el mundo físico, incluso la filosofía, sólo tenía importancia para el plano físico, importancia que iba en constante incremento, el hombre fue distanciándose más y más de los restos de la antigua clarividencia; ya no podía llegar a esas profundidades; aumentaron las dificultades de

hacerse vidente. Sólo volverá a ser posible cuando el nuevo método, cuyo comienzo se describe en mi libro "¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?", parezca plausible a la humanidad.

Por lo pronto, el camino que lleva al período materialista, es un camino de descenso; y ese período tiene su apogeo, se podría decir también, su punto más bajo, a mediados del siglo XIX. Sin duda, las circunstancias se harán más y más difíciles, más no deben cortarse las conexiones con los antiguos impulsos evolutivos de la humanidad. Cuando vemos, trazado en líneas, la evolución de la clarividencia es así: (dibujo 1)

Aquí (amarillo) todavía se presenta la clarividencia en pleno florecimiento, decrece luego cada vez más (verde); aquí tenemos, a mediados del siglo XIX, el punto más bajo debiendo ascender nuevamente.

Detengámonos ahora en la *comprensión* del mundo espiritual, distinta, sin duda, de la videncia. Así como la ciencia es algo distinto de la simple percepción sensorial, del mismo modo la clarividencia es algo distinto de la comprensión de lo percibido. De ahí que, en los tiempos más antiguos, la mayoría se limitaba a la videncia, sin entrar en la reflexión: su videncia les daba todo. Pero en creciente medida, también se desarrollo el pensar. Así puedo trazar la línea del pensar sobre los mundos actuales (ver dibujo): esta sería la línea de la videncia y esta la del pensar: c—d.

En los tiempos que corresponden a la antigua clarividencia, el hombre está ocupado con ella; el pensar queda en la subconciencia: los antiguos videntes no piensan; todo les es dado directamente por la videncia. No es hasta el 4º o 3er milenio que el pensar compenetra la videncia. Entonces hubo una época de florecimiento en la cultura índica, persa, egipcia—caldea y también en la primerísima cultura griega, florecimiento en el que, en el alma humana, el pensar naciente se asociaba con la videncia. El pensar todavía no estaba tan sutilizado como lo está en nuestros tiempos; se tenían algunos conceptos grandes y abarcantes y, además, la videncia (e). Esa peculiar condición, si bien ya algo atenuada, hallábase especialmente innata en videntes que fundaron los Misterios samotráquicos y proclamaron la monumental doctrina de los cuatro dioses: Axieros, Axiokersos, Axiokersa y Cádmilos. Esa grandiosa y monumental doctrina de los cuatro dioses cabiros que una vez existía en la isla Samos, en Samotracia, consistía en que el iniciado recibía algunos grandes conceptos, con los que luego podía combinar los remanentes de los resultados de la antigua videncia. Quizás tengamos oportunidad para describir esas cosas en mayor detalle.

Luego desaparece la videncia bajo el umbral de la conciencia; se hizo cada vez más difícil rescatarla de las profundidades del alma. Pero, naturalmente, se podían conservar algunos de los conceptos, incluso darles mayor perfección, y así llegó un tiempo en que hubo iniciados que no necesariamente tenían que ser videntes; insisto: *iniciados que no necesariamente tenían que ser videntes*.

En los distintos lugares donde esos iniciados tenían esas agrupaciones, es decir, en las escuelas iniciáticas, se cultivaba sencillamente lo que se había conservado desde tiempos antiguos, lo que los antiguos videntes habían visto; por otra parte, se recogía también lo que podían desentrañar ciertos individuos que poseían todavía la disposición a la clarividencia atávica. De ello, uno se convencía, en parte por tradiciones históricas, y en parte por experimentos. Uno se convencía de que lo pensado correspondía a la verdad.

Pero iban disminuyendo los individuos de esas agrupaciones que todavía podían penetrar en el mundo espiritual, a la vez que aumentaba el número de los que poseían la teoría del mundo espiritual y la expresaban en símbolos y cosas por el estilo.

Reflexionen sobre lo que había de resultar a mediados del siglo XIX, cuando las inclinaciones materialistas habían llegado a su mayor profundidad: naturalmente, existían personas que sabían que existe un mundo espiritual, y que también conocían ese mundo, sin haberlo visto jamás. Precisamente los mejores entendidos del siglo XIX eran personas que nada habían visto del mundo espiritual, pero que sabían que ese mundo existe, que podían reflexionar sobre el mundo espiritual y que también eran capaces de encontrar nuevas verdades con ayuda de ciertos métodos y cierto simbolismo conservados por la antigua tradición. Si, por ejemplo, se dibuja una figura humana, no se puede deducir nada de importancia al mirar tal dibujo. Pero si se dibuja una figura humana con cabeza de león, y *otra* con cabeza de toro, entonces el que ha aprendido a interpretar tales cosas, puede sacar mucho de semejante exposición simbólica. O si se dibuja un toro con cabeza humana, o un león con cabeza humana, el iniciado puede aprender muchísimo de ese dibujo. Se dibujaron muchísimos de esos símbolos, y hubo agrupaciones serias y venerables donde se podía aprender el lenguaje simbólico, de lo que no quiero explayarme más, porque esas escuelas resguardaban muy estrictamente esos símbolos, y no los comunicaban a nadie que no se hubiera comprometido a guardar silencio sobre estas cosas. Para ser un buen entendido, bastaba ese lenguaje simbólico, esto es, cierta escritura simbólica.

Así pues, la situación a mediados del siglo XIX era tal que la humanidad civilizada en general, tenía profundamente sumergida en la subconciencia toda visión de lo espiritual, a la vez que tenía tendencias puramente materialistas. Pero había un gran número de personas que sabían que existe un mundo espiritual y que, lo mismo que estamos rodeados de aire, estamos rodeados de un mundo espiritual. Sobre esas personas pesaba, al mismo tiempo, cierta responsabilidad, porque sin poder presentar ninguna inmediata facultad evidente para demostrar la existencia de un mundo espiritual, no querían dejar que el mundo exterior se hundiera en sus tendencias materialistas. Por lo tanto, los iniciados del siglo XIX se hallaban confrontados con una situación excepcional: tenían que decir: ¿Seguiremos guardando únicamente en círculos reducidos, lo que recibimos de tiempos antiguos, y quedaremos viendo cómo toda la humanidad, inclusive su cultura y su filosofía, se hunde en el materialismo? ¿Podemos limitamos a ser meros espectadores? ¡No podían mirar esto con indiferencia! Particularmente los que tomaban las cosas muy en serio.

En consecuencia, a mediados del siglo XIX, las palabras "exotérico" y "esotérico" cobraron un nuevo significado entre los iniciados; verdaderamente, los ocultistas se dividieron en dos partidos: en esotéricos y exotéricos. Si queremos emplear en comparación las expresiones de nuestros parlamentos actuales, podríamos comparar a los exotéricos con los partidos sentados del lado izquierdo, y los esotéricos con los del lado derecho, porque estos últimos persistían en no permitir que se divulgara nada del sagrado conocimiento transmitido, y que pudiera ayudar al hombre pensante a penetrar en el lenguaje de los símbolos. Los esotéricos eran, pues, los conservadores entre los ocultistas. ¿y los exotéricos? Ellos son los que quieren hacer exotérica una parte de lo esotérico. En realidad, los exotéricos eran iguales a los esotéricos, sólo que se inclinaban a prestar oído a la voz de su sentido de responsabilidad y de publicar una parte del conocimiento esotérico.

Eso produjo, en aquel entonces, una extensa discusión de la que, naturalmente, el mundo exterior no sabe nada, pero que fue particularmente acalorada a mediados del siglo XIX:

mucho más intensos que los conflictos entre conservadores y liberales en los parlamentos, fueron las controversias y discusiones entre los esotéricos y los exotéricos. Los esotéricos tenían el punto de vista de no transmitir ningún conocimiento del mundo espiritual sino a quienes aceptaban la estricta obligación de mantener silencio y que querían pertenecer a una cofradía. Los exotéricos dijeron: esa actitud conduce a que se hundan en el materialismo los que no quieren afiliarse a semejante agrupación.

Entonces, los exotéricos propusieron un camino: ¡el camino que seguimos hoy! Nuestro camino actual es el que los exotéricos propusieron, o sea, publicar determinada parte de los conocimientos. esotéricos. Asimismo, hemos echado mano de lo que puede encontrarse en publicaciones populares, para paulatinamente poder ascender a los mundos superiores.

A mediados del siglo XIX, todavía no se había adelantado lo suficiente como para admitir esos hechos. Desde luego, en aquellos círculos no hay votaciones, pero de cierta manera simbólica, puede decirse: en la primera votación ganaron los esotéricos, y los exotéricos tenían que someterse; nadie se oponía a la comunidad, porque se tenían todavía las viejas y buenas reglas de solidaridad. Sólo en tiempos más recientes, se ha llegado a expulsar miembros, o a que ellos mismos se retiren. Antes, no existían tales cosas, porque era sobreentendido que había que quedar unido en fraternidad. Por eso, a los exotéricos no les quedaba más que conformarse. Pero su responsabilidad pesaba sobre ellos, la responsabilidad por toda la humanidad; se sentían como guardianes de la evolución. Así pues, aquella primera "votación", si me permiten utilizar otra vez esta palabra, no fue la única, sino que se llegó a una fórmula de compromiso, de avenencia -otra palabra tomada del mundo exterior y, por eso, simbólica. Eso significa lo siguiente:

Se reconoció, y eso lo admitían también los esotéricos, que es muy urgente que toda la humanidad llegue a saber que en nuestro alrededor, no sólo existen materia y leyes materiales y nada espiritual, sino que, lo mismo que estamos rodeados de lo material, estamos rodeados de lo espiritual: el hombre no es tan sólo aquel que se nos enfrenta si lo miramos en sentido material, sino que contiene algo que es de naturaleza anímico-espiritual. Hay que ofrecerle a la humanidad la posibilidad de saber tales cosas. Sobre esto se pusieron de acuerdo: he ahí el compromiso.

Pero los esotéricos del siglo XIX no estaban dispuestos a entregar el conocimiento esotérico. Por eso, hubo que admitir otro método que entonces se presentó en el mundo. La formación de ese método es una historia complicada de la que he hablado más de una vez, sobre todo en ocasiones de constituirse ramas nuevas. Se decía: no queremos divulgar los conocimientos esotéricos, pero vamos a tener en cuenta el materialismo de la época. Los esotéricos partieron, pues, de cierta tesis empírica bien fundamentada. Porque si observamos en qué forma se reciben en la actualidad los conocimientos esotéricos, podemos sentir comprensión y simpatía por los que, en aquel tiempo, se oponían a su divulgación. Una y otra vez, esa divulgación se convierte en auténtica calamidad, y las mismas personas que reciben el conocimiento esotérico, levantan obstáculos y estorbos contra su propagación. Ya hemos hablado repetidas veces de eso en las últimas semanas. Todavía no se consideran lo suficiente, esos estorbos y obstáculos. En verdad, se tienen las experiencias más terribles, cuando se trata de difundir los conocimientos esotéricos. Incluso cuando se tiene la mejor voluntad de ayudar al individuo, resultan calamidades, hasta en las cosas más elementales. ¡Cuántas veces sucede que se le da a un individuo ese o aquel consejo, pero el consejo no le gusta! Si el mundo exterior afirma que el ocultista que trabaja de la. manera como se trabaja aquí, posee gran autoridad, es pura habladuría.

En tanto que el ocultista da consejos que agradan,. generalmente puede defenderse; pero cuando da consejos que ya no gustan, nadie los acepta. Y dicen los interesados: "si no me das otros consejos, ya no puedo yo conmigo mismo". Esto llega hasta amenazas cuando, en realidad, lo único que hizo el ocultista fue decirle lo que sería beneficioso para ese individuo. Pero como él quiere recibir algo distinto, dice: "ya he esperado bastante tiempo; dime ahora de qué se trata". Ya se lo dijo desde hace mucho tiempo, pero lo dicho no le gusta. Así se llega al progresivo distanciamiento, hasta que los que antes fueron los partidarios más fervientes, se vuelven los enemigos más encarnizados, porque esperan consejos a la medida de sus deseos, y en el momento -en que reciben otros, se transforman en enemigos enconados. Así, precisamente nuestra época pone en evidencia que no podemos sencillamente condenar a los esotéricos que decían que no aceptaban la popularización de las verdades esotéricas.

Y así, a mediados del siglo XIX, no llegó a realizarse semejante popularización, sino que se quería tener en cuenta las tendencias materialistas de la época. Es difícil expresar lo que hay que decir; sólo puedo cifrarlo en palabras que jamás fueron pronunciadas de esa manera pero son ciertas. En aquel entonces el esotérico dijo: "¡qué haré con esa humanidad! Por mucho que yo les diserte sobre las verdaderas enseñanzas del esoterismo, solamente se burlarán de mí y de vosotros. Quizá convenceréis a unos crédulos, a un puñado de mujeres crédulas, a pocos hombres crédulos; pero aquellos que aprecien la ciencia no se convencerán. Tenéis que contar con las inclinaciones de la época".

Como consecuencia de eso, se trató de descubrir un método por el que pudiera llamarse la atención sobre el mundo espiritual, a semejanza de cómo, en el materialismo, se llama la atención sobre el hecho de que, en el criminal, el hipotálamo no cubre, o no cubre completamente, el cerebelo. Así, con plena conciencia, se presentó el mediumnismo. Los médiums fueron, podríamos decir, los agentes que, por ese camino, querían enseñarles a los hombres la convicción del mundo espiritual, porque ellos presentaban a los ojos físicos del público algo que se originó en el mundo espiritual, porque producían algo que se podía exhibir en el plano físico. El mediumnismo fue un recurso para hacer comprender a los hombres, que existe un mundo espiritual; los exotéricos y los esotéricos se habían puesto de acuerdo en patrocinar el mediumnismo, para satisfacer la inclinación de la época.

Vean lo que escribió el señor von Wrangell en la pág. 41 de su folleto: "Basta recordar nombres como Zollner, Wallace, du Prel, Crookes, Butlerow, Rachas, Oliver Lodge, Flammarión, Morselli, Schiaparelli, Ochorowicz, James, etc." ¿Cómo llegaron a la convicción de un mundo espiritual? Por haber recibido manifestaciones del mundo espiritual, y posiblemente tenían que recibirlas. Pero todo lo que se puede hacer por medio del mundo espiritual y el mundo de los iniciados, consiste, por lo pronto, en experimentos con la humanidad: siempre hay que examinar qué grado de madurez alcanzó. Así, también aquel patrocinio del mediumnismo, del espiritismo, fue, diríamos, un experimento. Tanto los exotéricos como los esotéricos .que se habían puesto de acuerdo sobre el experimento, decían: "Vamos a ver qué resulta". ¿y qué resultó?

La mayoría de los médiums informó de un mundo en que moran los muertos; no tienen más que leer la literatura pertinente. Lo que se logró fue de lo más triste para los iniciados: se obtuvo el peor resultado que podía obtenerse. Había dos posibilidades: una de ellas fue el uso de los médiums. Los médiums comunican algo, y lo que comunican sólo pueden aplicarlo al medio ambiente habitual que, sin duda, contiene también lo espiritual en sus

elementos sensibles. Y la gente esperaba que los médiums irían a descubrir toda clase de leyes naturales ocultas y elementales. No podía esperarse otra cosa, por la siguiente razón.

Sabemos que el hombre está constituido por el cuerpo físico, el etéreo, el astral y el Yo. Desde el dormirse hasta el despertarse, el hombre propiamente dicho, se encuentra en el Yo y en el cuerpo astral, es decir, se encuentra en el mismo mundo donde se encuentran los muertos. Pero el médium que está sentado ahí, no es un Yo y un cuerpo astral; al contrario, se le reduce la conciencia del Yo y también la conciencia astral, y se le estimulan precisamente el cuerpo físico y el etéreo. Por eso, el médium puede entrar en relación con un hipnotizador o un inspirador, es decir, con otro individuo vivo: el Yo de otra persona, o también el medio ambiente, pueden ejercer su influencia sobre el médium. En realidad, el médium carece de la posibilidad de entrar en el reino de los muertos, porque tiene extinguido precisamente aquello que tiene en común con ese reino. Así pues, los médiums fallaron: proporcionaron informaciones que, se suponía, venían precisamente de aquel mundo de los muertos. Los ocultistas se dieron cuenta, pues, de que con ese ensayo no habían logrado otra cosa que difundir un gran error. Un buen día, tuvieron que admitir que habían transitado un camino que conducía a los hombres hacia el error, porque los condujo hacia una doctrina puramente luciférica, asociada con observaciones puramente ahrimánicas. Se había, pues, propagado un error del que nada bueno podía resultar. Poco a poco, eso se reconoció.

Vemos aquí el resultado del experimento de contar con las inclinaciones materialistas de la época y sin embargo, tratar de transmitir a los hombres la conciencia de que existe un mundo espiritual en torno nuestro. Por lo pronto, este camino condujo a un error, como hemos visto. De esto, podemos deducir cuán necesario es tomar el otro camino, que consiste en hacer exotérica una parte del conocimiento esotérico; hay que tomarlo, y hay que seguirlo aunque no deje de traer calamidades. El hecho de que practicamos la ciencia espiritual es, por decirlo así, testimonio de la necesidad de que se lleve a cabo el principio de los exotéricos a mediados del siglo XIX. Y nuestra manera y afán de ejercer la ciencia espiritual, no es otra cosa que tratar de realizar ese principio, y de realizarlo honradamente.

Lo dicho nos permite apreciar que el materialismo es algo sobre el cual no se puede sutilizar, simplemente, sino que hay que entender la necesidad de su advenimiento y, sobre todo, de su culminación a mediados del siglo XIX. Es verdad que la tendencia materialista ya había venido preparándose hace tres, cuatro o cinco siglos, cuando las inclinaciones espirituales de los hombres descendieron siempre más y más a lo subconsciente: a mediados del siglo XIX, se llegó a la culminación de ese proceso. Ese hundimiento fue necesario para que pudieran desarrollarse, sin estorbo de parte de las facultades ocultas, los talentos puramente materialistas. Un filósofo materialista como Kant, filósofo materialista desde el punto de vista de los idealistas del siglo XIX -Léanlo en mi libro "Los enigmas de la filosofía"- jamás hubiera sido posible si no hubieran retrocedido las facultades ocultas. Ciertas capacidades se desarrollan en el ser humano a expensas de otras. Pero en tanto que una especie de capacidades o talentos se extrovierte, la otra especie sigue su camino interno. De ahí que esos tres, cuatro, cinco siglos del desarrollo materialista, en manera alguna constituyen pérdida para el desarrollo espiritual de la humanidad. Debajo del umbral de la conciencia, siguió desarrollándose lo espiritual; y si los hombres se ponen a reflexionar sobre mis alusiones al folleto del señor von Wrangell, respecto a lo que él llama lo Onírico, podrán descubrir las capacidades ocultas que

únicamente aguardan su despliegue. Ellas están ahí; existen en abundancia en las almas humanas, sólo hace falta descubrir las de manera correcta.

He ahí, pues, las consideraciones preliminares que fueron necesarias para que, mañana, abordemos la pregunta: ¿qué perspectivas hay en lo que toca a la relación entre vivos y muertos, si se tiene en cuenta cuán esclarecedor fue, a pesar de todo, el camino equivocado que resultó del compromiso entre los exotéricos y los esotéricos? Precisamente para comprender el carácter de ese compromiso, hemos de estudiar el nacimiento y la muerte, y destacar entonces su relación con los métodos materialistas.

II CONFERENCIA

11 de octubre de 1915

En nuestra reflexión de hoy, les ruego me permitan presentarles entremezclados, ciertos aspectos personales y ciertos hechos objetivos, porque lo que tengo que vincular a la exposición de ayer, es precisamente lo que hace necesaria nuestra reflexión de hoy.

Quiero partir de determinado episodio, relacionado con nuestro Movimiento Antroposófico. Ya lo saben ustedes: en lo formal-externo, empezamos relacionando nuestro movimiento -pero precisamente de una manera externa- con la llamada Sociedad Teosófica, y que fundamos la llamada Sección Alemana de la Sociedad Teosófica en otoño de 1902, en Berlín. Luego, durante el año 1904, tuvimos la visita de distinguidos miembros de la Sociedad Teosófica -*Theosophical Society*- en distintas ciudades alemanas. En la época de esa visita, sucedió el episodio del que vaya hablar. Había aparecido ya, en la primavera de 1904, mi libro "Teosofía", y se había fundado la revista "Lucifer-Gnosis". Y había publicado ya en esta revista, algunos artículos relativos al problema de la Atlántida, de la constitución de la época atlante. Lo que ya se había publicado en los artículos en "Lucifer-Gnosis", se recogió luego en una publicación especial con el título "Nuestros antepasados atlantes"[1]). En ella, hice un número de comunicaciones sobre el carácter del mundo atlante; y en "Lucifer-Gnosis" me remonté incluso a la configuración de la llamada época lemuriana. Así, pues, había aparecido cierta cantidad de artículos de esa índole, y precisamente cuando estaban con nosotros los miembros de la *Theosophica/ Society,* un número de la revista que tenía que aportar importantes informes, estaba listo y fue enviado a los suscriptores. Esto fue precisamente en los días en que estaban de visita los teósofos. Un personaje de mucho prestigio en el seno de la *Theosophica/ Society* leyó entonces esa información sobre el mundo atlante, y me hizo una pregunta, pregunta que quiero mencionar como episodio notable junto con lo dicho ayer.

Este miembro de la *Theosophica/ Society* que, precisamente en el tiempo de la fundación de la Sociedad por Blavatsky, había participado en los asuntos de más importancia, y estaba plenamente identificado con las actividades de la *Theosophica/ Society,* me hizo la pregunta: ¿De qué manera se lograron, propiamente, estos conocimientos sobre el mundo atlante? Esta pregunta abarcó mucho y de mucha trascendencia, porque ese miembro conocía hasta entonces únicamente la manera en que se lograban semejantes informaciones en la *Theosophica/ Society,* o sea, recurriendo a investigaciones del tipo mediumnístico. Las informaciones que entonces ya estaban publicadas por la *Theosophica/*

[1] Publicado en castellano con el título "La crónica del Akasha", Editorial Antroposófica Argentina.

Society se habían apoyado en investigaciones relacionadas con la investigación mediumnística. una persona fue puesta en una suerte de estado mediumnístico -no se le puede llamar trance-, y se establecieron las condiciones para que esa persona, que no se hallaba en un estado normal de conciencia, diera información acerca de lo que no se puede lograr con la conciencia normal. Así fue cómo se habían obtenido las informaciones en aquel tiempo, y los miembros competentes de la *Theosophica/Society* no conocían otro camino para obtener información acerca de sucesos prehistóricos, y por eso ese miembro preguntó de qué persona disponíamos que podíamos utilizar de esta manera como médium para tales investigaciones.

Como yo tenía que rechazar esa manera de investigar, y me basaba firmemente en la investigación individual, y como entonces yo ya había logrado todo exclusivamente por mi propia investigación, esa persona no me entendía en absoluto: no entendía que se trataba de algo distinto de lo que se había practicado hasta entonces en la *Theosophica/ Society.* Pero la senda que yo tenía que seguir era: rechazar todo lo que había sido entonces el método de investigación e investigar yo mismo, si bien por intermedio de videncias suprasensibles, valiéndome sin embargo únicamente de lo que se revela a la misma persona investigadora.

Considerando la manera en que tengo que intervenir en el movimiento espiritual, debo necesariamente hacer valer, de la manera más rigurosa, el método de investigación que tantas veces les he descrito y que, sin duda, es indispensable para el mundo moderno y la humanidad contemporánea. Ustedes ven, pues, cuán importante es lo que separa el método de investigación de la Ciencia Espiritual de los caminos que se seguían en la *Theosophica/ Society,* pues todo lo que ésta posee de información del mundo espiritual, por ejemplo, la contenida en el libro de Scott Elliot sobre la Atlántida, se logró absolutamente por el camino descrito anteriormente, el único que se consideraba auténtico, por ser el único objetivo. Así pues, la introducción de nuestro enfoque científico-espiritual fue, desde el principio, algo completamente nuevo frente a los métodos de la *Theosophica/ Society,* algo que contaba totalmente con los métodos de la ciencia natural moderna, y que tan sólo había de perfeccionarse hasta el punto de poder ascender con ellos a los mundos espirituales:

Precisamente esa conversación fue significativa; tuvo lugar en el año 1904, y puso en evidencia que existía una diferencia esencial entre lo que hacemos aquí en la Ciencia Espiritual; y lo que se hace en el resto de la *Theosophical Society;* que entonces no existía lo que tenemos en la Ciencia Espiritual, sino que la *Theosophical Society* continuaba el método que había surgido como compromiso entre los exotéricos y los esotéricos. He ah í, pues, el resultado necesario del curso evolutivo que describí ayer. Recuerden que dije que, poco a poco, se fue perdiendo la videncia, y sólo hubo casos *aislados* de videntes apropiados para ser convertidos en médiums de los que podía obtenerse alguna información. Así, se habían formado las llamadas órdenes ocultas, las cuales, aunque tenían muchos iniciados, no tenían videntes. Esas órdenes tenían que empezar a desarrollar gradualmente los métodos que ya se usaban desde hace mucho *tiempo* en nuestra época materialista y habían tenido que procurarse los "instrumentos de investigación", buscando a personas que todavía dispusieran de capacidades mediumnísticas, es decir, en las que se podía desarrollar clarividencia atávica, para descubrir algo mediante ellas. Esas órdenes poseían un amplio caudal de enseñanzas y símbolos, pero si alguien quería realmente investigar, dependía de la ayuda de las personas de clarividencia atávica. Este método se continuó, de cierto modo, en la *Theosophical Society,* y el compromiso del que hablé ayer,

consistió esencialmente nada más en que, en las logias y en las distintas órdenes, se practicaban los experimentos, por medio de los cuales las influencias espirituales se proyectaban hacia el mundo, para poner en evidencia que efectivamente existen influencias del mundo espiritual sobre el hombre. Así pues, lo que se había practicado en las escuelas *esotéricas,* se había obtenido de esa manera. Ese experimento fracasó, pues en tanto que se había esperado que a través de los médiums se revelaran auténticas leyes espirituales que rigen nuestro mundo circundante, lo único que se logró fue que casi todos los médiums cayeran en el error de creer que las comunicaciones que recibían, procedían de los difuntos, es decir, los médiums tenían el afán de refundirlas haciéndolas parecer como si fueran mensajes que venían de los muertos. Esto produjo determinada consecuencia: aquellos entre ustedes que son miembros desde hace mucho tiempo, y que recuerdan los primeros tiempos del movimiento teosófico contemplan la literatura que entonces todavía se daba bajo la influencia de la *Theosophical Society,* saben que el mundo astral, es decir, la vida inmediatamente después de la muerte, se describió en los libros de la señora Besant, pero que ella repetía solamente lo que estaba escrito en la "Doctrina Secreta" de la Blavatsky, o lo que podía leerse en los libros de Leadbeater. De esas fuentes se originó todo lo que fue relatado sobre la vida de los hombres entre la muerte y el nuevo nacimiento.

Ahora bien, si ustedes comparan con ello lo que expuse en mi obra "Teosofía" sobre el mundo anímico y el espiritual (en los primeros tiempos siempre se quería refutarlo, pero creo que ahora ya hay suficientes personas capacitadas para opinar objetivamente), encontrarán diferencias esenciales, precisamente porque también en estas áreas los métodos de investigación fueron distintos. En efecto, todos los métodos que tenía la *Theosophical Society*. se originaron en los métodos de que les hablé, incluso los métodos que se empleaban para investigar la vida de los muertos.

Ustedes ven, pues, que lo que la *Theosophical Society* dio al mundo en primer lugar, fue, en cierto modo, una continuación del anterior ensayo. Veremos enseguida de qué modo *no* lo fue. Pero, en general, fue la continuación del experimento que resultó como compromiso entre los exotéricos y los esotéricos, a partir de la mitad del siglo XIX, sólo que la *Theosophical Society* supo darle un toque un poco más *esotérico.* Mientras que, antes, se había tratado de exponer al médium al público, los miembros de la *Theosophical Society* preferían hacer sus prácticas solamente en el círculo íntimo, y comunicar después sólo los resultados. He ahí una diferencia esencial, porque de esta manera se retomó un método de investigación que se había consagrado como costumbre general en las distintas órdenes antes de la mitad del siglo XIX. Tengo que subrayar esto, porque tengo que señalar categóricamente que, con la introducción de nuestro nuevo movimiento científico-espiritual, se introdujo un método totalmente nuevo, método que tomaba en cuenta el modo de pensar de la ciencia moderna.

Les dije que había fracasado aquel compromiso entre exotéricos y esotéricos, que consistía en tratar de convencer al mundo materialista de que existe un mundo espiritual, recurriendo a los médiums. Se podía ver el fracaso en el hecho de que los médiums siempre hablaban de un mundo que, en las circunstancias dadas, no podía series accesibles: hablaban del mundo de los muertos. Hablaban de inspiraciones que, según ellos, procedían del mundo en que vivían los muertos. Los exotéricos y los esotéricos se dieron cuenta de que el ensayo no producía los frutos que ellos habían querido lograr.
Y ¿en qué se originó lo que pasó? ¿Qué fue lo que realmente demostró aquel extraño ensayo, resultado de ese compromiso relatado?

Puso en evidencia que determinada clase de iniciados, en cierto modo-arrebataron el mando a los que habían entrado en el compromiso. Los iniciados de extrema izquierda se habían apoderado del movimiento que estaba protegido conforme lo describí. Lograron una gran influencia porque todo lo que se realizó por conducto de los médiums, no procedía del mundo de los muertos, sino del mundo de los vivientes. Estos eran, a la vez, los iniciadores que se ponían en contacto directo o remoto, con los médiums. Y por haber sido logrado por esos iniciadores y los médiums, todo eso tenía el matiz de las teorías de quienes querían apoderarse de estos médiums. Aquellos entre los esotéricos y exotéricos que habían entrado en el compromiso, habían querido demostrar al mundo: ¡Miren, existe un mundo espiritual! Pero cuando, a los que pensaban poder pijotear, se les escapó el timón de sus manos, los ocultistas muy izquierdistas se apoderaron del mismo y trataron de comunicar al mundo a través de los médiums, sus propias teorías e ideas.

Para los que habían hecho el compromiso en beneficio de la humanidad, la situación fue fatal. Más y más sentían que, en creciente medida, se introducían en el mundo enseñanzas falsas sobre lo suprasensible. Esta fue la situación en el desarrollo del ocultismo en los años 40, 50 y hasta en los 60, del siglo XIX.

Mientras todavía se reflexionaba en los círculos de los ocultistas sinceros, la situación era realmente fatal, pues cuanto más de la izquierda fueron los ocultistas, tanto menos estaban dispuestos a dar realmente tan sólo lo genéricamente humano. En ocultismo, se es izquierdista si uno quiere lograr algún propósito con ayuda de la doctrina oculta que se representa; se es derechista si uno aspira a difundirla solamente por lo que ella misma es. El partido del centro pretende convertir en exotérico, en beneficio de lo humano en general, aquello del esoterismo, que es necesario en nuestros tiempos. Pero los de la extrema izquierda son los que persiguen propósitos especiales con la enseñanza oculta que difunden. Se es izquierdista en la medida de los propósitos especiales que uno persigue; en la medida en que uno lleve a los hombres al mundo espiritual, proporcionándoles toda clase de manifestaciones del mundo espiritual, e implantándoles, de manera indebida, algo que solamente sirve para la realización de aquellos propósitos especiales. Tal fue, pues, la situación en que se encontraba entonces la dirección de los iniciados modernos, es decir, los exotéricos y esotéricos que habían formado el referido compromiso: se daban cuenta de que el asunto estaba en manos de personas que perseguían propósitos especiales.

Se oía entonces (y quizás el uso de la palabra oír no sea muy exacto, pero no se puede escoger términos más precisos, porque nos hallamos limitados al lenguaje exterior, en tanto que el trato interno entre los ocultistas es algo que el idioma exterior no es capaz de expresar), así se oía entonces que para la continuación del desarrollo espiritual sobre la Tierra, debía de sobrevenir un acontecimiento importante que he de describir. Entre los métodos de investigación de las distintas órdenes, hasta donde se podía, se había preferido prescindir de médiums femeninos. En las órdenes estrictas que querían adoptar el punto de vista correcto, jamás se trabajaba con médiums femeninos para lograr revelaciones del mundo espiritual.

Sin duda, el organismo femenino, por su propia organización, es apropiado para retener la clarividencia atávica, por más tiempo que el organismo masculino. A la vez que, poco a poco, ya no quedaban médiums masculinos, todavía existían médiums femeninos, y también en el compromiso referido, se trabajaba con un gran número de médiums femeninos. Pero luego entró en escena para los ocultistas, una personalidad que era medial

en elevado grado: la señora H. P. Blavatsky, quien, gracias a ciertos miembros subconscientes de su organismo, fue particularmente apropiada para captar mucho, muchísimo del mundo espiritual. Démonos cuenta de lo que por ello, fue posible para el mundo: precisamente en uno de los momentos de más importancia para el desarrollo oculto, apareció un personaje que, por el modo peculiar de su organismo, fue ampliamente dotado de todas las posibilidades para captar lo más variado del mundo espiritual.

El ocultista que, en aquel entonces, contemplaba su época, tenía que decirse: en el momento oportuno, llega un personaje quien nos puede dar, por la singularidad de su organismo, las pruebas más contundentes para las antiquísimas enseñanzas transmitidas que para nosotros existen tan sólo en símbolos. Era pues un personaje que ofrecía comprobar nuevamente mucho de lo que, desde largo tiempo, ya no se sabía sino por tradición. Este fenómeno se presentó precisamente después de haber fracasado, después de haber llegado a un callejón sin salida. Hemos de recalcar esto: Blavatsky era un personaje del cual podían sacarse las verdades ocultas como pueden sacarse chispas eléctricas de una botella de Leiden.

Nos llevaría demasiado lejos relatar todos los pasos intermedios pero sí tengo que mencionar algunas cosas importantes. Hubo un momento de gran significado que puedo describir como sigue (me estoy expresando algo simbólicamente, pero ilustra el hecho): los ocultistas de la derecha que habían entrado en compromiso con e! partido del medio, podían decirse: ahora ya es posible obtener verdades muy importantes por conducto de ese personaje. En cambio, los de la izquierda podían decirse: con ayuda de esa persona, existe la posibilidad de lograr algo en el mundo, y de la manera más intensa. Empezó entonces una auténtica lucha por ese personaje: de un lado, con la sincera intención de ver comprobado mucho de lo que sabían los iniciados; del otro, para realizar los grandes propósitos especiales.

Varias veces he aludido al primer período de !a vida de H. P. B., y he mostrado que, efectivamente, se intentaba obtener de ella mucha información esotérica. Pero el asunto cambió relativamente pronto, debido a que ella cayó bajo la influencia de los de la izquierda. Y, a pesar de que H. P. B. sabía muy bien aquello que ella misma podía percibir por videncia propia, -de hecho, ella era particularmente importante por no ser solamente un médium pasivo, sino que tenía una memoria extraordinaria para todo lo que se le había manifestado de los mundos superiores- ella se hallaba, sin embargo, bajo la influencia de ciertos personajes cuando quería evocar manifestaciones del mundo espiritual. De ahí que siempre invoca a los mahatmas, lo que, en realidad, no debería hacerse. Pueden tener influencia, pero esto no tiene importancia cuando se trata de llevar adelante a la humanidad.

H. P. Blavatsky llegó relativamente pronto al punto de tener que decidirse. Desde un lado, que pertenecía a la izquierda, se enteró de que ella era un personaje importante. Bien sabía lo que ella veía, pero ignoraba el alcance de la importancia de su personalidad; llegó a saberlo por los izquierdistas. Fundamentalmente, ella era una persona muy honrada y trató, por lo pronto -después de haber recibido la información de aquel lado, que precisamente por su carácter honrado, no ha de haberle gustado al principio-, de llegar a un compromiso con una orden ocultista en Europa. Hubiera podido resultar algo muy bello, porque por su gran talento mediumnístico ella hubiera podido presentar comprobaciones de fenomenal importancia para lo que los iniciados conocían en teoría y por el simbolismo. Pero ella, además, de ser una persona totalmente honrada, tenía también algo de pícara;

tenía cierto rasgo fundamental, propio de las personas que se inclinan hacia lo mediumnístico, es decir, una actuación cambiante. Así que, por momentos, podía ser muy impertinente. Yen uno de esos momentos de impertinencia, puso condiciones inaceptables para aquella orden oculta que estaba dispuesta a hacer el experimento con ella. Y como sabía que, por medio de ella, se podía lograr mucho, se decidió a probarlo con otras fraternidades, y así se acercó a una cofradía norteamericana cuya mayoría siempre vacilaba entre la derecha y la izquierda, pero que, de todos modos, se hallaba ante la posibilidad de revelar factores de enorme importancia sobre el mundo espiritual.

Pero sucedió que, en ese mismo tiempo, otros cofrades izquierdistas, pusieron gran interés en la Blavatsky, cofrades que ya en aquel entonces perseguían sus propósitos especiales. No quiero explayarme más sobre esos intereses especiales. Si fuese necesario, podría -en el futuro- explicarlo más. Por lo pronto, basta decir que eran cofrades con intereses especiales, sobre todo fuertes intereses políticos, que esperaban lograr algo político en Norteamérica con la ayuda de personas preparadas de antemano de manera ocultista. La consecuencia fue que, en un momento dado, cuando la Blavatsky, por haber colaborado con aquella logia norteamericana, ya había conquistado una cantidad enorme de conocimientos ocultos, tuvo que ser expulsada de aquella logia, porque se descubrió que había algo político en el fondo; ya no se podía tolerarla más.

Entonces, la situación se hizo todavía mucho más difícil, porque los ocultistas sinceros se veían en la necesidad de retractarse de lo que se había emprendido para llamar la atención mundial sobre el mundo espiritual, pues esto había fracasado. Había que demostrar que las afirmaciones del espiritismo no tenían validez, aunque él mismo tenía muchos seguidores. Era puramente materialista y extremadamente diletante; de él solo se ocupaban los investigadores que, de manera materialista exterior, andaban en pos de conocimientos de un mundo espiritual. Además, a su salida de la logia norteamericana, la Blavatsky dejó traslucir que no estaba en nada dispuesta a guardar silencio sobre aquello que sabía. Y vaya que sabía mucho, porque, con su buena memoria, se acordaba de todo cuanto se había logrado con ella. Y tenía su buena dosis de frescura.

Y ahora, ¿qué hacer? Entonces se realizó algo a lo que ya he aludido varias veces, porque algunas partes de lo que hoy les presento en una visión de conjunto, ya las he dicho repetidas veces aquí o allá. Se realizó lo que en ocultismo se llama: presidio oculto, que consiste -en que, mediante ciertas manipulaciones que sólo pueden hacer ciertos miembros de cofradías, practican maniobras que, en realidad, son inadmisibles, se logró que la Blavatsky viviera por algún tiempo en un mundo que proyectó hacia adentro todos sus conocimientos ocultos.

Imaginen ustedes a la Blavatsky dibujando simbólicamente con su aura que contiene todos sus conocimientos ocultos; entonces se logró, por ciertos procedimientos, que por largo tiempo viviera exclusivamente en esa aura, y que todo se proyectara, nuevamente, hacia el interior de su alma. Así, que todo lo que tenía de conocimientos ocultos debía quedar encerrado: ella había de quedar separada del mundo exterior y de su propio ocultismo (dibujo 2).

Esto se logró en la época en que la Blavatsky hubiera podido ser muy peligrosa, difundiendo ciertos hechos que precisamente pertenecen a lo más interesante en el horizonte del movimiento ocultista. Entonces, oyeron de este asunto ciertos ocultistas hindúes que, por su parte, tenían mucha inclinación a la izquierda y que, sobre todo, estaban interesados en

tergiversar el ocultismo que podía introducirse en el mundo a través de H. P. B., de modo que pudiera obrar favoreciendo los intereses particulares de aquellos ocultistas hindúes. Gracias a los esfuerzos de ellos, que conocían las prácticas correspondientes, se logró liberarla de su encierro en su aura; ella quedó libre otra vez, de modo que nuevamente podía utilizar correctamente sus poderes espirituales.

Lo dicho les permite apreciar los torbellinos que han de haber pasado en el alma de H.P.B., y cuáles han sido los ingredientes que integran los mensajes que, gracias a ella, se lanzaron al mundo. Mas por haberse ganado el mérito de haberla liberado de su cautiverio, aquellos ocultistas hindúes tenían también cierto poder sobre ella, y no fue posible impedir que ellos la utilizaran para lanzar al mundo parte del ocultismo que les convenía. Así, se produjo una situación muy extraña. Los ocultistas hindúes querían hacer valer sus propios intereses particulares contra los intereses particulares de los otros, y para ello, se servían de la Blavatsky. H. P. Blavatsky, para poner en acción sus extraordinarias facultades, necesitaba hallarse bajo una influencia exterior: su disposición mediumnística había de generarse desde afuera; por eso, fue posible lanzar al mundo, por conducto de ella, toda clase de influencias.

Fue en aquel tiempo que la Blavatsky se asoció con Olcott, persona que inicialmente no tenía mayores intereses teosóficos, pero que poseía un gran talento de organización. No puedo asegurarlo, pero supongo que ya existía cierta relación entre los dos en el tiempo en que la Blavatsky fue miembro de la logia norteamericana. Además, apareció en el horizonte espiritual de la Blavatsky un personaje (en cierto modo, bajo la máscara de otra individualidad) representante de las tendencias que, desde la India, se querían introducir en el mundo. Probablemente, algunos de ustedes saben que precisamente el coronel Olcott, en su libro "People from the other world" escribió mucho sobre ese personaje que entró entonces en el horizonte de la Blavatsky, bajo la máscara de una individualidad llamada Mahatma Kut-Humi. Olcott, en sus escritos menciona también que, en 1874, dicho Mahatma Kut-Humi había hecho una declaración sobre la individualidad que vivía dentro de él. Declaró llamarse en realidad John King, y haber sido la individualidad de un famoso pirata del siglo XVII. Esto aparece en el libro "People from the other world".

Así, en Mahatma Kut-Humi se hallaba incorporado el espíritu de un célebre pirata del siglo XVII, quien en el siglo XIX llevó a cabo los significativos fenómenos con ayuda de la médium H. P. Blavatsky, y también de otros médiums. Trajo tazas de té desde lejos; hizo aparecer diversos documentos del ataúd del padre de la Blavatsky, y cosas por el estilo. Todo esto, según la declaración del coronel Olcott, fue obra de aquel pirata del siglo XVII.

El coronel Olcott se expresó de manera rara sobre ese John King: insinuó que, posiblemente, no se trataba del espíritu de aquel pirata, sino de un miembro de una orden que, entre los hombres, existe como orden visible, en tanto que, para sus realizaciones, depende de influencias invisibles. Si es así, ese Mahatma habría sido miembro de una orden que, durante su vida, se dedicaba a las actividades que señalé, las que se pretendía comunicar al mundo por conducto de H. P. B., mezcladas con toda clase de intereses particulares. Estos consistían en que se quería difundir, sobre todo, una doctrina de la India.

Así era la situación alrededor de los años 70 del siglo XIX: fueron acontecimientos muy significativos, que, sin embargo, hay que ver en conjunto si se considera el movimiento ocultista en su totalidad. Ese John King es el mismo que, por medio de la "precipitación"

produjo los libros de Sinnett, tanto el primer libro las "Cartas sobre el mundo oculto, como sobre todo el libro "Budismo Esotérico".

Ese libro: "Budismo Esotérico", de Sinnett, cayó en mis manos a las pocas semanas de haber aparecido, y pude darme cuenta de que en él se hizo el intento de dar a la enseñanza espiritual una forma totalmente materialista. Si ustedes con todos los conocimientos que adquirieron en el transcurso del tiempo, analizaran ese libro, se sorprenderían de las formas materialistas en que se expresan ah í las cosas; se trata de una de las formas más nefastas del materialismo; en ese libro se describe el mundo espiritual de un modo completamente materialista. Quien lo lee, no puede sustraerse al materialismo; si bien la materia se hace más sutil, uno no puede deshacerse de lo material por mucho que uno trate de elevarse. Así, los nuevos patrones espirituales de la Blavatsky no solamente tenían sus intereses particulares hindúes, sino que, además, aceptaron las concesiones más radicales al pensamiento materialista de la época. Y que su cálculo fue perfecto, quedó evidenciado por la gran influencia que ese libro tenía sobre muchísima gente.

Conocí a científicos de ciencias naturales que estaban encantados con aquel libro de Sinnett, porque comulgaba muy bien con sus ideas, y les permitía, al mismo tiempo, imaginarse un mundo espiritual. Ese libro complació a todas las necesidades de los materialistas, a la vez que ofreció la posibilidad de satisfacer las inquietudes por un mundo espiritual, es decir, de admitir la existencia de un mundo espiritual.

Ya saben ustedes que, precisamente influida por las consecuencias de esos sucesos, la Blavatsky escribió su "Doctrina Secreta" a fines de los años 80 del siglo XIX, y murió en 1891. Esta "Doctrina Secreta" está escrita exactamente en el mismo estilo que el "Budismo Esotérico", solamente que se corrigieron algunos crasos errores, fácilmente detectables por cualquier ocultista. Ya hablé varias veces sobre las peculiaridades de la "Doctrina Secreta" de la Blavatsky. Así que no hace falta repetirlo en el contexto de mi charla de hoy.

Después, en base a lo que se había realizado de la manera descripta, se fundó la *Theosophical Society* que, en lo esencial, ha conservado su carácter hindú, aunque no de manera tan intensa como lo fue bajo la influencia de John King; pero el matiz hindú subsiste hasta nuestros días. He ah í, pues, un camino nuevo que contó fuertemente con el materialismo de la época, pero diseñado para llamar la atención de la humanidad, sobre la existencia de un mundo espiritual, y no solamente de un mundo material.

Habría que contar muchos detalles más, pero no disponemos del tiempo. Sigamos, pues, explicando cómo nuestro propio movimiento de Ciencia Espiritual, tuvo que entenderse con el movimiento ya existente.

En octubre de 1902, fundamos la Sección Alemana de la *Theosophica/ Society*. Ya desde el invierno de 1900, y también en el invierno de 1901, yo había dado en Berlín conferencias que pueden llamarse conferencias teosóficas, porque se dieron también en el círculo de los teósofos de Berlín, es decir, de aquellos teósofos que me habían invitado a pronunciarlas. Las primeras conferencias fueron las que, posteriormente, reuní en mi libro: "La mística en los albores de la vida espiritual moderna". Esas conferencias se dieron en un círculo de miembros de la Sociedad Teosófica, sin ser yo miembro de ella en ese tiempo. Por lo pronto, tengamos en cuenta que se trataba de una doctrina muy difundida, doctrina que había despertado en los hombres un interés por el mundo espiritual; había en el mundo entero personas preparadas que deseaban saber algo sobre el mundo espiritual. Esas

personas no sabían nada de todo lo que acabo de contar a ustedes; no tenían ni idea de eso; tenían un ansia sincera por el mundo espiritual y, por ese anhelo, se habían afiliado al movimiento en el cual se podía satisfacerlo. Así, en el seno de ese movimiento se encontraban las almas que tenían ansia por conocimientos del mundo espiritual.

Ustedes saben que, de manera grotesca y curiosa, me reprochan el haber cambiado, de repente, a una ideología completamente distinta de la expresada en mi libro: "Concepciones del mundo y de la vida en el siglo XIX". (La primera parte de ese libro apareció en febrero de 1900, y la segunda, en octubre del mismo año); se me reprocha haberme volcado en dirección a la ideología teosófica. Les he comentado varias veces que, no solamente cayó, por ejemplo, en mis manos el libro de Sinnett inmediatamente después de haber sido publicado, sino también que yo había estado relacionado íntimamente con la muy joven Sociedad Teosófica. Ustedes deben ahora mirar en conjunto las circunstancias de aquel tiempo, y quiero darles todavía, aunque en forma escueta, la posibilidad de conocer de una manera abierta y objetiva, los antecedentes de la Sección Alemana. En ella había personas que tenían ansias por el mundo espiritual, y en ese círculo, en la pequeña sala del conde Brockdorff, di mis conferencias sobre la mística y los místicos. Yo no era miembro en aquel entonces. El prefacio de la obra impresa lleva la fecha: septiembre de 1901, lo que implica que, en el verano de 1901, resumí el contenido de las conferencias del invierno de 1900/1901, y este libro apareció en septiembre, con el título: "La mística en los albores de la vida espiritual moderna".

Las primeras palabras del prefacio son las siguientes:

> Lo que presento en este libro, formó el contenido de unas conferencias pronunciadas, en el invierno pasado, en la Biblioteca Teosófica de Berlín. La condesa y el conde Brockdorff me invitaron a hablar sobre la mística, ante un auditorio para el cual este tema representa cuestiones fundamentales. Diez años antes, todavía no me hubiera podido atrever a satisfacer tal deseo; y no es porque, en aquel entonces, ese mundo de ideas que estoy expresando hoy, no hubiera ya tenido vida en mi interior. Ese mundo de ideas ya se halla plenamente contenido en mi libro " La filosofía de la libertad" (Berlín 1894, Emil Felber), mas para exponerlo como lo hago hoy, y para tomarlo como fundamento de una reflexión como la del presente libro, se necesita todavía algo más que el estar firmemente convencido de su intrínseca verdad: se necesita un trato íntimo con ese mundo de ideas, como sólo puede lograrse en muchos años. Solamente ahora, después de haber gozado tal trato, me atrevo a hablar de la manera que se percibirá en este libro.

Así, ustedes comprenderán por qué hice encauzar en un movimiento oculto todo aquello que había dado en forma de conferencias en los diversos círculos. Ya en el primer tomo de mis "Concepciones del mundo y de la vida" dije lo siguiente en el capítulo acerca de Schelling (cito de la primera edición dedicada a Haeckel y aparecida en febrero de 1900). Leeré, pues, algunos párrafos de un libro del que se afirma que haya surgido de una cosmovisión completamente distinta a la de mi "Mística":

> Hay dos posibilidades de describir el Ser que es, al mismo tiempo, espíritu y naturaleza; la primera es señalar las leyes de la naturaleza que se hallan activas en ellas; la segunda, mostrar cómo procede el

> espíritu para llegar a esas leyes. Las dos veces me guía el mismo enfoque: una vez, las leyes me revelan su modo de actuar en la naturaleza; la otra vez, me enseña el espíritu cómo actúa para representarse esas mismas leyes. En el primer caso, practico la ciencia natural; en el segundo, la ciencia espiritual. De qué manera ambas se pertenecen, lo describe Schelling de una manera sugestiva: "La necesaria tendencia de toda ciencia natural es llegar de lo natural a lo inteligente. Sólo esto subyace en el afán de introducir la teoría en los fenómenos naturales. La suprema perfección de la ciencia natural sería espiritualizar completamente todas las leyes naturales convirtiéndolas en leyes de contemplación y del pensar. Los fenómenos (lo material) han de desaparecer completamente y quedan únicamente las leyes (lo formal). De ahí que, cuanto más afloran las leyes en la naturaleza misma, tanto más desaparece la envoltura, los fenómenos mismos se espiritualizan para terminar por desaparecer. Los fenómenos ópticos no son sino una geometría cuyas líneas son trazadas por la luz, y ya esta misma luz es de materialidad ambigua. En los fenómenos del magnetismo, desaparece ya toda huella material, y de los fenómenos de la gravitación que incluso los hombres de ciencia creían poder interpretar tan sólo como inmediata influencia espiritual, es decir, como efecto a distancia, no queda más que su ley, cuya realización en gran escala es el mecanismo de los movimientos celestes. La teoría perfecta de la naturaleza sería aquella en virtud de la cual la naturaleza toda se disolviera en inteligencia. Los productos muertos e inanimados de la naturaleza, no son sino sus intentos fracasados de reflejarse a sí misma; la llamada naturaleza muerta no es más que inteligencia inmadura, por lo que, en sus fenómenos, ya trasluce el carácter inteligente, si bien todavía de manera inconsciente. La suprema meta de llegar a ser enteramente objeto de sí misma, la logra la naturaleza por medio de la más elevada y última reflexión, que no es otra cosa que el ser humano o, para hablar más en general, lo que llamamos razón; por lo cual la naturaleza vuelve completamente a sí misma, y lo cual manifiesta que la naturaleza es originalmente idéntica a lo que se reconoce en nosotros como inteligencia y conciencia".

Y siguiendo en relación con Schelling, continué diciendo:

> Conforme avanzaba su pensamiento, la intuición del mundo se le convirtió en contemplación de lo divino o teosofía. Ya tenía totalmente el criterio de semejante concepto de lo divino, cuando, en 1809, publicó su "Investigación filosófica sobre la esencia de la libertad humana y temas afines". Todas las cuestiones ideológicas toman ahora para él, un aspecto nuevo. Si todas las cosas son divinas, ¿cómo es posible que exista el mal, ya que Dios no puede ser sino la bondad perfecta? Si el alma humana está en Dios, ¿cómo es posible que ella siga, no obstante, sus intereses egoístas? Y si es Dios el que actúa dentro de mí, ¿cómo es posible que se me llame *libre,* aunque, en realidad, no actúo como ser independiente?

Esta concepción del mundo no es rechazada. Y continué diciendo:

Con semejantes opiniones, Schelling se ha mostrado como el más audaz y valiente de los filósofos que se habían dejado inspirar por Kant a una filosofía idealista. Bajo la influencia kantiana, se abandonó el filosofar sobre cosas que están más allá de lo que observan los sentidos humanos, y de lo que el pensamiento afirma sobre las observaciones; se intentaba entonces conformarse con lo que se encuentra circunscrito dentro de la observación y del pensamiento. Pero en tanto que Kant, a consecuencia de esa limitación, dedujo que no se podía saber nada sobre las cosas del más allá, declararon sus sucesores: "Puesto que la observación y el pensamiento no apuntan hacia algo divino en el más allá, ellos mismos son lo divino". Y entre quienes así declararon, Schelling fue el más enérgico. Fichte lo incluyó todo dentro del Yo; Schelling, en cambio, extendió la yoeidad sobre todo. No quería mostrar, como Fichte, que la yoeidad es todo, sino, inversamente; que todo es yoeidad. Schelting tuvo el valor de declarar divino, no solamente el contenido ideico del Yo, sino la entera personalidad espiritual humana. Declaró divina, no solamente la razón humana, sino que constituyó en Entidad divina y personal, todo el contenido vital del hombre. Se da el nombre de antropomorfismo a una interpretación del mundo que parte del hombre y que se imagina que el curso del mundo universal obedece a una entidad que lo guía, a semejanza del hombre guiando sus actos. También explica al mundo de un modo antropomórfico, aquel que supone una razón universal como causa de los acontecimientos, pues semejante razón universal no sería otra cosa que la razón humana universalizada. Dice Goethe: "el hombre nunca entiende cuán antropomórfico es él mismo." Al decir esto, tiene en mente que, en las afirmaciones más sencillas que hacemos sobre fa Naturaleza, se hallan contenidos antropomorfismos escondidos. Al decir que un cuerpo continúa rodando porque otro lo ha empujado, formamos semejantes concepto partiendo de nuestro Yo. Empujamos a un cuerpo y observamos que sigue rodando. Análogamente, cuando observamos que una bola se mueve en dirección hacia otra y que ésta empieza a rodar, nos imaginamos que la primera ha empujado a la segunda, en analogía al efecto de empuje que practicamos nosotros mismos. Ernst Haeckel formula el dogma antropomórfico diciendo: ¡Comparad la Creación Y gobierno del mundo, de Dios, con las creaciones de un técnico ingenioso o de un ingeniero mecánico, o con el gobernar de un soberano sabio! Haeckel se imagina a Dios nuestro Señor, como un señor que crea, conserva y gobierna el Universo, totalmente parecido al humano en su pensar y en su actuar. Schelling tuvo el valor para el antropomorfismo más consecuente, llegando al extremo de declarar que el hombre con todo el contenido de su vida es la divinidad. Y como sea que a ese contenido pertenece, no solamente lo racional, sino también lo irracional, Schelling tuvo la posibilidad de explicar también la existencia de lo irracional en el mundo. Es verdad que, para llegar a esta conclusión, se veía en la necesidad de completar el enfoque racional con otro que no tiene su origen .en el pensamiento. A este segundo aspecto, más elevado según él, lo llamó "Filosofía positiva". Ella es “la filosofía propiamente libre; quien no la quiera que la deje; eso le queda

> libre a cada quien; me limito a afirmar que si alguien quiere, por ejemplo, conocer los procesos reales, si quiere una libre creación del mundo, etc., sólo puede tenerlos siguiendo el camino de semejante filosofía. Si le basta la filosofía racional, y no busca más, que se quede con ella; pero habrá de renunciar a obtener, por medio y dentro de la filosofía racional, algo que ella decididamente no puede tener, o sea al verdadero Dios, ni el verdadero proceso, ni la relación libre de Dios con el mundo". "La filosofía negativa" quedará siendo preferentemente, la filosofía para la *escuela;* la positiva, para la *vida.* Sólo con las dos *juntas,* se logrará la cabal consagración que debe esperarse de la filosofía. Es sabido que en las fiestas eleusinas, se distinguían entre los misterios menores y mayores; los menores se consideraban como grado preliminar de los mayores... La filosofía positiva es la consecuencia necesaria de la filosofía negativa bien entendida; y así, se puede decir: en la filosofía negativa se celebran los misterios menores; en la positiva, los mayores.

Termina este capítulo de las "Concepciones del mundo y de la vida", con las palabras:

> Si se declara que la vida interior es lo divino, parece inconsecuente limitarse a una parte de esta vida interior. Schelling no cometió este error; en el momento en que decía: "Explicar la Naturaleza es crearla", imprimió la dirección de toda su concepción del mundo. Si la contemplación pensante de la Naturaleza es repetición de su creación, necesariamente el carácter fundamental de esta creación tiene que corresponder a la acción humana; tiene que ser un acto libre, y no uno de necesidad geométrica. Pero la creación libre no podemos reconocerla mediante las leyes de la razón; ella ha de manifestársenos por otros medios.

Se me había encomendado la tarea de escribir una historia de las concepciones del mundo en el siglo XIX. No podía ir más allá, porque todo lo que latía en aquel entonces, en la evolución progresiva, eran intentos diletantes; no tenía influencia sobre el progreso de la investigación en sentido filosófico; no se prestaba para integrar un capítulo de ese libro. En cambio, la Teosofía, hasta donde ella forma parte del pensamiento serio, se encuentra en el capítulo sobre Schelling.

Y ahora fíjense: este libro, cuya segunda parte empieza por ocuparse de Hegel, lleva fecha octubre de 1900. Sólo entonces fue cuando comencé a dar aquellas conferencias, y ya en septiembre de 1901 salió el libro "La Mística". De veras no es el afán de alegar algo personal, sino que, para permitirles un criterio imparcial, les quiero llamar su atención sobre una crítica que apareció el 15 de diciembre de 1901, sobre "Concepciones del mundo..." en "El Librepensador", órgano de la Unión alemana de libre-pensadores. Ahí se dice, después de haber expresado que se echa de menos una exposición legible de la evolución de las concepciones del mundo en el siglo XIX: "Sobre todo, en el área de la filosofía donde con palabras, se puede discutir admirablemente, y construir sobre ellas cualquier sistema, se ha pecado mucho en publicaciones populares. Y cuánta culpa hay que atribuir a los vigías de Sion, a toda clase de discípulos de sistematizaciones y a su camarilla erudita, a la que pertenece, por desgracia, más de un catedrático".

El párrafo siguiente lo menciono únicamente para mostrar con qué benevolencia se acogió este libro en aquel entonces:

> "Tanto más nos felicitamos porque el doctor Steiner, escritor conocido como pensador y luchador moderno, quiera darle al público alemán una exposición objetiva de las luchas espirituales en torno a las concepciones del mundo, que se libraron en Alemania en el siglo XIX".

Después de dar un resumen de mi libro, sigue algo raro, y precisamente por eso tengo que referirles todo esto. El reseñante echa de menos algo en el libro, y lo expresa así:

> "Si bien el espiritismo de Du Prels, así como el cristianismo anacoreta de Tolstoy no sirven para una actividad cultural basada en la Teoría de la Evolución, no hay que desconocer su valor sintomático. Asimismo hubiera podido encontrar un lugar el Neo-Budismo (Teosofía) -que ha desarrollado su fraseología particular, una especie de jerigonza mística. Nos hubiera complacido seguramente una psicología del espiritismo moderno, escrita por un hombre tan ingenioso como Steiner. El lenguaje de la obra es fácil de entender. Nada de ciclos interminables de filosofía académica que interfieran en el goce del lector".

Esta reseña se escribió en diciembre de 1901, poco después de haber empezado yo a dar las conferencias teosóficas en Berlín.

Puede decirse objetivamente que fue pedido y abiertamente solicitado, en aquel entonces, que yo me expresara acerca de lo que la Teosofía pretende. No fue capricho; fue, como quien dice, una señal precisa del Karma.

En el invierno 1900/1901, yo había dado las conferencias sobre la Mística, y en el invierno 1901/1902 las que trataban de un modo exhaustivo de los Misterios griegos y egipcios, publicadas en verano de 1902, en mi libro "El cristianismo como hecho místico".

Una gran parte de la "Mística en los albores..." fue traducida inmediatamente al inglés, y eso antes que fuera miembro de la *Theosophical Society*. Podría contar ahora muchas cosas importantes que relataré en otro momento, ya que el tiempo no me alcanza. Pero una cosa sí tengo que contar ahora.

Ustedes se dan cuenta de que, en ningún momento, el desarrollo constante ha dado un salto o algo semejante: todo se desenvolvió naturalmente. Es verdad que, al comienzo del segundo ciclo sobre la mística griega y egipcia, nuevamente en la biblioteca de la casa Brockdorff en Berlin, tuve oportunidad de escuchar algo que, en aquel entonces no fue tan nefasto, pero que, en su desarrollo consecuente, puede conducir a los hechos que aquí se han tratado bajo el título de "excentricidades místicas".

Así pues, en 1901/1902 hablé sobre los misterios griegos y egipcios, y en esas conferencias también estaba presente la ahora Sra. Steiner, que había escuchado también mi conferencia sobre Gustav Theodor Fechner, pronunciada en el invierno de 1900, en la *Theosophical Society,* conferencia aislada que no tenía relación con el otro ciclo. Insisto: ya en el invierno de 1900, la ahora Sra. Steiner estuvo presente en una parte de mis

conferencias de aquel entonces. Sería interesante dar algunos pequeños detalles sobre esta presencia, pero también se pueden suprimir; sólo habrían dado un poco de colorido al asunto. Quizá lo hagamos en otra ocasión, si fuera necesario.

Después de haber estado ausente algún tiempo, la Sra. Steiner regresó a Berlín desde Rusia y, acompañada por una amiga de la condesa Brockdorff, escuchó las primeras conferencias del segundo ciclo sobre los misterios griegos y egipcios, en el invierno de 1901/1902. Al final de una de ellas, se acercó a m í esa dama y me dijo algo al estilo de lo que mencioné hace un momento. Esa señora se hizo partidaria más y más fanática de la *Theosophical Society,* y más tarde, alcanzó una alta posición en la orden que se fundó para la reencarnación de Cristo.

Después de mi conferencia sobre los misterios griegos se me acercó con cara de iniciada profunda en la *Theosophical Society,* y acreditó su iniciación diciendo: "Usted habla de Misterios, pero todavía los hay hoy en día. También ahora existen asociaciones muy secretas, usted ya lo sabe. "

Después de la siguiente conferencia, también sobre los Misterios griegos, vino otra vez para decirme: "Se ve que usted recuerda bien lo que se enseñaba cuando usted todavía estaba en los Misterios griegos". Esto es lo que suele desembocar en lo que corresponde a "excentricidades místicas" .

A propósito de esto, permítanme mencionar que, en otoño de 1901, aquella conocida de la condesa Brockdorff ofreció una recepción; la Sra. Steiner siempre se refiere a esta recepción como el "Té de los Crisantemos" pues había muchas de esas flores. La invitación fue hecha por aquella conocida y más adelante muchas veces me pregunté qué intenciones tuvo esa señora con aquel té. Se había elegido la fecha de la fundación de la *Theosophica/ Society,* efemérides de mucha importancia para ella. Quizás, ella quiso convertirme en un colaborador convencido; me hacía insinuaciones más o menos directas, pero no resultó nada concreto. Pero quiero mencionar una conversación que sostuvimos la Sra. Steiner y yo: durante este "Té de Crisantemos", en el otoño de 1901. Ella me preguntó si no sería necesario iniciar un movimiento espiritual en Europa. Le dije claramente: "ciertamente, es necesario formar un movimiento científico-espiritual; pero yo solamente accederé a un movimiento que parta del ocultismo occidental exclusivamente, y que siga desarrollándolo. Mencioné que habrá que partir de Platón, de Goethe, etc.; y señalé todo el programa que efectivamente fue posteriormente realizado.

En este programa realmente no cabían prácticas enfermizas, pero naturalmente, a menudo se acercaban personas con semejantes inclinaciones, ya que se trataban de personas influidas de todos los lados por el movimiento mencionado. Pero que este programa necesariamente involucraba un total rechazo de cualquier mediumnismo o atavismo; esto lo pueden constatar ustedes a través de la inicialmente mencionada conversación con aquel miembro de la *Theosophica/Society.*

Se tomó, pues, con plena conciencia, la senda que nos ha conducido durante todos estos años. Si bien en ella se nos acercaron muchos elementos con toda clase de clarividencia mediumnística y atávica, no nos hemos desviado de esta senda que nos ha llevado hasta aquí.

Esto hizo necesario que yo encontrara, dentro del Movimiento teosófico, a las personas que tuvieran sensibilidad e interés en semejante método totalmente sano. Todos aquellos que no deseaban tal movimiento sano y a la vez estrictamente científico, con plena y sincera responsabilidad científica, empezaban por tergiversar a su manera nuestros logros. Una simple reflexión histórica les permite darse cuenta de que, en toda nuestra actividad no se retrocederá ante el acceso a los más elevados mundos espirituales hasta donde con gracia pueden abrirse a la humanidad actual; pero, por otra parte, rechazamos estrictamente todo lo que no puede adquirirse por caminos sanos, es decir, por métodos apropiados para la entrada correcta al mundo espiritual. Quien lo evalúe con criterio histórico, no lo tomará como simple afirmación, sino que puede verlo verificado por la manera de nuestra actuación durante muchos años. Hemos tenido la posibilidad de adelantar en la investigación efectiva del mundo espiritual, mucho más que la *Theosophica/ Society* hubiese podido adelantar. No andamos por caminos inciertos, sino por caminos seguros; esto puede decirse franca y llanamente.

De ahí que en el campo del esoterismo siempre he rechazado tener cualquier nexo con cualquier ocultismo anticuado, con cualquier fraternidad o comunidad de este tipo. La única excepción fue que, sin perjuicio de mi autonomía absoluta, trabajé por algún tiempo en cierta conexión exterior con la *Theosophica/ Society* y sus instalaciones esotéricas externas, pero no en su orientación. Ya en 1907, todo lo esotérico quedó radicalmente separado de esa Sociedad, y ustedes saben perfectamente lo que pasó de ahí en adelante. También ha sucedido que ciertas cofradías ocultistas me presentaron una u otra propuesta y, sobre todo, cuando una cofradía ocultista muy respetable me hizo la proposición de participar en la difusión de un ocultismo del tipo rosacruz, no contesté, a pesar de que la propuesta provenía de una comunidad ocultista de mucho prestigio. He de decir esto, para destacar que nosotros seguimos un camino absolutamente independiente que corresponde a nuestra época, y que los elementos enfermizos nos desagradan profundamente.

III CONFERENCIA

16 de octubre de 1915

Como hay ciertos asuntos pendientes que tratar, hoy quisiera agregar tan sólo un breve episodio a nuestras reflexiones de los días anteriores; mañana trataremos en mayor detalle algunos aspectos del movimiento ocultista en el siglo XIX y de su relación con la cultura mundial. Sin embargo, debo intercalar algo muy importante en estas consideraciones. Si ustedes recuerdan mis advertencias en relación con el folleto del Sr. van Wrangell: "Ciencia y Teosofía", se darán cuenta de que, desde el punto de vista de la Ciencia Espiritual, es necesario atribuir gran importancia al advenimiento del materialismo, de la concepción materialista del mundo, en el siglo XIX; no simplemente criticarlo. Criticar siempre es lo más fácil cuando uno confronta un problema. Hemos de comprender por qué fue necesario que en el siglo XIX surgiera esa concepción materialista. Ya la hemos descrito bastante, desde los más diversos ángulos. Por de pronto, podemos aducir dos puntos de vista que nos permitirán aclarar todo el significado de la concepción materialista del mundo.

Antes del siglo XIX, el materialismo no existía en la forma en que, entonces, surgió como concepción del mundo. Sin duda, ya hubo unos pocos filósofos materialistas, como Demócrito y otros -consulten mi libro "Los enigmas de la filosofía"- que fueron por así decirlo, los precursores del materialismo como teoría; pero si comparamos la ideología de

ellos en su verdadero aspecto, con la modalidad en que se expresa el materialismo del siglo X IX, hay que decir: antiguamente, no existía el materialismo que surgió como concepción del mundo en el siglo XIX. Sobre todo, esta nueva modalidad no podía existir en la Edad Media o en los siglos que precedieron los albores de la vida espiritual moderna, porque los hombres tenían todavía en su alma demasiadas relaciones con los impulsos del mundo espiritual. Quedó reservado al siglo XIX el imaginarse que, en realidad, el mundo no es más que una suma de átomos que se mueven en el espacio y se aglomeran como moléculas, y que todas las manifestaciones de la vida y del espíritu se realizan en función de esas aglomeraciones.

Sin duda, existe un factor que es algo como un hilo rojo y que se puede seguir hasta en las ideologías más nefastas. Quien sigue este hilo rojo que, omnipresente, atraviesa la evolución de la humanidad, comprenderá, por lo menos, lo imposible de esa concepción materialista. ¿Cuál es el hilo? Es el hecho de que los hombres están obligados a *pensar*. Sin el pensar, no es posible que el hombre llegue a esa concepción del mundo; ¡es él quien la elaboró! Lo que pasa es que los materialistas olvidan practicar la autoconciencia, y descubrir: "Yo pienso, y los átomos no pueden pensar". Teniendo sólo este conocimiento de sí mismo, se tiene algo en qué apoyarse; y apoyándose en esto, se encontrará que el materialismo no conduce a nada.

Pero para descubrir realmente que el materialismo no servía, era necesario elaborarlo en su propia forma; en tanto persistía una imagen adulterada del materialismo, es decir, una imagen en que todavía se admitía la presencia de impulsos espirituales, podía uno atenerse a lo poco de espíritu que todavía se buscaba en los fenómenos de la naturaleza. Solamente después de haber descartado todo lo espiritual, ¡para lo cual había de valerse del espíritu, porque solamente él es capaz de pensar!, fue posible que surgiera todo ese vacío que representa la concepción materialista del mundo.

Pero para eso se requiere la autorreflexión sobre el pensamiento; sin eso, no es posible. Pero si nos detenemos un poco en esta autorreflexión sobre el pensamiento, hemos de decir: fue necesario que, en el curso de la evolución, surgiera una vez esa imagen desolada del materialismo, para que los hombres se dieran cuenta de cuál es su verdadero contenido.

Con esto queda señalado un punto; pero no se lo comprende bien sin caracterizarlo aún desde otro aspecto. Viéndolo desde otro aspecto, se presenta la siguiente: imagen materialista del mundo -el espacio dentro del espacio, los átomos que están en movimiento- he ahí el Universo. Mas, en el fondo, todo eso no sería sino una consecuencia externa, una apariencia engañosa de la realidad unilateral del espacio y de los átomos que se mueven en él, es decir, de esas partículas mínimas de las que ya hemos señalado, en conferencias anteriores, que su existencia es incompatible con la realidad del pensar. Y, no obstante, siempre se vuelve a estos átomos. ¿Cómo los encontramos?, ¿cómo llega el hombre a suponer la existencia de los átomos?.

Ninguno puede haberlos visto, porque son algo inventado. Por lo tanto, el hombre ha de tener un motivo para imaginarse, al margen de la realidad, un mundo atomístico; la naturaleza misma no le lleva a imaginársela atomísticamente. Se puede conversar sobre esto precisamente con físicos (no hablo aquí hipotéticamente de algo inventado; efectivamente tuve esas conversaciones con los físicos), porque ellos conocen la física propiamente dicha: a decir verdad, ¡a ellos no podría ocurrírseles el atomismo!. Y, tal

como lo reconocieron ya en los años ochenta los físicos más inteligentes: el atomismo es una suposición, una hipótesis de trabajo, que sirve de abreviatura, cómoda ficha de cálculos; pero hemos de tener presente, claramente, que no se trata de algo real. Los físicos que verdaderamente piensan, preferirían quedarse con lo que pueden percibir por medio de los sentidos; pero, una y otra vez, recaen sobre el atomismo.

Si ustedes consideran lo que hemos logrado trabajando durante los años -ya se ha hablado muchas veces de estos temas desde que pronuncié en Munich mis conferencias sobre "La Teosofía del Rosacruz"- recordarán que; en el antiguo Saturno, el hombre recibió la primera disposición del cuerpo físico; que luego pasó por los ciclos solar y lunar; y que, durante ese antiguo ciclo lunar, se le incorporó en el organismo físico que poseía entonces, su sistema nervioso.

Sería totalmente equivocado imaginarse que el sistema nervioso en ese antiguo tiempo lunar hubiera sido igual a como hoy lo conoce el anatomista o fisiólogo: lo que existía entonces del sistema nervioso, era tan sólo su arquetipo, su imaginación. Su materialización o, mejor dicho, su mineralización, sujetándolo a las leyes físico-químicas, es resultado del ciclo terrestre. Toda la estructura nerviosa que existe en nuestro cuerpo, es resultado de la organización terrestre; durante el ciclo terrestre, lo mineral, la materia se incorporó en las protoimágenes imaginativas de nuestro sistema nervioso, así como también en otras protoimágenes, dando por resultado nuestro sistema nervioso actual.

Ahora bien, el materialista dice: "Con este sistema nervioso pienso y percibo". Ya sabemos que esto es una necedad. Si queremos imaginamos este proceso, podemos imaginarnos cualquier nervio que pasa por el organismo.

Pero imaginémonos ahora, no uno solo, sino distintos nervios que pasan por el organismo: proyectan sus ramificaciones. El nervio, por decirlo así, tiene un tronco y, desde él, extiende sus ramas; incluso sucede que una rama se acerca a otra rama Y que, de ahí, sigue otro cordón.

Este dibujo es esquemático e inexacto (dbujo3).

Preguntamos ahora: ¿cómo transcurre realmente la vida anímica humana dentro de ese sistema nervioso? He ahí la pregunta prioritaria. No se logra una visión de como transcurre la vida anímica dentro del sistema nervioso, si se enfoca solamente la conciencia lúcida de la vigilia. Pero si nos detenemos en el momento en que, con nuestro Yo y nuestro cuerpo astral, abandonamos el sistema nervioso -en verdad, abandonamos todo nuestro cuerpo y, por consiguiente, también nuestro sistema nervioso- y, sobre todo, si nos detenemos en el momento en que, al despertar, volvemos a introducimos en él, notamos un extraño fenómeno: durante el sueño, estábamos realmente fuera de nuestros nervios, en cuanto a nuestro cuerpo astral y nuestro Yo.

Volvemos a introducimos en ellos; nos hallamos insertados realmente en ellos durante la vigilia. Al despertar, empezamos a sentimos como aislados, y luego, se podría decir, como vertiéndonos en nuestros nervios.

El proceso de despertar es, pues, mucho más complicado lo que puede explicarse esquemáticamente. Durante el día, el alma se halla insertada en el cuerpo físico, com-penetrando todos los nervios tal como el cuerpo astral compenetra todo el cuerpo físico.

No se lo llena con una especie de neblina difusa, sino con una virtud organizadora. Penetrando en los distingos órganos, se penetra también como con tentáculos hasta en las extremas ramificaciones de los nervios.

Represéntense esto activamente por favor, lo voy a dibujar de nuevo esquemáticamente y sólo puedo hacerlo invertido en cierta manera, como una imagen refleja. Tengo que dibujar desde afuera cuando debería hacerlo desde adentro. Supongamos que éste fuera el cuerpo astral y éstos los tentáculos que él extiende (rojo). Todo esto que trazo ahora es cuerpo astral; aquí extiende ciertos tentáculos en los cordones de los nervios (dibujo 4).

Imagínense que la manga de mi chaqueta estuviera cosida aquí adelante, y que yo metiera mi brazo en ella como si fuera una bolsa. Imagínense que tuviera yo cien brazos y los metiera en cien bolsas; entonces, chocaría con los cien brazos aquí donde están cerradas las mangas. Así es como nos introducimos hasta donde termina el cordón de nervios. En el cuerpo físico, se puede observar dónde termina el cordón de nervios; hasta ahí nos introducimos. Mientras me encuentro aquí dentro, no siento nada; solamente siento algo al llegar hasta donde la manga está cosida. Lo mismo sucede con los nervios: sentimos el nervio solamente ahí donde termina. Durante todo el día, nos hallamos dentro de la materia nerviosa, y tocamos las terminales de nuestros nervios. De esto, el hombre no tiene conciencia, pero sin que él lo quiera, halla expresión en su conciencia. Cuando él piensa, valiéndose de su Yo y de su cuerpo astral, podemos afirmar: el pensar es una actividad que se transmite del Yo y del cuerpo astral al cuerpo etéreo. El cuerpo etéreo también contribuye con su movimiento al proceso del pensar. ¿Cuál es la causa de la *conciencia?* Es el hecho de que mi pensamiento llega siempre a un punto donde choca: al introducirme en mi cuerpo, choco con innumerables puntos, sólo que no estoy consciente de ello. Sólo aflora a la conciencia en la persona que experimenta conscientemente el proceso del despertar: si ella se introduce conscientemente en este "abrigo de hervios", siente como si de todos lados le picaran agujas (dibujo 5).

Incluso conocí a un hombre interesante que adquiría esa conciencia de manera irregular. Ese hombre fue un magnífico matemático, versado en toda la matemática superior de aquel entonces. Naturalmente, se había dedicado mucho a cálculos diferenciales e integrales. En la matemática, "diferencial" es lo atomístico, lo más pequeño, lo más minúsculo que todavía puede concebirse; hoy no quiero entrar en detalles. Aquel señor se daba cuenta, sin que la experiencia realmente cruzara el umbral de su conciencia, de que por todos lados le picaban al meterse en su cuerpo. Si esta experiencia no llega a la conciencia según las reglas descriptas en mi libro" ¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?", pueden presentarse fenómenos poco comunes. Así, ese señor creía sentir, por todos lados, las diferenciales matemáticas; estaba lleno de diferenciales. "Estoy lleno de diferenciales" dijo, "no tengo nada de integral". Y de manera muy ingeniosa, comprobó el estar repleto de diferenciales.

Imagínense vivamente esas picaduras. ¿Qué hace el hombre con ellas cuando no le entran a la conciencia? Las proyecta al espacio y lo llena de ellas; y éstos son, entonces, los átomos. He ah í el verdadero origen del atomismo. El hombre hace lo mismo que ustedes harían, si aquí hubiera enfrente de nosotros un espejo, y ustedes no lo supieran. Seguramente, creerían que *allí afuera* hay otra asamblea de personas. Por eso es que el hombre se imagina todo el espacio henchido de aquello que él mismo emite. Todo ese proceso nervioso se refleja en el interior del hombre, por la razón de chocar ahí, choque que no le es consciente, por lo que *todo* el espacio alrededor le parece estar lleno de átomos. Los

átomos parecen ser las picaduras que ejercen los terminales de sus nervios. La naturaleza en ningún lugar nos obliga a suponer los átomos; es la *naturaleza humana* la que nos obliga. En el momento en que despierta el conocimiento, uno se sumerge en sí mismo y se da cuenta de un sinnúmero de puntos espaciales. En ese momento, uno se encuentra en la misma situación como cuando uno se acerca a un espejo: uno topa con él, y sabe entonces que no puede atravesarlo. Es parecido al despertar: en el mismo momento en que uno despierta, uno topa con sus nervios, y sabe; más allá no puedes ir; este límite no se puede traspasar. Así pues, toda la imagen del átomo se parece a una pared de espejo; en el momento en que uno se da cuenta de no poder traspasarla, está consciente del hecho.

Y ahora recuerden un aforismo de Saint-Martin, ya mencionado anteriormente: ¿qué dice el científico? Dice: "Analiza los fenómenos de la naturaleza, y encontrarás el mundo atomístico". Nosotros sabemos que ese mundo no tiene existencia real; en la realidad, sólo existen los terminales de nuestros nervios. Y ¿qué hay ah í donde se supone el mundo atomístico? ¡Ahí no hay nada! Hemos de detenemos frente al espejo, es decir, en los terminales de los nervios. Existe el hombre, y el hombre es un aparato reflector. Si uno no sabe que el hombre es un aparato reflector, se imagina tras él toda clase de fantasmagorías, a saber, la concepción materialista del mundo, cuando en realidad, lo que hay que encontrar es al hombre. Pero no se le puede encontrar diciendo: "analiza los fenómenos *de la naturaleza",* pues éstos nos suministran precisamente el atomismo. Para encontrar al hombre, hay que decir: "trata de trascender la mera apariencia; trata de develar la apariencia". Pero entonces no se puede decir: "y encontrarás el mundo atomístico", sino "y encontrarás al hombre".

Y ahora recuerden lo que dijo Saint-Martin como una profecía que él mismo todavía no comprendía a fondo; recuerden la frase que les apunté: "Dissipez vos ténébres materialles et vous trouverez l'homme". "Disipad vuestras penumbras materiales y encontraréis al hombre". ¡Es la misma frase, es exactamente lo mismo!, mas para comprenderlo, fue necesaria esta reflexión.

Ya ven ustedes, por nuestra manera de relacionar la Ciencia Espiritual con la ciencia natural y con los errores de esta última, cumplimos un programa que late dentro del ansia humana, desde que existen hombres que presentían la contradicción de la concepción materialista moderna. He ahí, precisamente, lo infinitamente significativo que nos invade en cuanto a sus efectos si enfocamos toda la peculiaridad de nuestra concepción del mundo. La Ciencia Espiritual existe por la razón de que la anhelaban quienes tenían sensibilidad por la verdad que vendrá, única que puede traer a la humanidad lo que ella necesita en el momento actual.

Mañana tendré que mostrarles por qué tuvo que producirse el error cuando se hizo el experimento con el espiritismo en el siglo XIX. Como les hice ver reiteradamente, se trataba de sugestiones de personas vivas, cuando se pensaba que se trataba de influencias de parte de los muertos. Estas influencias sólo pueden alcanzarse si uno se concentra en la parte del ser humano que puede separarse del cuerpo físico. Todo aquello que el hombre experimenta entre la muerte y el nuevo nacimiento, sólo puede investigarse por medio de experiencias extracorpóreas, fuera del cuerpo físico; para ello no se pueden utilizar los médiums, en sentido exacto de la palabra.

IV CONFERENCIA

17 de octubre de 1915

En mi plática de hoy, quiero ampliar mis anteriores observaciones sobre el desarrollo de la vida espiritual en el siglo XIX. Por una parte, habrá de ocupamos, sobre todo, el papel que desempeña la concepción materialista del mundo; cómo se intentó oponer el movimiento espiritual del siglo XIX contra la, como dije, necesaria penetración de la concepción materialista; y cómo desde los distintos lados del ocultismo, se trató de salvar a la humanidad de la caída en el materialismo. Por otra parte podemos muy bien relacionar con esto, una reflexión sobre lo que ha saltado a la vista en estos días: una reflexión especial para desentrañar la peculiaridad de las potencias y fuerzas que se desenvuelven exteriormente en el plano físico, que nos ha tenido ocupados durante muchas reuniones y que, así me lo supongo, les ha significado una gran preocupación.

Vamos a descubrir una línea que conduce, desde ciertos puntos de vista más elevados, hacia los problemas que nos atañen ahora a nosotros mismos. En efecto, me veré obligado a rozar amplias perspectivas, y les pido que, desde un principio, traten con cierta reserva las diversas informaciones que tengo que dar les, por la sencilla razón de que se trata de información que no puede difundirse en la actualidad, sino a muy contadas personas. Más tarde, ustedes encontrarán las comprobaciones completas.

Sobre todo, partamos otra vez de mi afirmación de que, en el siglo XIX, surgió el materialismo como concepción del mundo, en el curso *natural* del progreso humano; en cierto modo, toda la humanidad fue puesta a prueba por el advenimiento del materialismo; el materialismo había de erguirse en el horizonte ideológico, seductor como una Circe; y las inclinaciones, sentimientos y sensaciones humanas, *habían* de adoptar tal forma que el hombre, por decirlo así, se enamora del materialismo. Verdaderamente, los hombres del siglo XIX se enamoraron del materialismo.

Del otro lado, hemos visto cuántos elogios merece el materialismo; hemos tenido que destacar que fue el materialismo como método, el que hizo posible las grandes conquistas de las ciencias naturales. Estos grandes resultados con todos sus adelantos técnicos, económicos y sociales, no hubieran podido realizarse, si no se hubieran creado las capacidades del alma humana, aptas para el enfoque materialista del mundo. Se juntaron, pues, dos cosas: por un lado, el curso de la evolución humana tenía que transcurrir y llegar hasta el punto en el estudio de la naturaleza, en que confirmándolo, había de *resultar* una interpretación materialista; precisamente las personas honradas tenían que desembocar en el materialismo, si seguían ciertos caminos sugeridos por la investigación científica, porque el materialismo era *bueno* como método de investigación de los secretos del mundo sensible. He ahí el primer aspecto.

Por otro lado, los corazones, las almas humanas quedaron condicionados para amar el materialismo, para volcarse hacia él. Así pues, *todo* se conjugó para poner a prueba a los hombres por medio de la concepción materialista del mundo.

Ya les dije que los ocultistas que tenían cierta responsabilidad para que la humanidad no se hundiera en el materialismo, hicieron un intento con el mediumnismo, y también les mostré que el mediumnismo siguió un curso equivocado. Ya hice alusión a uno de los desaciertos más importantes, o sea que, por doquiera, los médiums afirmaban poder dar

información y revelaciones del mundo en que los hombres entran después de la muerte. Además de todo lo que ya les dije, lo extraño fue que esas manifestaciones de los médiums que, aparentemente, procedían del mundo de los difuntos, tenían, todas, un matiz fuertemente tendencioso, precisamente en lo que se refiere a la vida del alma después de la muerte.

Desde ciertos centros importantes donde se recurría a los médiums, se propagaron manifestaciones que consternaron a los esotéricos tradicionalistas, es decir, aquellos que no querían que se divulgaran ciertas verdades ocultas. Les explicaré a continuación el por qué de esa consternación.

Para aclarar bien este asunto, repasen ustedes el ciclo de conferencias que di en Viena, hace algún tiempo: “La naturaleza interna del hombre y la vida entre la muerte y un nuevo nacimiento". En este ciclo, encontrarán hechos muy importantes que salen a luz si uno se acerca al mundo de ¡os muertos como es debido, es decir si uno se pone, por decirlo así, en condición para que los muertos puedan hablarle a uno.

Pero en muchos centros en que se recurría a los médiums, se obtuvieron revelaciones muy distintas. Ante todo, si revisan la literatura acumulada con base a las manifestaciones de los distintos médiums, ustedes se darán cuenta de que los más diversos médiums, especialmente aquellos que fueron guiados por las almas de personas vivas, dieron a sus mensajes un aspecto completamente tendencioso; descripciones de la vida después de la muerte que resultaron absolutamente falsas, comparándolas con el contenido de mi mencionado ciclo. Se darán ustedes cuenta de que, entre los distintos médiums, existía la tendencia de no dejar salir a la luz ninguna alusión a las repetidas vidas terrestres; en todos los centros en que los médiums pretendían que los muertos les hablaban, ellos describían la vida después de la muerte de manera tal que se excluía la posibilidad de vidas terrestres repetidas. Es que en el desarrollo del mediumnismo subyace la tendencia de dar, precisamente en sus puntos más importantes, información equivocada sobre la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, información falsa que categóricamente excluye la llamada reencarnación: ciertas personas que, de acuerdo con sus aspiraciones particulares, persiguen precisamente esta tendencia, querían hacer llegar al público, por conducto de los médiums, revelaciones que desmintieran las repetidas vidas terrestres. Así que, con ayuda de los médiums, se quería combatir la doctrina de la reencarnación.

He ahí un hecho muy llamativo, hecho por el cual habían de quedar sumamente alarmados los ocultistas de la extrema derecha, porque eran ellos mismos quienes habían propiciado todo lo del mediumnismo y sus efectos, al servicio de una tendencia, y no de la verdad imparcial.

Todas esas maniobras podían emprenderse, porque existía esa fuerte tendencia al materialismo. Sin duda, esta tendencia al materialismo existía; y con ninguna modalidad del materialismo es compatible lo que, con base en los métodos de la investigación espiritual, se halla consignado en aquel' ciclo sobre "La vida entre la muerte y nuevo naci-miento". Con todo, es perfectamente posible que alguien sea materialista en su manera de pensar y que, al mismo tiempo, crea lo que comunicaron los distintos médiums, sobre la vida después de la muerte., En realidad, semejante aceptación del mediumnismo no es sino una forma disfrazada del materialismo, que se avergüenza de ser materialismo y, por esto, utiliza los médiums para conseguir noticias sobre el mundo espiritual. Así que

forzosamente había que contar con el materialismo; y sacaron la mejor parte los que realmente contaban con él.

Pero el asunto es más complicado: en el curso del siglo XIX, hubo una gran confusión, incluso entre los que conocían algo del mundo espiritual, confusión sobre cierto asunto sobre el que es indispensable lograr claridad, si es que el movimiento espiritual ha de continuar. La confusión fue que continuamente se mezclaban Ahrimán y Lucifer; ya no se les podía distinguir; se reconocía *un* principio del mal y *el* representante del mal, pero no se podía ni se quería distinguirlos limpiamente. Recuerden lo que expuse en la Pascua: que aun el propio Goethe ya no era capaz de distinguir entre Ahrimán, que él llamaba Mefistófeles, y Lucifer: no se les puede distinguir, porque la semblanza que da Goethe de Mefistófeles, es una mezcla, cosa intermedia entre Ahrimán y Lucifer. En el curso del siglo XIX, la gente carecía de la facultad de distinguir entre los representantes de las corrientes espirituales, esto es, entre Arriman y Lucifer. Hoy me limitaré a hacer algunas alusiones a guisa de información; más adelante, lo desarrollaré en mayor detalle, y entonces resultarán también las comprobaciones.

Si se trata de lograr claridad sobre el mundo espiritual, mucho depende de poder distinguir correctamente entre Ahrimán y Lucifer. De ahí que tiene que hacerse esta rigurosa distinción que incluso subyace en nuestra escultura de madera en la que se han representado las dos potencias; tanto Ahrimán como Lucifer. El no saber distinguirlas bien, produce una peculiar confusión en la Ciencia Espiritual;,; si uno las confunde como lo hace Goethe con su mezcolanza entre Ahrimán y Lucifer en su Mefistófeles, existe el peligro que, a cada rato, Ahrimán aparezca en la forma de Lucifer. Entonces ya no sabe uno exactamente de quién se trata: ¿de Ahrimán? o de ¿Lucifer en la forma de Ahrimán?. Ahrimán quiere mentimos, engañamos por medio de la concepción materialista del mundo. Pero esta concepción materialista no llevaría a las consecuencias mencionadas ayer, si se prosiguiera lo suficiente, ateniéndose en todo momento al hilo del pensamiento. Sin semejante pensar de largo alcance, no se puede llegar a términos con el materialismo. Pero si uno revuelve Ahrimán y lucifer en una mezcolanza, entonces sucede que uno acepta aquello de la imagen de Ahrimán que le miente, porque lucifer acude en ayuda de Ahrimán, y porque uno siente entonces cierta ansia de aceptar como verdades, ciertos errores.

Este extraño hecho se ha formado en sumo grado: aceptar errores que, propiamente, sólo podían florecer en la . época materialista, época de la seducción ahrimánica; aceptarlos a consecuencia de la ayuda que lucifer brinda desde dentro. Ahrimán se mete en la interpretación de los fenómenos exteriores y nos miente sobre ellos. Pero se le vería el juego si lucifer no nos despertara las ansias de estimular ciertas verdades materialistas, en nuestra concepción del mundo.

He ahí, pues, la situación que existía en el siglo XIX. Los hombres se hallaban en esa situación, y aquel que quería aprovecharla en beneficio propio: desarrollar alguna tendencia unilateral, es decir, algún sendero izquierdista, lo que no le hubiera sido tan fácil si, en el siglo XIX, la humanidad no se hubiera encontrado en la situación de ser seducida y tentada por la mezcolanza de Ahrimán y Lucifer.

Pudo suceder, entonces, que personas que, propiamente, eran de disposición completamente materialista, tuvieran, en su concepción de! mundo, cierta dosis de elemento luciférico, suficiente para no creer en el materialismo, sino para buscar, dentro de

él, una concepción espiritual del mundo en el siglo XIX, era posible que se formara un tipo de hombre cuya cabeza tuviera disposición totalmente materialista, que ese hombre pensara totalmente como materialista, pero que su corazón anhelara lo espiritual. Ahí donde sucede esto, el individuo buscará lo espiritual dentro de lo material, y se empeñará en darle a lo espiritual una forma materialista.

Supongamos que tras un personaje de estas características, se halla alguna individualidad capaz de ver claramente toda la situación, entonces le es muy fácil manipular ese personaje, porque puede, si tiene interés, prepararle de manera que éste seduzca a los demás a ver lo espiritual de manera materialista; y se logran entonces las artimañas diseñadas para engañar a las personas. Esto se logra mejor haciéndolo en el punto justo, es decir, transmitiendo hechos concretos a las personas, abriéndoles el acceso a verdades que ellas anhelan. De este modo se pudo transmitir a la humanidad ciertas verdades espirituales, logrando una tendencia unilateral en una dirección determinada por el hecho de revelar por un lado, verdades que, si bien tenían un matiz materialista, *eran* verdades, y por el otro, de entremezclar en cierto momento algo difícilmente perceptible que debía conducir al error.

Esto es precisamente lo que sucedió al escribir el "Budismo Esotérico" de Sinnett. Aunque Sinnett sea el autor, detrás de él se halla el que llama su inspirador, y del que se sabe que fue la máscara de la individualidad de un Mahatma. Sinnett fue periodista, con mentalidad totalmente sumida en las tendencias materialistas del siglo XIX, pero con latente anhelo por un mundo espiritual, condición previa ideal para buscar el mundo espiritual en forma materialista. Por eso, pudo suceder que a la individualidad que, para lograr sus fines particulares, tenía el interés de utilizar el materialismo de manera espiritual, le resultó fácil desarrollar en el "Budismo Esotérico" de Sinnett una doctrina, espiritual en apariencia, pero con tendencia eminentemente materialista.

No faltará quien diga: " ¡Pero el Budismo de Sinnett no tiene nada de teoría materialista!" Eso de que uno no lo note, que la tendencia materialista quede tan disfrazada y escondida, es precisamente lo que importa; y sólo es posible comprenderlo si se conocen todos los antecedentes que acabo de mencionar.

Naturalmente, la estructura del ser humano, la teoría del Karma y Reencarnación, son verdades incontestables, pero hay una íntima relación del materialismo con todas esas verdades. El libro de Sinnett es una combinación de la auténtica concepción espiritual, con algo eminentemente materialista, combinación no fácil de descubrir, porque casi no había quien pudiera notar certeramente que en el meollo de una doctrina espiritual, se había infiltrado algo completamente materialista. Buen ejemplo de algo que es materialista, no solamente frente a la inteligencia humana exterior, sino también frente a la concepción espiritual del mundo, lo es la doctrina sobre la "Octava Esfera" dada en el "Budismo Esotérico".

Ese libro contiene enseñanzas que tienen un alto grado de verdad, y en las que se halla entretejida, como engaño eminentemente materialista, esa teoría de la Octava Esfera. La teoría de Sinnett culmina en la afirmación de que la Octava Esfera sería la Luna. Por sus virtudes periodísticas, por su buen estilo, el "Budismo Esotérico" ha alcanzado gran difusión y ha conquistado muchos corazones. Ellos han asimilado, no la verdadera enseñanza de la Octava Esfera, sino la absurda afirmación que hace Sinnett: que la Luna es la Octava Esfera.

Se hallaba, pues, publicado ese" Budismo Esotérico" de Sinnett. Sabemos que fue concebido en el tiempo en que la Blavatsky, después de todos los sucesos que les conté, ya se hallaba empujada al movimiento unilateral de los ocultistas hindúes, aquellos ocultistas izquierdistas que perseguían sus finalidades particulares. El "Budismo Esotérico", presenta la estructura del ser humano, así como la doctrina de Karma y Reencarnación, pero su concepción se halla en oposición a la doctrina que pretendía ocultar todo saber de la Reencarnación. ¿Se dan cuenta de la intensidad de la lucha?

La Blavatsky tenía relación con espiritualistas norteamericanos que querían hacer desaparecer la doctrina de la Reencarnación. El mediumnismo fue el instrumento adecuado y, por eso, se adoptaron las formas mediumnísticas. Como ella se rebeló, la echaron y ella cayó, más y más, en manos de los hindúes. Desde la India, se inauguró una corriente contraria: empezó la lucha entre el americanismo e hinduismo en relación con el ocultismo. Por un lado, existía la absoluta tendencia de hacer desaparecer la doctrina de las vidas terrestres repetidas; por el otro, la de llevar esta doctrina al mundo, pero de manera de tener en cuenta las inclinaciones materialistas del siglo XIX.

Esto podía hacerse si se manipulaba la doctrina de la Octava Esfera tal como fue manipulada en el citado libro de Sinnett. Además, hay cierto número de hechos lo suficientemente importantes para mencionarlos, porque no quiero asustarlos con estas observaciones, sino aclarar el punto de vista espiritual en que nos hallamos.

Surgieron dos dificultades a consecuencia de que el "Budismo Esotérico" de Sinnett contenía la manipulada doctrina de la Octava Esfera. Una dificultad fue la que la propia Blavatsky había creado: ella sabía que era falso lo que Sinnett había escrito, pero se hallaba en manos de los que querían introducir esta doctrina falsa en la humanidad. De ahí que ella trató -ustedes pueden leerlo en su "Doctrina Secreta"- de corregir, de cierta manera, precisamente ese concepto de la Octava Esfera y todo lo relacionado con él. Pero ella lo hizo de manera que los lectores se confundieran más todavía, y así quedó cierta discrepancia entre el "Budismo Esotérico" de Sinnett y la "Doctrina Secreta" de la Blavatsky. Ella hizo la corrección de manera que apoyaba aún más la tendencia unilateral de los ocultistas hindúes de la izquierda, y es que ella intentó de una manera muy peculiar -lo vamos a tratar todavía- de dejar traslucir contra el error, algo más de la verdad; tenía que poner un contrapeso. Porque desde el punto de vista de los ocultistas hindúes, hubiera sido muy peligroso dejar que la verdad saliera a la luz del día.

Para poner ese contrapeso -lo vamos a entender poco a poco-, ella tomó un camino especial: puso el contrapeso, acercándose a la verdad con respecto a la Octava Esfera, más de lo que había logrado Sinnett. Mas, por otro lado levantó, en la "Doctrina Secreta", tremendas injurias contra todo lo relacionado con el judaísmo y el cristianismo, sumergiéndolo todo en cierta doctrina sobre la naturaleza de Jahvé. Con esto, trató de compensar aquello que, del otro lado, había mejorado, de modo que no podía causar demasiado daño a la corriente ocultista hindú. Ella trató de lograr que tales verdades no se quedaran en teoría como en otras teorías que circulan en el plano físico. Estas teorías penetran en la vida general del alma, y matizan las sensaciones y sentimientos; se habían diseñado para imprimir cierta dirección en las almas. Es como si tuviera en su interior, un nudo de errores imposible de desenredar.

Naturalmente, la Blavatskv no sabía que los poderes tras ellos dos, tenían un particular interés en cultivar ese tipo de error en vez de la verdad; en cultivar un tipo de error apropiado a la corriente materialista del siglo XIX, error que solamente podía aflorar durante el apogeo del materialismo. Esto por un lado.

Por otro lado, el "Budismo Esotérico" de Sinnett y, en cierto modo, también la "Doctrina Secreta" de la Blavatskv, dejaron profundamente impresionados a los que sinceramente buscaban el mundo espiritual. Y esto naturalmente, espantó a los que tenían razón de asustarse de que pudiera tener éxito una corriente oculta de toque orientalista.

Existe un buen número de polémicas insensatas contra la HPB, contra Sinnett, contra el Movimiento Teosófico, etc. Pero entre esas polémicas las hay también que vienen de conocedores del asunto, pero de conocedores unilaterales.

La vida espiritual anglicana tenía la tendencia de impedir que se conociera la orientalista, y de evitar lo más posible que se difundiera la doctrina de la Reencarnación.

Entre los que se oponían a las doctrinas orientales, por considerarlas peligrosas para la cultura cristiana de Europa, estaban ciertos *esotéricos cristianos,* relacionados con la Iglesia Anglicana. De ese lado, hubo manifestaciones tendientes a rechazar la corriente orientalista de Sinnett y Blavatskv, a la vez que a cultivar un tipo de esoterismo apropiado para ocultar la teoría de la Reencarnación. El interés de ese grupo que no quería tener en cuenta la doctrina de la Reencarnación, a pesar de que era necesario darla, era afiliar cierta corriente a la *Forma del Cristianismo Europeo,* para lo cual se tomó un camino similar al de Sinnett.

Una vez más, he de insistir en que los que emprendieron las manipulaciones respectivas, probablemente no tenían plena conciencia de ser instrumentos de la individualidad que se encontraba detrás de ellos. Así como Sinnett no sabía nada de la verdadera tendencia de sus inspiradores, así tampoco los de la Iglesia Anglicana sabían quién había tras ellos. Pero sí sabían que sus actividades habían de causar impacto a los ocultistas, y esto les movió a dar impulso a la otra corriente, la que quería acabar con las vidas terrenales repetidas.

Si, después de estas alusiones preliminares, nos detenemos una vez más, en cuál es el error especial que se encuentra en la obra de Sinnett, encontramos que es la afirmación de que la Octava Esfera se manifiesta preferentemente en la Luna; es decir, que la Luna con sus influencias y efectos sobre el hombre, significa, la Octava Esfera. Expresado en esta forma, es un error; esto es lo importante. Si uno tiene que investigar las influencias lunares partiendo de la premisa de Sinnett, se encuentra en un grave error, error que resulta de la concepción materialista y que no se reconoce fácilmente. ¿Qué fue necesario, pues, para cultivar la verdad? Señalar los verdaderos hechos relativos a la Luna, frente a la exposición errónea del libro de Sinnett.

Vean el correspondiente capítulo en mi libro "La Ciencia Oculta. Un bosquejo". Mi tarea fue describir cómo la Luna fue expulsada de la Tierra; me esmeré en describir con particular claridad esa expulsión, pues había que señalar la verdad frente al error. Frente a la corriente hindú, fue necesario describir la función de la Luna en la evolución terrestre. He ahí lo que tenía que hacerse en mi "Ciencia Oculta",

La otra tarea se relacionaba con el advenimiento de las personas que acabo de mencionar, los esotéricos cristianos, que también se encontraban bajo cierto mando, y que no querían que se difundiera como verdad, la teoría de las repetidas encarnaciones, porque temían que, admitiéndola, se modificara la tradicional forma del cristianismo en Europa y América. Estos ocultistas escogieron un camino especial, camino que podemos apreciar claramente, si analizamos cómo procedieron para refutar el "Budismo Esotérico" de Sinnett. Estos ocultistas allegados a la Iglesia Anglicana, se impusieron la tarea de refutar las mencionadas obras de Sinnett y de la Blavatsky.

Ante las erróneas afirmaciones de Sinnett sobre la Octava Esfera, la actuación de aquel grupo anglicano fue muy acertada: declararon categóricamente que era falso lo publicado por Sinnett. Pero, al mismo tiempo, lanzaron otra doctrina: dijeron que el hombre no está relacionado con la Luna como lo describió Sinnett, sino de otra manera distinta. No se especificó esa "otra manera", pero se. podía ver que esas personas habían captado un poco la manera de cómo había salido la Luna, según lo he descrito en mi "Ciencia Oculta". Pero luego, esa gente subrayó fuertemente que la Tierra, y particularmente el ser humano, jamás estaba en conexión con los demás planetas del sistema solar, de modo que el hombre nunca hubiera podido vivir en Mercurio, Venus, Marte o Júpiter. Así pues, los defensores del esoterismo cristiano de cuño anglicano subrayaron que no hay relación entre el hombre y los demás planetas del sistema solar. Esto, sin embargo, es el mejor camino para introducir al mundo otro error y de hundir en la oscuridad la doctrina de la Reencarnación. El otro error, el de Sinnett, incluso la propicia, de cierto modo, si bien de manera materialista.

Ahora bien, el error que consiste en afirmar que el hombre, durante su evolución terrestre, jamás ha tenido relación con Mercurio, Marte, Venus, Júpiter, etc., no fue propalado por quienes lo publicaron, sino por sus inspira dores anónimos. Estos influyeron sobre estas almas humanas, de manera que jamás pudiesen creer en serio en la reencarnación. Por esto, los de ese lado subrayaron fuertemente que el ser humano nunca había tenido contacto con nada que no fuera la Tierra, es decir, ningún contacto con los planetas de nuestro sistema solar.

Por la descripción que di en "La Ciencia Oculta", ustedes saben que el hombre, entre el nacimiento y la muerte en cuanto a su evolución, se halla bajo el efecto de los Espíritus de la Forma. Pero si nuestra mirada abarca, además, la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, hay que tener en cuenta algo esencial, a saber, que estos Espíritus de la Forma se divierten, por decirlo así, en siete secciones, y que a Jahvé le corresponde, propiamente, tan sólo una de esas secciones, o sea, la que atañe preferentemente a la vida entre el nacimiento y la muerte; los espíritus de las otras seis secciones dirigen la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento (dibujo 6).

Este hecho sólo es accesible a la investigación de la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento. Así como Jahvé tiene que ver con la Tierra e incluso hizo el sacrificio de ir a la Luna para, desde allí, frenar ciertos desarrollos en la Tierra, así también los otros Espíritus de la Forma se hallan en relación con los otros planetas. Estas verdades hay que ocultarlas, encubrirlas, si uno quiere privar a los hombres de la concepción de las repetidas vidas terrestres. Concretamente, para ocultarlas, hay que desviar la atención de los hombres del secreto mencionado; pues si se les desvía de la observación verídica de la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, aceptarán la vida entre el nacimiento y la muerte sin ese

secreto, y que los médiums les cuenten que la existencia postmortem es simple continuación rectilínea de la vida terrestre.

En todo lo que se hace en este campo, hay mucha intención, pues el ocultista izquierdista que emprende tales cosas, sabe perfectamente bien en qué dirección tiene que orientar los pensamientos para que también los sentimientos se orienten en esta misma dirección, y para que los hombres se desvíen de ciertos secretos, y éstos no se descubran.

En la literatura pertinente, abundan las afirmaciones de que el hombre no tiene relación con los demás planetas de nuestro sistema solar, tras lo cual se oculta el afán de obstruir toda relación con los espíritus dominantes de los planetas de nuestro sistema solar, y de impedir que jamás se formaran conceptos que condujeran a considerar plausible la doctrina de la reencarnación. He ahí, pues, mi segunda tarea: presentar en esta área, la verdad frente al error. Vuelvan a leer la "Ciencia Oculta" y encontrarán que en ella me esmeré en perfilar, con toda precisión, que el ser humano tiene que alejarse de la Tierra para pasar en otros planetas, cierto tiempo de su vida. En "La Ciencia Oculta" destaqué nítidamente, por una parte, la relación con la Luna y, por la otra, la relación con los demás planetas.

¿Qué pretenden, en realidad esas eminencias entre bastidores? Aprovechan la moderna concepción materialista. Porque si se presenta el asunto como yo lo hice en mi "Ciencia Oculta", se atribuye, dentro de nuestra evolución terrestre, una misión a la relación de los demás planetas con nuestra Tierra. Los demás planetas también pertenecen a la evolución de la Tierra, en tanto que, para el materialista, no son sino bloques materiales que flotan en el espacio. Hube de retroceder a su esencia espiritual, retroceder a los espíritus de los planetas, y explicar sus funciones dentro de la evolución espiritual de la humanidad.

Así, el movimiento espiritual se hallaba, pudiéramos decir, enclavado entre dos tendencias: la que se empeñaba en deformar la verdad sobre la Luna, y la que se empeñaba en deformar la verdad sobre los planetas. He ahí la situación él. finales del siglo XIX. H.P.B. y Sinnett tenían la tarea de mutilar la verdad sobre la Luna; los otros pretendían deformar la relación de los planetas con la evolución de la Tierra. No crean que es fácil estar enclavado entre dos movimientos semejantes, porque, al fin y al cabo, se trata de ocultismo; y ocultismo significa que, para la comprensión de sus verdades, se necesita mayor energía que para la comprensión de las verdades comunes del plano físico. De ahí que existe también un mayor poder de engaño, que hay que desenmascarar. Por un lado, se oculta la verdad sobre la Luna, y, por el otro, se oculta la verdad sobre los planetas. ¡Dos errores que se difundieron a favor del materialismo! Por una parte, había que contar con el *materialismo* del lado oriental, es decir, con el lado que hizo las maromas con la *Luna,* para así promover la doctrina oriental de la *reencarnación.* Sin duda, lo de la reencarnación era cierto; pero oportunamente veremos que ello implicaba una fuerte concesión al materialismo, es decir, al budismo esotérico. Por otra parte, se quería salvar cierta modalidad del esoterismo católico en contra del embate del movimiento hindú, y ese esoterismo católico hacía los mayores esfuerzos para hacer desaparecer en lo material, todo lo espiritual que se relaciona con el desarrollo del *sistema planetario* como un todo.

He ahí la situación en que se encontraba la Ciencia Espiritual: desde todos lados, actuaban fuertes poderes que querían abrir paso a uno u otro de los movimientos conforme los describí.

Ahora se trata de mostrar por qué esa deformadora doctrina sobre la Luna constituye una concesión especial al materialismo, y cómo la enmienda introducida por H.P.B. casi hizo peor la cosa, porque corrigió las comunicaciones de Sinnett con gran talento ocultista, talento que le faltaba a Sinnett; pero en ello, HPB se valió de recursos especiales aptos para conservar todavía más el error.

Por lo pronto, se trata de entender por qué es errónea la doctrina de Sinnett sobre la Octava Esfera. Para comprenderlo, tienen ustedes que atenerse a la doctrina corregida relativa a la evolución de la Tierra en su totalidad, quiere decir, a la doctrina del paso por la evolución saturniana, solar y lunar, y, después, de la evolución terrestre. Recuerden que la antigua Luna tenía composición muy distinta de la de la Tierra. El reino propiamente mineral no advino hasta el ciclo terrestre, y lo que integra el mundo sensorio del plano físico, hállase totalmente impregnado de lo mineral. En los reinos humano, animal y vegetal, no se ve sino lo mineral que llevan impregnado; todo su cuerpo hállase saturado de lo mineral. Lo que no es mineral, es decir, lo lunar y lo solar, no se halla contenido sino de manera *oculta;* lo único que se percibe es lo mineral, lo terrestre. Esto hay que tenerlo presente, si uno, partiendo de la realidad terrestre actual, desea responder a la pregunta: ¿Qué es en el hombre la herencia de la antigua Luna?

Como ustedes ven, nuestra reflexión ya ha venido preparándose desde hace mucho tiempo, y la respuesta es: en este hombre, ya se halla insertado el antiguo hombre lunar, pero de modo que hemos de imaginarlo sin nada de mineral en él. Si ustedes perciben al hombre terrestre, concentrando su atención solamente en su incrustación mineral, tienen que imaginarse ahí dentro, el hombre lunar. Pero ese ser lunar no tiene nada de mineral, por lo que no puede vérsele con ojos físicos; sólo es posible encontrarlo, percibiéndole con el ojo espiritual. Quizás podría dibujar mejor el hombre lunar así, rayando adentro (dibujo 7).

En ciertos miembros subyace una forma lunar; está ahí dentro, pero sólo la mirada clarividente es capaz de percatarse de ello. Naturalmente, lo que está ahí dentro, existía en la antigua Luna. Pero recuerden de qué manera se percibía esto en la Luna antigua: ¡por medio de la cognición imaginativa! Eran imágenes flotantes, ondeantes. Las encuentran todavía hoy día; pero hay que percibirlas por medio de la clarividencia atávica. El hombre de la Luna antigua sólo podía ser percibido por clarividencia atávica; en aquel entonces, esto fue la percepción normal. Todo lo relacionado con el antiguo ciclo lunar, no puede observarse sino en imaginaciones, en la antigua clarividencia visionaria.

Jamás el hombre lunar puede plasmarse de la tierra mineral; sólo es posible construirlo de la Luna tal como se capta por clarividencia imaginativa. Así también hemos de imaginamos que, en el antiguo ciclo lunar, todo el medio ambiente fue visitable para el hombre lunar por clarividencia imaginativa, a semejanza de lo que nos rodea: plantas, animales, montañas, ríos, que es visible para el ojo físico.

Sabido es que las fuerzas latentes en esta antigua Luna, reaparecen en el ciclo terrestre. Pero la evolución terrestre hubiera tenido que extinguirse, como lo he explicado en "La Ciencia Oculta", si esas fuerzas lunares no hubieran sido expulsadas posteriormente; no podrían sostenerse dentro de las fuerzas terrestres. ¿Por qué no? Piensen que todo el planeta terrestre había de admitir el reino mineral; había de mineralizarse, por decirlo así. Durante el tiempo en que la Luna estaba todavía unida con la Tierra, la fuerza lunar estaba todavía dentro de ella. Pero tenía que salir y, por eso, la Luna tenía que separarse de la Tierra. Todo esto lo he expuesto en "La Ciencia Oculta". La Luna tenía que salir porque no

hubiera podido persistir dentro de la Tierra mineralizada, esto es, los humanos no hubieran podido desarrollarse tal como, de hecho, se han desarrollado. Pero piénsenlo bien: les dije que esa Luna es accesible tan sólo a la clarividencia imaginativa. Por consiguiente, si ustedes piensan en el hombre tal como se ha desarrollado en la Tierra, capacitándose para percibir por medio de los sentidos físicos, entenderán que ese hombre jamás hubiera podido percibir el éxodo de la Luna. Ese éxodo, así corno la existencia autónoma de la Luna emigrada, sólo hubieran podido registrarse por medio de la clarividencia. La constitución del hombre fue tal que, solamente con clarividencia, hubiera podido ver la Luna y su éxodo; y que los efectos que procedían de ella, durante y después del éxodo, habrían sido idénticos a los efectos de la antigua Luna; es decir, que influyeron sobre el hombre de tal manera que, entre otras cosas, le hubiera provocado la clarividencia imaginativa.

¡Ante qué situación se encontraba, pues, el hombre en aquel entonces! Se encontraba ante la situación de que podía formarse "el hombre", que el alma podía bajar de los planetas, etc, etc. Pero la Luna habría actuado como Luna, de manera que las fuerzas con que el hombre descendió, habrían sido las mismas de la antigua Luna que precedió a la Tierra. Jamás ser humano alguno hubiera percibido esa Luna, sino el que tuviera desarrollada la clarividencia visionaria.

Entonces, como concomitancia material de este suceso, de ese éxodo de las fuerzas lunares, resultó algo distinto (ya les he explicado la relación que tiene Jáhvé con la Luna): con el descenso de Jahvé a la Luna, ésta también se hizo material, mineral, pero de materialidad mucho más compacta que la de la Tierra. Por consiguiente, nuestra luna física actual que tiene como condición previa el haber recibido una incrustación mineral, es resultado de la actuación de Jahvé; se debe a que Jahvé añadió elementos a la Luna antigua. He ahí el producto de Jahvé.

En consecuencia, quedaron paralizadas las fuerzas de la antigua Luna y actúan ahora de manera muy distinta. Si la Luna no se hubiera mineralizado, sus fuerzas habrían obrado de manera que su brillo siempre habría provocado en los hombres la antigua clarividencia atávica; o bien, que habría actuado sobre la voluntad, de modo que el hombre habría quedado sonámbulo en extremo. Esa potencia fue paralizada a consecuencia de la mineralización de la Luna: las fuerzas antiguas ya no pueden prosperar.

He ahí una verdad muy importante, porque ahora ustedes entienden que la Luna tenía que mineralizarse para que no actuara en sentido de la antigua Luna. Así pues, si uno se refiere a la Luna como repetición de la "Luna antigua", hay que tener en cuenta que lo que se "repite' o "recapitula" es una esfera sideral que no se puede percibir con ojos físicos, sino que se refiere al mundo espiritual, si bien solamente al mundo espiritual subconsciente que es visible para la clarividencia visionaria. Hablar de la repetición de la Luna antigua, equivale, pues, a hablar de algo espiritual. Y lo que es mineral en la Luna, es lo que, a la postre, se agregó a lo espiritual; no integra la Luna en sentido antiguo.

¿Cuál fue la actitud que se adoptó ante el materialismo del siglo XIX? El materialismo no aceptaba en que, tras la Luna material, se encuentra todavía el remanente importante de la antigua Luna no-mineralizada. No lo creía; por eso, se le hizo una concesión al materialismo: en los escritos ocultistas, se hizo referencia únicamente a la Luna física materializada. Así, Sinnett suprimió lo espiritual, precisamente en la Luna; se limitó a decir en su "Budismo Esotérico": "La Luna tiene una materialidad mucho más compacta que

la Tierra". Efectivamente, sí la tiene; debe tenerla; pero suprimió totalmente que tras esto existe lo oculto a lo que aludí. Sinnett hizo, pues, la concesión de referirse únicamente a la materialidad de la Luna, sin considerar lo espiritual que hay detrás. Yeso espiritual no pertenece a la Tierra, sino que guarda mucha mayor afinidad con la antigua Luna que con la Tierra.

Este hecho se ocultó por completo, lo que trajo enormes consecuencias porque, de esta manera, Sinnett colocó una verdad fundamental, a saber, que la Luna tiene que ver con la Octava Esfera, bajo una luz totalmente equívoca, y la desfiguró de manera sumamente astuta: suprimió el espectro espiritual de la Octava Esfera, o sea, calló el hecho de que esta Esfera, como cuyo representante se presenta la Luna, es lo que se halla detrás de la Luna. En cambio, Sinnett dio el nombre de Octava Esfera a aquello que habría de servir precisamente como corrección para paralizar la Octava Esfera. Lo material de la Luna tiene la función de paralizar e inactivar la Octava Esfera.

Se escapa a la atención de los hombres cómo actuaría la Octava Esfera, si se sacara lo material de la Luna; alteraría toda la naturaleza anímica del hombre en la Tierra; y el que no sea así, se debe a que la Luna recibió incorporada cierta materialidad más compacta. Sinnett da el nombre de "Octava Esfera" *a aquello que hace ineficaz a la Octava Esfera, la materialidad; a la vez que oculta lo que realmente es la Octava Esfera,* esto es, las fuerzas de la antigua Luna. He ahí una trampa que se usa mucho en ocultismo: decir algo que, en el fondo, es verdad, pero decirlo de tal manera que resulta totalmente falso -perdonen la antinomia.

Es falso decir que *lo material* de la Luna es la Octava Esfera, porque lo material es precisamente lo contrario: es la salvación de la Octava Esfera. Pero es correcto decir que la Luna es la Octava Esfera, porque ésta se halla efectivamente ahí arriba, centralizada en la Luna, "viviendo" en ella. Con lo cual hemos llegado al punto de poder explicar, de manera más exacta que antes, lo que en realidad es la Octava Esfera, tan íntimamente relacionada con la esfera espiritual del desarrollo del siglo XIX. De esto me ocuparé mañana.

V CONFERENCIA

19 de octubre de 1915

Es sumamente difícil hablar de la Octava Esfera, que Sinnett fue el primero en mencionar -no se puede decir que haya dado información, porque su información estaba plagada de errores-. Y ¿por qué es difícil hablar de ella? porque, una vez más, hemos de advertir: nuestro lenguaje está hecho, naturalmente, para el mundo sensible, y en este mundo exterior sensible, la Octava Esfera se consideraba como un secreto, hasta tanto que Sinnett la mencionara.

Por eso es exiguo el vocabulario de palabras que se pudieran aplicar fácilmente para dar una característica de esa Octava Esfera. También el hecho de que, por mucho tiempo se ha evitado hablar de ella, insinúa la trascendencia que puede tener su divulgación. De modo que también aquello que hoy les diga a modo de aforismo, no podrá ser más que breve alusión a algunas características introductorias; ojalá que, en el futuro, tengamos oportunidad de ampliarlas. Trataré de dar una característica de esta Octava Esfera, con

base a lo mencionado ayer y en ocasiones anteriores, para que podamos apoyamos en ello y decir algo sobre el desarrollo del movimiento espiritual en el siglo XIX, y al principio del XX.

Por lo dicho ayer, ustedes ya se habrán dado cuenta de que la Octava Esfera no integra el mundo sensible; en efecto, destaqué que el más grave error de la afirmación de Sinnett es precisamente que la Luna física tenga alguna relación directa con la Octava Esfera. Y he tratado de hacer comprensible que precisamente el enfoque materialista, es decir, la creencia de que esa Esfera sea algo material físico, constituye la base del error.

Esto les permite presentir al menos, que aquello. que es llamado la Octava Esfera no puede estar directamente ligado a algo perteneciente al mundo sensible. Esto significa que queda excluido de la Octava Esfera, 'precisamente todo lo que puede ser captado por los sentidos del hombre y lo que puede ser imaginado en base a esos sentidos. Es decir, que por lo pronto no se podrá hallar la Octava Esfera dentro del mundo sensible.

¿Cómo podemos conceptualmente, acercarnos a la idea de la Octava Esfera? Les dije que ella guarda relación con lo que queda como resto o remanente de la antigua evolución lunar. Ayer traté de destacar que, en la antigua Luna, la percepción correcta fue la imaginativa-visionaria, lo que implica que todo lo sustancial que acaso pudiera buscarse en la Octava Esfera, habría que encontrarlo ah í donde pueden hacerse descubrimientos por medio de la imaginación visionaria. Por lo tanto, hemos de suponer que la Octava Esfera pueda descubrirse por conducto de tales imaginaciones visionarias.

¿Por qué se usa la expresión "Octava Esfera"? Ustedes conocen las siete esferas: Saturno, Sol, Luna, Tierra, Júpiter, Venus, Vulcano. En estas siete esferas, la evolución humana continúa avanzando, tal como lo mencioné varias veces. Supongamos ahora que, fuera de esas siete esferas, existe algo más, algo que se ubica fuera de ellas y que, no obstante, tiene cierta relación con la Tierra: podemos designarlo, entonces, con cierto derecho, como Octava Esfera. Es necesario saber que ese algo se ubica más allá de las siete esferas y tiene cierta relación con la Tierra, y que, como octava estructura, se halla al lado de las otras siete que, en conjunto, integran la región de la evolución humana regular.

Lo indicaré de esta manera: supongamos que tenemos aquí, en forma gráfica y esquemática, una formación de los estados planetarios que sólo se puede observar de manera imaginativo-visionaria y que hay una octava formación planetaria junto a las siete anteriores, que podemos describir como ámbito regular de la evolución humana (dibujo 8).

Mi dibujo es, por supuesto, esquemático: tengo que yuxtaponer lo que, a la observación, se presenta sobrepuesto. Por todo lo que hemos estudiado anteriormente, ya habrán adivinado que mientras uno se mueve dentro de lo sensible y observa el mundo por medio de la inteligencia, se estará en la Cuarta Esfera, esto es, en la terrestre. Pero si, por el desenvolvimiento del alma se llega a poder ver la Tercera Esfera, la de la Luna, no hace falta emprender vuelos espaciales a gran distancia: físicamente, espacialmente, se observa desde el mismo lugar, no desde otro distinto. Así pues, estas siete esferas tendrían que dibujarse una dentro de la otra; corresponden a sucesivos estados de desarrollo. En realidad, este esquema no tiene otro valor que el decir: los hombres se desarrollan del nacimiento hasta los siete años en una primera etapa; de los siete hasta los catorce en una segunda, etc.; en este caso, tampoco cabría la yuxtaposición de las diversas etapas. Y lo

que no vale en el caso del hombre, tampoco vale si se observan las siete etapas sucesivas del desarrollo terrestre.

Esto les permite intuir que la Octava Esfera se observa en la esfera terrestre: no se la puede dibujar ni abajo ni arriba, sino que habría que dibujarla dentro de la Tierra; la pizarra no se presta. Muchas veces he utilizado el ejemplo burdo: así como nos rodea el aire físico, así también nos rodea todo lo espiritual; hasta dentro de nuestro físico, hemos de buscar en nuestro alrededor, todo lo espiritual. Hemos de suponer pues, que, lo mismo que todo lo espiritual se halla rodeándonos, también la Octava Esfera se halla en nuestro alrededor, lo que implica que el hombre debería desarrollar, para percibir la Octava Esfera, un órgano tan apropiado como lo son los órganos físicos para la Tierra. Entonces, el hombre podría estar con clara conciencia en la Octava Esfera; inconscientemente lo está siempre, lo mismo que uno siempre se encuentra rodeado de aire, aún cuando no lo note. Así también la Octava Esfera siempre está ahí, y si uno desarrolla el órgano para percibirla, tenemos conciencia de su presencia en torno nuestro. Por lo tanto, si queremos caracterizarla, hemos de describir algo dentro de lo cual vivimos y estamos continuamente.

En estas reflexiones preliminares, no puedo dar, por de pronto, más que un poco de información; lo demás ya vendrá en el curso de las próximas charlas. Ya hemos dicho que aquello que nos rodea como Octava Esfera, es accesible ala clarividencia imaginativa-visionaria. No es posible desarrollar la clarividencia imaginativa, sin percibir algo de la Octava Esfera. Como sea que actualmente existen tan pocas personas que poseen una clarividencia precisa y diferencial, es tan difícil hablar de temas como el de la Octava Esfera. En ella, tenemos, pues, imaginaciones; y no hay en ella a aquello que es lo esencial de la evolución terrestre, es decir, de la Cuarta Esfera. Como mencioné ayer, lo peculiar de la Cuarta Esfera es la impregnación mineral de nuestro planeta. El que vivamos sobre la Tierra, se logra por hallarse Impregnado ese cuarto cuerpo, de lo mineral; por estar nosotros siempre rodeados de lo mineral; es decir, por poder percibir por medio de los sentidos, y por poder combinar con la inteligencia, aquello que los sentidos han percibido. Todo eso mineral, hemos de eliminarlo de nuestra mente, cuando pensamos en la Octava Esfera; en ella, lo mineral no existe en absoluto.

Si hacemos abstracción de lo mineral, naturalmente ya no nos queda más que una fase tardía del desarrollo de la antigua Luna, porque ¿de dónde podría llegar algo distinto? Pero las cosas siguen desarrollándose: algo que fuera substancialmente perceptible a la clarividencia imaginativa-visionaria y que fuera simple remanente de la antigua Luna, todavía no sería una Octava Esfera; lo único que podría afirmarse referente a ese fenómeno, sería que la “Tercera Esfera ha dejado algo".

Para vislumbrar un poco cuál es la realidad de la Octava Esfera, tengamos en cuenta lo siguiente: dado que la Luna, la Tercera Esfera, se desarrolló regularmente, esa Tercera Esfera se transformó en la Cuarta. Vale decir que se produjo una transformación del tercer reino elemental, pues así debemos llamarlo al reino mineral. En otras palabras: a lo anterior se ha agregado lo mineral. Si no fuera así, tendríamos que imaginamos la Luna antigua como una suma de sustancialidades sólo accesibles imaginativamente. Hemos de suponer, pues que el avance regular de la Luna a la Tierra, es decir, de la Tercera a la Cuarta Esfera, consiste en que se vuelve perceptible a los sentidos, aquello que, antes, era perceptible solamente por la Imaginación; todo eso 'debido a la reestructuración mineral. Como Octava Esfera queda, por lo pronto, lo lunar; pero esto lunar sufre una transformación, a consecuencia de determinado suceso. Por el estudio de "La Ciencia

Oculta", ustedes saben qué pasa para que, de la Tercera Esfera, nazca la Cuarta: a los Espíritus del Movimiento vienen a asociarse los Espíritus de la Forma y operan toda la transformación. Insisto: la Cuarta Esfera surge de la Tercera, debido a que los Espíritus de la Forma se juntan a los del Movimiento.

Ahora bien, si los Espíritus de la Forma pretendieran y pudieran realizar todo lo que late en ellos como potencialidad, entonces, desde luego, en el momento en que la Tercera Esfera haya cumplido su meta en el Universo, no nacería de ella otra cosa que la Cuarta Esfera. Pero, como ustedes saben, existen los espíritus luciféricos y ahrimánicos, y ellos retienen para sí mismos algo de la sustancialidad lunar; he ah í una de sus funciones esenciales; la arrebatan a los Espíritus de la Forma. Así pues, al avanzar. la Esfera Tres, intervienen Lucifer y Ahrimán, arrebatan algo a los Espíritus de la Forma y. anidan en esa parte arrebatada, en vez de los Espíritus de la Forma; y se asocian a los Espíritus del Movimiento, dando origen a una Octava Esfera a partir de la Tercera.

Ya hemos dicho que debe de existir algo más que la sola Luna antigua; y ese algo que entonces se objetivó y surgió al lado de la Esfera Cuatro, es que lo mineral fue arrancado a esta Cuarta Esfera en el momento de nacer, en el status nascendi. En otras palabras: en el momento en que lo mineral se forma a partir de lo imaginativo, Lucifer y Ahrimán se apoderan de ello y lo introducen en la imaginación. En vez de que, de los elementos lunares residuales, se forme una Tierra, se crea un cuerpo sideral que debe su origen a que se inserta en el producto de la transformación de la Luna.

Recuerden ahora cómo describí las condiciones de la Luna antigua en mi "Ciencia Oculta", condiciones que se deben a que todavía no existía nada de mineral. Si existiera, ese planeta sería una tierra, y no una luna. Al generarse lo mineral, se genera la Esfera Cuatro. Cuando Lucifer y Ahrimán arrancan lo mineral de la Esfera Cuatro y lo incrustan en la Esfera Tres, se recapitula la Luna, pero utilizando el material que, propiamente, pertenecería a la Tierra.

Ahora, fíjense bien: en vez de existir imaginaciones puras, es decir, inmateriales, ellas se densifican con lo mineral que se arranca a la Tierra; se crean imaginaciones densificadas. Nos hallamos, pues, encastillados en un mundo de imaginaciones densificadas, que se distinguen de las imaginaciones lunares, precisamente por esa densificación con material terrestre. He ahí los fantasmas: tras nuestro mundo, Lucifer y Ahrimán han creado un mundo de fantasmas.

Pudiera representarlo esquemáticamente así: en la Luna antigua, existían algunas imágenes que hubieran debido pasar a la Tierra como algo que fuera observable en todas partes de ella. Pero Lucifer y Ahrimán las retuvieron. Luego arrancan a la Tierra ingredientes terrestres y los rellenan de las imaginaciones retenidas, de modo que esas sustancias terrestres no se convierten en formaciones terrestres, sino en configuraciones lunares. Así pues, existe encerrada en nuestra Cuarta Esfera, una esfera que, en realidad, es una esfera lunar, pero completamente rellena de material terrestre, es decir, un hecho totalmente equivocado en el cosmos. A las siete esferas, se agregó una octava, concebida en contra de los espíritus progresivos. De ahí resulta la necesidad de que, en la Tierra, los Espíritus de la Forma tengan que luchar por cada partícula sustancial susceptible de mineralización, para que Lucifer y Ahrimán no se la arrebaten y la incrusten en la Octava Esfera.

Así pues, en realidad, nuestra Tierra, la Esfera Cuatro, no es lo que ella aparenta ser externamente. Si realmente consistiera en átomos, todos esos átomos estarían, además, impregnados de las formaciones de la Octava Esfera, sólo perceptibles a la clarividencia visionaria. Esas formaciones se hallan metidas por doquier, y el contenido de la Octava Esfera existe por doquier como fantasmas: ese contenido puede, pues, percibirse como pueden percibirse los verdaderos fantasmas. Toda existencia terrena se encuentra dentro de ese marco. Continuamente, Ahrimán y Lucifer se esfuerzan por arrancar de la sustancia terrestre todo lo que puedan, para formar su Octava Esfera, la cual, una vez perfeccionada lo suficiente, será desligada de la Tierra y tomará sus propios caminos cósmicos con Lucifer y Ahrimán, en cuyo caso la Tierra evolucionaría hacia Júpiter tan sólo clamo un torso, por decirlo así. Sin embargo, el hombre se halla plenamente colocado en toda esa evolución terrestre, pues lo mineral lo impregna por completo; él forma parte permanente de lo mineral. Por doquiera, el proceso mineral se extiende por nosotros, y se halla involucrado en esa lucha, de manera que, constantemente, pueden arrebatársele partículas de esa sustancia: nosotros mismos estamos permeados de ese proceso. Ahrimán y Lucifer luchan contra los Espíritus de la Forma, y parte de su lucha consiste en que pretenden arrancarnos la sustancia mineral.

Mas esta lucha es de distinta intensidad en las diferentes partes de nuestro organismo; nuestro desarrollo es diferenciado; tenemos órganos más perfectos y órganos menos perfectos. El más perfecto es nuestro órgano del pensar, nuestro cerebro y nuestro cráneo, y precisamente ahí es más intensa la mencionada lucha, por la razón de que el cráneo y el cerebro humanos tienen precisamente la configuración que tienen. ¿Y por qué la tienen? Porque ahí es donde Lucifer y también Ahrimán lograron, mejor que en otras partes, arrancarnos lo más de sustancia mineral; ahí la sustancia física se halla más espiritualizada. Nuestra formación craneana se debe a que ahí es donde más se nos ha arrancado. Por eso es que, con la cabeza, es con lo que más nos podemos liberar de nuestro organismo; podemos elevarnos en pensamientos, podemos distinguir entre el bien y el mal. Por eso, Lucifer y Ahrimán han alcanzado sus máximos logros en arrebatarnos la sustancialidad mineral izada, porque han podido arrancarla precisamente del órgano que se considera la parte más noble del ser humano. Esa alquimia que consiste en hacer llegar sustancia mineral a la Octava Esfera, ocurre constantemente entre bastidores de nuestra existencia. De momento, doy simple información; oportunamente, resultarán las comprobaciones.

Si todo les saliera bien a Lucifer y a Ahrimán; si, en todas partes del organismo, pudieran arrancar tanto como han arrancado al órgano cefálico, la evolución de la Tierra llegaría pronto al punto donde Lucifer y Ahrimán lograrían destruir nuestra Tierra y desviar toda la evolución cósmica a la Octava Esfera, de modo que todo el desarrollo de la Tierra tomaría un curso distinto. De ahí el afán de Lucifer de aplicar su mayor esfuerzo al punto más vulnerable del ser humano, esto es, a su cabeza, la fortaleza que para él es la más fácil de conquistar. Y todo lo que es similar a la cabeza en cuanto a distribución de lo minera!, esto es, todo lo que puede ser absorbido, se encuentra expuesto al mismo peligro de ser atraído hacia la Octava Esfera. Según la intención de Lucifer y Ahrimán, el arrebatamiento tiene la finalidad de que toda la evolución de la humanidad desaparezca en la Octava Esfera.

El caso es, pues, que, desde el principio de la evolución terrestre, la intención de Lucifer y Ahrimán era hacerla desaparecer en la Octava Esfera. Contra esta tendencia, habían de crear un contrapeso los espíritus que pertenecen al coro de los Espíritus de la Forma. El contrapeso externo creado por ellos consiste en que colocaron en el espacio de la Octava Esfera, algo que contrarresta aquella tendencia.

Si queremos dibujar con propiedad, y si aquí tenemos la Tierra, hemos de dibujar aquí la Octava Esfera, para que se vea que ella es algo que pertenece a nuestra Tierra física (dibujo 9).

En el fondo, estamos siempre rodeados de imaginaciones, siempre expuestas a la infiltración mineral, materialista. Por eso, tuvo lugar el sacrificio de la expulsión de las fuerzas lunares, por Jahvé o Jehová, de sustancia mucho más compacta que la demás sustancia mineralizada física, que Jahvé colocó en la hoy esfera lunar, como contrapeso. Esa sustancia fue muy tosca, y esta tosquedad la describió sobre todo Sinnett. Es una sustancia mucho más física, más mineral izada que'la que existe en cualquier otro lugar de la Tierra, para que Lucifer y Ahrimán no pudieran disolverla e infiltrarla en su mundo de las imaginaciones.

Esta Luna gira, pues, en torno a la Tierra, como materia compacta, vítrea, densa, inastillable. Incluso las descripciones físicas de la Luna, concuerdan con esto. Se extrajo todo lo disponible de la Tierra y se lo incorporó en la Luna, para que hubiera suficiente materialidad física que no pudiera absorberse; la Luna constituye, en el Universo, un material mucho más mineralizado, más compacto que en ningún lugar de la Tierra. Hemos de reconocer, pues, que Jahvé o Jehová es la entidad que, ya al nivel del plano físico, procuró que no todo lo material pudiese ser absorbido por Lucifer y Ahrimán. A su debido tiempo, se procurará que la Luna se reintegre otra vez en la Tierra; yeso cuando la Tierra sea lo suficientemente fuerte para incorporársela nuevamente, es decir, cuando haya eliminado el peligro por la correspondiente evolución.

He ahí la situación en el campo de lo físico-mineral externo. Pero también en el campo humano fue necesario poner un contrapeso a la intención dirigida contra la cabeza humana. Así como, ahí fuera, había que densificar la materia, para que Lucifer y Ahrimán no pudiesen deshacerla por su alquimia, del -mismo modo había que introducir en el ser humano algo para fortalecer el órgano más vulnerable al ataque por Lucifer y Ahrimán. Así como Jehová había procurado que, al nivel exterior mineral, no todo cayera en poder de Lucifer y Ahriman, así también tomó similares precauciones al nivel humano.

Había que procurar que, en el hombre, no todo emanara de la cabeza únicamente, que no todo descansara en el trabajo mental y senso-perceptivo, pues si así fuera, Lucifer y Ahrimán tendrían ganado el juego. Había que crear un contrapeso en el campo de la vida terrenal; tenía que haber algo en el hombre que fuera completamente independiente de la cabeza. Y esto se logró gracias a que los buenos Espíritus de la Forma inculcaron en el principio de la herencia, el impulso de amor; por consiguiente, en el género humano vive ahora algo que es independiente de la cabeza, algo que se transmite de generación en generación y cuya predisposición elemental radica en la naturaleza física del hombre.

Todo lo que se relaciona con la reproducción y con la herencia; todo lo que es independiente del hombre, de modo que. él no puede penetrarlo con su pensamiento; todo lo que el hombre recibió como don de la bóveda celeste: todo eso es presencia del principio de amor que satura la reproducción y la herencia. De ahí la enconada lucha de Lucifer y Ahrimán, a través de la historia, contra todo lo que procede de esa región; ellos siempre quieren imponerle al hombre el dominio exclusivo de la cabeza y, por intermedio dé la cabeza, dirigen sus ataques contra todo aquello que es externo parentesco natural, porque son impotentes para apoderarse de lo que en la Tierra es sustancia genética.

Lo que la Luna es en el firmamento, es, en la Tierra entre los hombres, la herencia. Todo lo que descansa en la herencia, todo lo que el humano no escruta, lo que tiene relación con la Naturaleza, todo eso es Principio de Jahvé. El Principio de Jahvé se halla presente allí donde la naturaleza actúa en toda su pureza; allí es donde Jahvé derramó al máximo su amor natural, para crear un contrapeso contra la carencia de amor, o pudiéramos decir, contra la tendencia de la mera sabiduría de Lucifer y Ahriman.

Ahora tendríamos que repasar minuciosamente ciertos capítulos que tratamos aquí, recientemente, desde puntos de vista totalmente distintos, para mostrar cómo, para la Octava Esfera, los buenos Espíritus de la Forma levantaron barricadas contra Lucifer y Ahrimán dentro de la herencia humana. Si ustedes profundizan esos capítulos, encontrarán que, con esas alusiones, queda dicho algo sumamente importante.

Para comprenderlo siquiera en parte, hay que enfocar el tema aún desde un punto de vista algo distinto. Según la descripción del desarrollo humano, en "La Ciencia Oculta", avanzando a través del ciclo saturniano, solar y lunar, ustedes saben que, durante esos ciclos, no hubo, ni remotamente, nada que pudiera llamarse libertad: allí, el ser humano se hallaba encerrado en un tejido de necesidades; todo acontecía por necesidad. Había que dotar al hombre de naturaleza mineral; convertirlo en un ser impregnado de mineralidad, para que madurara hacia la libertad: sólo dentro del mundo terrenal, sensible, es posible educar al hombre para la libertad.

Sin duda, con ello queda señalado un significado sumamente importante del mundo terrenal sensible: aquello que la humanidad ha de adquirir, esto es, la libertad de voluntad, sólo puede adquirirse durante el ciclo terrestre. En Júpiter, Venus y Vulcano, los seres humanos tendrán necesidad de esta libertad. Por lo tanto, al enfocar la libertad se entra en un campo sumamente significativo, porque uno se da cuenta de que la Tierra es la generatriz de la libertad, precisamente en virtud de impregnar a! ser humano de lo físico-mineral.

De lo dicho, ustedes apreciarán que aquello que se origina en la voluntad libre, hay que conservarlo precisamente en la esfera terrestre. Si bien desarrollando la clarividencia es posible proyectar el principio de libertad hacia los estados planetarios futuros, este principio es incompatible con el legado de las Esferas Tres, Dos y Uno; dentro de ellas, no hay margen para la libertad. Pero Lucifer y Ahrimán tienen el anhelo de arrastrar hacia su Octava Esfera precisamente la humana voluntad libre; introducir en ella todo lo que procede de la libre voluntad. El hombre se halla, pues, en constante peligro de que se le arranque su libre voluntad, y que se la arrastre hacia la Octava Esfera.

Esto sucede, por ejemplo, cuando el elemento de la libre voluntad se transforma en clarividencia visionaria; entonces el hombre ya está dentro de la Octava Esfera. He ahí algo que a los ocultistas no les gusta admitir; porque propiamente, es una verdad horrible: en el momento en que la libre voluntad se transforma en clarividencia visionaria, esa facultad que se desarrolla en el hombre, cae presa de Lucifer y Ahrimán; ellos inmediatamente la atrapan, con lo cual desaparece para la Tierra. Así, la retención de la libre voluntad da origen, en cierto modo, a los fantasmas de la Octava Esfera; Lucifer y Ahrimán hállanse continuamente empeñados en atar esa libre voluntad, y de sugerirle al hombre toda clase de ilusiones fingidas, para luego arrancárselas y hacerlas desaparecer en la Octava Esfera. En las veleidosas modalidades de clarividencia desarrolladas por ciertos crédulos ingenuos,

queda fijada, a menudo, su voluntad libre. Lucifer lo elimina inmediatamente y, en tanto que los hombres creen alcanzar un pedacito de inmortalidad, la verdad es que se les arranca un pedazo o un producto de su alma y se lo condiciona para la Octava Esfera.

Ya se imaginan ustedes cuán estremecidos han de haber estado los individuos que, por compromiso, habían convenido transmitir a los hombres, por el camino del mediumnismo, toda clase de verdades del mundo espiritual, y que luego se dieron cuenta de que los médiums creían que eran los muertos que les hablaban. Pero los ocultistas ya sabían: lo que tiene lugar entre los médiums y las personas vivas, consiste en que la corriente de la libre voluntad queda captada para la Octava Esfera. En vez de vincularse a lo eterno, sacaron a la luz precisamente aquello que, continuamente, desaparecía, hundiéndose en la Octava Esfera.

Lucifer y Ahrimán están ávidos de arrastrar lo más que puedan, hacia esa Octava Esfera. Goethe, a pesar de haber confundido a Lucifer y Ahrimán, describió muy bien cómo a Mefistófeles-Ahrimán se le arrancó un alma. La mayor presa que Lucifer y Ahrimán jamás pudieran alcanzar, sería escamotear, no alguna parte del alma, sino un alma entera, pues entonces esa alma habría quedado sustraída al desarrollo terrenal, desvanecida hacia la Octava Esfera. El mayor triunfo para Lucifer y Ahrimán consistiría en poder proclamar, algún día, que en su reino han entrado el mayor número de difuntos. Y, efectivamente, está a su alcance una estrategia para lograrlo. Ellos pueden razonar así: "Propiamente, los hombres quieren saber algo sobre la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento. Por lo tanto, si les proporcionamos alguna información diciéndoles que procede de los muertos, ellos estarán contentos e inclinarán su sentimiento precisamente hacia el reino del que, aparentemente, les viene esa información de los muertos. Si queremos, pues, que los ánimos se vuelvan hacia la Octava Esfera, basta con decirles a los hombres: os contamos algo de los muertos; los atrapamos haciéndoles creer que los muertos se encuentran donde estamos nosotros".

He ahí el plan diabólico que Lucifer y Ahrimán aplicaron cuando el ocultismo había caído en la trampa de seguir el camino del mediumnismo; inspiraron a todos los médiums para que los hombres se inclinaran hacia el reino desde el cual se suponía que hablaban los muertos, y para que Lucifer y Ahrimán pudieran atrapar a las almas. Se asustaron los ocultistas al darse cuenta del curso que había tomado su empresa, y buscaron la mejor forma de abandonar este camino. Incluso los ocultistas de la izquierda comprendieron la necesidad de un cambio, y dijeron: hagamos algo distinto. Para esto, se ofreció la oportunidad con la aparición en escena de una personalidad tan singular como la Sra. H. P. Blavatsky. Desenmascarado, pues, el plan de Lucifer y Ahrimán, y renuentes los ocultistas a prestar la mano para su realización, aquellos dos tuvieron que cambiar de estrategia.

Así pues, en la evolución natural de la Tierra, el materialismo había hecho su aparición. De ahí que, para enfocar la evolución mineral como tal, había de concentrar la atención en lo material únicamente. ¡En eso, precisamente, consiste el materialismo! Los ocultistas que perseguían intereses particulares, se decían: contemos, pues, con el materialismo; si nos limitamos al simple materialismo terrenal, el hombre, por su pensamiento, forzosamente llegará a darse cuenta de que no existen los átomos; así pues, el simple materialismo terrenal, no es propicio para nuestras intenciones. Pero seguramente podemos corromper el pensamiento humano, si al materialismo le ponemos cariz de oculto. Y la mejor oportunidad para ello es proclamar como "Octava Esfera", a la Luna, es decir, la esfera que hubo de ser creada precisamente como contrapeso a la Octava Esfera. Porque si los

hombres creen que la materia que había de crearse corno contrapeso a la Octava Esfera, es la Octava. Esfera, superaremos cualquier materialismo terrenal, por radical que sea. Y todo materialismo terrenal fue superado por la afirmación de Sinnett: ahí, el materialismo se lleva al terreno oculto, y el ocultismo se hace materialismo. Pero tarde o temprano, los hombres debieran haberle visto el juego. H. P. Blavatsky, que tenía profundas intuiciones del devenir de la Tierra y que logró desenmascarar la extraña individualidad de la que les hablé en días pasados, se dijo:"Esto no puede seguir así; habrá que hacerla de manera distinta", pero lo dijo bajo la influencia de los ocultistas hindúes del sendero izquierdo.

Para crear entonces algo que superara la obra de Sinnett, había aceptado las sugerencias de los ocultistas hindúes que la inspiraban. Como adeptos del camino de la izquierda, lo único que les interesaba, eran sus particulares intereses hindúes: establecer sobre la Tierra un sistema de sabiduría del que Cristo quedara eliminado y del que también Jahvé-Jehová quedara excluido. Con este objeto, la Blavatsky tenía que introducir en su teoría, mañosamente, un elemento que poco a poco, eliminara a Cristo y a Jahvé.

Entonces se decidió lo siguiente. Se dijo: "¡Miren a Lucifer!" (de Ahrimán no se hablaba, pues se le conocía tan poco que se utilizó el mismo nombre, Lucifer, para ambos). Lucifer es, propiamente, el gran benefactor de la humanidad; la enriquece con todo lo que los hombres poseen gracias a su cerebro; ciencia, arte, en fin, todo el progreso. He ahí el verdadero Espíritu de Luz; a él hay que seguir. ¿y Jahvé? ¿qué hizo? Derramó la herencia física sobre la humanidad; es un dios lunar, que introdujo lo lunar". De ah í la afirmación de la "Doctrina Secreta" de que no hay que atenerse a Jahvé, por ser el soberano de la sensualidad y de todo lo terrenal inferior: el verdadero benefactor de la humanidad es Lucifer. Toda la "Doctrina Secreta" hállase arreglada de manera que se insinúa este mensaje; de hecho, incluso se expresa explícitamente. Así, por razones ocultas, la Blavatsky había de convertirse en odiadora de Cristo y de Jahvé, porque en el campo del ocultismo, esa afirmación significa exactamente lo mismo que significa, en el campo de Sinnett, la afirmación: la Luna es la Octava Esfera.

Semejantes mistificaciones sólo pueden aclararse mediante enérgico esfuerzo cognoscitivo. Por eso, cuando empezamos con nuestra revista" Lucifer-Gnosis", el primer artículo tenía que tratar de Lucifer, para que se le calara correctamente, y se apreciara que él es un benefactor de la humanidad, en virtud de lo que hace: dotar al hombre del trabajo mental cefálico. Pero también se necesita el contrapeso: ¡el amor! Esta necesidad ya se destacó en el primer artículo de "Lucifer" (junio de 1903), porque había de ser nuestro punto de arranque.

Obviamente, pues, las cosas son bastante enredadas. En el fondo, lo que los ocultistas hindúes pretendían lograr a través de la Blavatsky, era seducir a los hombres a la fe en la Octava Esfera. Lo más fácil para seducirlos a esa fe, era presentarles algún sucedáneo y hacerla parecer como Octava Esfera. Sin duda, los hombres fueron dirigidos hacia el mundo espiritual; la "Doctrina Secreta" de la Blavatsky tiene el gran mérito de que, por ella, los hombres fueron encauzados hacia el mundo espiritual. Pero se siguió un camino que servía intereses particulares, y no los de la evolución humana general. Es imperativo tener en cuenta todos estos aspectos, si deseamos aclarar cuál es el camino benéfico. Si deseamos un auténtico ocultismo, no hemos de aceptar palabras vacías, sin pruebas; hemos de querer ver las cosas con claridad. Fue necesario que, precisamente en la época actual de nuestra evolución, diera yo algunas indicaciones sobre el particular, alusiones que, en otra ocasión, podrían completarse con aspectos aún más significativos. Tenía yo que dárselas,

para que se dieran cuenta de qué rumbo hemos tomado desde el principio de nuestro Movimiento de Ciencia Espiritual, teniendo en cuenta todos los posibles extravíos, así como todas las amenazas que amagaban la evolución espiritual de la humanidad.

En nuestro Movimiento, no se debía indicar un camino al mundo espiritual ciegamente, o partiendo de alguna ilusión. Por eso, tuve que insistir, mis queridos amigos, en la necesidad de no dejarse engañar por lo que conduce hacia la Octava Esfera. Y si, una y otra vez, recomendé tener más cuidado en el terreno de la clarividencia visionaria, y admitir como correcta únicamente la clarividencia que excluye a Lucifer y Ahrimán y que conduce a los mundos superiores, lo hice con el propósito de erradicar lo que puede relacionar el alma con la Octava Esfera. El que se manifieste la tendencia de ligar y encadenar la voluntad libre al terreno de la clarividencia visionaria, es un indicio de que, incluso en nuestro propio Movimiento, se opone resistencia contra nuestros limpios esfuerzos, por amor a la fijación de la libre voluntad a la clarividencia visionaria.

¡Qué contentos se sintieron algunos cuando podían atar la libre voluntad! Esto pone en evidencia la infiltración de nuestro Movimiento, de elementos ajenos, surgidos de los movimientos que caractericé. No fue la Blavatsky ni otras influencias externas que constantemente abrieron brechas en lo que habíamos de lograr: ¡fueron nuestros miembros mismos! Y esto sucedió y sigue sucediendo por no cansarse de admirar las aportaciones de los clarividentes visionarios. Cada vez que algún miembro admiró el aporte de un clarividente visionario, se abrió tal brecha, expresión de un amor perverso (hacia la Octava Esfera). Y si algún miembro, por ahí, dijo: "El Doctor dijo que hay que hacerlo", esto significa que alguien quería supeditar la libre voluntad a influencias ajenas, es decir, dejarla determinar, no por él mismo, sino por algo ajeno; quería que el otro llevara hacia el ,mundo físico, la disposición de dejar que se atara la libre voluntad. Asimismo, cada vez que los hombres confían en el fatalismo, en vez de decidir por su propio juicio, muestran inclinación hacia la Octava Esfera; y todo lo que experimentamos para la Octava Esfera, queda sustraído del desarrollo terrestre, en vez de adelantar con él como es debido.

Nuestro Movimiento antroposófico se encuentra en un punto donde es necesario prestar atención a detalles como esos -por eso, los menciono: hemos de estar atentos al fiel de la balanza que constantemente oscila entre exotérico y esotérico. La práctica que hemos venido siguiendo en lo esotérico, muestra que la vida ocultista propiamente dicha, no puede expresarse con palabras: se dice la misma cosa, una vez en lenguaje esotérico y una vez en lenguaje exotérico, que son como dos diferentes dialectos de un solo lenguaje inarticulable. Y si un individuo, en su arrogancia, pretende sustituir lo esotérico por lo exotérico, se le escapa que ambos son dialectos de aquel lenguaje que no se puede pronunciar, y que lo importante es saber mantener el equilibrio entre ambos. Insisto: aquello que palpita entre lo exotérico y lo esotérico, sigue siendo un lenguaje que no se presta para expresión inmediata.

Si se publica una obra exotérica como, por ejemplo, mi "Ciencia Oculta", hay que tener cuidado de que en ella todo se diga de tal manera que quede comprensible para la forma de pensar propia de nuestros contemporáneos no ocultistas. Si se pretende mantener algo al nivel esotérico, esto implica simplemente que tiene que quedar reservado a personas que participan en todo lo esotérico. Si no hay orden, se lleva lo esotérico a lo exotérico, lo que siempre es de peligrosas consecuencias. Este peligro se presenta cada vez que se ofrece la posibilidad de divulgar lo que habría de vivir dentro de un círculo reducido, con lo cual se pierde la posibilidad de seguir la pista de lo divulgado. Durante los años desde que

nos dedicamos a la Ciencia Espiritual, me he empeñado en desarrollar los temas de manera tal que todo aquel que los estudie con amplitud de criterio, pueda darse cuenta de que sí es posible entenderlos, aún cuando no se haya llegado todavía a la clarividencia. He tratado de no publicar nada cuya comprensión quede fuera del alcance de los especialistas en el área respectiva. De ahí resulta que sólo pueden arremeter contra la Ciencia Espiritual quienes pretenden propiciar el paso del hombre a la Octava Esfera. Cuando publiqué lo más delicado, a saber, la verdad sobre los dos Niños-Jesús, se levantó la protesta de un lado que todavía no entendía nada, y donde lo único que se aceptaba era el mediumnismo, en tanto que todo aquel que quiera estudiar la Biblia, podrá fácilmente comprender cómo se explica la historia de los dos Niños-Jesús. De ahí que tienen ustedes que acostumbrarse a continuar reflexionando sobre todas las comunicaciones que se les presentan, mas no decir que las aceptan por fe en la autoridad. Jamás deberá surgir la frase de que se aceptan verdades por la única razón de que yo las afirmo. Diciendo esto, pecaríamos contra la verdad. Habría casos en que alguien acepta lo que dije, porque me tenía confianza; mas esto jamás debe erigirse en principio, pues la confianza debiera ser un principio muy individual y personal, no válido para todos; y bien puede suceder que otro prefiera tomar el camino de: no aceptar por confianza, sino examinar.

Precisamente examinándolas, se comprobarán las verdades. Cada vez que apareció entre nosotros la palabra "confianza", fue indicio de que entrábamos en un tiempo en que acechaban peligros. Hemos de acabar con las prácticas que hemos seguido hasta ahora, porque la Ciencia Espiritual no se basa en la autoridad, sino en conocimiento de causa. Ya se acabó el tiempo cuando todo era cómodo. Por todos lados, acecharán los enemigos, y tendremos que luchar mucho. Hemos de estar preparados para la lucha, pues si en alguna parte hay mentes confusas inclinadas a hacer uso de su mentalidad caótica, se producirá una posibilidad especial de desarrollar las fuerzas antagónicas a nuestro Movimiento de Ciencia Espiritual.

Estos fenómenos son inherentes a la naturaleza del asunto; hemos de tenerlos en cuenta. No cabe duda de que todo movimiento unilateral encontrará aceptación en alguna parte; que encontrará adeptos, porque siempre hay grupos de individuos que se interesan por la unilateralidad. En verdad, la humanidad se compone de puros grupos de hombres. Por lo tanto, si un ocultista se arrima a algún grupo, no dejará de encontrar un respaldo, y de ahí puede arrancar porque el grupo le apoya. Por eso, cualquiera que parta de un concepto unilateral, va a encontrar algo de afirmación y algo de afecto. En cambio, si uno parte de la verdad, tiene, por lo pronto, a toda la humanidad en su contra: la verdad tiene que conquistar su terreno. Por eso, nada se odia más que la pura verdad. Por eso, sucede tan a menudo que alguien se afilia a un grupo, porque tiene un odio profundamente arraigado en su alma. No hay que sorprenderse si, algún día, este odio acumulado hace estallar la fuerza opuesta que forma una pared en su contra. Esa clase de odio se halla más difundida de lo que se supone; hay que tenerlo en cuenta. Por doquiera que la verdad quiere hacerse valer, surge instantáneamente la tendencia de transformarla y desvirtuarla para que pueda servir a las potencias adversarias. En las diversas tentativas que actualmente aparecen en nuestro medio, debemos ver el afán de querer tergiversar lo que aquí surge como verdad y usarlo de otra manera. Eso se logra de la manera más sutil si se dice: "La enseñanza es buena; lo que no sirve es el que la enseña". Es como si se la robara al maestro para usarla para otro fin. Con el mayor placer Lucifer y Ahrimán se apoderarían de toda la sabiduría divina y la llevarían a la Octava Esfera.

El objetivo es transformar en una sociedad de esclavos, a una sociedad en la que puede existir la libertad. He ahí el método que le viene a pedir de boca a Ahrimán que pretende utilizar tales maniobras y sacar de ellas provecho. He ahí el lado esotérico del asunto, que ahora hemos de enfocar, y con la seriedad que le corresponde, también exotéricamente, en el otro dialecto.

No pierdan de vista el que nos encontramos en una etapa importante en cuanto al progreso de nuestra Ciencia Espiritual.

VI CONFERENCIA

19 de octubre de 1915

Si ustedes echan una mirada retrospectiva general, sin entrar en detalles, sobre lo que me permití exponerles en mis últimas conferencias y reflexiones, se darán cuenta de que el curso del desarrollo que tuvo que seguir la corriente de nuestra Ciencia Espiritual, impone fuertes responsabilidades a aquel que se siente responsable ante ella. En efecto, esas reflexiones han puesto en evidencia que para el hombre resultan grandes dificultades en su afán de orientarse y tomar el camino recto, dificultades de otro tipo que las que comúnmente se tienen en la vida..

Sin duda, durante la vida en el plano físico, nos hallamos protegidos, en muchos aspectos, de aberraciones en una u otra dirección. Ya hace muchos años, llamé la atención sobre esta protección cuando di algunas descripciones del problema del "guardián del umbral", descripciones que posteriormente fueron ampliadas y completadas.

Ya en los anteriores artículos que fueron incorporados en el libro"¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?", se puede apreciar que, en el plano físico, el hombre se halla protegido de la fácil aberración en relación con lo intelectual y lo moral: entramos en la vida de manera que, en el curso de nuestra infancia, se nos dota de lo que pudiéramos llamar fuerzas rectoras para la vida; sólo más tarde en la vida, despertamos para el uso libre de nuestro propio juicio.

Observemos al niño y comparemos su vida anímica con la del adulto. Nos percatamos entonces de que existe un matiz en la diferencia entre la vida infantil y la del adulto, que nos permite afirmar: el hombre avanza, de la vida crepuscular propia de su infancia, hacia el libre manejo de su juicio, en los años posteriores. Es importante tener bien en cuenta ese matiz de la vida.

Si al observar al niño, nuestra mirada es, desde un principio, demasiado global, de modo que abarca todo el curso de la vida desde el nacimiento hasta la muerte, quizá se nos escapa esa metamorfosis de la vida interna. Pero es importante que la tengamos en cuenta, porque en la época en que nuestro juicio todavía no ha despertado completamente, es posible que se nos acerque precisamente aquello que nos guiará y encauzará más tarde en la vida. Es necesario que, en los primeros años de nuestra vida, nuestro juicio libre esté como dentro de una penumbra, para que ciertas fuerzas rectoras se introduzcan en nuestra inteligencia y en nuestros impulsos morales, y para que no se cristalicen demasiado temprano las fuerzas que "toman alma" en nuestro ser, pues no quiero decir "toman cuerpo". Lo que, a esa tierna edad, se deposita en nuestro ser, es algo

para toda la vida; algo que nos permite guiamos según semejante_ impulsos intelectuales y morales implantados en nuestra alma durante la infancia.

Si luego nos acercamos a los conceptos de los mundos espirituales, experimentamos cierta liberación. Hemos insistido muchas veces, y hemos de seguir insistiendo, en que también esa entrada en los mundos espirituales es un cierto despertar del estado ordinario, de las circunstancias ordinarias de la vida, un matiz de las metamorfosis vitales, similar al que conduce de la infancia hacia la facultad de juicio.

Pero si asimilamos conceptualmente la concepción espiritual del mundo, como corresponde, fácilmente nos vamos a encontrar en la situación de perder la firme dirección que antes teníamos. De ahí que, cuando avanzamos a la comprensión de los mundos espirituales y queremos enfocar correctamente las manifestaciones que han de revelársenos procedentes del mundo más allá del umbral, hemos de reunir todo aquel capital vital que nos fue implantado en nuestra alma durante la infancia. Y ya les he mostrado cuán fácil es extraviarse en una u otra dirección, bajo las influencias evidentes de las distintas tendencias de la época. Porque un extravío como el caso del "Budismo Esotérico" de Sinnett, por ejemplo, se produce a consecuencia de que el fuerte impulso del materialismo puede actuar sobre las almas humanas; digo: puede actuar.

Pero así como, por las influencias orientalizantes, fue posible una desviación en dirección de negar, de calumniar, toda la índole de la Luna actual, de la misma manera que podemos abarrar hacia el otro lado, debido a que ciertas gentes tienen interés en impedir que salga a luz la verdad de las repetidas vidas terrestres. El anónimo inspirador del señor Sinnett, interesado en estructurar la vida humana terrenal de manera que el materialismo quede aún más materializado, introduce en un sistema por lo demás verídico, su fatal doctrina de la Luna, y lo desvía así en determinada dirección.

Sabido es que la cultura occidental con sus descendientes norteamericanos se encuentra, desde hace varios siglos, bajo un fuerte impulso del Cristianismo. Yo mismo me he empeñado en mostrar que con la palabra "Cristianismo" no se alude tan sólo a la manera de comprender en el presente al Cristianismo, pues mucho de él no será comprensible hasta el futuro, y nosotros mismos apenas empezamos a entender ciertos aspectos del Misterio del Gólgota. Pero los impulsos del Cristianismo son impulsos reales que actúan incluso cuando los hombres todavía no los comprenden. En los siglos pasados, esos impulsos actuaban de manera que quedaba excluida una parte de las verdades universales que serían perfectamente compatibles con el Cristianismo, ¡pero la intuición no alcanzaba para entender claramente esa compatibilidad!: se excluyó del Cristianismo todo lo relativo a las repetidas vidas terrestres. Y así ha surgido una cultura occidental y una descendencia norteamericana que .profesa un Cristianismo que excluye ciertos aspectos, como el de la doctrina de las repetidas vidas terrestres.

Ya destaqué en una conferencia anterior, que ciertos ocultistas se empeñaron, de manera unilateral, por salvar esa concepción tradicional de los impulsos cristianos, es decir, la concepción que expulsó la verdad de las repetidas vidas terrestres. Mencioné ciertas tendencias ocultistas, relacionadas con la Iglesia Anglicana: ¡gente muy preparada! mucho mejor informada en ocultismo que los dirigentes de la Theosóphical Society. Ellos tenían el máximo interés por eliminar la doctrina de las repetidas vidas terrestres. A tono con esta tendencia, negaban que el ser humano -como lo he expuesto en “La Ciencia Oculta"-, en el

curso de su desarrollo terrestre, entra en relación con los demás planetas de nuestro sistema solar.

Las fuerzas que así se implantan en el alma humana, tienen preferente relación con su participación en el cosmos extraterrestre; y aquellos ocultistas quieren tender una cortina de humo precisamente sobre esa participación, distraer a los hombres de darse cuenta de que el alma está relacionada, no solamente con los seres y los acontecimientos terrestres, sino también con lo que está afuera en el cosmos, Y que, por ejemplo, irradia hacia nosotros desde los demás planetas de nuestro sistema solar.

Los impulsos que proceden de los demás planetas de nuestro sistema solar, cuando actúan sobre el hombre, tienen, ante todo, el poder de arrebatar el alma, como alma viva, a la muerte física. He ahí la función principal de esos impulsos, como pueden ustedes desprenderlo de las descripciones sobre la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, que he dado en distintos contextos y desde distintos puntos de vista.

Pero si ustedes retroceden en la evolución humana, notarán que, precisamente en los tiempos en que, como herencia de los tiempos antiguos, existían todavía conocimientos atávicos, los hombres dirigían su mirada hacia los demás astros de nuestro sistema solar; y aquello que, para nuestros tiempos, se ha convertido en ciencia cuestionable, la astrología, tenía antaño una importancia enorme.

¿Por qué la astrología dejó de ocupar un papel tan importante? Porque hubo necesidad de que la mirada de las almas se desviara en otra dirección, para dejar tiempo al Cristianismo de incorporarse en lo terrenal. Así como la mirada clarividente había de desviarse del mundo imaginativo, del mismo modo la mirada había de desviarse de los impulsos procedentes de los planetas de nuestro sistema solar. Lo que quedó de la astrología, son puras tradiciones antiguas; lo he explicado repetidas veces. En cierto modo, podemos afirmar que se redujo la clarividencia antigua, así como también la antigua mirada y el conocimiento de los impulsos procedentes de nuestro sistema solar. Al hombre se le relegó a nuestro mundo sensible, a sus sentidos con los que debía ver solamente lo que pasa sobre la Tierra, a fin de que se fortalecieran los impulsos del Misterio del Gólgota, y así pudieran hallar arraigo en las almas, en los sentimientos de los fieles, es decir, para que los hombres pudieran adquirir mayor profundidad interior.

Tengamos presente que, antiguamente, la Clarividencia siempre era una capacidad exterior; no se necesitaba adquirirla, se la tenía como herencia: así como, hoy día, uno tiene ojos y oídos, así se tenía antaño la clarividencia. Pero llegarán los tiempos en que ella será reconquistada más y más. Había pues, la necesidad de quedar, por un tiempo, separado del mundo 'espiritual y de quedar limitado al mundo exterior mineral, para que todo pudiese ser reconstruido desde adentro: habrá que reconstruir desde adentro lo que antiguamente se percibía desde afuera. Voy a bosquejarlo en un pequeño esquema (dibujo 10).

Imaginen un hombre con la antigua mirada clarividente: él la dirigía (voy a poner el ojo como representante de la mirada clarividente, aunque ella no está ligada alojo) hacia afuera, hacia la esfera sideral, y percibía los distintos impulsos espirituales que en ella tienen su origen. Posteriormente, en el curso de los tiempos, se extinguió esta clarividencia, y la mirada humana quedó restringida a la vida terrenal; algo distinto tenía que ocupar el lugar de la clarividencia. ¿Qué fue? Lo que antes se acercaba desde afuera

hacia adentro, tuvo que salir ahora desde adentro hacia afuera. El hombre tuvo que aprender a proyectar hacia afuera, lo que el firmamento le había implantado, y así volver a encontrar su conexión con los fenómenos celestes (dibujo 11).

Hubo que seguir, pues, precisamente el camino contrario. En verdad, precisamente en el momento actual, la naturaleza humana se halla en reorganización: ya ha pasado el punto de la máxima oscuridad, una de cuyas manifestaciones es lo que llamé la cúspide del materialismo en el siglo XIX. Pero ya se está preparando para la humanidad una vida dirigida haCia lo espiritual. En lenguaje ocultista podemos decir: en tiempos pasados, los hombres percibían y pensaban, no solamente con su cuerpo físico, sino con su cuerpo etéreo. Y lo que percibían en el cuerpo etéreo, cobró conciencia en el cuerpo astral, como astrología; hoy, en la astronomía moderna, todo se calcula. Ahora se trata de revivificar el cuerpo etéreo, y esto se relaciona con la reaparición del Cristo en el mundo etéreo. Al revivirse los cuerpos etéreos, éstos evidencian al Cristo. Es necesario, pues, la vivificación, la vitalización del cuerpo etéreo.

Si uno estudia estos asuntos con dedicación, puede hacer descubrimientos muy raros: ha desaparecido el sentido de que el hombre posee un cuerpo etéreo; en cambio, ha surgido la idea de que posee tan sólo cuerpo físico. Pero sería erróneo creer que esta última opinión sea algo muy antiguo; no lo es. Si aceptamos el que la limitación al cuerpo físico es resultado del extremo materialismo del siglo XIX, resulta lógico postular, asimismo, antes, los hombres han de haber tenido alguna noción del cuerpo etéreo, ese cuerpo que entonces se sumergió y que ahora vuelve a emerger. Podría darles muchas pruebas de que la gente realmente sabía algo del cuerpo etéreo y de su existencia, pero que, poco a poco ese saber fue dejado de lado. Abundan los pasajes en obras de tiempos pasados; me limito a citarles uno tomado de un libro publicado en 1827. Es un pasaje extraño; vaya leérselos muy despacio para que, durante la lectura, puedan darse cuenta de cuán distinto se escribe hoy día sobre esos temas, bajo la influencia de la concepción materialista del mundo:

> "Erróneamente, el concepto de alimentación se relaciona con la pura ingestión de alimento y bebida y con su elaboración en los órganos digestivos. El organismo se nutre, y la vida orgánica se conserva, no por el alimento y la bebida, sino por la sangre. E incluso la sangre, principio vital neutralizado material y etéreo" -fíjense que el autor no se refiere pues, a la sangre física, sino a lo que subyace en ella como principio etéreo vital- "no lo nutre hasta haberse potenciado y, pudiéramos decir, sublimado, en las membranas plásticas, al soplo vivificante y modelador (Aura vitalis)".

¿Qué es lo que quiere decir el autor con esto? La alimentación externa no es el fenómeno principal: lo importante es que, mientras ella se efectúa, los alimentos introducen ciertos de sus extractos en la sangre, desatando un proceso en el principio vital etéreo que subyace en ella. Esto se escribe en el año de 1827. El autor incluso hizo un paréntesis allí donde dice: "Hasta haberse potenciado y sublimado, en las membranas plásticas, al soplo vivificante y modelador (Aura vitalis). La palabra "plástica" es la misma que "imaginativa". Con igual derecho, podríamos, pues, leer: "hasta haberse potenciado y, podríamos decir, sublimado, en las membranas imaginativas, al soplo vivificante y modelador (Aura vitalis)". Esa palabra "Aura vitalis", puesta entre paréntesis, no se puede traducir sino por "cuerpo etéreo".

El autor que escribió esto, era catedrático de psiquiatría en la Universidad de Leipzig: el Dr. Johann Christian August Heinroth, a quien mencioné alguna vez en relación con Goethe.

De lo dicho, y podría darles ejemplos por centenares, pueden figurarse cuán distinto era el tono en aquel entonces, y cómo se hundieron en el materialismo los conocimientos que existían todavía hace relativamente poco tiempo.

Se podría dibujar esquemáticamente así (dibujo 12):

Había, pues, una corriente que desaparecía, en tanto que la concepción materialista iba en ascenso. Pero debajo de la corriente, digamos como subcorriente, iba desarrollándose en la naturaleza humana como dije: desde adentro, se reconstruye la conexión con el cosmos.

Ahora, ustedes podrán pedirme que compruebe que había hombres que vislumbraban que, a la vez que se fue perdiendo el conocimiento del antiguo significado del cuerpo etéreo que recibía sus impresiones desde afuera, ese cuerpo etéreo fue revitalizándose desde adentro.

Para eso quiere leer les un párrafo de un libro que apareció aun antes, por el que podrán darse cuenta de que, efectivamente, había gente que llamaban la atención sobre la manera en que la organización humana se cambiará en el futuro. Es verdad que el asunto se mencionó de manera muy disimulada, pero de todos modos lo hace. En este libro, se menciona un personaje femenino. Cuando lea el párrafo, la mayoría de ustedes sabrán de dónde es.

Se nos cuenta que esa mujer se encuentra con nuestro sistema solar en una relación tal que uno casi no debiera atreverse a pronunciarlo: no lo contempla tan sólo en espíritu, en el alma, en su imaginación, sino que ella misma integra el sistema solar; se confunde con él. Se siente arrastrada hacia aquellos círculos celestes, pero de una manera muy singular; desde su infancia, ella circula alrededor del Sol, y esto, como se descubre ahora, en línea espiral, alejándose más y más del centro, y girando hacia las regiones periféricas. Se nos cuenta, pues, que existe un alma dentro de un cuerpo femenino que ya no sigue el ciclo terrenal, sino el ciclo solar, y que, en el curso de su vida, describe círculos siempre más amplios, lo que permite suponer que esa mujer, en cuanto que corporal, tiende hacia el centro y en cuanto que espiritual, hacia la periferia. Se describe, pues, un alma que convive con el cosmos:

> "Macaria se encuentra con nuestro sistema solar en una relación tal que uno casi no debería atreverse a pronunciarla: no lo contempla sólo en espíritu, en su alma, en su imaginación, sino que ella misma integra el sistema solar. Se siente transportada hacia aquellos círculos celestes, pero de una manera muy singular; desde su infancia, ella circula, en línea espiral, alejándose más y más del centro, y girando hacia las regiones periféricas."
>
> "Si se puede suponer que les seres, en cuanto corpóreos, tienden hacia el centro, y en cuanto espirituales hacia la periferia, nuestra amiga pertenece a los más espirituales; parece haber nacido con el único objeto de desligarse de lo terrenal; para penetrar los espacios más cercanos y más lejanos de la existencia. Sin embargo, esa facultad, por hermosa que sea,

le fue concedida, desde su primera infancia, como tarea difícil. Desde chiquilla, ella recuerda su propio yo como penetrado de seres luminosos, iluminado de una luz, con la que ni la luz del Sol podía competir."

Así, que ella lleva dentro de sí misma fuentes de luz, y la luz exterior no puede hacerle nada.

"A menudo, veía dos soles, o sea, uno interno y uno afuera en el cielo; dos lunas, de las que la exterior conservaba igual tamaño en todas sus fases, en tanto que la interior iba disminuyéndose más y más."

"Esta capacidad distrajo su interés de las cosas de la vida cotidiana, pero sus excelentes padres hicieron todo lo posible para su formación; todos los talentos despertaron en ella, todas las actividades se hicieron eficaces a tal grado que ella sabía cumplir con todas las situaciones exteriores y, a la vez que su corazón, su espíritu, estaba colmado de apariciones supraterrenales, su actuar y obrar quedaba constantemente adecuado a la más noble moralidad. Conforme iba creciendo, siempre dispuesta a ayudar, incansable en grandes y pequeños servicios, andaba sobre la Tierra como un ángel de Dios, cuya entidad espiritual giraba en efecto alrededor del sol cósmico, pero en círculos progresivamente más amplios."

"La plétora de este estado fue algo mitigada, porque parecía que también en ella había algo así como amaneceres y anocheceres; así que, con la luz interior reducida, se empeñaba en cumplir esmeradamente con sus obligaciones externas, en tanto que, al volver el resplandor de la luz interna, se entregaba a la tranquilidad más bienaventurada. Es más, ella dice haber observado que, de vez en cuando, se sentía rodeada de algo a modo de nubes que, por algún tiempo, le empañaban la visión de los compañeros celestes, lapso que ella siempre sabía aprovechar en beneficio y gozo de sus prójimos."

"Mientras ella guardaba silencio sobre sus visiones, era muy difícil soportarlas, Lo poco que revelaba, no se aceptaba o se interpretaba mal; de ahí que, durante su larga vida, lo hacía pasar por enfermedad, y todavía hoy en su familia se sigue hablando de tal enfermedad; pero finalmente la buena suerte le llevó el hombre que ustedes ven aquí con nosotros, igualmente reconocido como médico, matemático y astrónomo, del todo un hombre noble, pero quien, no obstante, al principio, se acercó a ella por curiosidad. Pero cuando ella empezó a tenerle confianza, y, poco a poco, le describió sus estados, enlazando lo presente con el pasado, logrando conjugar los episodios aparentemente inconexos, él quedó tan impresionado con esa excepcional mujer que ya no pudo separarse de ella, sino que trató, día por día, de penetrar siempre más profundamente en su secreto."

"Al principio, como lo dejó entender claramente, lo tomó por ilusión, porque ella no negó que, desde su primera infancia, se había empeñado en la astronomía, que había recibido buena instrucción en esta materia, y que jamás había dejado desaprovechada una oportunidad, ya sea por ayuda de

libros o de máquinas, para penetrar, más y más, en la construcción del universo. De ahí que él creía que todo fue resultado de aprendizaje, auxiliado por una fuerza imaginativa altamente ordenada; además, habría de suponerse la influencia de la memoria, la participación del juicio y, sobre todo, un oculto cálculo".

"El es matemático, por lo tanto, obstinado; es un sabio y, por lo tanto, escéptico; por mucho tiempo, su actitud era defensiva; no obstante, registraba minuciosamente todo lo que ella afirmaba; trataba de desentrañar la secuencia de varios años, ateniéndose siempre 'a los datos más recientes que coincidían con la posición recíproca de las luces celestes, hasta que, finalmente, exclamó: "!Por qué Dios y la Naturaleza no debieran haber creado e instalado también una esfera armilar viva, un engranaje espiritual, capaz de seguir, a su propia manera, el curso de los astros, así como lo hacen los relojes cada hora y cada día!"

"Aquí no nos atrevemos a seguir adelante. porque lo increíble pierde su valor si uno trata de analizarlo en demasiado detalle. Pero digamos lo siguiente: lo que servía de base para los cálculos que había que hacer, era lo siguiente: "A la visión de ella, nuestro Sol le parecía mucho más pequeño que cuando lo veía de día; también una posición excepcional de esa sublime luz celeste en el zodíaco, dio motivo a toda clase de deducciones. En cambio, resultaron dudas y equivocaciones, porque la vidente aludió a una u otra estrella que, según ella, también integraban el zodíaco, pero de los que nada podía observarse en el firmamento. Posiblemente fueron los planetoides que, en aquel entonces, todavía no habían sido descubiertos; porque de otros datos se podía deducir que ella, habiendo trascendido, desde hace mucho tiempo, la órbita de Marte, se acercaba a la de Júpiter. Parece que ella por algún tiempo había observado -sería difícil de decir a qué distancia-, con admiración este planeta en su prodigioso esplendor, y contemplado el juego de sus lunas alrededor de él, pero que, posteriormente y de la manera más extraña, lo había percibido como Luna menguante y, a la vez, dada vuelta, a semejanza de como a nosotros nos aparece la Luna creciente. De ahí se dedujo que lo veía de lado y que realmente estaba a punto de rebasar su órbita, para acercarse, dentro del espacio infinito, a Saturno. Hacia allí no le sigue ninguna fuerza imaginativa; esperamos, sin embargo, que una entelequia como ésta no se separe totalmente de nuestro sistema solar, sino que, cuando llegue a su límite, vaya a sentir el deseo de regresar, para influir en la vida y bienestar terrestre a favor de nuestros bisnietos.

He ahí, descrita de manera muy significativa, la idea de cómo desea ser el alma humana, y cómo, desde su interior, retornará hacia el mundo de los astros. Les he leído la semblanza de Macaria de la obra "Los años de peregrinaje de Wilhem Meister" de Goethe, y él advirtió expresamente que no había dicho todo. Goethe insinuó que se trataba de una poesía etérea, con las siguientes palabras: "Terminando ahora esta poesía etérea, con perdón del lector, volvemos a dirigimos al cuento terrestre del que, más arriba, ya dimos una alusión accidental".

> "Antes de presentar la semblanza dice Goethe: "Llegado hasta este punto, no resistimos la tentación de incluir una hoja de nuestros archivos" (Goethe se refiere a archivos espirituales) "relativa a Macaria, y a la peculiar facultad conferida a su espíritu. Lamentablemente, ese artículo se escribió de memoria, mucho tiempo después de haber sido comunicado su contenido, y no puede considerarse totalmente auténtico, como sería de desearse en tan memorable caso. De todos modos, se comunica aquí lo suficiente para estimular la reflexión y para recomendar la atención que permita recordar si, en alguna parte, se ha observado y descrito algo parecido o semejante."

Quería llamar su atención sobre este episodio de "Wilhelm Meister", porque les permite darse cuenta de que, con nuestra Ciencia Espiritual, respondemos realmente a la exigencia de nuestro tiempo. La naturaleza humana cambia de tal manera que, de sí misma, vuelve a dar a luz aquello que ella ha perdido de la vieja herencia del mundo preterrestre. y los hombres tendrán que saber qué es lo que les salga al encuentro, so pena de quedar completamente desconcertados. He ahí cómo la Ciencia Espiritual tiene que llenar sus cometidos en nuestro tiempo.

Pero en el momento en que los hombres se den cuenta de aquello a que aludí, se van a enterar también de la doctrina de la reencarnación, porque descubrirán que una entelequia del mundo más allá de la esfera de Júpiter, Saturno, etc., no obstante, puede tener afinidad con la Tierra y regresar hacia nosotros. Por eso, los ocultistas, que quieren evitar que el conocimiento de la reencarnación se divulgue desean que se levanten barricadas contra el avance de esa concepción, y esas barricadas se levantan distrayendo la atención de los hombres, hasta donde sea posible, de su relación con los astros de nuestro sistema solar.

Así queda señalado que existe un interés intensivo, precisamente de ese lado, en impedir que se conozcan ciertas verdades. Dije ayer: "Cuando existe interés por una tendencia unilateral, siempre encontrará apoyo; en cambio, la verdad se impugna, y se hacen las mayores maniobras para impedir que aflore". Para sentimos debidamente ubicados en nuestro Movimiento Espiritual, hemos de tener plena conciencia de que la verdad que buscamos, tropezará con el ataque desde muchos lados.

Para estar protegidos, lo más necesario es tratar de desarrollar claridad de pensamiento en todas direcciones. Tengan presente que las manifestaciones o personajes antagónicos con que tropezamos, son, en su mayor parte, títeres de los poderes adversarios. *Entramos aquí en la esfera de acción de poderes suprasensibles*. Para estos poderes suprasensibles, a los que pertenecen Ahrimán y Lucifer, lo más natural es influir en la vida humana a través de almas humanas que son sus simples instrumentos.

De ahí la necesidad de saber exactamente de qué se trata en uno u otro caso; pero lo más indispensable es procurar adquirir siempre un pensamiento totalmente claro y exacto, lo mejor que se pueda. Bien saben ustedes que la vida misma tiene sus contradicciones, y Hegel basó toda su filosofía sobre la revelación de las contradicciones de la existencia. No se trata, pues, de evitar las contradicciones en la vida, porque ellas sí existen; de lo que se trata es de identificar y enfocar la contradicción.

Ahrimán y Lucifer solamente pueden lograr sus propósitos, si una contradicción queda *inadvertida*, es decir, si no tenemos la fuerza y la voluntad de descubrirla. Cada vez que nos enredamos en una contradicción, que no reconocemos como tal, sino que la admitimos como un contenido verídico de la vida, Ahrimán y Lucifer tienen la posibilidad de apoderarse de nuestra alma.

Detengámonos en una contradicción extraña, que se nos presentó aquí en las últimas semanas[2] . Los hechos me forzaron a leerles un pasaje de una carta de una dama en la que aparecieron las palabras que, de parte de ella, no se quería "ni la doctrina, ni el maestro, sino al ser humano". La doctrina se aceptó como simple añadidura; el valor esencial se atribuyó al hombre como tal. Después vino el viraje a lo contrario; se rechazó radicalmente al hombre, a la vez que a la doctrina se la reconoció como verídica. ¡Qué contradicción! Primero, se afirma no buscar ni a la doctrina ni al maestro, sino al hombre, y después se pretende: "Yo odio y repudio al hombre, porque promete y no cumple lo que promete; pero la doctrina es buena; la acepto".

¿Qué significa esto, propiamente? Significa: "Por una temporada, yo tenía cierta relación con una persona; ella me interesaba, mas no su doctrina. Luego me aparto de esa persona, y entonces subrayo lo que no me había interesado antes. Acepto lo que había repudiado; sin haber asimilado la doctrina, declaro que es buena". Expresándome de esta manera, hablo de una nada. Es como si dijera que me quedo con lo que no quería aceptar, lo que en verdad no puedo tener, porque antes me negaba a aceptarlo.

He ahí un ejemplo vivo de una contradicción que existe en el mundo. Ahí donde se manifiesta semejante contradicción, es imposible que haya cualquier real conexión interior con nuestro Movimiento Científico-espiritual; falta toda afinidad interior con nuestro Movimiento. Es importante detenerse en semejante contradicción auténtica, porque si no notamos tales cosas entre nosotros, no vamos a encontrar Jamás el camino derecho hacia el conocimiento del mundo espiritual. Naturalmente, mucho se nos puede escapar, pero hemos de tener la buena voluntad de observar realmente tales contradicciones vitales.

Mas por otra parte, esas contradicciones se utilizan precisamente para desquiciar la verdad. Imaginen que alguien dijera: "Una persona presenta una doctrina, pero la persona está llena de contradicciones, incluso llena de inmoralidades, incluso dominada por la fuerza del mal; pero su doctrina y varios aspectos relacionados con ella, son buenos; hay que aceptarlos". Veamos lo absurdo de semejante actitud: si la doctrina de que se trata consiste precisamente en que aquel que la representa y promueve, se relacione con los demás a través de esta doctrina, es decir, si él no pretende ser sino el vehículo de la doctrina, entonces se le exige, basándonos en aquella actitud, que él sea distinto a lo que es. Y en tanto que se le exige a ese hombre toda clase de reacciones, no obstante de rechazar a fondo la esencia de la doctrina, se declara: ¡la doctrina es buena, pero el hombre es malo!

Quien se siente demasiado débil para atacar a la doctrina de frente, con semejantes procedimientos puede lograr algo en contra de ella, con las personas que le brinden confianza. Es el mejor camino de mandar a pique una doctrina que uno no puede refutar, porque se la entrega a las potencias luciférico-ahrimánicas, conforme lo insinué ayer.

[2] Referencia a las “Excentricidades Místicas”

Cuántas veces se ha dicho precisamente en nuestro Movimiento, que nuestra doctrina no ha de ser simple teoría, sino vida inmediata. Al rebajarlo a pura teoría, se la mata; se la entrega a Ahrimán, Dios de la muerte. He ahí el mejor método: entregar a Ahrimán aquello que se enseña, y así eliminarlo "en debida forma", método muy parecido al que practicaron ciertas individualidades que se hallaban, digamos, tras Sinnett. Le sugirieron cierta dirección que no era correcta, para encauzarle hacia un curso falso. Esa dirección consistía en que se calumnió precisamente lo correcto. Se proclama como Octava Esfera a la Luna que, en cuanto a luna física, es una paralización de la Octava Esfera, y así se oculta, se borra la Octava Esfera misma. Y más tarde, la Blavatsky lo corrige diciendo que Jahvé sola mente creó la esfera vital inferior, la esfera sensual humana, mientras que, en realidad, él estableció con la Luna un remedio contra la Octava Esfera. El método consiste, pues, en extender una nube de desdén sobre algo, y presentarlo así bajo una luz equívoca. Si ustedes hacen un análisis de fondo, se darán cuenta de que lo que pasó aquí con nosotros fue, en lo esencial, del mismo corte, sólo que de menor tamaño: es un intento de calumniar la verdad que quiere entrar en el mundo. Uno se siente demasiado débil para refutar !a doctrina y por consiguiente, se acusa a quien tiene que representarla. Esto pone en evidencia que se es demasiado débil para ahondar la doctrina.

He ahí un problema que merece la máxima atención de aquel que, con seriedad y dignidad, milita en nuestras filas, porque estas situaciones hay que comprenderlas desde un punto de vista más elevado. Cito estos ejemplos porque son evidentes, y porque nos enseñan dónde hemos de dirigir la mirada. Hemos de insistir con toda energía, y esto se ha hecho durante todos los años desde que nuestro Movimiento está representado por mí, en que la antigua clarividencia atávica sea ubicada donde corresponde, para que nadie se equivoque acerca de ella. Un ejemplo de cómo se intentó desfigurar tajantemente lo que hacemos o intentamos, es el siguiente. Se decía: "Aquí hay un movimiento que se dedica a desarrollar la clarividencia", y se trató de desfigurarlo como si, en el mismo se indujera a todos a cultivar la clarividencia. Con semejante táctica se extiende un manto de niebla sobre este movimiento. La verdad es exactamente la contraria, aunque esté fundamentado que debemos cultivar la clarividencia pero se tiene así un buen recurso para instigar el odio profundo contra nuestro Movimiento.

Luego hay quienes dicen: "Si hoy día aparece un nuevo movimiento, debe desistir de cultivar la antigua clarividencia atávica; el Movimiento Antroposófico precisamente la cultiva". Es decir, quienes tal cosa afirman, afirman lo mismo que también se -afirma en nuestro Movimiento, pero luego le cuelgan esa crítica precisamente a nuestro Movimiento; se invierte la dirección de la flecha. Un cargo de este tipo, lo tenemos cerca de aquí; en nuestra vecindad, se predica que a los reunidos en Domach se les estimula a la clarividencia, principalmente por mí, y se insinúa, al mismo tiempo, que se trata de una clarividencia atávica enfermiza.

Naturalmente, el que lo dice, no tiene ni idea de lo que realmente dice: es simple títere. Pero hemos de calar las conexiones con mayor profundidad, y damos cuenta claramente de que vivimos en una época en que se esgrimen semejantes impulsos contra nosotros. Esa tendencia se tornaría particularmente grotesca, si nuestra propia doctrina se utilizara como arma contra nosotros, y si se nos refutara con base en nuestra propia doctrina. Ya ha sucedido: en una de las publicaciones adversarias de la semana pasada, se formuló, con pasajes tomados de los "Dramas-Misterio" y de "La Ciencia Oculta", un ataque contra lo que yo sostengo. Por doquiera se hallan en actividad los poderes que no quieren que surja la verdad.

Por la verdad misma no tenemos que preocupamos sobre todo cuando nos damos cuenta de que se nos ataca con nuestras propias verdades, es decir, cuando es dirigido contra nosotros lo que nosotros mismos decimos. De ahí que no se trata de una refutación sino de lo que estamos haciendo. Mientras no fuimos atacados no tuvimos necesidad de entrar en polémicas. Directamente hemos rechazado toda polémica. La verdad puede introducirse en el mundo, subrayando únicamente lo positivo. Pero en el momento en que se lanzan afirmaciones contrarias a la verdad, hemos de estar alertas y encontrar el punto de vista que nos permita juzgarlas. No hemos de sostener el punto de vista de que basta reflexionar sobre el contenido de nuestros libros, sino que hemos de llevar a la práctica de la vida, lo que es norma vital de nuestra doctrina. Esto implica que hemos de juzgar a la vida según los principios de nuestra doctrina, y que no reaccionemos a los ataques exteriores como reaccionaríamos si la hubiéramos comprendido tan sólo como teoría. La necesidad de la polémica empieza únicamente cuando nos atacan, y entonces hemos de saber que poseemos una doctrina que fácilmente puede trastocarse en lo contrario, por lo que hemos de cuidarla y vigilarla. Sobre todo, hemos de preservamos de toda unilateralidad.

Por ejemplo se pudieron escuchar afirmaciones con ciertos matices provenientes de una tendencia hacia lo extremo. ¡y refutar a uno en este campo es muy fácil!

Piensen que fue necesario decir palabras claras acerca de las más variadas suposiciones referentes a una u otra reencarnación. Si llegamos al extremo de burlamos de todas esas afirmaciones, nuestros adversarios podrían decir: ¡Ahí enseñan algo de lo que ellos mismos se burlan cuando empiezan a tocarlo!

No tenemos motivo de rechazar experiencias anímicas clarividentes; pero sí tenemos la obligación de examinarlas él fondo, cuando se trata de que, en aras de la vanidad personal, se distorsionan esas experiencias anímicas, o cuando el curso de los acontecimientos exteriores pone en evidencia que no son correctas. Así que no debemos ir demasiado lejos: nuestro Movimiento no debe convertirse en teoría científica.

Incluso este peligro puede presentarse con mucha facilidad. Mencioné que cierto escrito que se nos mandó en días recientes, ha sido redactado con mucha habilidad. Realmente está escrito con habilidad, porque difícilmente puede haber ataque más fidedigno a nuestro Movimiento que el de decir: "Esos señores se comportan como si rechazaran cualquier relación entre el mundo sensible y el mundo espiritual". Eso es lo que dice aquel escrito; y en un escrito anexo encontramos la extraña pregunta: "¿Por qué la Madre de Dios no había de reencarnarse también?" Sin duda, se puede preguntar: ¿Por qué no? No hay razón de que fuera imposible. Pero les aseguro que entonces la vida exotérica de esta Virgen habría sido distinta, y que la reencarnación no se habría presentado de la manera como se presentó ahora.

En esas cosas, se trata de algo en que he venido insistiendo desde hace muchos años, y que me ha parecido necesario incluirlo en mi libro filosófico fundamental. Lean ustedes otras filosofías anteriores y encontrarán en la teoría y en la terminología, mucho que se recoge y se repite en mi "Filosofía de la Libertad". Pero ella contiene un elemento, por lo menos, en la manera como está entretejido como principio ético, como impulso moral, que es realmente original: por primera vez, se incluye el tacto moral como algo que no puede ser captado por el simple juicio, sino únicamente por la totalidad de las facultades anímicas. Cuando hay que rozar brevemente algún asunto, no debe caerse inmediatamente en el

extremo de querer eliminar un pecado con otro; he ahí el tacto moral; en la "Filosofía de la Libertad" he tratado de definirlo con la mayor claridad. En el momento actual, porque tenemos que tratar una cosa fatal, hemos de evitar el peligro de caer en el otro extremo.

Ayer aludí a los múltiples peligros. Sentí entonces hoy la necesidad de agregar algo más, porque quería llamar la atención sobre el peligro de caer en el otro extremo. Toda nuestra actividad y todo el carácter de nuestro Movimiento, tienen que basarse en hacer valer el mundo espiritual, en sentir y vivir nuestra propia vida en conexión con el mundo espiritual. Pero si sentimos lo sagrado de este cometido, hemos de rechazar, con mucho tacto, que se involucre la inmediata y subjetiva vida personal. Esto no quiere decir que no debamos investigar en cuanto nosotros mismos somos la reencarnación de alguien; pero no se trata de buscar, desde una persona, a la otra personalidad; sería un camino cómodo; hay que investigar de la manera sugerida en una reciente conferencia, a saber, captar primero ciertos secretos de nuestra vida, y luego avanzar partiendo de ellos.

Al respecto, nos hallamos en un punto inmensamente significativo: por una parte, como dije, no hemos de exagerar; mas, por la otra, hay que proceder con todo rigor para que no suceda lo que sería eminentemente dañino para el movimiento oculto, o sea, el perderse, poco a poco, en una atmósfera de vaho, en una atmósfera de confusión. ¡y ante qué increíble confusión nos hallamos cuando es posible que se diga que no se busca ni a la doctrina ni al que la enseña sino meramente al ser humano -para luego decir: no, es el hombre que está lleno de maldad; la doctrina sí es buena- esa misma doctrina que primeramente fue rechazada! Estos son síntomas de la entrada en un ambiente nebuloso, pero para nosotros debe primar claridad y exactitud. En bien de nuestro Movimiento debemos considerar el asunto desde este punto de vista. Sin duda, puede haber puntos de vista prácticos que hacen necesaria una cierta dureza en el modo de tratar, pero en nuestro interior no debemos perder de vista cuál es el fundamento en que nos hallamos, tener muy presente que nos encontramos sobre la base de un movimiento espiritual serio y digno.

He ahí algunos puntos de vista que nos llevan a conocer las condiciones vitales de nuestro Movimiento. Si se afirma que la realidad exterior es maya, hay que estudiar esta maya. No basta con subrayar solamente la frase teórica: "La realidad exterior es maya" y luego tratar esta frase como si maya fuera lo más importante cuando tropezamos con ella en el mundo externo.

VII CONFERENCIA

20 de octubre de 1915

En ocasión de las exposiciones de los últimos días, hice una observación sobre la que quiero volver hoy, puesto que en sus consecuencias ulteriores, tendrá que servir de base para lo que habré de decir en los próximos días. Dije que, en cierto aspecto, fue necesario fundar nuestro Movimiento científico-espiritual, como movimiento espiritual que contara totalmente con las exigencias del ciclo evolutivo actual de la humanidad, y que efectivamente tuviera en consideración todos los requisitos para un movimiento científico-espiritual que el momento histórico exige; en otras palabras, un movimiento que considerara anticuada e inservible para nuestro tiempo, la clarividencia atávica, y los

conocimientos que han quedado como remanente de ella, y que ya no contara con todo lo que se deriva del lado atávico.

Esto trajo consigo que había que rechazar o ignorar gran parte del conocimiento que se impartía en la llamada Theosophical Society, particularmente en lo que se refiere a la forma de presentarse, y que desde ciertos ángulos se hiciera una nueva estructura. De ahí, el afanoso esfuerzo de oponemos resistencia, de parte de los viejos representantes de la Theosophical Society.

Comparen la descripción del mundo anímico y espiritual en la primera edición de mi "Teosofía" (1904) con lo que existía antes. Fíjense particularmente en la nítida distinción que hice en relación con el mundo anímico y la vida anímica del individuo, y se darán cuenta de que se atribuyó particular importancia a mantener, con toda precisión, la diferencia entre el alma sensible, el alma racional y el alma consciente. Esa triple diferenciación jamás se había hecho en la literatura de la Theosophical Society; nosotros salimos con ella, desde el principio.

Precisamente en cuanto a esa diferenciación, el otro bando se afanaba por borrarla, suprimirla. Recuerdo vivamente cómo, reiteradamente, trataban de disuadir de su propósito a nuestro amigo, el ahora desaparecido Ludwig Lindemann, que trataba de introducir nuestra causa en Italia, diciéndole: al fin y al cabo, es lo mismo que ya se decía también en nuestras enseñanzas, sólo que con otras palabras. No querían admitir que había algo nuevo, y fue necesario llamar la atención, una y otra vez, sobre esa triple diferencia, para que la gente se diera cuenta de lo que se trataba. Y lo propio sucedió con muchísimas otras cosas.

Así pues, entre nosotros se tomó, desde el principio, la orientación exigida por nuestro ciclo evolutivo actual: tener realmente en consideración todo lo que he podido transmitirles en los últimos días y semanas. Mas para realizarlo con rigor, fue necesario remodelar, por decirlo así, todo el estilo de trabajo en boga en cualquier parte de la Theosophical Society, trabajo bastante ímprobo, por cierto. Expresión de esas dificultades es la manera en que yo mismo pude intervenir en la literatura; ciertas cosas las tenía que describir, en los primeros años, con mucha reserva, por la sencilla razón de que se necesitaban años para verificarlas, y porque me había impuesto desde un principio, no publicar, ni decir nada de lo que no pudiera responder, por no haberlo comprobado antes.

Como comprenderán, precisamente por las observaciones que hice en días pasados, habían surgido confusiones a raíz del equivocado rumbo que se había tomado con respecto a la investigación sobre la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento. Pero no ha sido siempre fácil comprobar esas cosas, desde el principio: para proceder escrupulosamente y con plena responsabilidad, había que aprovechar toda oportunidad de verificación que se ofrecía. Y es que, en la investigación espiritual, esas oportunidades no pueden provocarse ni forzarse ni tampoco anhelarse; en la investigación espiritual hay que saber esperar.

Lo más comprobado fue la inexactitud de los supuestos conocimientos sobre la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento. Pero en tanto que, en el plano físico, los resultados equivocados de investigación se rectifican simplemente examinándolos con recursos físicos, encontrando así, con relativa facilidad, que son equivocados, no es así en los mundos espirituales: allí, la existencia de un concepto equivocado, erróneo, ejerce efecto desconcertante sobre la investigación misma. Así, las revelaciones de los médiums, aunque

propiamente no eran comunicaciones de los muertos, sino determinadas por diversas inclinaciones de los vivientes, no obstante, esos pretendidos resultados de investigación existían. Uno se topa con ellos. Y si uno emprende el examen en este campo, tiene que combatir esos resultados de investigación como potencias reales. Lo que se dice en el plano físico, puede rechazarse: uno se sienta al escritorio y refuta. En cambio, en el mundo espiritual, un resultado erróneo de investigación es un ser vivo: ahí está, hay que combatirlo primero, eliminarlo primero.

Así como les dije que los pensamientos son seres vivientes, así también son poderes reales los resultados equivocados de investigación, que aparecen inmediatamente cuando uno traspasa el umbral del mundo espiritual. Así que se puede decir: uno entra en el mundo espiritual y quiere sacar a luz el conocimiento sobre la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento; se encuentra con que los pensamientos erróneos, que fueron producidos, se le enfrentan como seres vivientes; esos pensamientos, por erróneos que sean, son reales; mejor dicho, aparentan ser reales, auténticos. Por eso, hay que empezar por combatirlos; examinar si reúnen las características de pensamientos erróneos, o si tienen los atributos de lo real, esto es, atributos viables.

Ese escrutinio es indispensable, y toma mucho tiempo. y así, si uno se imponía esa tarea de verificación, resultaba difícil la investigación precisamente en el campo de la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento; difícil, porque habían sido sacados a la luz tantos resultados erróneos. De ahí que fue necesario imponerse reserva, y decir únicamente aquello de lo que, absoluta y estrictamente, se podía responder como verdad. Así, mucho fue necesario antes de que pudiera darse, por ejemplo, el ciclo de conferencias que ahora existe impreso, sobre "Naturaleza interna del hombre y vida entre muerte y nuevo nacimiento".

Esta vida entre la muerte y el nuevo nacimiento es fácil de describir con generalidades. Empieza con que el individuo, después de haber terminado la retrospección que se desata porque el cuerpo etéreo se desprende del físico, vive en el estado al que la literatura de la Theosophical Society suele referirse como Kamaloka, Pero comparen los que en aquella literatura se llamó Kamaloka, con lo que hemos publicado en el curso de los años, y encontrarán la diferencia.

Para que no haya malentendidos, insisto en que, en la actualidad, no todos tienen la obligación de verificarlo todo; mucho puede ser divulgado por razones que yacen en el alma de cada uno. El deber de uno no es igual al de otro. Yo considero como mi tarea particular no decir nada más que lo que pueda justificar por haberlo verificado.

Ahora quisiera agregar algunas consideraciones a propósito de los primeros años de la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento. Para lograr una imagen positiva y buena de esos primeros años o décadas, hay que echar de mano de diversas comparaciones. Por su medio, puede enriquecerse de toda clase de detalles, el cuadro general que he dado en mi "Teosofía"; y en esto descansa todo nuestro progreso. En la "Teosofía", se ha dado a modo de visión global, y nuestra tarea consiste ahora en rellenar las distintas secciones que se hallan trazadas en ese plan global. Si ustedes parten de la descripción en la "Teosofía", y avanzan después a lo que se dice en mis Ciclos de Conferencias -es decir, a lo que pudo expresarse en forma más y más íntima, posteriormente impreso en forma de libros-, se percatarán de que sí ha habido un auténtico adelanto, una penetración cada vez más íntima.

Así, si se quiere obtener una imagen exacta de los primeros años o décadas de la vida post mortem, es necesario comparar qué aspecto ofrece esa vida en seres humanos que murieron a corta edad, digamos, en la más tierna infancia, qué aspecto ofrece en individuos que murieron algo más tarde, digamos en el apogeo de la vida, y luego en ancianos: ¡hay diferencias altamente significativas! La vida post mortem difiere radicalmente según si uno fallece a corta o avanzada edad, y para obtener una genuina visión de ella, hay que comparar las experiencias con las personas fallecidas a diferentes edades.

Así, para descubrir ciertos hechos, fue base esencial e importante, el poder investigar la situación de personas que murieron a corta edad: primero, de niños chicos, y luego los que murieron con 11, 12 y 13 años. Efectivamente, se nota una gran diferencia en la vida post mortem, según si el individuo murió antes de los 8, o 9 años, o antes de los 16, o 17 años, diferencia que salta a la vista por ciertas vivencias que se pueden tener con los muertos. Así, en individuos que murieron en la tierna infancia, se puede observar que, inmediatamente después de la muerte, se ocupan intensamente de las tareas que la humanidad tiene en la época inmediatamente después de estas muertes.

Los representantes externos de las comunidades religiosas no hacen nada para contrarrestar el arraigo de ciertos conceptos que no coinciden con la verdad. Ustedes sabrán por propia experiencia, que esos representantes no se empeñan en corregir la idea de que, al morir, viejo o de niño, en el Más Allá, el viejo continúa viviendo como viejo, y el niño como niño. Sin embargo, su modo de vivir aquí, nada tiene que ver con la manera de cómo viven allá: aunque muera como niño de 3 o 6 meses, entrarán en cuenta todas las muchas vidas terrestres consumadas, y podrá entrar en el mundo espiritual como alma muy madura; es totalmente equivocado imaginarse que el niño siga viviendo como niño. Hemos podido comprobar que a las almas que murieron en la tierna infancia, se les asignan tareas que se relacionan con lo que la Tierra ha menester para asegurarse el fondo espiritual necesario para seguir en su trabajo: los hombres no pueden trabajar sobre la Tierra, sin recibir impulsos desde los mundos espirituales. Mas esos impulsos no nos invaden de manera tan vaga como se lo imagina el panteísmo, sino que proceden de seres reales, entre los que se encuentran también las almas de niños que murieron a muy corta edad.

Hablando en concreto: supongamos que asistimos al crecimiento de Goethe. También Goethe debe parte de su genialidad a la ayuda que le presta el mundo espiritual. Al rastrear el origen de esta ayuda, se llega a las almas de niños que murieron temprano. Ese mundo espiritual tiene que ver con las almas de niños muertos en la tierna infancia. En cambio, tratándose de niños que mueren a los 9 o 10 años, sin llegar a los 16 o 17, se observa que, muy pronto después de la muerte, se hallan en compañía de seres espirituales, que son almas humanas en vísperas de su descenso a la Tierra; es decir, que esperan su próxima encarnación. Insisto: a los seres humanos que mueren en la infancia, hasta los siete u ocho años, se les encuentra muy ocupados con los hombres que están aquí en la Tierra; en cambio, los que mueren a la edad entre los diez hasta los 16 o 17 años, se les encuentra en trato con las almas afanosas de encarnar pronto. Para estas almas, esos difuntos son importantes apoyos y ayudas, importantes mensajeros que les transmiten lo que ellas necesitan para prepararse para su existencia terrestre. Es importante saber esto, para no moverse en generalidades, sino penetrar realmente en esos mundos espirituales.

Sin embargo, no es fácil comprender esas conexiones. Para desentrañarlas, puede uno preguntarse, por ejemplo: *¿Cuál es, propiamente, la mejor manera de encontrar a los*

muertos? Entonces resulta que se les encuentra, tanto a los que murieron hace años o décadas, como en fecha reciente, si uno despierta durante el sueño hacia la conciencia del mundo espiritual.

Ya lo he descrito varias veces: se puede despertar de dos modos distintos: o, se "despierta" en pleno sueño y se sabe: "Ahora no estás durmiendo; estás en el mundo espiritual". (Alusiones sobre esto, se encuentran en mi opúsculo "Camino hacia el conocimiento de sí mismo[3]). O bien, se "despierta" en plena vigilia. Para la investigación de la vida de los muertos, es más apropiado el primer modo: despertar en pleno sueño, porque entonces la actividad de uno mismo guarda la máxima afinidad con la de los muertos. Se hace entonces un descubrimiento muy sorprendente. En nuestra vida física, el hombre, desde el momento de despertar hasta el de dormirse, se halla en continua recordación. ¿Cómo vive realmente el hombre? Despertar-vigilia-dormirse; despertar-vigilia-dormirse, etc. Durante su vida diurna, siempre se recuerda de lo que ocurrió en una pasada vida diurna anterior. La vida diurna, si transcurre cotidianamente, consiste en recordar; no así, cuando nuestro Yo se halla interrumpido por el sueño: lo curioso, entonces, es que, durante el sueño, recordamos nuestros estados anteriores, sólo que sin que ese recuerdo aflore a nuestra conciencia. En la mayoría de los casos, recordamos esos estados de sueño anteriores; durante todo el tiempo de sueño, existe un recuerdo subconsciente.

Si estudiamos, pues, la fase de la vida que abarca: dormirse-noche-despertar, hemos de constatar que la vida nocturna queda interrumpida por la diurna, en analogía a cómo ésta se interrumpe por aquélla. Con todo, existe una corriente vital continua. Pero hay una extraña diferencia: en la recordación diurna somos pasivos: los objetos del recuerdo están ahí, afloran por sí solos, y sólo en casos excepcionales, cuando queremos recordar algo pasado, hacemos un esfuerzo. En cambio, durante el sueño, esa función recordativa del alma, se convierte en función activa, sólo que, por lo común, el hombre no tiene la fuerza de hacerse consciente de ella: por eso, no se recuerda durante el sueño. No obstante, por regla general, durante el sueño, el alma humana es mucho más activa que durante la vigilia. Eso siempre es así, y no lo impiden los sueños. Para el estado del sueño, el soñar corresponde a la condición que vivimos en el estado de vigilia cuando hacemos un esfuerzo por recordar algo. Pero si, durante la noche, nos esforzamos ligeramente, esto corresponde al común recordar diurno, es decir, al recordar sin esfuerzo en que los recuerdos afloran por sí solos.

Después de la muerte, los recuerdos de la vida diurna se agotan rápidamente, en la visión retrospectiva sobre la vida terrestre terminada, en cambio, el recuerdo de lo que el hombre ha experimentado de noche, se recorre hacia atrás. Durante el tiempo de Kamaloka, el hombre recorre, en sentido contrario, todas sus vivencias nocturnas.

Aquí en la vida, durante el sueño continuamos estando ocupados en lo que el día nos dio, aunque sin saberlo; en cambio, después de la muerte entra en nuestra conciencia todo lo que hemos experimentado durante la noche: una tras otra, las noches regresan hacia nosotros. Y es importante que sepamos que lo primero que el muerto revive, son sus noches. No es fácil caer en la cuenta de que el muerto realmente revive sus noches. Claro que repasa su vida, pero la repasa indirectamente, a través de sus noches.

Repetidas veces he dicho que en el Kamaloka se pasa aproximadamente una tercera parte del tiempo que duró la vida terrenal. Considerando que las personas que no mueren de

[3] Traducción al castellano publicado por Editorial Kier, S.A., Buenos Aires.

niño, pasan más o menos una tercera parte de su vida durmiendo, se comprende por qué ese tiempo de Kamaloka dura más o menos la tercera parte de la vida terrestre: dura lo mismo que la suma de nuestros sueños nocturnos, es decir, aproximadamente la tercera parte de la vida terrestre.

Así es como se conjugan las cosas; es indispensable que, poco a poco, se compaginen cuidadosamente los conocimientos concretos. Por eso es tan desconcertante si uno quiere hablar con plena responsabilidad sobre el mundo espiritual, y si después de las conferencias, cualquier persona pregunta tal y tal cosa. El público quisiera saberlo todo, pero uno mismo sólo quiere hablar de lo que ha sido objeto de detenida reflexión inmediata. Entonces uno se ve obligado a hablar sobre multitud de tópicos, que todavía no se ha tenido oportunidad de revisar cuidadosamente. Naturalmente, algo se puede decir, porque la ciencia del ocultismo ya existe; pero si uno se ha fijado la norma de decir solamente aquello que uno mismo ha podido comprobar, ese hablar le causa incomodidad..

Recuerden ahora que, hace un momento, les dije que si la mirada penetra por el umbral del mundo espiritual, ella encuentra al difunto que murió a los 11, 12, 13, 14 años, entre aquellas almas que pronto quieren regresar a la Tierra para realizar aquí sus tareas: el difunto recién entrado en el mundo espiritual, les ayuda a que encuentren los caminos apropiados hacia la encarnación. Por extraño que suene: es así.

Todo esto se relaciona, por otra parte, con ciertos secretos de la vida. Hay que saber que, para descubrir acertadamente ciertas verdades, es necesario que primero se plantee la pregunta acertada. No toda pregunta que se hace, está debidamente formulada: a veces, hemos de esperar hasta que se nos considere dignos para plantear la pregunta correcta.

Ahora les voy a decir algo que, probablemente, les parezca muy raro, pero que sin embargo, es cierto. Puede surgir una pregunta en relación con lo siguiente: el hombre recibe dientes dos veces, ¿no es así? Primero, los que pierde alrededor de los siete años, y luego los segundos. Esto es un hecho. No creo que muchas personas se hagan la pregunta: ¿Qué subyace realmente en esa doble dentición? En efecto, cada vez que los expertos en la materia han hablado sobre esta doble dentición, he encontrado, siempre, que hablaban como si la primera y la segunda dentición fueran fenómenos idénticos. En cambio, para el ocultista las dos denticiones son fenómenos totalmente distintos. Así, en cierta ocasión, tuve que dar a un experto médico una respuesta rara, pero acertada desde el punto de vista del ocultismo, aunque le pareciera chistosa. El afirmó que a los niños hay que acostumbrarlos a morder lo más temprano posible; para morder se tienen los dientes y, por consiguiente, tienen los niños que acostumbrarse a morder. Ese razonamiento, sin embargo, no es correcto, o, desde el punto de vista oculto, sólo correcto a medias; hay que pensarlo con más profundidad. No cabe duda que los segundos dientes son para morder; pero en cuanto a los primeros, es discutible, porque el niño los recibe por herencia: los tiene porque los padres y antepasados los tenían; son algo heredado. Sólo después de haber expulsado los primeros, uno desarrolla los segundos: éstos son una conquista individual; los primeros son herencia: he ahí una diferencia, algo que se toma en cuenta cuando se presta atención a diferencias sutiles. No es asunto de mayor trascendencia, y no se cometen mayores errores si la pregunta no se plantea. Pero es importante saber que los primeros dientes tienen con el impulso de herencia, una relación totalmente distinta de los segundos. Estos se encuentran relacionados con la salud global, con la organización integral del hombre, en tanto que los primeros, en lo tocante a su valor higiénico, se hallan más bien conectados con la salud de los padres y antepasados. En este

sentido, sí hay una diferencia, aunque sutil, que se presta para ulterior investigación empírica. Pero una vez aguzada nuestra atención por el asunto de los dientes, salta a la vista otra sorpresa, esa que, probablemente, les va a parecer muy extraña, pero que no deja de ser verídica.

Supongan que muere un niño antes, o poco tiempo después de haber recibido todos sus segundos dientes. Es sorprendente lo que entonces se revela a la investigación oculta. Supongamos que, al morir, el niño tenía ocho o nueve años. Entonces se descubre que "algo" forcejea en los impulsos que, desde el mundo espiritual, entran en el mundo físico: ese "algo" son las fuerzas que hubieran debido entrar en los dientes, y que ahora quedan a la libre disposición del niño difunto. Particularmente notable es este fenómeno en el niño que falleció habiendo perdido los primeros dientes, todavía sin haber recibido los segundos, o que apenas los había recibido. Curiosamente, resulta que ese niño dispone de ciertas fuerzas en el mundo espiritual, que son exactamente de la misma índole que las que, en el plano físico, propician la formación de los dientes, en trance de desarrollarse, separándose del organismo integral.

Estando aquí en el mundo físico, hemos de desarrollar ciertas fuerzas físicas para propiciar que los dientes se desarrollen en el organismo. Si uno no los ha desarrollado todavía, y se muere antes, se conservan esas fuerzas en el mundo espiritual, para desde allí, actuar sobre este mundo terrestre. Estando en el mundo físico, esas fuerzas se introducen en los dientes con los que, luego, operamos en el mundo físico.

Con eso, empieza uno a intuir la maravillosa relación con el cosmos, y a comprender la profunda verdad de lo que describí en la primera escena de "La probación del alma", el segundo de los Dramas-Misterio: cómo los mundos y seres espirituales se esfuerzan en realizar al hombre; que si Capesius se embebe de la idea de que el hombre es la meta de toda actividad de los dioses, podría volverse altanero. Pero esa faceta tan grandiosa, generalmente pasa inadvertida.

Además, mencioné que las almas humanas que mueren entre los 8 y 9 hasta los 16 y 17 años, se reúnen con las almas que quieren encarnarse pronto. Aquellas almas también poseen fuerzas anímicas especiales, que también son resultado de una transformación: a la edad de catorce o quince años, el joven llega a su madurez sexual. En el mundo espiritual, las fuerzas que llevan a la madurez sexual modifican -si ésta todavía no se ha declarado, o si apenas acaba de pasar- y se transforman en energías que son benéficas para las almas que están esperando su próxima encarnación terrestre.

¡Cuán profunda es la conexión que ahí existe!: las fuerzas productivas se transforman, en el mundo espiritual, en fuerzas auxiliadoras para las almas que próximamente quieren bajar al mundo físico. He ahí conexiones que nos muestran cómo lo espiritual, que actúa más allá del umbral, sigue actuando aquí, en lo particular y en lo concreto. También el mundo físico sólo se nos vuelve comprensible si calamos esas conexiones y nos decimos: por lo general, no nos damos cuenta de que existen despliegues de fuerzas a consecuencia de que el niño expulsa los dientes y desarrolla otros. Y por otra parte: alcanzar la madurez sexual significa despliegue de fuerzas; en el hombre maduro, las fuerzas son radicalmente distintas.

Todo esto nos lleva a preguntamos: ¿por qué, durante la vida ordinaria, no se le permite al hombre un atisbo en el mundo espiritual? Ese mundo espiritual se halla cerrado en dos

direcciones: por una parte, por la naturaleza exterior; la percibimos, como quien dice, como cubierta de lo que se encuentra tras ella. Perforando la cubierta se llega al mundo espiritual. La concepción materialista del mundo, por todos los medios a su alcance, trata de impedir que el hombre llegue a la comprensión de que tras la cubierta existe el espíritu. Incluso en unas conferencias públicas, expliqué que en esa tendencia materialista late un miedo inconsciente. Por otra parte, sucede lo propio en nuestro interior: el hombre percibe su pensar, sentir y querer. Pero tras esas funciones late algo diferente: toda la naturaleza anímica que pasa de encarnación en encarnación. En este caso, son las sociedades religiosas actuales las que no quieren que se sepa que tras el pensar, sentir y querer, existe algo más.

Esto lo expliqué en el último capítulo de mi obra "Los enigmas de la filosofía", que les será muy incómodo a esas personas. El acceso al mundo espiritual se halla cerrado en dos direcciones. En tanto que, por una parte, los naturalistas procuran no producir nada que pudiera conducir al mundo que se halla tras la naturaleza, por otra parte, las sociedades religiosas se empeñan en no dejar acercar a las almas nada que pudiera revelarles algo que trascienda la muerte y continúe hasta la próxima vida.

¿Por qué impiden, por un lado, los hombres de ciencia que se descubra y por el otro, los sacerdotes que se develen los secretos del alma? Esta pregunta es importante y merece que uno se la plantee, porque ustedes van a encontrar que la situación se agravará más y más. Los que se forman una concepción del mundo partiendo de la ciencia natural, serán nuestros enemigos porque no quieren dejar pasar al mundo espiritual que late tras la naturaleza.

Y los sacerdotes serán nuestros enemigos, porque no quieren dejar pasar lo que late tras el pensar, sentir y querer, esto es, lo que va de encarnación en encarnación. Por un lado, dice el científico: aquí están los límites del conocimiento; por el otro, dicen los representantes de las religiones: querer avanzar es un pecado, es un atrevimiento del hombre. ¿ En qué se originan esas dos maneras de enemistad?: he ahí la pregunta que nos va a ocupar mañana, y de su respuesta pasaremos luego a otros aspectos.

VIII CONFERENCIA

23 de octubre de 1915

Al terminar mi charla de ayer, les llamé la atención sobre el hecho de que, naturalmente la Ciencia Espiritual tropieza con la enemistad desde dos lados: por un lado, desde el campo de la ciencia natural. En efecto, toda la estructura, toda la configuración de la ciencia natural moderna, se halla diseñada para que el estudiante que crea que, con base en ella, puede o debe construirse su concepción del mundo, se verá impulsado hacia una concepción que, debido a su matiz materialista, forzosamente se encuentra en antagonismo con lo que pretende ser nuestra Ciencia Espiritual. Al respecto, es necesario pensar correctamente, comprender que el hombre que se adiestra en la metodología científico-materialista de nuestra época, cuya necesidad hemos destacado en charlas anteriores, no tiene ninguna culpa de que, por los pensamientos que esa ciencia materialista le sugiere, se convierta en opositor. No obstante, el hecho de que comprendamos el origen de la enemistad, no nos exime de la obligación de combatirla cada

vez que se nos presente. Mas sólo podemos combatirla correctamente, si tenemos en cuenta las peculiares circunstancias que acabo de mencionar.

Por otro lado, resulta, de una manera. parecida, una enemistad que proviene de los representantes de las distintas agrupaciones religiosas. Así como la ideología científico-natural de la actualidad, tiene interés en ocultar lo espiritual que se encuentra tras la naturaleza, del mismo modo la mayoría de los actuales representantes de las agrupaciones religiosas tienen interés en ocultar lo espiritual que se halla tras el alma. Insisto: de parte de la ciencia natural no puede surgir una ciencia espiritual, porque se quiere mantener oculto lo espiritual tras la naturaleza; de parte de las comunidades religiosas no puede surgir una ciencia espiritual, porque se quiere mantener oculto el espíritu tras las manifestaciones del alma. En ambos bandos, pasa lo mismo. Siendo las comunidades religiosas como son, tenderán siempre a combatir lo que la Ciencia Espiritual saca a luz pública, porque no tienen el interés en poner en evidencia el espíritu tras los fenómenos anímicos, sino ocultarlo. Esto hay que saberlo, pero, otra vez lo menciono -no debe ser motivo para no hacer caso a los adversarios, sino para encontrar la actitud acertada frente a ellos.

Es sumamente difícil hablar precisamente sobre este capítulo, porque, en el fondo, se tocan verdades que cada uno debiera descubrir por sí mismo, por lo que lee entre líneas en las obras científico-espirituales, y lo que siente en las comunicaciones de la Ciencia Espiritual. En las realidades a que aludo, subyace algo muy profundo, algo de mucha trascendencia: por ciertas razones, es peligroso avanzar, sin más ni más, de la superficie de la naturaleza, hacia lo que se encuentra detrás de ella. Y por ser algo peligroso, existe aquello a que aludí más o menos simbólicamente, diciendo: las llamadas sociedades u órdenes secretas tienen, en todas partes, un ala "derecha", a saber, los esotéricos que quieren conservar estrictamente el silencio sobre todo lo relacionado con los secretos superiores. Esas órdenes tienen, todas ellas -pero repito que las expresiones son simbólicas-, un ala derecha, un cierto partido del centro, y una cierta izquierda, esta última siempre inclinada a publicar ciertas verdades del esoterismo. En cambio, los del ala derecha se oponen categóricamente a publicar algo que, según ellos, debe quedar guardado en las órdenes ocultas; consideran peligroso que esa información caiga en manos de personas no preparadas, o que sea públicamente representada por personas no suficientemente preparadas para esa representación.

La dificultad de hablar sobre este tema, estriba en que, en el momento de tocarlo, uno ya se ve en la necesidad de dar ciertas alusiones que ya casi equivalen a divulgación. Las órdenes ocultas que, en mayor o menor grado, con o sin razón, creen que están guardando un conocimiento superior, seleccionan desde luego, un método usando ciertas medidas de precaución, en la difusión de su conocimiento real o pretendido.

Tales órdenes tienen, generalmente, grados: tres inferiores y tres superiores. Por lo regular, los tres grados inferiores no reciben el conocimiento del que los graduados superiores opinan que es peligroso en manos de personas no preparadas. En vez de ello, en los tres grados inferiores, se procura revestir de toda clase de símbolos, ese real o supuesto conocimiento, y ya hablé en la semana pasada de tales comunicaciones simbólicas.

De esos símbolos, cabe decir lo siguiente: esos símbolos, con tal de que hayan quedado fielmente conservados desde los tiempos pasados, y no mutilados por toda clase de maquinaciones de ignorantes posteriores, representan, para aquel que los penetra, una

forma de lenguaje que puede ser comprendido poco a poco. Y cuando se lo entiende, transmite cierto conocimiento. Con igual derecho, se podría decir que esos símbolos equivalen a una comunicación sumamente cautelosa: no se sustenta el criterio egoísta de guardar los tesoros del saber, dentro del círculo más estrecho; se los transmite, hasta cierto punto, a los novicios que se reciben en el círculo exterior. Pero al darlos, se los oculta, al mismo tiempo, en el simbolismo, de modo que sólo puede avanzar hasta las verdades aquel que es capaz de descifrar los símbolos. Hay órdenes que vigilan estrictamente que no se den explicaciones teóricas de los símbolos, sino que solamente se los enseña o practica; de modo que, propiamente, todo aquel que quiere "leerlos" como si fueran un lenguaje, tiene que acertar, él mismo, con su significado.

No faltará quien pregunte: ¿Es efectiva esa protección? ¿No llega el conocimiento, a pesar de ella, a manos impropias? Al menos hasta el siglo XIV o XV, las órdenes que trabajaban con el simbolismo, sabían evitar que los conocimientos cayeran en manos indignas; pero desde aquellos tiempos, todo ha cambiado esencialmente; en seguida explicaré por qué. Antes, sin embargo, quiero recalcar: en las órdenes ocultas fundadas antes de los siglos XIV, XV y XVI, los tres grados inferiores a los que, como círculo más amplio, se daba el conocimiento en forma de símbolos, no podían hacer mal uso de él, precisamente porque no se daban más que símbolos, dejando todo lo demás a los que tenían que penetrarlos. Esto fue, pues, una protección, porque la penetración de los símbolos requería cierto esfuerzo mental.

Supónganse, pues, que alguien entró en un grado menor de una orden ocultista; ahí recibió símbolos que fueron enseñados o practicados. Recibió solamente los símbolos; no recibió otra cosa, y dependió de dejar que ellos obraran sobre él cual si fuesen fenómenos naturales. Si quería adelantar más, si quería averiguar el sentido secreto de los símbolos, tenía que emprender una investigación, es decir, aplicar una fuerza mental. Si se le hubiera ayudado, no habría tenido necesidad de aplicarla. Pero no se le ayudaba; él mismo, por propio impulso, tenía que aplicar esa fuerza mental, y la gastaba en descifrar los símbolos.

¿Cuál es esa fuerza mental que él necesitaba para descifrar los símbolos? Es la misma que, de haberla utilizado, no para descifrar los símbolos, sino para penetrar en los fenómenos de la naturaleza, le habría servido para hacerse hombre astuto: habría utilizado ciertas facultades, al servicio de algo en lo cual no hubiera debido utilizarlas. Era, pues, obligación del simbolismo procurar que fuerzas potencialmente peligrosas se desviaran hacia el desciframiento de los símbolos, y así no causaran daño.

Luego, hay que tener en cuenta que la naturaleza humana tiene la propensión a interpretar esos símbolos en cuanto a su significado moral. Efectivamente, se solía disponerlos de manera que provocaban semejante enfoque moral. Si se contemplan los fenómenos naturales, no se los puede contemplar moralmente: no se puede juzgar según normas morales, una azucena en floración: hay que proceder con total objetividad al margen de cualquier simpatía o antipatía. No así los símbolos; ellos suscitan sentimientos morales. Y estos sentimientos morales que surgen en el alma con la contemplación de los símbolos, eran apropiados para contrarrestar la mística enfermiza en el alma. Así, incluso quedaba desviada la fuerza de la mística enfermiza, gracias a los efectos internos de la impresión de los símbolos. El simbolismo tenía, pues, sus magníficas razones.

Pero de los siglos XIV, XV y XVI en adelante, esas razones ya no surten efecto; ya no se pueden justificar. De ahí que las órdenes ocultas de hoy, ya no tienen la importancia que tenían en aquellos tiempos; incluso se han convertido en sociedades que siguen los más diversos propósitos, toda clase de fines particulares; han degenerado en círculos para el cultivo de ciertas vanidades y cosas por el estilo; a menudo, ya no cobijan conocimientos especiales, sino, a lo sumo, un formalismo hueco.

El que esto sea así, se debe, en amplia medida, al progreso científico-natural desde los tiempos de Galileo, Copérnico, etc.: el advenimiento y cultivo de los métodos científico-naturales trae consigo que el alma humana va perdiendo la posibilidad de dedicarse al simbolismo con el fervor de antes. En realidad, todos los símbolos son apropiados para hacer ver lo espiritual tras la naturaleza. En cambio, la ciencia natural, con sus métodos materialistas, que llegó a su cúspide en el siglo XIX, influye en el alma humana de manera que pierda el interés por aquello a que aluden los símbolos. Esta pérdida de interés se patentiza en que aquel que cree poder erigir su concepción del mundo partiendo de las ciencias naturales, ya no tiene verdadera inclinación de ocuparse del simbolismo, con toda dignidad y seriedad. Este desarrollo ha dado origen a un fenómeno que hoy se nos muestra en todo su alcance.

Los símbolos de las órdenes ocultistas que, en los siglos XIV, XV y XVI, se daban a los grados inferiores, son expresiones de verdades sumamente profundas; pero las expresan a la manera propia de aquel entonces. Bajo la influencia del modo de pensar de las ciencias naturales y, sobre todo, de las tendencias propiciadas por ese modo de pensar, no se trabajaba en actualizar esos símbolos. Ya desde el siglo XIV, XV y XVI, debió de haberse desplegado un estilo de trabajo menos rígido en cuanto al simbolismo; la configuración de los símbolos debió de haber progresado. Mas las órdenes ocultas no tomaron en cuenta las efectivas experiencias que la humanidad había tenido al contacto con la realidad externa; por eso, los símbolos parecen anticuados a toda persona a la altura de la cultura intelectual contemporánea. Efectivamente lo son, en su mayor parte. Pero precisamente entre personas que, desde cierto ángulo, quieren acercarse a lo oculto, ha cundido una propensión que, a menudo, ha vituperado: la de desenterrar la mayor cantidad de estos símbolos, y mientras más antiguos, tanto mejor. Y cuando se puede decir que talo cual símbolo puede clasificarse con esta u otra antigua viñeta, entonces se está sumamente complacido. No interesa el simbolismo como tal, sino su legendario origen en tiempos pasados. A menudo, incluso se renuncia a la comprensión, y uno queda satisfecho por haber encontrado un simbolismo muy antiguo.

Así, desde los siglos mencionados, se ha trabajado bien poco en el desarrollo del simbolismo; y si hoy día se transmite algún simbolismo entre los rezagados de las antiguas órdenes ocultas -en verdad, sólo puede llamárseles rezagados-, ese simbolismo suele ser anticuado, sin que se hagan esfuerzos por ponerlo a tono con el progreso de la humanidad en los últimos siglos.

No podemos negar que los pareceres de los hombres han cambiado. Hoy, ya no es posible mantener nada en secreto como era posible antaño. Traten de hallar legítimos símbolos antiguos. Verán que no es nada difícil. Nuestra época es la época de la publicidad, hostil a toda mistificación y secreteo. De ahí que, para el conocedor de la literatura relativa a toda clase de simbolismos, casi ya no existe nada inédito. En realidad, todo ya se halla incorporado en algún libro, por lo que algunas órdenes sencillamente no dicen a sus discípulos dónde se puede leer esto o aquello; les hacen creer que lo que, desde hace

mucho tiempo, se halla consignado en los libros, es un secreto hermético sólo accesible a sus superiores. En ningún campo hay tanto engaño como precisamente en el de las órdenes ocultistas.

Digo que ya no se puede mantener ese principio de ocultamiento y obstrucción por medio del simbolismo; mas para comprenderlo correctamente, es necesario penetrar en las razones por las que, en tiempos pasados, se guardaban en secreto ciertas verdades. Ya dije, que por las causas ya señaladas, es difícil hablar sobre estos asuntos, porque, hablando de ellos, sería ineludible decir cosas que no se pueden comunicar así no más. Por eso, intentaré seguir otro camino, hoy y mañana; les daré cierta información por cuyo seguimiento consecuente, ustedes mismos podrán llegar a vislumbrar algo de los misterios del mundo, algo que, hoy día, no será aconsejable enunciarlo abiertamente. Hoy, empezaré por decir ciertas cosas, que ustedes podrán seguir consecuentemente en su propio pensar y sentir, y también en su vida interna. Y si ustedes las rastrean, ellas podrán llevarles a importantes resultados. Como ya es hora de hablar de esas cosas, trataré de decírselas en la forma que hoy es posible.

Les daré un ejemplo: Carlyle, el gran escritor inglés, en uno de sus discursos, no muy trascendental que digamos, dije algo sobre Dante, autor de la "Divina Comedia". Insisto: en su disertación que versaba sobre Dante y Shakespeare, Carlyle no hizo aseveraciones trascendentales sobre Dante, pero dijo algo que llama la atención. Quien lee con mentalidad de lector corriente -hoy día, la mayoría casi no distingue entre la lectura de un discurso de Carlyle y la de un artículo periodístico- nada le llamará la atención. En cambio, el que ha admitido algo de la Ciencia Espiritual, no solamente en su teoría, sino en su alma, precisamente ese pasaje le llamará la atención. Y es que Carlyle destaca lo extraño que es el que ciertos sucesos que parecen accidentales, coincidentes e incluso malogrados, hayan producido efectos grandiosos. Carlyle lo ilustra con el destino de Dante: por su orientación política, Dante fue exiliado de su ciudad natal; tuvo que emigrar. Y precisamente por haber tenido que emigrar, se convirtió en lo que él es hoy: su exilio le impulsó a escribir la “Divina Comedia”. Y dice Carlyle: Dante no deseaba ser expulsado de su ciudad natal; pero si se hubiera quedado, habría llegado a alcalde de Florencia, habría tenido mucho que hacer como uno de los jefes de Florencia, y ¡la “Divina Comedia” habría quedado sin escribir! Así, Dante tuvo que sufrir grandes contratiempos, para que la humanidad recibiera la "Divina Comedia": la humanidad debe la “Divina Comedia” a un destino de Dante, que éste seguramente no hubiera, anhelado. Con esto, Carlyle seguramente está en lo cierto; esta observación es genial. Para quien lee el discurso en actitud habitual, no es trascendental, mas a quien la lee con cuidado, algo le llama la atención. Puede que no se dé cuenta de por qué su sentimiento se detiene e intuye algo especial en ese pasaje. El propio Carlyle tampoco lo sintió: hizo esta observación porque fue hombre de mucho ingenio; pero nada sintió de aquello a que me refiero. Para poner en claro a qué me refiero, tengo que explicarlo de otra manera.

Supongamos que Dante no hubiera sido expatriado, sino que hubiera llegado a ser concejal o uno de los grandes de Florencia, y que hubiera alcanzado todo para lo que le predestinaban sus talentos. Quizá habría llegado a dignatario eclesiástico, en cuyo caso habría sido un prior excelente. En una palabra, mucho habría sucedido gracias a Dante, pero no existiría la "Divina Comedia".

Pero la cosa no es tan sencilla. Supongamos que Dante hubiera realmente logrado su meta, que no hubiera sido desarraigado de Florencia, que hubiera sido uno de los grandes de la

Iglesia o del Municipio, funciones muy parecidas en cuanto a su repercusión pública. Como sea que "Dante poseía capacidades importantes, como lo atestigua la “Divina Comedia”, habría sido un alcalde de mucha categoría. La historia habría tomado un curso completamente distinto: Florencia habría tenido un alcalde y jefe de Estado sumamente valioso. Y no sólo esto. Traten ustedes de proyectarse en la situación de esa Florencia gobernada por los consejeros con las facultades que, después, se vertieron en la “Divina Comedia”. Esa genial administración significaría que hubiera quedado suprimida la misteriosa actividad de muchas de las fuerzas latentes. Es necio afirmar que no hay hombres geniales en el mundo; de ésos hay muchos, sólo que se pierden porque no se les despierta. Si Dante hubiera llegado a alcalde, habría tenido también un sucesor muy valioso, y de estos sucesores habría tenido siete: precisamente siete personas habrían venido una tras otra -oportunamente justificaremos esta afirmación- para sucederse en el gobierno de Florencia. Habría surgido algo grandioso, pero no existiría la "Divina Comedia". Dante nació en el año 1265. Ahora vivimos en una época en la que todavía se sentirían en Florencia las consecuencias, si esas siete personas hubieran gobernado en Florencia, porque las repercusiones se habrían extendido por siete siglos. Siete siglos habrían transcurrido en forma totalmente distinta de la que transcurrieron. Todo esto no tuvo lugar: la Iglesia Católica todavía está; pero la "Divina Comedia" también está.

He ahí un ejemplo de cómo se transforman las fuerzas en el gran orden externo de la historia universal. Les di un ejemplo de lo que opera en las grandes transformaciones de la historia universal. Así mirado, se yerguen ante nosotros realidades de incalculable alcance.

Escogí este ejemplo porque quise llamarles la atención sobre el hecho de que en el curso de la historia, a veces resulta necesario que se transformen ciertas fuerzas, y que se viertan en una corriente completamente distinta a la que parecía ser la predestinada. Aparentemente, este ejemplo no tiene ninguna relación con lo que quiero expresar, y sin embargo, la tiene totalmente, pues si ustedes llevan a sus consecuencias lo que este ejemplo encierra, se darán cuenta de por qué es difícil revelar públicamente ciertas verdades que se refieren a lo que hay tras la naturaleza exterior: ciertas verdades deben transmitirse a los hombres de manera que queden como sujetadas ciertas fuerzas que, en estado libre, podrían volverse peligrosas.

Con este ejemplo, aludí a las fuerzas que se desarrollarán en la naturaleza humana, cuando el hombre devele los fenómenos naturales. Pero también cuando los hombres no los desvelen sino que intenten penetrar en las profundidades del alma, existirán ciertos peligros. Y también para esto quiero, mediante un relato, ofrecerles la posibilidad de comprender ciertos hechos que no podrían explicarse de otra manera. Quiero partir de una narración que ustedes conocen, pero de la cual, por lo general, no se sabe que expresa algo más profundo.

Al Padre Antonio llegó una vez un hombre de nombre Pablo; este hombre quería ser su discípulo. A juzgar por su manera de presentarse, tratábase de un hombre muy simple. Sin embargo, Antonio admitió como discípulo a ese hombre simple, llamémosle Pablo el Ingenuo, y, por varios años, le hizo ejecutar ciertos trabajos. No creo que muchos de ustedes tendrían mayor gusto en ejecutar los trabajos que Antonio encomendó a su discípulo: el discípulo tenía que cargar agua, pero en recipientes agujereados, de modo que, llegando al destino, ya no tenía nada en ellos; y esto tenía que hacerlo año tras año. Tenía que coser vestidos y, cuando los había terminado, deshacerlos nuevamente. Tenía que subir piedras a las montañas y, cuando las subía, dejar las rodar, para que estuvieran

de nuevo en su lugar anterior. Y así, año tras año. Consecuencia de esto fue que pablo el Ingenuo sufriera una enorme profundización de sus facultades sensitivas y que pudiera darse cuenta de que, de su subconsciente, surgían notables poderes anímicos que, poco a poco, le convertían en hombre sabio. Pablo el Ingenuo quedó convertido en Pablo el Sabio.

No aconsejo el ejemplo que Antonio practicó con Pablo el Ingenuo para imitarlo, lo conté como un hecho. Supongan que Antonio no hubiera escogido este método de subir piedras a las montañas y, después, dejarlas rodar cuesta abajo; de transportar agua en recipientes de los que el agua salía, sino que le hubiera hecho más fácil la vida a Pablo el Ingenuo. ¿Qué hubiera sucedido? Algún día, Pablo el Ingenuo hubiese dicho: "Antonio, tu enseñanza es bastante buena, pero, en el fondo, eres un hombre muy malo. Tengo que aceptar tu enseñanza y salir con ella al mundo; tendré que combatirte con tu propia enseñanza, porque me di cuenta de que eres un malvado. Y además, no me cumples aquello a que tengo derecho a aspirar: me prometiste que, después de cierto tiempo, me explicarás que, desde el principio, mi candidez era tan sólo aparente, y que, cuando llegue contigo, ya estaba yo mucho más adelantado. También me prometiste declarar que toda tu enseñanza fue inspirada por mí. A tales aseveraciones habría podido llegar el discípulo, pero quedó a salvo gracias al método utilizado por Antonio, método que como dije antes, hoy día ya no se puede aplicar sin más, sin excluir la posibilidad de que su aplicación a cierto tipo de personas, podría rendir frutos bastante buenos.

Si llevan a sus consecuencias estos dos ejemplos, podrán darse cuenta de ciertos peligros que acechan al hombre que busca acceso a las fuerzas espirituales que se hallan tras la naturaleza. Particularmente, el ejemplo relacionado con Dante, les permite apreciar cuán grandiosas e inmensamente significativas son las realidades con que ahí nos confrontamos.

Ahora se insinúa una pregunta: ¿Por qué la ciencia natural, poseedora de excelente metodología, no acierta con ciertas cosas que existen tras la naturaleza? Esta pregunta tiene fácil respuesta: a la ciencia natural le faltan las necesarias facultades cognoscitivas; no se empeña en desarrollarlas. Dadas las condiciones actuales de la ciencia natural exterior, simplemente no se trabaja en ello, porque, como lo he mencionado varias veces, hay cierto miedo a lo que hay tras los fenómenos de la naturaleza.

Por otro lado, se podría preguntar: ¿Por qué los que saben algo de lo espiritual en la naturaleza, se muestran reacios a hacer accesibles los métodos y caminos para que el hombre pueda desenvolver los poderes cognoscitivos que le lleven atrás de la naturaleza, que le permitan cruzar el umbral, que lo impulsen hacia lo que se halla oculto tras la naturaleza?

Tengan presente que, tan pronto como se traspasa el umbral que conduce hacia las entidades espirituales tras la naturaleza, se entra, en contacto con seres espirituales; esto lo ratifican todas mis exposiciones de las últimas semanas. Los fenómenos pasivos de la naturaleza, a cuyo estudio se circunscribe la ciencia natural actual, existen solamente en este mundo físico; al instante de traspasar el umbral, se entra en un mundo de seres espirituales vivientes. Lo peculiar es que los seres que uno encuentra primero, son seres que perfeccionan nuestra capacidad del claro pensar. En efecto, si a la suma de los fenómenos naturales, a cuyo estudio se aboca la ciencia natural materialista, la consideramos como una cortina sobre la que se hallan escritas las leyes de la naturaleza, se encuentra tras ella un movimiento de entidades espirituales. El hombre tiene que traspasar esa cortina, pero no lo puede hacer con las facultades que sirven para estudiar las ciencias

naturales. No faltan deseos de traspasar la cortina; lo que falta es el método. Antes era diferente; pero hoy no se puede traspasarla.

Con todo, existen hombres que, por una interpretación verídica de los símbolos, podrían preparar a las personas para ese traspaso. Estas personas entrarían entonces en contacto con seres espirituales que tienen todo el interés por hacer al hombre muy sagaz, muy perspicaz; se trata de ciertos seres elementales que ponen todo su empeño en enseñarle al hombre ciertas capacidades cognoscitivas que realmente le convierten en algo distinto de lo que era antes de traspasar la cortina. Además, el hombre se hallará en constante conexión con esos seres. Pero ellos tienen una peculiaridad: dotan al hombre de sagacidad, le transmiten ciertas capacidades cognoscitivas, pero son misántropos; son categóricamente hostiles a los hombres y animales, de modo que, al adelantar hacia ellos, uno pierde algo de la normal amistad hacia los hombres y animales. Quien penetre en ese reino sin la debida preparación, sufrirá una merma en cuanto a su trato afable con hombres y animales. Incluso se desarrollará la proclividad a toda clase de actos inspirados en la misantropía; es más, se adquiere cierta destreza en la ejecución de esos actos.

De lo dicho resulta que no es aconsejable dejar que los hombres traspasen la cortina sin la debida preparación; tiene su peligro, porque los primeros seres con que se tropieza no son amigos del hombre. Ese peligro existe superlativamente para el que se abriera paso por el camino que consistiría en prolongar el método actual de la ciencia natural: se encontraría con esos seres hostiles al hombre ya la naturaleza, y conocería una enorme suma de fuerzas de alta potencia destructiva.

Así, pues, no es deseable permitirles el paso a los individuos todavía proclives a aplicar esas fuerzas destructivas, porque se les entregaría muchas de esas fuerzas. Por el contrario, hay que procurar permitirles el paso únicamente a los individuos que, por su autodisciplina, hayan adelantado lo suficiente para no hacer uso de los recursos destructivos cuando se los insinúan aquellos seres destructivos. Precisamente en esta dirección, el desciframiento de los símbolos tenía importantes efectos: en esa labor de descifrar, se consumen las fuerzas que aquellos seres hubieran podido emplear para convertir a los hombres en destructores. Existía, pues, la tendencia a impedir que los hombres se entregasen a los seres de destrucción, y los ocultistas que abogaban por guardar en secreto una elevada parte de los conocimientos esotéricos, razonaban como sigue: "Si divulgamos, abiertamente, nuestros conocimientos y la forma en que éstos se cultivaban en las órdenes ocultas, de modo que la gente se ahorre el esfuerzo de descifrar personalmente los símbolos, convertiremos a esos hombres en rebeldes contra la naturaleza, en portadores de fuerzas destructivas". Esta fue la tendencia. Ellos decían: "Poseemos un conocimiento que irremisiblemente produciría esos efectos; por eso, no podemos hacerla exotérico. Hemos de observar estrictamente la regla de empezar por educar a los que se nos acerquen, al amor más absoluto hacia los hombres, al amor más absoluto hacia las plantas y los animales; hemos de someterlos primero a una disciplina cuidadosa".

Semejante disciplina cuidadosa ya no la aceptan los hombres modernos; simplemente la rechazan abiertamente. La humanidad ha progresado. ¿Qué hace ella entonces? Supongamos que se intentara practicar esa disciplina, que se pusiera a los hombres en las órdenes respectivas, y que tomaran en serio lo que, a la mayor parte de ellos, habría que ordenarles en forma imperativa. ¿Cuál sería la consecuencia? Todas las mujeres se habrían escapado en menos de tres meses; no la aceptarían jamás. Por eso, ciertas órdenes, para

poder subsistir, desistieron .de ejercer esa disciplina, con el resultado de que lo que otrora era conocimiento profundo, degeneró en algo hueco, sin contenido alguno. Al mismo tiempo, entre los que realmente sabían, persistía la consigna de mantener la cosa en secreto.

Lo que acabo de decir, se conjuga con lo dicho anteriormente: al sobrevenir la marea del materialismo, se recurrió al método del mediumnismo. Se suponía que lo que de otra manera, el hombre hubiera obtenido por la explicación teórica de los símbolos, podría *verse* con el método del mediumnismo.

Parece, pues, plausible que para los que saben algo de ese tema, existan ciertas razones de oponerse al indiscriminado develar de los secretos de la naturaleza. Esto tiene consecuencias muy precisas: ustedes comprenderán que nuestro Movimiento espiritual no puede consistir en tomar cualquier secreto de las órdenes, en la forma en que fue conservado y legado, y hacerlo exotérico. Si se hiciera simplemente esto, lo que equivaldría a enseñar en público -como nosotros tenemos que enseñar- algunos antiguos secretos de las órdenes, difundiríamos con esos secretos toda clase de trozos curiosos de magia, etc., que no producirían nada provechoso. Queda, pues, excluido de nuestro Movimiento toda divulgación de antiguos secretos de las cofradías ocultas. No podemos utilizar semejantes secretos para descifrar los secretos de la naturaleza. Mañana les mostraré que tampoco podemos simplemente hacer uso de las verdades religiosas, porque con eso provocaríamos otro peligro distinto. Así se pondrá en evidencia por qué no hemos podido hacer ni lo uno, ni lo otro, y por qué tuvimos que seguir un camino peculiar. Y precisamente este camino especial es el que nos granjea la enemistad de los dos lados: de la ciencia natural y de la religión. Mañana lo explicaré.

IX CONFERENCIA

24 de octubre de 1915

Si recuerdan lo que traté de exponer ayer, comprenderán que, en el fondo, el advenimiento del materialismo -y conste que no digo de la concepción materialista del mundo, sino del materialismo-, tiene sus innegables méritos. Lo nefasto consiste en que se toma el materialismo como base de una concepción del mundo; lo meritorio del materialismo consiste en utilizarlo como método para estudiar los fenómenos exteriores del mundo tísico sensible que aparece como reino mineral con la actual etapa evolutiva de la Tierra. El materialismo es un magnífico instrumento para explorar el reino mineral, ese reino que es de particular importancia para el desarrollo terrestre. Y por otra parte, es de importancia esencial para este desarrollo terrestre, el que el ser humano tenga la experiencia de su incorporación en el mundo material-mineral, con lo cual adquiere, al mismo tiempo, el desarrollo de las capacidades sólo posibles de adquirirse en un cuerpo físico-mineral. La inteligencia y la libre voluntad deben ser adquiridas hasta cierto grado durante la época terrestre. En las épocas evolutivas llamadas Júpiter, Venus y Vulcano el hombre sabrá manejar estas facultades, las que no podrán ser adquiridas por ningún ser en el mundo sin la condición de que un ser anímico como lo es el hombre, emprenda esta época terrenal encarnado en un cuerpo mineralizado.

El hecho de que el hombre pase una y otra vez, entre sus encarnaciones terrenales, por la vida puramente anímica entre la muerte y un nuevo nacimiento, significa un contrapeso a

su evolución en un cuerpo mineralizado. Puede decirse que mucho de lo que el hombre experimenta en su vida terrenal entre el nacimiento y la muerte, lo debe a su condición de poseer un cuerpo mineralizado. Pero esa desventaja cósmica que le significa su encarnación en un cuerpo mineralizado, es contrarrestada por lo que experimenta entre la muerte y un nuevo nacimiento, cuando, dicho de otra manera, no se halla en su cuerpo, sino en su alma.

El analizar el elemento mineral que se halla presente en piedras, plantas, animales y hombres, incumbe al método materialista; y al practicar, durante siglos, este método materialista, el hombre adquiere precisamente lo que tiene que adquirir durante el tiempo terrenal. Los métodos de investigación anteriores al método materialista, eran todavía influidos por la herencia de clarividencia atávica, que el hombre traía de sus estados evolutivos anteriores. Y cuando el hombre haya cumplido esencialmente su desarrollo mineral al cabo de nuestra quinta etapa post atlante y en el transcurso de toda la época post atlante, cuando comience una nueva fase de desarrollo, la afinidad del ser humano con el mundo espiritual será necesariamente muy estrecha, por lo que debió de haber adquirido con anterioridad, es decir, durante la época terrestre, la inteligencia que le fuera destinada. Del mismo modo debió de haber adquirido ya su destinado "cupo" de libre voluntad, pues en caso contrario peligraría su armónico desarrollo.

Así contemplado, el método materialista significa algo de gran importancia, pero tiene que limitarse a ser método, método para la investigación del mundo físico material exterior. Entonces, aunque el método materialista se aplique a lo material -y valga la redundancia- no deja de tener su aspecto significativo en sentido superior: tiene la virtud de que el hombre, al percibir, investigar y actuar puramente en el mundo material, va desarrollando, poco a poco, su libre voluntad. Porque hallándose confundido con el mundo material, se le oculta lo que en realidad es fundamento de ese mundo, es decir, lo que ese mundo es en su esencia.

En semanas pasadas, vimos a dónde se llega, si se queda sutilizando teóricamente dentro de las percepciones físicas sensibles: se llega al atomismo. También nos dimos cuenta de que el atomismo no es sino una ilusión subjetiva del hombre. Pero si uno saliera al mundo real, ahí donde el hombre, víctima de ilusión, busca los átomos, se encontraría con Ahriman y sus huestes. Y es que, por la influencia de los seres espirituales de que hablé ayer, y a los que el hombre llega cuando traspasa el velo de la naturaleza, el hombre llegará a desarrollar fuerzas destructivas, porque esos seres son también cósmicos.

He ahí, pues, la verdad sobre el método materialista: le proporciona al hombre una ilusión, maya. Pero esa ilusión incluso le es favorable, porque en cada momento en que se da cuenta del engaño, se introduce en el reino de Ahrimán y de sus entidades espirituales que traman la destrucción y la matanza, y que provocan que, en su propia naturaleza humana, se desarrollan fuerzas destructivas hasta cierto refinamiento. En particular, es el juicio, la inteligencia netamente exterior que se desarrollan bajo la influencia de los poderes en cuyo dominio se entra, de modo que uno se vuelve sumamente astuto. Si uno todavía no ha logrado desarrollar su inteligencia terrenal lo suficiente como para comprender estas cosas, la astucia será inconsciente pero no por eso menos efectiva. La filosofía materialista representa, pues, un tiempo de protección durante el cual el hombre puede madurar, para entrar más tarde, sin peligro alguno, en ese reino de Ahrimán.

Así pues, los científicos o filósofos de orientación materia lista siguen su instinto muy justificado. De ahí que los custodios de los antiguos símbolos no se atrevieron a hacer exotérico lo esotérico, y a entregarles a los hombres los secretos. Los científicos se dicen -naturalmente no lo dicen en realidad, pero simbólicamente podemos expresarlo así-: "Hacemos algo muy meritorio si conducimos al hombre nada más que hasta la cortina y no detrás de ella". Claro, lo hacen tan sólo por instinto, pero ¡lo hacen! En el fondo, los científicos prestan a la humanidad un buen servicio, porque si llegaran a penetrar el velo, la cortina, conocerían los hombres las fuerzas de los seres destructivos de que hablé ayer: seres al servicio de Ahrimán. Consecuencia de esto sería que los hombres, todavía no preparados, aceptarían con sumo gusto las fuerzas que proceden de ese lado. y con esas fuerzas, los hombres lograrían mucho, pero todo al servicio de la destrucción y del aniquilamiento del bien. Así que incluso la ignorancia en que la concepción naturalista del mundo deja sumido al hombre, tiene sus méritos, en cierto modo. He ahí un aspecto del asunto. Y ¿cuál es el otro?

Para que el hombre pueda vivir en este mundo de ilusión en que se halla ubicado instintivamente por los científicos, es necesario 'que viva en él por siglos enteros. Ya han pasado algunos siglos desde que el hombre vive en esa ilusión, en esa maya. Pero esto no pasa sin dejar consecuencias en la naturaleza humana: al vivir en una ilusión respecto a una cosa, el hombre no vive en la realidad, y así el ser humano realmente se acostumbra, desde hace siglos, a una ilusión. Esa ilusión no invade su alma con la misma fuerza con la que invadiría la realidad, con el resultado de que aparecen en el alma humana, dudas sobre dudas que también se han manifestado en este contexto. Célebres científicos naturales han proclamado el Ignorábimus. La segunda mitad del siglo XIX, ya sacó a luz todo lo que podemos llamar: el convivir con dudas y más dudas. Pero la verdad es que se está aproximando un tiempo cuyas características serán que el hombre vivirá más y más en la ilusión, y creerá que lo que le rodea es la realidad. Se adapta cada vez más al materialismo como concepción del mundo, a la vez que sus dudas van en constante aumento y no tardaría mucho en que, por la filosofía de la ciencia natural, vivieran en cada alma dudas sobre dudas. Entonces, los hombres perderían toda certidumbre, tendrían dudas sobre dudas, sobre cada problema, sobre cada tema. El escepticismo se convertiría en un "maremagnum" en que se ahogaría el alma humana.

La tarea de la investigación espiritual es que se conozca todo esto; que se reconozca la amenaza de la irrupción del enorme mar de escepticismo que ahogaría el alma humana. Otra de sus tareas es levantar diques para que no nos invada ese mar de dudas, ese mar de escepticismo. Se yergue ante nosotros la perspectiva de algo que, ineludiblemente, se abatirá sobre la humanidad, si la doctrina científica natural persiste como concepción del mundo. He ahí, pues, el otro aspecto del asunto.

Lo que acabo de decir, está relacionado con un profundo secreto: con el secreto de que, en el mundo sensible exterior, todo lo que en él se despliega, tiene que desplegarse en dualidad. En cierta ocasión, dije que el número dos es el número de la revelación, es decir, el que preside toda la manifestación sensible. ¿Qué significa esto? En el mundo de 1 las manifestaciones, siempre tiene lugar cierta evolución. _ Por ejemplo la evolución de maya natural. La maya natural, poco a poco, fue ascendiendo, desde los albores de la concepción naturalista del mundo, y tuvo su apogeo en el siglo XIX. Pero el que vivamos dentro de esa maya, tiene por consecuencia que, debajo de la concepción que vive en maya natural, se efectúa algo distinto: la preparación para una concepción diferente, para una penetración en la realidad. Esto está preparándose en la subconciencia (dibujo 13).

Y hay que tomar las precauciones necesarias para que el próximo paso de la evolución desemboque en la realidad, pues de lo contrario la "maya natural" hallará su continuación en un terrible escepticismo que ahoga el alma humana. Nos acercamos, pues, a un tiempo del que podemos decir: si no viniera la Ciencia Espiritual, el hombre se hundiría más y más en el escepticismo; pero con el advenimiento de la Ciencia Espiritual, el alma humana va a recibir lo que ella necesita, en vez de un terrible escepticismo que la ahogaría.

He ahí la dualidad: la maya natural sigue, pero debajo de ella germina la plena vida, preparación para la Ciencia Espiritual. En el mundo sensible, todo sigue con sujeción a la dualidad. Por eso es que el ocultista dice: la dualidad pertenece a la manifestación sensible. En el momento en que uno entra, del mundo sensible, a otro mundo, la dualidad ya no tiene este significado, Y sería un error tratar de caracterizar de inmediato, los mundos superiores con la dualidad; lo único que puede caracterizarse con ella es la ley fundamental del mundo físico-sensible. En el mundo superior, si uno quiere relacionado con un número, tiene que partir, por ejemplo, de la tríada: así como el mundo sensible se halla dominado por la dualidad, los mundos espirituales lo están por la tríada. Saber esto, no deja de tener su importancia. Así, por ejemplo, conviene saber que todo lo que puede caracterizarse en sentido de la dualidad, no tiene importancia sino para el mundo sensible. El que diga que la magia se divide en una magia blanca y una negra, habrá establecido una dualidad; dualidad que sólo puede tener importancia para el mundo sensible. Quien argumente así muestra, pues, inmediatamente que no tiene idea de los conceptos fundamentales del mundo espiritual, porque este jamás podría basarse en la dualidad. Tan cierto como es que uno tiene que tomar la dualidad como base para el mundo físico-sensible, tan cierto es que en el mundo suprasensible jamás se tropieza con ella.

Ahora bien, existe un parentesco entre el hombre y todo el cosmos: el hombre, tal como vive sobre la Tierra es -como lo hemos subrayado varias veces- un microcosmos. Existe un parentesco con todo el cosmos, y para conocer ciertas cosas es necesario revelar ese parentesco. Hemos llamado la atención sobre el hecho de que el hombre, cuando traspasa la cortina de la naturaleza y entra en el mundo que existe detrás de ella, se encuentra con seres ahrimánicos, seres que tienen carácter destructivo. Dentro del orden cósmico, esos seres son, por lo pronto, acérrimos enemigos de la naturaleza terrenal del hombre, lo que implica que, si uno se asocia con ellos por debilidad (lo que puede suceder de la manera como lo he señalado), uno se alía con enemigos del hombre terrenal. Efectivamente, se entra en alianza con los enemigos del hombre terrenal, y esa alianza se ve particularmente propiciada por una cierta relación entre el hombre y el cosmos.

Esas entidades ahrimánicas, ocultas tras la cortina natural, son inteligentes; poseen su inteligencia. Hace un momento, hablé de la inteligencia humana, pero esos seres tienen su pensar, su inteligencia, tienen un sentir, aunque diferente del sentir humano; tienen voluntad, aunque se distingue de la humana. Ejecutan ciertos actos que, exteriormente, se expresan en fenómenos naturales pero cuya substancialidad esencial se halla tras la cortina. Sin embargo, existe una extraña relación entre algo que late en el hombre y las supremas capacidades de esos seres. Lo explicaré de la siguiente manera: cuando el que cruza el umbral del mundo espiritual, tropiece con esos seres -para el caso, no importa si le parece haber entrado en el infierno o lo que prefiera imaginarse; lo importante es juzgar correctamente esta experiencia- quedará asombrado por la extraordinariamente elevada inteligencia de esos seres: son sumamente perspicaces; son sabios. En eso, se manifiesta su potencia anímica. Pero estas fuerzas anímicas, esas fuerzas superiores de aquellos seres, se

hallan emparentadas, todas ellas, con las fuerzas de la naturaleza baja del hombre. Lo que, en el hombre, son los instintos sensuales, son, en aquellos seres, las facultades que más asombro le causan al espectador. Así es que hay un parentesco entre las fuerzas más bajas del hombre y las más elevadas de aquellos seres espirituales; de ahí que ellos tratan de identificarse con las fuerzas humanas inferiores. Si se entra en aquel mundo, esos seres excitan los instintos de destrucción y odio u otros, yeso porque dichos espíritus elevan lo bajo que existe en el hombre, para fusionarlo con sus propias fuerzas superiores, y actúan con sus fuerzas superiores a través de lo humano inferior. Uno no puede asociarse con esos seres sin rebajar su propia naturaleza, es decir, sin desarrollar con particular intensidad, ciertos instintos sensuales.

He ahí un hecho que ha de tenerse muy en cuenta, porque nos muestra claramente cómo hemos de imaginamos nuestra relación con el cosmos: dentro de nuestra propia naturaleza humana, están ciertos instintos bajos; pero estos instintos significan bajeza nada más que en nosotros, los hombres. Tan pronto como se manifiesten en aquellos seres espirituales, esos mismos instintos ostentan categoría de facultades superiores. Pero dichos seres espirituales actúan siempre en nuestra naturaleza; siempre están presentes. Lo esencial del progreso científico-espiritual consiste tan sólo en que los reconocemos, que sabemos que ahí están. Así pues, tenemos nuestras fuerzas superiores y nuestras fuerzas bajas, y reconocemos como tercer elemento: las fuerzas que, en nosotros son fuerzas bajas, en aquellos seres con fuerzas superiores. Con ello la dualidad de nuestro mundo, de nuestras fuerzas bajas y altas, se amplía con la tríada. Con tocar esta tríada en vez de esa dualidad, ya tocamos el umbral del mundo espiritual.

Les dije ayer, que en la actualidad, es imposible hacer algo parecido a lo que hizo por ejemplo, el Padre Antonio con Pablo el Ingenuo. También es imposible hacer algo de lo que hicieron ciertas órdenes. Es que ya no se puede utilizar el saber antiguo. Porque si uno lo transmitiera a los hombres, se lograría exactamente lo que acabo de explicar: se suscitarían en el hombre los instintos bajos; ni duda cabe.

Incluso existe una orden que conduce a sus miembros, sin más, al conocimiento de los seres misteriosos de los que acabo de hablar. Pero esos hombres reciben todos los instintos destructivos, de modo que, en realidad, esa orden produce individuos dotados de instintos destructivos. Nietzsche, en una de sus obras, hace alusión a aquella orden, aunque sin conocer realmente y tener en cuenta el verdadero estado de las cosas.

Así pues, lo primero sobre lo que tengo que llamar la atención, es acerca de aquella cortina frente a los secretos de la naturaleza, cortina que representa todo lo que puede obtenerse por los métodos materialistas; tras ella, se encuentra el mundo real. De inmediato, no es fácil penetrarlo; tengámoslo bien en cuenta. Por otro lado, existe nuestra vida anímica con su pensar, sentir y querer. Pero esta vida anímica, en su forma de presentarse a nuestro ojo interior ¡es también maya! al igual que la naturaleza exterior es maya. Eso que desfila ante nuestra alma como pensar, sentir y querer, no es la verdadera forma de nuestra vida interior: una vez más, la auténtica realidad hállase tras este pensar, sentir y querer.

Así como los hombres de ciencia modernos desarrollan la opinión instintiva que la naturaleza misma ya representa la realidad, pero llegan cuanto más al atomismo, del mismo modo, los representantes de ciertas comunidades religiosas se empeñan hoy día en describir la configuración del alma como si ella, con su pensar, sentir y querer, ya fuera la

realidad, y que después de la muerte, ella continuaría viviendo con ese mismo pensar, sentir y querer. Así como los hombres de ciencia describen la maya de la naturaleza, los representantes de ciertas congregaciones religiosas describen la maya del alma, y con esas opiniones, también ellos sirven instintivamente a la evolución de la humanidad.

He mencionado varias veces que, ya desde las tempranas etapas de la Edad Media, el cristianismo oficial empezó a tildar de herejía la llamada tricotomía, división del hombre según cuerpo, alma y espíritu. Un Concilio Ecuménico abolió al espíritu, y hoy el hombre se considera constituido por cuerpo y alma; en Occidente, cundió la costumbre de dividir al hombre en cuerpo y alma. En la Edad Media, se consideraba monstruosidad el que alguien hablara de espíritu, alma y cuerpo, es decir, de una tríada. Fue el colmo de la herejía, porque se había abolido el espíritu, y porque cuerpo y alma habían quedado establecidos como dualidad. Esa doctrina hace juego con el instinto de limitarse, incluso en lo tocante al número, solamente a lo que sólo tiene importancia para este mundo. Efectivamente, existe esa tendencia de que les hablé: mantener al hombre en el mundo que, en verdad, sólo es maya, porque uno se detiene en el pensar, sentir y querer que corresponde a maya. Esto equivale a tener en cuenta solamente la porción de la actual encarnación que se va a consumir entre la muerte y el nuevo nacimiento; no se tiene en cuenta lo que se configura en el hombre para reaparecer en la próxima encarnación.

Permítanme dibujarlo esquemáticamente como sigue: supongamos que dibujo aquí el cuerpo humano (rojo) (dibujo 14).

Por lo que se encuentra tras él, tendría que dibujarlo así; naturalmente es esquemático, pues se encuentra, por decirlo así, fuera del cuerpo humano. En rigor, tendría que dibujarlo en este lugar; no sería visible. Se podría ver si se traspasaran las puntas de los nervios. Si no se tomara el átomo como fundamento del mundo, sino que aquí la mirada saliera fuera del cuerpo, se llegaría al lugar donde los seres destructivos mantienen ocupado al hombre entero. Quiero dibujar ahora, adentro, lo anímico que el hombre desarrolla, por lo pronto, en el mundo físico (azul). Lo rojo y lo azul son, pues, aquello qué el hombre percibe en este mundo: su corporeidad y animidad. Pero hay más: mientras vivimos en la tierra entre el nacimiento y la muerte, se desarrolla lo que no es perceptible (amarillo); esto se substrae totalmente a nuestra percepción. Llega el momento de la muerte: al morirnos, el pensar, el sentir y el querer no siguen desarrollándose. Estas tres facultades serán consumidas, y durante esa consunción, se desarrolla lo que aquí es amarillo, es decir, lo imperceptible, que se hace más y más poderoso entre la muerte y el nuevo nacimiento. Al reencarnar aparecemos con un nuevo pensar, sentir y querer, con una nueva corporalidad (dibujo 15).

Así pues, cuando hablamos de lo que se revela a nuestra alma aquí en la Tierra, nos referimos a algo que. terminará aquí en la Tierra, algo que no nos acompaña a la próxima encarnación. Si queremos abarcar lo anímico en su totalidad, hemos de dejar de hablar como hablan los representantes de las religiones: "El hombre se muere; entra al cielo o al infierno, y ya no nos preocupamos por él". Según la opinión de ciertos representantes de religiones, esto ya es suficiente, ya es bastante inmortal; lo demás, lo que prosigue a la siguiente encarnación, no es tan importante. Se trata de ocultar el hecho de que lo espiritual se introduce, y continúa viviendo, en los mundos espirituales hasta la próxima encarnación.

No es exagerado decir que los representantes de las distintas comunidades religiosas celosamente tratan de evitar que el hombre se dé cuenta de lo amarillo de su ser. Hemos de reconocer que, con ese empeño, ellos sirven a cierto atinado instinto, pero que muestra, con mucha claridad, que ha perdido su valor en nuestra época, en analogía a cómo lo ha perdido el otro instinto, al que siguen los naturalistas.

Sin duda, todo el empeño de los representantes de las diferentes agrupaciones religiosas se concentra en ocultar el hecho de que existe un mundo espiritual al que pertenece el más íntimo núcleo de nuestro ser, núcleo predestinado a aparecer en repetidas encarnaciones terrenales, y, entre ellas, a pasar por una vida genuinamente espiritual; ocultar este hecho, consolando a los hombres con la promesa de que ya es satisfactoriamente inmortal aquello del alma que se manifiesta en el pensar, el sentir y el querer.

¿Qué hacen y piensan, en verdad, esos asistentes espirituales? Instintivamente, tratan de apartar a los hombres del contacto con ciertos seres. Jamás se puede penetrar en nuestro verdadero mundo interior, sin tropezar con ciertos seres, a semejanza de como se tropieza con ellos al traspasar la cortina de la naturaleza, con la diferencia de que los seres con que se tropieza en el propio interior, son de índole luciférica.

El hombre, que por habérsele entregado ciertas enseñanzas sin la necesaria cautela, entra realmente en contacto con ciertos seres destructivos tras el velo de la naturaleza, perderá toda facultad de apreciar lo valioso que hay en el mundo, y pronto mostrará su placer en destruir y aniquilar. No será necesariamente algo externo lo que destruya; hay quienes mostraron placer en torturar y maltratar otras almas. Esas son características que entonces se manifiestan, sin que pueda afirmarse que las personas con esas características, resultado de su alianza con las potencias elementales ahrimánicas, sean siempre egoístas; generalmente no lo son. Lo hacen por un impulso totalmente distinto, no egoísta; les gusta destruir, y destruyen, aunque no saquen ningún provecho para sí mismos. Los seres en cuya esfera uno entra ahí, son realmente seres destructivos, y tientan e inducen a destruir.

En cambio, los seres en cuya esfera se entra tras el velo de la vida anímica, son de naturaleza totalmente diferente: no tienen particulares ganas de destruir; propiamente, ni saben qué es la destrucción. Tienen un loco afán de obrar, de crear algo; tienen un frenético impulso de trabajar y de producir. Y también ellos tienen ciertas capacidades elevadas, pero no emparentadas con nuestro pensar, sino más bien similares a nuestro sentir y, sobre todo, a nuestro querer. Aquí entramos a una esfera cuyos seres son muy parecidos a nuestra voluntad, pero, aunque parezca extraño, con los más nobles aspectos de nuestra voluntad.

Así pues, si no sabemos lo que sabe el iniciado, o sea, que existe un mundo espiritual, lo mismo tras el mundo natural que tras el anímico, y si saturamos nuestra voluntad de ideales; si desarrollamos una voluntad noble y espiritualizada y, con ella, entramos en aquel mundo, entonces nuestra noble voluntad se asocia especialmente con los atributos bajos de esos seres en cuya esfera entramos. Existe un misterioso lazo de atracción entre nuestra voluntad elevada, y los instintos y menesteres bajos de aquellos seres.

Piensen ahora que si un hombre está en contacto con su asistente espiritual; el que para bien de su alma le habla de los consuelos de la inmortalidad, del valor del alma humana, de lo divino, etc., puede suceder que por un motivo insignificante este hombre -más aún siendo de carácter noble- pueda llegara traspasar el delgado velo que oculta la verdadera

vida anímica y enterarse de los secretos del pensar, del sentir y del querer. Pero con ello penetrará en la región de esos seres volitivos, lo que provocará que justamente la faz idealista de su voluntad, empiece a tomar un carácter sensual. Y ahora, hecha esta advertencia, lean ustedes muchas descripciones -de adeptos y adeptas del misticismo: al leer sus biografías, observen en qué atmósfera sensual entran: ¡los ideales más elevados toman ahí carácter sensual! Recuerden tan sólo la intensa experiencia de los místicos y místicas con la novia o novio de su alma, donde la unión mística de la adepta aparece como unión sensual con su Salvador, o, en el caso del adepto, como unión real con la novia de su alma, la Virgen María.

Es pretensión de esos seres volitivos volcar en nuestro pensamiento, en nuestros ideales, lo que normalmente conocemos como sensualidad. Afirmación de mucho peso ésta. Los seres en cuya región se entra, tienen la tendencia, justificada desde su punto de vista, de volcar sus instintos sensuales en nuestra voluntad idealizada. Como resultado, en la voluntad de nuestra cabeza que, por lo general, tenía cierta sobriedad, se mezcla una sensación sensual del mundo espiritual, lo que se manifiesta a menudo como carácter de mística sensual. De esto, los representantes de ciertas comunidades religiosas tienen un tremendo miedo, y de nada tienen tanto miedo como de los feligreses que pretenden ser místicos.

Es efectivamente Escila y Caribdis: si tratamos de traspasar la cortina de la naturaleza, llegamos a los Escila, a los seres de inteligencia ahrimánica que generosamente, quieren dotamos de fuerzas de inteligencia destructiva. Si queremos traspasar el velo de los seres anímicos, llegamos a los Caribdis, seres de voluntad luciférica, que generosamente quieren dotarnos de una bruma, de una sensualidad y de instintos espirituales.

Con cierto derecho, las órdenes espirituales dedicadas especialmente al cultivo de la vida religiosa, tenían que vigilar que si aparecían místicos en sus filas, al menos su misticismo no apareciera con su lado negativo. Por eso, levantaron barreras contra la entrada en el mundo espiritual. Piensen que ciertas comunidades religiosas -no me refiero a órdenes secretas, sino a órdenes religiosas- se asociaron con el trabajo exterior, es decir, con trabajos que abren el alma humana al gozo de la naturaleza, al gozo de todo lo que vive ahí fuera en el mundo; esas órdenes, si comprendían el principio saludable, hacían ejecutar trabajos manuales. Porque los fundadores de esas órdenes se decían: lo peor que podemos hacer, es aislar a los hombres y dejar que prolifere en ellos la vida mística; de modo que esa vida mística brote de la pereza, de la inactividad externa. Lean ustedes las diferentes reglas monásticas, de las mejores épocas y de las órdenes mejores, y verán que, por doquier, se consideraba lo que he explicado, y que con trabajo exterior se contrarrestaban esas brumas místicas, y esa atmósfera sensual. También comprenderán ahora por qué Antonio dejó cumplir a Pablo trabajos carentes de sentido: si hubiera permitido que Pablo, por años, se hubiera entregado a la pereza, Pablo el Ingenuo se habría convertido en un místico sensual.

Noten ustedes la dualidad: por un lado, el ocultismo objetivo que, si se lo entrega a los hombres sin adecuada preparación, los convierte en seres destructivos; por el otro, la mística subjetiva que, si los hombres cultivan o le dan cabida, convierte en egoístas a los idealistas, egoístas como se nos aparecen en numerosos místicos que solamente desarrollaron un egoísmo más refinado, una pasión más refinada por cuidar su alma. Lean las biografías de los místicos y se horrorizarán del egoísmo anímico que late en ellas. Los seres espirituales que se hallan al servicio de Ahrimán y en cuya esfera entramos si cultivamos, no el egoísmo, sino el impulso de destrucción, son los Escila. En cambio, si

cultivamos la mística subjetiva de los seres luciféricos de la voluntad en cuya esfera entramos, nos amenazarán los Caribdis, porque esos seres cultivan, sobre todo, el egoísmo interior, de modo que nuestro propio interior sea representante del mundo. He ahí la dualidad en el mundo sensible: ocultismo objetivo - mística subjetiva. Ambos pueden tener sus aberraciones.

En el fondo, en lo que así se ha desarrollado a través de los siglos desde los albores del tiempo moderno, existe, por un lado, el ocultismo objetivo, custodiado en las órdenes ocultas, pero no custodiado correctamente porque la gente ya no sabe custodiar: todo sale a la publicidad. Pero hemos visto qué trabajo les costó encontrar una solución; esto lo destaqué en estas semanas. Por el otro lado, existe la mística subjetiva.

¿Qué resulta de ahí? Resulta que si queríamos fundar una Ciencia Espiritual, no debíamos dejamos atraer ni por Escila, ni por Caribdis, sino abrimos paso por medio de ellos; no podíamos cultivar el antiguo ocultismo tradicional, ni debíamos cultivar antiguas formas tradicionales de la mística. Así comprenderán, aún más profundamente, lo que da la orientación a nuestro movimiento científico espiritual: habíamos de evitar tanto el ocultismo objetivo tradicional como la mística subjetiva tradicional, y nuestra Ciencia Espiritual había de tener un carácter que permitiera esquivar a Escila y Caribdis.

Me incumbe ahora exponer el carácter básico de nuestra Ciencia Espiritual, necesario para evitar ambos peligros. Pero, naturalmente, no podemos evitar que, por un lado, se nos acerquen equivocadamente personas que realmente buscan el ocultismo objetivo antiguo y que, por el otro, se nos asocien personas que realmente buscan la antigua mística subjetiva. Ambas categorías no van a encontrar con nosotros lo que buscan. Pero creen encontrar lo que buscan, tergiversando a su antojo la interpretación de nuestra enseñanza. Cómo tiene que ser nuestra enseñanza y cómo tenemos que concebirla para pasar con nuestra barca espiritual por entre Escila y Caribdis: de esto tendré que hablarles mañana.

X CONFERENCIA

25 de octubre de 1915

Para poder ocupamos de los temas que ahora requieren nuestro interés, es preciso que enfoquemos claramente cierto aspecto del concepto de la conciencia humana como se presenta en nuestra época. Evoquemos algunas características de esta conciencia que hemos tratado en los últimos días y semanas. Sabemos que esta conciencia humana está estructurada como para mantener al hombre dentro del ámbito que de alguna manera hemos delimitado en estos días. Esta conciencia mantiene al hombre dentro de un ámbito limitado, por un lado, por el velo que nos proporcionan los fenómenos naturales, que por de pronto, nos es imposible trascender; hacia el otro, se extiende el velo de nuestras propias vivencias anímicas, esto es, de nuestro pensar, sentir y querer. Nuestra conciencia está organizada de tal manera que, al dirigir la mirada hacia nuestro propio interior, podemos lograr cierta vivencia humana de ése, nuestro pensar, sentir y querer, mas no podemos traspasar el velo, tras el cual, sin embargo, existe un mundo real.

Si nos imaginamos por un lado el velo de los fenómenos naturales y detrás del mismo la realidad objetiva, nuestra conciencia está orientada hacia el velo que por de pronto, no ha de ser traspasado. En el otro lado, tenemos los fenómenos psíquicos (véase esquema en la

página siguiente), tras los cuales existe la realidad subjetiva: logramos de ella cierta intuición, aún sin poder trascender el velo. Dentro de estos dos límites, esto es, dentro de estas dos líneas paralelas, se encuentra nuestra actual conciencia, que percibe por un lado, a través de los sentidos, el mundo de la naturaleza, y por el otro en introspección, el mundo anímico. De la naturaleza captamos, pues lo que se nos presenta como velo; del mundo anímico, lo que se presenta a la directa percepción interior.

Recordemos que la conciencia moderna se distingue de la anterior que todavía puede presentarse en nuestra época como legado de clarividencia atávica; recordemos, asimismo, que esos antiguos legados han ido desvaneciéndose, y que nuestra actual conciencia, de funcionar normalmente en el plano físico, tiene la configuración descripta.

Aquí se insinúa una pregunta: ¿A qué se debe esa peculiar modalidad de la actual conciencia para los hombres de nuestra época?

La razón es, amigos míos, que durante nuestro actual ciclo evolutivo, amén de otros objetivos ya destacados anteriormente, hemos de adquirir la correcta relación entre el alma nuestra y la de los demás hombres, dentro del cosmos. Esta forma de conciencia tiene su tarea específica.

Tengan presente que, en los antiguos ciclos solar, lunar, etc., atravesamos por otros estados de conciencia, así como después, durante los ciclos jupiteriano, venusino, tendremos que atravesar estados de conciencia distintos, para los que lentamente nos estamos preparando. En el ciclo evolutivo actual, por nuestra manera de convivir con el mundo, hemos de desarrollar dentro de nosotros, esa forma de conciencia, y lograr establecer por su medio, amén de todo lo que corresponda a su perfeccionamiento en lo moral, la correcta relación entre una y otra alma humana, relación todavía inexistente antes de iniciar el ciclo terrestre, y sin la cual no podríamos situarnos en los ciclos jupiteriano, venusino y vulcánico. Detengámonos en la evolución que precedió a nuestro ciclo terrestre, lo saturniano, solar y lunar. Entonces el hombre todavía no tenía esa armónica relación con sus congéneres; incluso todavía durante el ciclo lunar, cualquier deseo del individuo afectaba al prójimo, que podríamos decir, sentía en sí, el anhelo de su prójimo. Los espíritus de las jerarquías superiores regulaban el debido desenvolvimiento de ese contacto.

De haber persistido esa regulación, nunca el hombre hubiera podido alcanzar su plena libertad en lo cósmico. He ahí la necesidad de que sobreviniera una nueva modalidad de conciencia que hiciera posible la existencia de un límite entre un hombre y otro. Debido a que nuestra mirada no atraviesa, por un lado, la superficie de la naturaleza, ni, por el otro, el mundo anímico, la relación entre un alma y otra tiene la peculiaridad de que se crea entre ambas cierto límite, ese límite que precisamente corresponde a nuestra actual modalidad de conciencia. Tengamos presente que una peculiar propiedad característica de nuestra conciencia actual es que, propiamente, no registramos sino reflejos de imágenes, lo que es aplicable asimismo a la relación entre hombre y hombre.

Frente a otra persona, mi actual forma de conciencia me suministra, en primer término, el reflejo de mi propia conciencia, y así no puedo acercarme al prójimo vertiendo en su alma el contenido de la mía. En otras palabras, desarrollada nuestra conciencia tal como corresponde, es ella misma la que nos impide invadir la conciencia de los demás. Podríamos también decir: nuestras fuerzas de conciencia e inteligencia se hallan dispuestas

de tal manera que no podemos ejercer influencia excesiva sobre el prójimo, ni tampoco él ejercerla sobre nosotros: nos hallamos separados, gracias al mencionado reflejo de la conciencia.

He ahí un hecho de gran alcance que vale la pena enfocar con la mayor atención, para comprender la evolución humana. Un caso de conciencia defectuosa que puede presentarse, sirve para ilustrar lo antedicho. Imaginen, por ejemplo, un individuo cuya conciencia haya tenido un desarrollo no del todo normal; un individuo en el que se manifiesta un poco lo que, en semanas pasadas, recurriendo a un término poco agradable pero acertado, hemos llamado "extravagancia" ya sea "mística" u otra. Supongamos que su conciencia propende a toda clase de fantasías, apoyadas por ciertas vivencias anormales, es decir, anormales para nuestro tiempo. Una y otra vez, ustedes comprobarán que semejantes conciencias anormales ejercen sobre otras almas una influencia mucho mayor que las conciencias normales. La persona que, si me permiten expresarlo en forma algo ruda, está un poco chiflada en algún sentido, ejerce mayor influencia sobre sus congéneres que la persona normal. Así, el hombre normal tiene que protegerse fortaleciendo su conciencia, para no sufrir la influencia de la anormal. El anormal siempre constituye cierto peligro para sus congéneres porque, con demasiada facilidad, ellos se dejan influir por él, por considerarlo algo muy especial. Precisamente ahí donde el espejo de la conciencia se halla un poco carcomido, ahí donde la conciencia no puede percibir con claridad, se filtra, a través del defecto, una excesiva influencia hacia los demás.

En resumen, insisto, pues, en manifestar: adquirimos nuestra conciencia en el actual ciclo evolutivo, para establecer la correcta relación entre un alma y otra, dentro del cosmos.

Pero algo más. Ahí (véase esquema), más allá del velo que tejió la naturaleza, existe un mundo ahrimánico con todas las entidades ya descriptas; allá, más allá del velo de la vida anímica, existe el mundo luciférico con todas las peculiaridades también descriptas, de modo que el hombre se halla, pudiéramos decir, encerrado entre el mundo ahrimánico y el luciférico: por poco que su propia conciencia trascienda en dirección hacia la naturaleza, no podrá sino entrar en el conocimiento del mundo ahrimánico; por poco que su conciencia trascienda hacia el mundo anímico, no podrá sino entrar en conocimiento del mundo luciférico (dibujo 16).

Hasta tiempos relativamente recientes, los hombres estaban protegidos contra el peligro de avanzar excesivamente en una u otra dirección. Ahora vivimos en una época de transición en la que ya no es posible detener semejante avance; por la siguiente razón, así lo exige la evolución de la época: nos hallamos en la etapa del alma consciente, en camino hacia la del Yo espiritual. Semejante evolución requiere largos preparativos. Cuando el Yo espiritual se halle plenamente desarrollado, esto es, cuando llegue el sexto período cultural post-atlante, la vida anímica humana será distinta de la actual en muchos aspectos; el intelecto humano tendrá una potestad mucho más objetiva de la que tiene en la actualidad; su vida será mucho más objetiva que la presente. En la actualidad, los hombres ya se encaminan hacia semejante objetividad intelectual; lo que puede observarse por doquier, y así lo he destacado en mis conferencias, una y otra vez. Los hombres avanzan hacia una vida anímica en la cual su intelecto se extenderá entre los hombres a semejanza de un poder público. Insisto: "de un poder público" al que habrán de supeditarse los hombres; poder objetivo que actuará al margen de las almas humanas.

Todavía vivimos en una época en que considerable número de personas se protege contra esa potencia objetiva, mediante cierta fuerte perfilación de la propia individualidad; sin embargo, esa posibilidad irá menguando, a medida que avancemos hacia la sexta época post-atlante. Llegará el tiempo en que los fenómenos ahora apenas incipientes se manifiesten en forma sumamente acrecentada.

El que sabe evaluar debidamente las experiencias mundiales, puede, ya desde ahora, formular algunos acertados juicios sobre el particular. Así, por ejemplo, se sabe con toda exactitud que los editores de ciertas publicaciones periódicas, hállanse muy distantes de escribir tan sólo lo que brota de su propia alma; representan la inteligencia de ciertos círculos, esa inteligencia que objetivamente prolifera, y de la que ellos no son sino portavoz. Es de suma importancia enfocar este hecho, pues se trata de un fenómeno que se acrecentará paulatinamente.

Ahora bien, existe una perspectiva perfectamente definida: conforme se objetiva la inteligencia de algunas personas -y de hecho, ya está objetivándose desde que existe una literatura pública- irá en aumento la posibilidad de que Ahriman se apodere de la inteligencia humana. La Ciencia Espiritual tiene que poner de relieve esa perspectiva, porque Ahriman, en todo momento, abriga el más intenso afán de privar a los hombres de su entendimiento individual para apropiárselo él mismo, a fin de que, en opinión de Ahrimán, el entendimiento humano caiga bajo la dependencia del poder ahrimánico. Dado que la inteligencia más desarrollada de los servidores de Ahriman está misteriosamente ligada a las más bajas fuerzas humanas, Ahriman tiene siempre el afán de apoderarse del entendimiento humano, impidiendo que el hombre se percate de las potencialidades de este entendimiento.

Detengámonos en la última escena, entre Benediktus y Ahriman, de mi drama iniciático: "El despertar de las almas". Antes de desaparecer, Ahriman pronuncia las siguientes palabras:

> Ya es hora de que de su círculo rápidamente me retire; pues tan pronto como su visión pueda incluso *pensarme* en lo que en realidad soy, prontamente se generará en su pensar una parte de la energía que lentamente me destruye.

En estas palabras subyace un profundo secreto, que llegará a descifrar todo aquel que se interese por la Ciencia Espiritual. Los hombres han de tratar de aprender a manejar su propia inteligencia como corresponde a su individualidad; nunca dejar de vigilarla, bajo ninguna circunstancia. Esto es muy necesario, porque hemos de damos cuenta con qué palabras tan bellas, vigorosas y henchidas, Ahriman se nos acerca para arrebatamos nuestro entendimiento.

Será cada vez más necesario que los hombres presten atención a tales momentos críticos, pues Ahriman los utiliza precisamente para que el hombre, en plena vigilia, entre en un estado de mareo, en un estado de conciencia rebajada, en que, no sintiéndose ya el hombre a sus anchas en el mundo físico, se entregue a la .vertiginosa danza del Universo, sin ya permanecer debidamente de pie como individualidad. He ahí los momentos de verdadera alerta, pues en ellos Ahriman fácilmente se llevará la mejor parte.

La mejor protección es el esfuerzo en desarrollar un pensar claro y exacto, evitando el deslizarse mentalmente sobre las cosas, como hoy se acostumbra en sociedad. ¡No divagar

sobre el vaivén de la vida, sino pensar con claridad! Más todavía: uno debería precaverse en recurrir a giros y palabras de cuño corriente, pues desde el momento en que se utilicen palabras que no arraiguen en el pensar propio, sino en la rutina de la conversación, se introduce la irreflexión, !a carencia de pensamientos, aunque sea tan sólo por un breve instante. Y estos son los momentos más peligrosos porque pasan desapercibidos. Habría que tratar de evitar decir algo sin haber reflexionado antes sobre lo que se quiere decir. Quien tome en serio las exigencias de la época, deberá emprender, de manera sobresaliente, semejante auto educación precisamente en intimidades como éstas, y fácil les será sintetizar los requisitos necesarios, si tienen en cuenta lo que he venido expresando estos últimos días.

También Lucifer, por su parte, pretende influir a través de la voluntad del hombre para que éste no obre con fundamento en impulsos bien meditados y espiritualizados, sino en los que surjan del simple temperamento, de la mera inclinación. He ahí el campo de la intervención de Lucifer para convertimos en presa suya. Y lo más propicio para lograrlo es que los hombres desarrollen impulsos de temperamentos e inclinaciones que pululen y arraiguen en las profundidades subconscientes de la vida anímica, al margen del dominio individual. Si dejamos que nos embarguen ese tipo de impulsos y otras oscuras inclinaciones que nos asocian con grupos humanos, es decir, impulsos cuyas características es sentirse miembros de un grupo de personas, nos vemos arrastrados, de inmediato, por un remolino en el que se nos arrebata el juicio volitivo individual. Hemos de evitar que esto suceda, so pena de que Lucifer alcance excesivo poder sobre nosotros: hemos de tratar de mantener a toda costa el juicio objetivo.

En pos de su finalidad, Lucifer puede lograr momentos propicios, cuando el alma humana se desvía un poco del ámbito de la conciencia normal; he ahí los fenómenos radicales. Las desviaciones más conspicuas son aquellas en que la voluntad sufre una falla, y al debilitarse el hombre ya. no puede sino dejarse arrastrar por su propia vida anímica, en exclusión parcial de su voluntad. Lo mismo ocurre, aunque en forma atenuada y con mayor intimidad, en los momentos en que dejamos que nos determinen oscuros sentimientos de solidaridad gregaria, y otros por el estilo.

Los médicos modernos ya han creado hasta una terminología para esos fenómenos particularmente radicales: las ideas obsesivas. Esas ideas obsesivas se presentan en individuos que no tienen la conciencia estructurada de manera regular, como correspondería a la vida en el plano físico. Si no existe en la conciencia una suficiente dosis de voluntad, el individuo se halla embargado por unas ideas que él no puede eliminar de la conciencia: las llamadas obsesivas.

Recurro a un ejemplo recientemente observado en una clínica: un individuo observó a otro que entró en una casa, llagado por un carcinoma facial. Desde el día en que vio ese tumor, y por ser él de débil voluntad, le obsesiona la idea de que por doquier existen gérmenes cancerígenos. Los sospecha por todas partes y carece de la necesaria fuerza de voluntad para relegar esa idea a la subconciencia, una vez generada. He ahí un caso especial de idea obsesiva, y se presentan en gran variedad entre las personas de deficiente desarrollo en lo volitivo. En estos casos, es cuando Lucifer fácilmente adquiere poder sobre ellas.

Otro extravío de la conciencia recibe de los médicos modernos el nombre de "contactofobia", término bien conocido en psiquiatría, que implica que las personas de exiguo desarrollo volitivo, se amedrentan ante todo contacto con otras personas u objetos.

Así podríamos seguir enumerando muchas otras aberraciones de la conciencia. A través suyo, se pone en evidencia cuál ha de ser la característica de la conciencia normal en el plano físico. Pero, nos guste o no, vivimos en una época en que no es posible evitar que se nos manifiesten ciertas entidades influyentes, lo mismo del lado que corresponde tras el velo de la naturaleza, como del que corresponde tras el velo del mundo anímico. Y es que, si permanecieran ocultas, peligraría la progresiva evolución del hombre. Precisamente si no nos percatamos de Ahrimán y Lucifer en su conexión con la evolución humana, se cierne una amenaza para el hombre, pues al pasar inadvertidos, pueden manipularle mejor.

Para ilustrar esas maquinaciones ahrimánicas, voy a contarles una anécdota rigurosamente verídica. A cierta aldea, llegó un forastero conocido del alcalde; llegó a caballo y cabalgaba por la calle principal de la aldea. Para los aldeanos, fue un espectáculo fascinante; salieron corriendo a verle y se quedaron admirando al forastero. Este hospedó su caballo en el mesón del alcalde y permaneció en su casa desde el sábado hasta el lunes. El lunes, deseoso de partir, pidió su caballo al alcalde. Dijo entonces el alcalde: "Recuerdo que viniste a pie, y que no tenías caballo" . A todos los reparos y protestas, el burgomaestre respondió: "No tenías caballo". Finalmente, agregó: "¿Por qué no preguntamos a la gente de la aldea? Sin duda, ellos debieron de haberte visto, cuando cabalgabas entrando a la aldea". Convocó, pues, a todos los aldeanos y les preguntó si no habían visto al forastero entrando a pie; y todos coincidieron en decir que sí. Tras esa afirmación colectiva, insistió el alcalde: "Ahora, jurad todos que ese hombre entró andando"; todos así lo juraron. Así, pues, caminando y sin caballo, tuvo que salir de la aldea. Al rato, el alcalde le alcanzó para entregarle su caballo. Preguntole el forastero: ¿Cuál fue el objetivo de tanta comedia? "¡Nada más que para que conocieras el tipo de gente que integra mi comunidad!"

Obviamente, Ahriman había metido su cuchara, y no cabe duda que hizo excelente papel como potencia objetiva. La anécdota es más verdadera .que la verdad misma, porque se realiza constantemente entre nosotros; toda la vida humana tiende a que aumente el número de las personas que juran la no-existencia del caballo.

Vigilemos pues, rigurosamente que nuestra conciencia sea lo más concreta posible, buena y adecuada para nuestra vida terrena actual. Si ustedes, con visión de conjunto, estudian todo lo que puede derivarse de mi "Ciencia Oculta"[4] , de las ocho meditaciones sobre "Un camino hacia el conocimiento de sí mismo"[5] , de mis libros "El umbral del mundo espiritual"[6] , y "Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores"[7] , así como de varios otros ciclos de conferencias, se darán cuenta de cuales son los caminos que permiten a los hombres penetrar, debidamente preparados detrás de la naturaleza y el alma, e introducirse, de manera correcta, detrás de los bastidores de la existencia. Sin embargo, el afán personal de muchísimas personas no aspira, en realidad, a llegar a las metas que debieran ser las legítimas. En mis citados libros sugiero, con toda claridad, que, para emprender exploraciones en el mundo suprasensible, es necesario trascender la normal modalidad de conciencia, y así avanzar a otra distinta.

[4] Editorial Rudolf Steiner, Madrid.
[5] Editorial Kyer, Buenos Aires
[6] Editorial Kyer, Buenos Aires
[7] Biblioteca Antroposófica, Buenos Aires

Es importante saber esto, pues entre la mayoría de los hombres, incluso entre muchos de nuestros amigos, prevalece la tendencia a mantenerse, a toda costa, dentro de la conciencia normal para introducir en ella el mundo espiritual. Es decir, que no quieren proyectar su Yo hacia afuera, sino traer hacia su Yo, hacia su conciencia común, corriente, al mundo espiritual. Lo que sí debe penetrar en la conciencia común, es el saber que existe el mundo espiritual, no ese mundo mismo. Ahora bien, si ustedes siguen fielmente lo sugerido en los mencionados libros, ustedes se verán transportados a estados que les permitan vivenciar el mundo espiritual y gracias a los cuales esas vivencias se introducirán en la conciencia normal (dibujo 17).

Y entonces esas vivencias de una conciencia distinta no se producirán mientras ustedes se hallen en su estado de conciencia normal, sino que se puede producir en otro momento. Muchos, sin embargo, rehuyen ese esfuerzo y pretenden simplemente tener la vivencia espiritual sin trascender la conciencia ordinaria. Muchos de nuestros amigos tienen el deseo de recibir visiones dentro de la conciencia normal, no de tener reminiscencias de otra conciencia distinta. Tener visiones dentro de la conciencia normal, sin pretender desarrollar otra distinta, sino, conservando la rutinaria, lograr atisbos del mundo espiritual, significa esquivar el serio esfuerzo de trascender la propia conciencia, esperando del mundo espiritual algo que, en realidad, sea similar a lo del mundo sensible. En otras palabras: muchos se afanan por captar entes espirituales, o sus actos, pero percibirlos tal como se perciben los objetos sensibles; quieren ver un espíritu, pero no en su auténtica realidad, sino como hombre, mujer, animal. Pero en el otro mundo las cosas son distintas. Digamos claramente que el proceso auténtico tiene lugar fuera de la conciencia ordinaria; lo que ella percibirá es, a lo sumo, un ente simbólico, una imagen que se manifiesta después. En síntesis: no podemos exigir que el mundo espiritual sea algo así como un mundo sensible más tenue. Tampoco podemos esperar que en él algo nos hable en forma similar a la palabra humana sólo que se origina en el mundo espiritual. Hay personas que quisieran simplemente oír las voces que les hablen y que sean una manifestación más tenue del mundo físico. En otras palabras: ellos quisieran penetrar en el mundo espiritual con su conciencia habitual que sólo sirve para el mundo físico.

Efectivamente, la mayoría de las visiones o de las voces que alguien nos relata, son del tipo que acabo de caracterizar. y ah í entra en consideración determinado hecho: si tenemos visiones o escuchamos voces de esa índole, entramos en el fácil manejo de Lucifer y Ahriman: se apoderan de esos fenómenos mal interpretados, los usurpan para sus propios objetivos, y con ellos influyen sobre el hombre. Pues los hombres tienden a interpretar erróneamente todos estos fenómenos. En cambio, si se interpretan correctamente, Lucifer y Ahriman no sacan provecho alguno.

Detengámonos en estas diferenciaciones que requieren esmerada atención. Hemos de quedar plenamente conscientes de que es posible que, tan pronto como introduzcamos en la conciencia común, estructurada para tan sólo moverse en el mundo físico, algo distinto de él, lleguemos a la Escila y Caribdis de Ahriman y Lucifer.

Aprendamos a reconocer que Lucifer y Ahriman son potencias reales. Por esta razón, pusimos tanto énfasis en la relación de Ahrimán y Lucifer, y por esta misma razón la Estatua que habrá de ocupar el sitio central del Goetheanum, se esculpió para visualizar la imagen correcta.

No faltará quien objete que, si esto es así, lo más acertado es seguir el camino de los científicos naturales que, si bien Ahriman es palpable en todo lo que afirman, no aceptan su real existencia. O bien, seguir el camino de los guías espirituales de las distintas comunidades religiosas, cuya temática tiene matices netamente luciféricos, sin que lo confiesen. Pues ellos consideran dañino el que se sepa que justo por allí Lucifer tiene acceso. Pero quien esto dice en nuestros tiempos, no habla de la manera más inteligente. Pues hablar así equivaldría a ver a alguien encaminándose hacia una situación peligrosa y no advertírselo. Es en realidad absolutamente necesario advertir sobre peligros. De lo contrario, uno podría decirse: Es verdad que este hombre arriesga un peligro, pero es mejor no decírselo. El peligro no aumenta ni disminuye conociéndolo, pero ciertamente habrá que conocerlo.

Vendrán los tiempos en que Ahrimán pretenda adueñarse de la inteligencia de los hombres, y Lucifer de su voluntad, tendencia que sólo es posible contrarrestar si se reconoce todo esto mediante el correspondiente movimiento científico-espiritual. Es notable observar el juego de Ahrimán y Lucifer, haciendo toda clase de maniobras para pasar inadvertidos. Es interesante estudiar la psiquiatría moderna desde este punto de vista. Sin duda, ha sacado a luz muchos hechos irrefutables, aunque sin poder caracterizarlos correctamente, porque no considera que esas fuerzas espirituales que se hallan detrás del umbral, se acercan al hombre. Les leeré un pasaje de una obra de Cullere quien afirma algo muy notable con respecto a una cierta tendencia de la psiquiatría moderna. La psiquiatría moderna tiende a calificar de locura todo lo que, en una u otra dirección, se aparta de la "normalidad". Así, existen numerosas disertaciones que califican a Juana de Arco tan sólo como Una persona histérica. Más recientemente, incluso van en aumento, las disertaciones sobre Jesucristo como hombre no del todo normal. Ahora bien, Cullere dice lo siguiente: "Todavía existen personas a quienes les indigna sobremanera pensar que la ciencia, incapaz de profanar algo tocado por ella, se crea en condiciones de calcular la porción de locura que se encuentra en la sabiduría de un Sócrates o en el genio de un Pascal". También existen disertaciones que tratan de comprobar la locura de Goethe y cosas por el estilo.

He ahí directamente una ciencia ahrimánica, pero una ciencia ahrimánica errónea, una ciencia que se empeña en demostrar que Goethe sí era, en cierto modo, un genio moral, pero que sólo pudo llegar a ello debido a que su ser contaba con cierta dosis de locura. Sócrates lo sabía mejor: él hacía referencia a su daimon, porque sabía que su alma colindaba con reales potencias espirituales; para él, esto era obvio. En cambio, el estudioso psiquiatra moderno pretende interpretar el fenómeno valiéndose de esa dosis de locura contenida en el genio, en lugar de reconocer la presencia del elemento espiritual. Se oculta a Ahrimán y esto es justo lo que él quiere. Algo similar vale asimismo para Lucifer.

Si actualmente se siguiera cultivando lo que en ciertas órdenes ocultas figura como sabiduría secreta con todo su simbolismo, muy fácilmente se entregaría a Ahrimán todo lo que hasta ahora ha sido practicado como ocultismo. Esto ya lo he expuesto ayer. Asimismo, si hoy se cultivara el misticismo practicado en el pasado, muy fácilmente se dejaría caer el misticismo en manos de Lucifer. La nave de la Ciencia Espiritual debe sortear estos dos escollos. Esto es sumamente importante. En otras palabras: la Ciencia Espiritual debe ser estructurada de tal manera que no haya posibilidad de aberraciones, tanto místicas como ocultas.

Ayer les dije que al traspasar el velo de la naturaleza, se entra en una región en que se manifiestan seres con tendencia destructiva, sentido emparentado con el intelecto humano, y describí también a qué llegaría el hombre de entregarse a esos seres. También les describí cómo la vida espiritual del hombre adquiriría un carácter apasionado al entregarse aquél a un falso misticismo, a ciertas tendencias religiosas nefastas. Ni lo primero ni lo segundo debe suceder.

Dije que entre los ocultistas, los esotéricos han puesto especial empeño en obligar a los hombres a aplicar su entendimiento al descifrar los símbolos; para que no traspasen el velo en forma ilícita y cayeran en manos de aquellas potencias que en estas regiones limítrofes se manifiestan tan horriblemente. Es posible mantener alejados a esos seres aplicando el entendimiento tal como sucede al descifrarse los símbolos. Antaño se procedía así, pero este método ya no es suficiente, ya no es aplicable para nuestros tiempos. Verán ustedes ahora que con la manera de presentarse la Ciencia Espiritual ante la humanidad, la aberración hacia el mundo de Ahrimán es evitada de modo distinto. Y aquí deberán considerar una particularidad de la vida en nuestra Sociedad en cuanto a su afán de dedicarse al estudio de la Ciencia Espiritual. Cuando algún individuo por primera vez establece contacto con la Ciencia Espiritual, es frecuente oír esta reacción: "No puedo comprender todo eso hasta no percibirlo por clarividencia propia; lo acepto, pues, en principio, de buena fe". ¡Muchas veces he insistido en que la realidad es otra! Los hombres poseen actualmente la suficiente capacidad intelectual para la comprensión cabal de todo el contenido de la Ciencia Espiritual. Insisto: toda la Ciencia Espiritual tal como es dada actualmente, puede comprenderse con nuestra presente capacidad intelectual. Descubrirla, no - comprenderla, sí. ¡Cuántas veces se apela a esta capacidad intelectual! El entendimiento existe; los hombres tienen la capacidad necesaria, y se equivoca quien no lo quiera admitir. Si los contenidos de la Ciencia Espiritual son asimilados aplicando el entendimiento, este será usado correctamente. y será entonces totalmente imposible entrar indebidamente en el ámbito ahrimánico. Sólo hay dos alternativas: o los hombres se esfuerzan por comprender la Ciencia Espiritual aplicando precisamente su capacidad intelectual -a la que siempre acechan los espíritus ahrimánicos- a la comprensión de esa Ciencia Espiritual, y entonces no les podrán arrebatar su capacidad. Aunque Ahrimán lo intente, no podrá apoderarse del entendimiento que ahora o en el futuro será aplicado al estudio de la Ciencia Espiritual. O bien, al no pretender los hombres comprender la Ciencia Espiritual, no le dedican esfuerzo intelectual alguno. En este caso, no se culpe a la Ciencia Espiritual. La culpa recaería sobre la apatía que ante ella existe.

Ya ven ustedes en qué región de espíritus destructivos puede entrar el hombre. Esto se pone en evidencia particularmente al observar a un alma en el preciso momento en que atraviesa el umbral de la muerte: en ese momento, esas entidades espirituales se le acercan con especial intensidad. Se presentan en abundancia; Y no es sorprendente, porque, al fin y al cabo, son los espíritus de la destrucción, y su actividad regular es precisamente destruir la organización física. Esta es parte de sus funciones legítimas; sin embargo, no deben quedarse demasiado tiempo.

Las personas que han adquirido una comprensión espiritual, saben cómo mantener alejados a esos espíritus, no así las almas de ideología materialista, reacias a toda comprensión del mundo espiritual: sobre ella ejercen mucho poder. Ahriman hará sufrir mucho a las almas de quienes, en vida, despreciaron la comprensión de lo espiritual. En la figura de Tántalo, el mito griego ha representado en forma muy hermosa, ese desprecio por la comprensión

del mundo espiritual. Fue él a quien los dioses habían presentado manjares, pero sin que los pudiera alcanzar; luego, ellos observaban su intenso sufrir.

Hoy abundan los Tántalos: son todas las almas materialistas indiferentes a la comprensión del mundo espiritual; todas ellas son Tántalos. Y lo son en el sentido de que, en la etapa de kamaloka después de la muerte, al recorrer -en un tercio del tiempo vivido- en retrospección su vida pasada, todos los hechos les son instantáneamente arrebatados. Así, ante cada instante de su vida sienten: ¿para qué hice esto o aquello? Observen que prontamente viene uno de esos espíritus destructivos y se lo arrebata, dejándoles con la sensación: "en realidad lo hice en vano". Naturalmente, todo eso es ilusión, pero las almas sufren las angustias de Tántalo porque los espíritus destructivos hállanse cerca. Dado que no supieron adquirir comprensión, no pueden reconocer que toda nuestra vida terrenal desde el nacimiento hasta la muerte, carecería de sentido si no estuviera compenetrada por los espíritus de las Jerarquías superiores; pero en su retrospección, no pueden ver a esos espíritus jerárquicos, y por eso todo les parece carente de sentido.

Nuestra Ciencia Espiritual evita el falso ocultismo. Ella se vale del incremento del intelecto que está cundiendo entre los hombres de hoy para fundamentar una nueva ciencia que precisamente requiere ese incremento intelectual, es decir, una inteligencia mayor de la que hasta ahora se había necesitado. Nuestra Ciencia Espiritual ha de tener una estructura tal que requiera más inteligencia de la que, hasta ahora, se necesitaba aplicar. No es que falte el suficiente entendimiento. Lo que falta es la voluntad de aplicarlo en suficiente medida. Sobre esto, la gente prefiere engañarse: si se aplicara toda la inteligencia que, hoy día, ya está al alcance del hombre, no cabe duda que podría comprenderse la Ciencia Espiritual, pues la Ciencia Espiritual debe poder contar con este entendimiento. Con ella, por un lado evitaremos la Escila; venceremos este escollo con una suficiente aplicación del entendimiento. El investigador espiritual sabe muy bien por qué los hombres evitan ocuparse de ella: por ser apáticos se resisten a aplicar suficientemente su entendimiento. Por eso hablé recién de la apatía.

Por el otro lado debe evitarse el peligro del falso misticismo, es decir, ese constante sumergirse en el propio interior; hay que vencer esa tendencia. El alma debe dirigirse hacia afuera y contemplar amorosamente las profundas relaciones de la vida exterior.

Por eso se trató de dar la posibilidad de comprender esas relaciones, a través de los Dramas-Misterio, los que siempre muestran procesos anímicos interiores. Así, por ejemplo, si ustedes observan cómo Capesius avanza de suceso en suceso, dilatan su vida interior mediante la actividad formativa creadora y plástica. Este mismo principio es el que rige la esencia de nuestro arte; así, todo nuestro Edificio se fundamenta en el impulso de emancipar las almas de sí mismas, para que no desemboquen en un falso misticismo. Enfoquemos todo esto seriamente, para evitar también la Caribdis del falso misticismo.

Todo lo que hagamos con miras a interpretar los misteriosos contextos de la vida humana fuera de nosotros mismos, nos protege del falso misticismo. Si así, seguimos a Capesius, nos movemos y vivimos en la vida y en el tejer anímicos, sin caer en una falsa interiorización. Sin duda, llegaremos adonde suele llegar el místico, pero sabremos conducir, con claro conocimiento del rumbo, el barquito de la Ciencia Espiritual, por entre los dos escollos; sabremos cómo suministrar precisamente los elementos necesarios para evitar el falso ocultismo y el falso misticismo.

Así, nuestra Ciencia Espiritual vive realmente en consonancia con los menesteres y exigencias de la época. Por esta razón, en muchas ocasiones, tuve que dirigirme contra su falsa popularización, es decir, contra una popularización que no exigiera el suficiente esfuerzo mental. Esto implicó dirigirme contra todas las tendencias que persiguieran el apasionado misticismo egoísta, que no se cansa de estar sumergido en el elemento que puede formularse más o menos, con estas palabras: "En tu interior encontrarás lo verdadero, lo Divino, etc., etc."- y que rehúsa buscar lo Divino en el curso exterior de la vida, y percibir los fenómenos con afectuoso interés.

Dije el otro día, a una persona, que la Ciencia Espiritual puede considerarse como algo eminentemente útil. No lo dije con el propósito de destacar de manera pretenciosa, los méritos de nuestro movimiento científico-espiritual, sino simplemente para acreditar que en este movimiento es posible atenerse a lo positivo. Incluso cuando se acepta únicamente lo positivo que uno esté dispuesto a admitir, dejando de lado todo lo demás, nuestra Ciencia Espiritual puede considerarse como algo sumamente útil. Observen cómo la hemos practicado por tres lustros, y verán que, al margen de todo lo científico-espiritual, hemos dado una gran cantidad de verdades sobre las ciencias naturales y la historia del arte. Aun suponiendo que no diéramos nada de carácter espiritual, sino únicamente nuestras afirmaciones científico-naturales y de historia del arte, ya tendría su innegable utilidad positiva. y al ofrecer algo positivo, lo hacemos con toda intención Y por razones bien ponderadas: así liberamos a la mente humana de caer en inútiles sutilezas.

En todos los aspectos, hemos tratado de estructurar nuestro movimiento científico-espiritual para que avance de manera correcta; lo hemos considerado realmente un organismo. y así concebido, quizá se justifica postular que ha de crecer como organismo, mejor dicho, como organismo humano que, hacia los siete años, recibe los segundos dientes. Y que como propios tiene que valerse de ellos.

En conferencias anteriores, expliqué que teníamos que vinculamos con el Movimiento Teosófico: en el año 1902, fundamos la Sección Alemana y nos vinculamos así con el movimiento teosófico. En la etapa inicial, pudimos avanzar, trabajando con plena autonomía, aunque dentro del seno de ese Movimiento. Pero en el año 1909 (recuerden que 1902 + 7 = 1909) surgió la necesidad de obtener nuestros propios dientes que nos hicieron mucha falta. Nos hallamos precisamente en los años en que el asunto Leadbeater sembraba la confusión por todas partes, lo que conducía a la situación de desarrollar nuestros dientes propios. Ahora, ya estamos en vísperas del año de 1916, a punto de cumplir el segundo septenio. Cuando lo hayamos cumplido, y pensemos seriamente en el concepto de organismo, sigue la etapa de su maduración. Ahora el movimiento científico-espiritual, si realmente es un organismo, debe demostrar que ha adquirido la madurez. Debe ser realmente maduro, capaz de lograr algo por sí solo. Luego de todo lo que fue dado, debería ser capaz de obrar por sí mismo.

Reiteradamente he venido insistiendo en esa necesidad. En años pasados, ya declaré en Berlín que la "Sociedad Pro-Arte Teosófica" debería desvincularse de mi persona, y llevar su propia vida. He ahí lo que será necesario en creciente medida: el desligarse de mi personalidad y "llevar su propia vida", por lo menos potencialmente. Hemos de superar el peligro que radica en el hecho de que, hasta ahora, las cosas sólo marchan bien en la medida en que lo que yo he inaugurado fluya dentro de su trabajo, semana tras semana. Ya han llegado los años en que la Sociedad deberá acreditar su capacidad de cultivar pacíficamente todo lo que ya existe, aunque yo no esté.

He aquí un concepto insoslayable.

Mucho de lo que os he dado y que actúa en vuestras almas, se halla ya tan objetivado que puede apartarse de mí, sin que sea necesaria mi presencia; con lo cual no insinúo que no tenga la intención de mantenerme con vosotros. Con todo, la prueba de vitalidad consiste en que yo sea más y más superfluo. Hemos de superar radicalmente la posibilidad que existe en potencia, de que nuestros miembros caigan en una anarquía que signifique negarse al mutuo reconocimiento. Sería fatal para nuestra causa, que constantemente se dijera: "Ese que integra el Vorstand (la mesa directiva) es al que hemos de seguir", o bien: "ese que integra el Vorstand, ya sabrá cómo actuar". Esto no debe suceder. De suceder, la dónde iríamos a parar si algún día yo faltara? ¡La Sociedad se disgregaría! Sólo alcanzaremos lo que hemos de alcanzar, si después de 14 años efectivamente llegamos nosotros a tener vida propia, capaz de generar lo que ha de seguir. Esto sí es perfectamente posible, si pensamos en nuestra propia voluntad. No cabe duda de que los años por venir van a ser difíciles, y que hemos de superar sus dificultades. Mucho de lo que yo mismo he de transmitirles, podrán aprovechado de manera distinta, cuando se haya realizado lo que acabo de manifestar.

Para tener una clara visión de la problemática del momento presente, hemos de enfocar muy atentamente todos los aspectos que traté de desarrollar en estas dos semanas; hemos de tratar asimismo de ver claramente el carácter íntimo de la Ciencia Espiritual. Será entonces cuando podamos damos cuenta de por qué, tanto los científicos naturales que tratan de dar una cosmovisión partiendo de su ciencia natural, como los guías espirituales, han de ser forzosamente nuestros adversarios, pretendiendo unos y otros mantener el velo que oculta lo que yace detrás de la vida anímica corriente.

Mantengámonos fieles a nuestra enseñanza, tratando de compenetrarla profundamente en su peculiaridad. Detengámonos, por ejemplo, en qué propósito nos ha animado al situar, a menudo, el Misterio del Gólgota en el centro de nuestras -reflexiones, así como al subrayar que Cristo penetró en Jesús de Nazaret, descendiendo de esferas de conciencias distintas, para así llegar a la esfera de conciencia que corresponde a la vida terrenal física. Eso ya implica que, si bien el Cristo es una potencia cósmica, el Cristo Jesús es una potencia terrenal que sigue viviendo en la conciencia terrenal de los hombres, así como en todos los acontecimientos terrenales. De ahí que el Nuevo Testamento no puede ser ciencia natural, pues lo que está detrás de la naturaleza, debe quedar fuera de nuestra conciencia cuando se trata de la realidad. Tampoco el Nuevo Testamento puede considerarse Ciencia Espiritual, pues también ella implica trascendencia, si bien en dirección contraria. He ahí la maravillosa grandeza y significado del Nuevo Testamento: no pretende ser ni ciencia natural ni Ciencia Espiritual, mas tampoco debe esgrimirse para polemizar contra la Ciencia Espiritual.

Así quedan señaladas las razones por las que precisamente los representantes de ciertas congregaciones religiosas se oponen, una y otra vez, a la Ciencia Espiritual: no quieren que los hombres accedan al mundo espiritual del cual tienen tanto terror; temen que los hombres lleguen a descubrir lo que realmente vive en ellos como sustancia anímica eterna. Sólo quieren explicar al hombre que en él vive eterno lo que ya conoce de sí mismo. Recuerden que ayer dije que si realmente se fundara una concepción materialista del mundo, y si tan sólo esta existiera sin una Ciencia Espiritual cundiendo entre los hombres, éstos llegarían a ahogarse en escepticismo. Pues esa concepción materialista del mundo

generaría algo como un mar espiritual en el que las almas se ahogarían. Si por otra parte se impidiera a los hombres traspasar el velo del mundo anímico, se generaría una ignorancia en la que se asfixiaría la humanidad. Una atmósfera de ignorancia se extendería sobre los hombres si triunfaran aquellas creencias que les describí, propias de ciertos representantes de diversas congregaciones religiosas.

Es realmente seria la tarea que debe cumplir la Ciencia Espiritual. Seamos conscientes de esa seriedad. Debemos concebirnos como hombres, cuyo karma los puede acercar a la Ciencia Espiritual para poder poner a disposición de la humanidad toda su capacidad intelectual y también toda su sensibilidad anímica. Esto es algo que el mundo necesita en sumo grado.

Observemos cómo, por un lado, la concepción materia lista pugna por arraigarse en el mundo, y cuán vanos resultan todos los intentos de sublevarse contra ella. Observemos asimismo cómo, por el otro, se promueve la difusión de la ignorancia y cómo trata de borrar cada vez más todo lo que sean hechos del mundo espiritual. Observemos finalmente, cómo ciertos representantes de congregaciones religiosas incluso arremeten con cierto odio contra toda manifestación positiva sobre el mundo espiritual.

En esta serie de conferencias, he tratado de señalar el rumbo que ha de tomar la Ciencia Espiritual, y de señalar a la conciencia de ustedes, la necesidad de combatir aquellos científicos naturales de los que les hablé; debemos combatirlos, mas ellos tampoco pueden actuar de otro modo, pues Ahrimán los tiene en su poder y quisiera ocultarles los móviles de su actuar. También debemos combatir a los otros, los que tampoco tienen otra alternativa para su actuar, pues están en poder de Lucifer. Lograremos lo correcto si tratamos de acoger positivamente lo que la Ciencia Espiritual nos puede dar. ¡Sería suficiente con que una cantidad de hombres comprendiera la singularidad de la Ciencia Espiritual, que comprendiera que ella no debe ser confundida con esta o aquella tendencia!

Incluso se puede aprender mucho de los errores, y desde .este punto de vista se justifica ocuparse de ellos. Es esto más importante que criticar errores, si bien a veces es necesario hacerlo. Dije que en realidad Ahrimán se empeña por privar en el futuro al hombre de su entendimiento. Pero al estar los espíritus ahrimánicos relacionados a través de sus fuerzas superiores a las fuerzas más bajas de los hombres, Ahrimán quiere lograr algo más: quiere afianzar una unión entre esas fuerzas superiores e inferiores. Normalmente Ahrimán tiene que dirigir todo lo que produce enfermedades. Sabemos que éstas son necesarias para generar la muerte en el mundo físico. Pero veamos ahora las relaciones: si lo que se encuentra en las esferas inferiores es elevado a las esferas superiores, aquello es ligado a esos seres destructivos ocultos. Y de esa manera se entrega mucho a Ahrimán y a sus espíritus. Es entonces que partes inferiores del organismo empiezan a actuar como por lo general actúan las partes superiores.

Si el hombre se empeña en penetrar en el mundo espiritual sin querer desarrollar un pensar exacto, pasará lo siguiente: se penetrará efectivamente en ese mundo, se cruzará el umbral hacia el mundo donde viven esas fuerzas destructoras. Al retornar al cuerpo físico, el hombre se habrá unido a esas fuerzas destructoras sin saberlo. Esto ocurre cuando no se ha desarrollado el intelecto correctamente. Entonces se sentirá dentro de sí a esas fuerzas destructoras. Y ya no será uno mismo el que piense, que escuche con sus oídos, que mire con sus ojos, sino que lo harán diversas potencias ocultas dentro del organismo inferior de uno. Es decir que entonces nuestro organismo ya no será el de antes. Cuando retornemos a

él lo encontraremos ocupado por elementos extraños; será para nosotros un ser nuevo. Esta sensación de desconocer el propio ser, tal como lo he descrito, puede suceder a quien no observe fielmente la senda correcta. Pues Ahrimán tiende a afianzarse en el cuerpo humano y a transformar ciertos órganos en órganos cognoscitivos. Lucifer, por su parte, se empeña para que sus espíritus, sus apasionados espíritus de la voluntad, quiten algo de nosotros para independizarlo, con el resultado de que, al volver luego de haber cruzado el umbral hacia el lado luciférico, uno se sienta como parcialmente hueco, como si se le hubiera quitado algo. Ahrimán, pues, llena a uno con su sustancia; Lucifer, en cambio, quita órganos e independiza lo que es de uno. Es éste realmente un afán luciférico: independizar lo que nos pertenece. De ahí que en aquello que he llamado misticismo sin justificativo, fácilmente sucede que estos místicos, al transformar su libre voluntad en una videncia visionaria, preparan su saber para Lucifer, el que luego puede quitárselo. Esto realmente sucede: Lucifer se acerca al hombre y de su cerebro le quita el entendimiento; le quita una parte de su cerebro etéreo o también de su corazón etéreo. Estas partes quitadas se independizan y el hombre siente los huecos de su interior. Este fenómeno puede ser observado en personalidades muy egoístas que han logrado cierto nivel de desarrollo, y realmente es dable observar cómo ciertas fuerzas de esas personas actúan por sí solas en el mundo. Es decir que Lucifer actúa a través de esas fuerzas quitadas a los hombres, pues ésta es su tendencia. Esto debe y podrá ser evitado observando fielmente el camino correcto. Sin embargo, es luciférica la opinión de que es posible privar al hombre de algo para luego aprovecharse de ello al margen de él.

Me refiero al ejemplo de separar una enseñanza de quien la enseña y aprovechar esa enseñanza en el mundo como algo independiente. Justamente en este ámbito suceden las cosas a las que me refiero. Mucho puede ser aprendido de este error de creer que es posible separar una enseñanza del que la enseña. Mucho más puede ser aprendido a través de la observación de estos hechos que a través de una crítica, aunque ésta sea muy justificada. Pues- se aprenderá a ver el peligro que significaría la generalización de esta tendencia en el futuro de la evolución humana. ¡y este peligro existe!.

Por el otro lado la humanidad tiene ante sí el peligro de que Ahrimán se apodere del Yo espiritual al desarrollarse éste en forma independiente. Teniendo la necesaria sensibilidad para ello, ahora se puede observar cómo los hombres van perdiendo su autonomía interior y cómo en realidad Ahrimán les guía la mano cuando escriben sobre tal o cual tema. ¡Estos son los dos peligros que realmente existen!

El único camino verdadero y correcto será que los hombres acepten las pautas de la Ciencia Espiritual: que por un lado se enfoque la naturaleza de modo de poder traspasar el velo que la cubre, con estas pautas. Ellas generarán una zoología, una botánica, una agricultura florecientes. También habrán de dar un impulso fructífero a la medicina. Pero esto sólo lo lograrán los hombres que no teman trascender el velo de la naturaleza para penetrar en el mundo ahrimánico y luchar contra los espíritus de la destrucción. Para encontrar lo terapéutico para los hombres habrá que entrar en la región de los espíritus que terminan con la vida humana, que generan enfermedad y muerte, pues los remedios sólo podrán ser hallados en las regiones donde radican las causas profundas de enfermedad y muerte.

El que por su parte desee conocer la verdadera vida anímica del hombre, no deberá temer luchar contra los seres luciféricos. Tendrá que mantener todo su ánimo moral al querer cruzar el umbral, pues deberá estar consciente de penetrar en una región de seres espirituales donde cada pensamiento le producirá un leve desmayo porque esos seres

tratarán de arrebatarle sus pensamientos y de no permitir que los retenga. No se podrá entrar en esa región sin estar dispuesto a afrontar serenamente la lucha con todo lo que induce al hombre a entregarse a ese misticismo subjetivo unilateral.

Pero la Ciencia Espiritual realmente comprendida, es capaz de guiamos para que tengamos las fuerzas para combatir en toda situación a las potencias ahrimánicas destructivas. Y si la aplicamos a la vida humana en desarrollo, tal como lo hacemos en los Dramas-Misterio, o a la vida de la naturaleza como se despliega, al recrear en las formas de las columnas y de las arquitrabes de nuestro edificio las fuerzas de la naturaleza, o si expresamos algo de los misterios de la evolución del mundo al confrontar a Ahrimán y a Lucifer con el Cristo de nuestra escultura del Grupo, si enfrentamos las cosas del mundo, conscientes de que las fuerzas espirituales son palpables, reales, entonces encontraremos aquella fuerza que el místico unilateral no suele tener: la fuerza para luchar contra los espíritus luciféricos.

Todo esto les muestra que la Ciencia Espiritual tuvo que ser tal como les fue presentada y que también es parte de ella todo lo que logra en una u otra forma al margen de su estructura teórica. Tratemos de guiar nuestro pensar en siempre mayor medida en dirección hacia el pensar científico espiritual. Pues sólo si evitamos los prejuicios que rigen en el mundo exterior, podemos sentimos ubicados correctamente en la Ciencia Espiritual.

XI CONFERENCIA

31 de octubre de 1915

En las últimas conferencias que pronuncié en este lugar intenté mostrar que en la mitad del siglo XIX se puso en evidencia, desde un cierto aspecto, una especie de auge materialista dentro de la evolución de la humanidad; desde distintas direcciones se percibió que hasta entonces no había existido un auge materialista de esta naturaleza dentro de aquella evolución histórica; se puso en evidencia también que la manera en que se produjo tuvo una cierta importancia -como ya lo hemos caracterizado-. Por el otro lado intenté hacer comprensible el sentimiento de que los hombres se tienen que armar para emprender de manera adecuada el camino evolutivo señalado a la humanidad.

Ahora bien, especialmente en las últimas conferencias, he mostrado los esfuerzos que se han hecho desde las distintas tendencias que toman parte en el desarrollo de las metas de la cultura humana relacionadas con lo científico-espiritual; pues se trata de incorporar algo al curso evolutivo de la humanidad que parecía necesario a aquellas tendencias para mostrar a la humanidad que a lo antiguo debía agregarse algo nuevo. Ciertamente, a este tema se podría agregar mucho aún, y en el transcurso del tiempo habrá ocasión de tratar algunos tópicos en este sentido, pues tendremos que exponer diversos testimonios para lo que en un primer momento hemos indicado más bien de manera descriptiva. Hoy quiero señalar que también en la vida espiritual exterior se mostró al respecto que al llegar a la mitad del siglo XIX se sintió que se estaba en un punto muy importante. En !a vida espiritual exterior, esto es, en lo que vive en los distintos movimientos filosóficos, literarios y otros semejantes, podría señalarse en gran medida un elemento convulsivo que se entremezcla con la marcha evolutiva de la humanidad. Entre todo lo que podría citarse sólo podemos destacar algunos aspectos.

Para iluminar el curso de la evolución de la humanidad elegiré hoy, como punto de partida, dos ejemplos de la vida literaria de Europa. Ellos nos mostrarán que en los corazones, en las almas, existía la sensación de que en los mundos invisibles acontecía algo pleno de importancia. Como un ejemplo citaremos la novela de Gutzkow, "Maha Guru", el gran Guru, y como segundo ejemplo -ejemplo que notablemente nació en la misma época que el "Maha Guru" -citaremos un drama de extraordinaria significación que termina con la exclamación: "Tú has vencido, Galileo", y el cual, según lo que puedo saber, me parece que marca un punto culminante singular en la literatura polaca del siglo XIX. .

Resulta notable que el joven librepensador Gutzkow -que en aquel entonces, en los años treinta del siglo XIX, contaba veinte años- eligiera este tema para aludir a lo que vive y teje en el tiempo y que además eligiera a un hombre que luego, en el Tibet, se convirtió en Dalai-Lama: el "Maha Guru", el Gran Guru, como lo llamó. Acerquémonos con algunas palabras a este cuadro de época aparentemente tan alejado de la situación europea y sin embargo tan cercano a ella: acerquémonos al "Maha Guru", aparecido en los años treinta del siglo XIX, esto es, en los albores de la época materialista.

Entre los personajes principales con los que nos encontramos en la novela "Maha Guru" hay un hacedor de dioses". ¿Qué es un hacedor de dioses en el Tibet? Es uno que fabrica dioses, esto es, modela dioses de toda clase de materiales -a la manera como hoy día trabajamos con la plastilina-; fabrica dioses de acuerdo con la tradición estrictamente prescrita en el canon tibetano. Hay que proceder con toda exactitud: las proporciones de la forma de la cara, de las medidas de las manos, de la postura, están predeterminadas. Todo tiene que coincidir exactamente. Nuestro héroe, uno de los héroes de la novela, proviene de una vieja estirpe que siempre ha tenido en sus manos la fabricación de dioses; entiende su oficio a la perfección. Es ampliamente conocido como fabricante de dioses; sus dioses se compran en todo el reino tibetano. Pero precisamente en la fabricación de uno de los dioses principales, le ocurre algo terrible. Por cierto, hay que ponerse en el lugar de un tibetano, adentrarse en su corazón, en su alma, si se quiere comprender toda la fuerza de la palabra "terrible" en este contexto. Y si uno se pone, de esa manera en el corazón de un tibetano temeroso de Dios,. es algo terrible lo que le ha sucedido a este fabricante de dioses. Lo que le ocurrió fue que la distancia entre las alas nasales y el labio superior en uno de los dioses principales resultó algo distinta de lo que tenía que ser, que le dio otra forma que la prescripta por el canon. Esto era algo tremendo y muy importante. Esto es, se apartó del antiguo, del venerable canon Y aumentó algo más de lo prescripto la distancia entre las alas nasales y el labio superior. En el Tibet esto es un pecado tremendo, algo muy terrible, tan terrible, o casi, como si alguien, en Occidente, afirmara ante una sociedad ortodoxa que habrían sido necesarios dos niños Jesús para acoger al Cristo en Jesús, o hablara de una capacidad cognoscitiva que va más allá de la capacidad cognoscitiva común; en ese caso se dice de esta persona que induce a sus adeptos a diversos experimentos clarividentes y se afirma que tales doctrinas son fantásticas. Así se procede hoy día. Pero en la época en la que trata la acción de nuestra novela era igualmente un enorme crimen que en la fabricación del dios principal las alas de la nariz se alejaran demasiado del labio superior. Pero los castigos eran otros. Hoy día, a lo sumo se dan conferencias rebosantes de datos incorrectos y se toman otras medidas más moderadas. Pero en aquel entonces, en aquella región, el fabricante de dioses debía comparecer ante el alto tribunal inquisidor de los tibetanos, ante el terrible concilio de los inquisidores negros. Así podría expresarse esto con términos usuales en Europa. Y entonces el fabricante de dioses tuvo que ponerse en camino y presentarse -en el Tibet no es necesaria la policía, la gente obedece cuando se le indica algo, así cuando tiene que presentarse ante el tribunal negro de la Inquisición no es

necesario ir a buscarla. Se puso en marcha con sus hermanos y también con su encantadora hija, una belleza tibetana muy especial. Esta hija había constituido durante muchos años una ayuda abnegada y comprensiva gracias a su dominio del canon tibetano y se había mostrado como un ser encantador. Los hermanos tenían que acompañarlo porque eran co-responsables.

La caravana se dirige a Lhasa para que el pecador se presente ante el tribunal negro. Habiéndose alejado un cierto trecho de su pueblo, en el camino a Lhasa, se encuentra con un extraño y ruidoso grupo de hombres que danzan, silban y tocan toda suerte de instrumentos, guiados por el chamán, quien también se encuentra camino a Lhasa. Ahora bien, se trata de un conocido, de un compañero de la juventud de la hija del hacedor de dioses; conoce a toda la caravana dirigida por nuestro fabricante de dioses, el cual se halla sumido en el sentimiento más profundo de su culpa por haber fabricado mal un dios. El chamán le llama la atención sobre la peligrosidad de su situación; le dice que sería bueno que allí se encontrara el vice-Dalai-Lama, aunque bien pudiera ser que el verdadero Lama ya hubiera sido encontrado y que desde Lhasa ya estuviera gobernando el Tibet. Porque la situación, entonces sería aún peor para él. El vice-gobernador podría, en determinadas circunstancias, mostrar clemencia, pero, estando ya el nuevo Dalai-Lama, no podía saberse si habría de imperar la plena justicia. Y habiendo violado el canon como en el caso del fabricante de dioses, en el que la nariz no está a una distancia correcta del labio superior, la pena es, naturalmente, la muerte.

Es así como el pecador llega a saber que probablemente el Dalai Lama, el Maha Guru, está próximo a ser encontrado. ¿Qué significa esto en el Tibet? En el Tibet se sabe que el alma del gran Bodhisattva que reina sobre el Tibet pasa de cuerpo en cuerpo. Cuando muere un Dalai Lama es preciso buscar uno nuevo, y esto tiene que darse de manera sumamente democrática, pues la constitución tibetana es muy democrática. No existen allí cargos hereditarios, algo que por vía corporal pueda pasar de padre a hijo. Esto, según la concepción tibetana, contradice totalmente la dignidad del Dalai- Lama. Por consiguiente, una vez muerto un Dalai Lama, los sacerdotes tienen que proceder. a encontrar uno nuevo; cada joven tiene que ser examinado, pues incluso en las familias más pobres podría haber encarnado esta gran alma. Se explora todo el país, se examina a cada niño en cada casa y en la calle y se observa si presenta esta o aquella señal y si se manifiesta de esta o de otra manera -lo que, según la opinión de los sacerdotes de allí, indicaría la necesaria inteligencia- tiene la posibilidad de ser reconocido como Dalai Lama. Los sacerdotes están convencidos de que el que presenta los mayores indicios es el gran alma del Bodhisattva, que ha encarnado en ese niño, y entonces él se convierte en el Dalai Lama. Entretanto, es decir, durante el tiempo. en que se busca la encarnación del dios bajo figura humana, el país debe ser administrado provisionalmente por un vice-Dalai Lama.

Ahora bien, Gutzkow sigue narrando que corre la voz de que probablemente el nuevo Maha Guru o el nuevo Dalai Lama podría ser coronado o establecido en su especial dignidad en Lhasa. Y aquí debo intercalar una pequeña historia narrada por Gutzkow. El la narra en un contexto algo distinto, pero nosotros sólo queremos evocar ante el alma una imagen de su "Maha Guru".

La encantadora joven viaja con su padre, el pecador. De acuerdo con la constitución tibetana, sus otros hermanos también son padres, porque allí se da una especie de poliandria. Cuando un hombre se casa en el Tibet, se casan, a la vez, sus hermanos con la misma mujer. Los hermanos del padre son también padres sólo que uno es el padre

principal. La caravana es bellamente descripta en el "Maha Guru": los padres marchan al frente, alineados en círculo; luego viene el padre principal -en este caso, el pecador- y la encantadora joven, la hija del pecador. Esta, de pequeña, cuando recién comenzaba a ayudar a su padre, había tenido un compañero con el cual le gustaba jugar -de acuerdo a las costumbres tibetanas- al cual había querido mucho y al que todavía gustaba recordar. El chamán del ruidoso grupo musical también había estado entre sus compañeros de juego, y era a su vez un hermano del compañero de juego que acabamos de mencionar. Tenía que agregar esto para que lo posterior se haga comprensible.

Ahora bien, toda la caravana se dirige a Lhasa y al llegar se enteran que el nuevo Maha Guru, el nuevo Dalai Lama ya ha asumido su cargo. Pero antes se nos hace saber que nuestro gran pecador -el que alargó demasiado la distancia entre la nariz y el labio superior. en uno de los dioses principales del Tibet- ha sido conducido ante el tribunal negro. En la terrible sesión que tiene lugar se muestra que se trata de un pecado que no puede ser pagado de otro modo que con la muerte. El pecador es puesto en prisión con su familia para que en una sesión posterior se revele todo lo que este hombre ha pecado. Debo observar expresamente que hasta ese momento no había cometido otro pecado que el de alargar apenas un milímetro la distancia entre las alas nasales y el labio superior. Pero allí este es un pecado que merece la muerte.

El nuevo Dalai Lama asume su cargo con gran pompa. Nos enteramos de toda suerte de costumbres tibetanas y también de toda suerte de usos que tienen lugar en la corte de Lhasa. Se dan largas y exactas descripciones. En este marco hay también un hombre con la dignidad de embajador chino en la corte de Lhasa; éste tenía una joven y encantadora hermana. Entre los mandarines, poseía un grado especial. Había alcanzado el sexto grado, pero esperaba ascender aún más. Aspiraba a obtener la condecoración de la pluma de pavo real. Pues bien, mientras este embajador chino se entregaba a sus sueños, entre los cuales el más audaz era el de recibir la gran condecoración del pavo real, el nuevo Dalai Lama ya estaba en su cargo. El sabe que ha creado el sol, la luna, las estrellas, el relámpago y las nubes, las plantas y las piedras; explica a los que cumplen con las visitas correspondientes, cómo ha hecho esto, cómo es el creador de lo que es visible en el gran universo, y también de lo que es invisible. Es decir que es el autor del mundo visible y también de lo que a éste hay que añadir como mundos invisibles.

Pues bien, en el Tibet existen dos partidos. También en otras partes existen partidos; pero estos dos partidos están estrechamente relacionados con la antigua evolución espiritual de la humanidad. Los dos partidos -cuyos sacerdotes pertenecen a distintas sectas- son designados comúnmente de acuerdo a las tocas que usan sobre la cabeza. Uno de los partidos se llama el de los gorros amarillos, el otro, el de las borlas rojas. Estos partidos sostienen constantes luchas. Diríamos en nuestra lengua -hay allí una estrecha relación con lo espiritual- que los gorros amarillos se relacionan con el elemento luciférico de la vida, mientras que las borlas rojas se relacionan más bien con lo ahrimánico. Esto se trasluce a través de su doctrina, pero también a través de sus actos. En las doctrinas y las acciones de los gorros amarillos impera el elemento luciférico, en tanto que en lo que realizan las borlas rojas impera más bien el elemento ahrimánico. De allí se sigue –llevaría muy lejos explicar la razón de ello- que los borlas rojas ponen el peso en el hecho de que el Dalai Lama de Lhasa sea considerado como el legítimo dios, creador de las plantas, de los animales y de los hombres. Su interés es que sea encontrado el nuevo Dalai Lama y que el país entero crea que él es el legítimo dios; en cambio, los gorros amarillos se sublevan contra esto cuando el Dalai Lama es encontrado y asciende al trono. Pues en el Tibet,

además del Dalai Lama existe un Teshu Lama, más bien reconocido por los tibetanos del norte y por las tribus mongoles; éste existe junto al Dalai Lama y aspira durante toda su vida a derribar al otro y ascender él mismo al trono. Los gorros amarillos son pues aquellos que apoyan al Teshu-Lama y buscan llevarlo al trono.

El que aspiraba a la condecoración del pavo real vio que un nuevo Dalai Lama había llegado. China, su país, ejercía una especie de control sobre el Tibet. Pero el Teshu Lama disputa el trono al otro, lo cual abre la posibilidad de intrigar. Y este teje esas intrigas. Dispone una especie de marcha de caravanas, de marcha guerrera para acudir en ayuda del Teshu Lama y fortalecer su poder. Pero en realidad no le interesa que el Teshu Lama llegue al trono; lo que pretende es que el régimen chino pueda ajustar las riendas. En la confusión que se produce, la joven encantadora, la hija de nuestro pecador, puede escapar de la prisión. Y sucede lo imposible: en el jardín en el que sólo el dios, el Dalai Lama, podía pasearse, ella descubre al Dalai Lama. Y he aquí, el Dalai Lama es su compañero de juegos, el que un cierto día había desaparecido de pronto, y que en el ínterin había sido educado para Dalai Lama. Era ahora Dalai Lama; éste descubre a la joven, a la hija del terrible pecador. Se desarrolla entonces un diálogo muy interesante; imaginen las relaciones que pueden surgir al encontrar la joven a su compañero de juegos al cual amaba entrañablemente; éste está convencido que ha hecho el sol, la luna y las estrellas y la joven se siente inclinada a creer hasta cierto punto en su dios. Pero acontece que los sacerdotes descubren este hecho terrible y arrojan otra vez a la joven a la prisión. El Dalai Lama está sentado entre sus blandos cojines de seda y demás pertenencias y prosigue meditando sobre la manera en que dirige el relámpago y las nubes, en que ha creado y sigue manteniendo las demás cosas relacionadas con el mundo visible.

En el curso ulterior de la novela somos llevados otra vez ante el tribunal negro. Se desarrolla una escena terrible porque nuestro pecador, que al principio no cargaba en su conciencia con otra cosa que haber alargado un milímetro la distancia entre la nariz y el labio superior, aparece ahora como un gran criminal. Pues en el ínterin ha enloquecido en la prisión; ha tomado -diríamos- algo de plastilina y ha fabricado los dioses más curiosos. Imaginen, un tribunal tibetano tiene que hacer entrar una cantidad de dioses que él ha fabricado incorrectamente en la prisión. Esto es algo terrible. Estalla un clamor de indignación, por más que quiera defenderse. Pues en torno suyo están los jueces, y en las amplias galerías, la gente; los jueces son todos monjes que informan al pueblo sobre la longitud que deben tener las alas de las narices, sobre el tamaño de cada línea en cada dios, sobre el volumen del vientre de un dios en comparación con el de un hombre común, y todos los demás pecados que el individuo ha cometido contra los dioses fabricados en prisión. Esto es algo terrible. Es directamente despedazado por los fanáticos jueces del tribunal inquisidor. El gran pecador, su comitiva y también su encantadora hija son arrojados nuevamente a la prisión -el encanto especial de la joven consiste en no tener pies demasiado pequeños, apartándose de la costumbre oriental de los pies muy pequeños; también, por lo demás, es un ser encantador-. Pero los secuaces del hombre que aspira a la condecoración del pavo real provocan desórdenes en Lhasa y se produce un incendio; se quema precisamente la casa en la que está la joven. Ella aparece allá arriba, entre el humo y las llamas, en el mismo momento en que abajo pasa el Dalai Lama con su hermano. El corazón humano del dios, del Dalai Lama, se conmueve en el momento adecuado. No envía rayos y truenos en su ayuda, sino que se arroja entre las llamas, la baja y salva a la joven. El chamán, su hermano, enterado de todo, les ayuda a huir. El Dalai Lama huye con la joven a una región solitaria de las montañas, junto con su hermano; el Teshu Lama de los gorros amarillos ocupa su lugar. La joven se va con el Maha Guru y con su hermano el

chamán -pues, según el uso tibetano, cuando uno se casa, también lo hace el otro- y ahora éste está casado con la encantadora joven. El chamán muere después de un año. El buen Dalai Lama llega a muy viejo. De ese modo se convierte en el único marido de su mujer durante largos años, pues el chamán había muerto poco tiempo después de la huida. Incluso sobrevive a su mujer; se convierte en un hombre anciano y solitario; ha olvidado mucho tiempo ha que gobernaba el rayo y el trueno, que había creado las montañas, los bosques y los ríos, que el sol, la luna y las estrellas recorren sus órbitas según su voluntad. En sus días de vejez se convierte en un yogui. Busca incorporar la sabiduría por la cual su alma se elevará a los mundos espirituales. Se para en una pierna, la otra enrollada en torno a la misma como una víbora, una de las manos hacia atrás, la otra hacia arriba: así está parado, lo único que mueve son los labios. Los pobres del valle le traen alimentos; pero él ya no abandonará jamás esta postura. Los pastos, las enredaderas crecen en torno suyo, y así espera la muerte. Esta última escena está notablemente narrada en la novela. Se describe cómo el hombre que había sido Dalai Lama encuentra en realidad a su dios en la vejez, y cómo su alma se disuelve en los elementos que quería conocer, y a los cuales, en una cierta época de su vida, él creía haber creado.

Se trata de un producto literario muy notable, de un producto de los años treinta del siglo XIX, en el que un hombre relativamente joven describe con gran comprensión las costumbres existentes en el Tibet, en aquel país singular: describe lo que en el quinto período post-atlante quedaba de lo que ya existía, pero de otra manera, en el cuarto período, en el principal período atlante de la evo, lución de nuestra tierra. Lo significativo, lo exteriormente significativo es por lo pronto que en esta época pudiera surgir una novela de esta naturaleza, que un alma humana sintiera la necesidad de presentar algo que de hecho sólo puede ser comprendido si se tiene al menos una idea de todo el curso evolutivo de la humanidad, también desde el punto de vista espiritual. Hayal menos una persona en Europa que tiene una idea de que en este extraño país, en ciertas instituciones tibetanas que a nosotros nos parecen grotescas, se reproduce de la manera más fidedigna -ciertamente como caricatura- lo que existió de otro modo en el mundo atlante. Esto es lo exteriormente significativo que se añade al hecho de que esta novela pudo surgir en aquella época; que se haya hecho referencia a aquel país donde se puede ver de manera sintomática cómo pervive en los gorros amarillos y en los borlas rojas el elemento luciférico y el ahrimánico, con los que los habitantes de la Atlántida, especialmente en el cuarto período atlante, mantenían un estrecho contacto, con los cuales trabajaban y actuaban. Pero hay además otra cosa que es internamente significativa en el "Maha Guru".

Es interiormente significativo lo que podemos evocar ante nuestra alma si dirigimos nuestra atención al momento en que tiene lugar la sesión en el negro tribunal inquisidor al que hemos aludido. Es un discurso notable el que nuestro pecador pronuncia en defensa propia. Sabemos que él ha fabricado incontables dioses en la prisión; pero los ha fabricado en su locura, había enloquecido. Se narra bellamente cómo la locura se va preparando en el viaje a Lhasa, cómo se va extendiendo cada vez más hasta que finalmente estalla. Y habiendo enloquecido totalmente, fabrica toda clase de dioses que infringen el canon de la manera más, terrible.

Oímos hablar del canon tibetano que Gutzkow describe de manera extraordinariamente bella y acertada. Pero también nos enteramos de algo muy notable. Gutzkow caracteriza a este gran pecador de la siguiente manera. El hereda la fabricación de dioses de padres y abuelos. Los dioses por él fabricados siempre resultan de tal manera que todo coincide exactamente; las distancias y la disposición de los miembros son correctas, correcta la

distancia entre el labio superior y las alas de la nariz. Nunca le ha sucedido que la distancia entre las alas de la nariz y el labio superior resultara inexacta. Pero eso le ocurre una vez y por ello tiene que esperar la muerte. Ahora bien, como hombre enloquecido, esto es, en el estado en que su alma ya se encuentra en cierta medida fuera del cuerpo, él utiliza su cuerpo para fabricar dioses totalmente heréticos. Y ahora pronuncia un largo discurso en defensa propia, él, que no asimiló del arte otra cosa que lo prescrito por el canon -pues los dioses siempre se fabrican de acuerdo al canon-; pronuncia un discurso en el que desarrolla principios artísticos a partir de su locura. Se trata de una escena hondamente conmovedora para quien entiende estas cosas. Esto es, este hombre, mientras se encontraba intacto con sus cuatro cuerpos, sólo podía incurrir en errores mínimos -el de una distancia algo mayor entre la nariz y el labio superior-. Pero ahora, después de haberse separado de los cuerpos astral y etérico del cuerpo físico, él se convierte en artista y trabaja con principios artísticos grotescos. Esto la Inquisición no lo comprende y cree que se ha aliado con el demonio para destruir las obras de los dioses.

Mucho de lo que he dicho acerca del alma humana que se extravía en uno u otro abismo se presenta allí ante el alma cuando se lee la conmovedora escena del tribunal inquisidor de Gutzkow. Este joven evoca también en su alma una época que podría venir, en la que los hombres no puedan ya encontrar su equilibrio. y ahora él coloca hombres de esta clase en una comunidad tibetana de carácter religioso, porque estas cuestiones ciertamente pueden ser desarrolladas de la manera más intensa por el novelista en la medida en que los contrastes chocan entre sí de manera tajante y porque puede mostrar de ese modo cómo el arte surge allí súbitamente; cómo surge el arte del alma humana extraviada en el abismo, del alma humana que se ha aproximado a Lucifer para salvarse de las garras ahrirnánicas de los borlas rojas, los cuales se presentan como jueces del hereje. De esto vemos brotar el arte. Se alude allí a una ley extraordinariamente profunda de la relación del hombre con el mundo espiritual y sus abismos: el del mundo luciférico y el del mundo ahrimánico.

Antes de proseguir con esta serie de ideas, quiero hacer algunas observaciones en torno al drama polaco de Krasinski, aquel drama que cierra con las palabras "Tú has vencido, Galileo", y del cual Mickiewicz proporciona una traducción parcial en sus conferencias parisinas bajo el título de la "Comédie Infernale". Observo expresamente que no estoy en condiciones de juzgarlo artísticamente, puesto que sólo conozco la idea y la intención de este drama. Según la bella interpretación que Adam Mickiewicz ofreció de este drama en sus conferencias parisinas del año 1842, sólo puedo hablar acerca de la idea y de la intención de este drama, nada puedo decir acerca de su aspecto artístico. Es preciso hacer esta limitación. Y se puede realmente hablar sobre el drama en este sentido, pues Mickiewicz lo analizó precisamente según su idea y su intención. Es tan buena la disertación francesa que uno se puede convencer ciertamente de la grandeza y la significación de este drama adentrándose en las descripciones de Mickiewicz. Esto se percibe más aún leyendo el bello prefacio al drama, reproducido por Mickiewicz, acerca del espíritu del poema; se llega al convencimiento de que se trata de un drama que ha brotado de las honduras más profundas del alma humana. En este drama se abordan de manera maravillosa los secretos de la vida anímica del hombre. El personaje principal es un conde polaco; a derecha e izquierda, hablando con él, dirigiéndose a él, ángeles buenos y ángeles malos; unos quieren dirigir a la humanidad hacia el lado bueno de la evolución, otros hacia el lado malo. Las escenas correspondientes han sido traducidas al francés y muestran cómo, con maravillosa sencillez, el poeta polaco se esforzó en representar estas relaciones de los genios de la jerarquía de los ángeles con nuestro héroe, el conde polaco.

Luego trabamos conocimiento con la vida familiar del conde. Esta vida familiar ha padecido bajo la influencia de la personalidad del conde. Este vive totalmente sumergido en el pasado -que alcanza a su vida personal- en el pasado de la humanidad, el pasado de lo que hasta entonces ha obrado en la evolución de la humanidad; pero vive también en medio de su pasado, el de la vieja estirpe de sus antepasados polacos, en medio de las imágenes de sus padres y sus abuelos. Poco se ocupa del presente, y así no puede establecer una relación con su mujer. Pero lo que en él vive como herencia, y que ha sido transmitido a través de la refinada sangre de muchas generaciones, en ello vive a la vez una disposición espiritual refinada nada común, un sentido para los mundos suspendidos por sobre lo terrenal, un sentido totalmente espiritual. De ahí proviene que no pueda establecer una relación con su mujer. Vive solamente en el espíritu. Vive de tal modo que los que lo rodean lo sienten como un profeta inspirado por la gracia divina. Su mujer acaba de darle un hijo. Somos llevados a presenciar el bautismo del niño; pero el padre no está presente. No puede establecer un vínculo con lo terrenal. Por causa de este bautismo y por lo que con él, se relaciona, la mujer, la madre del niño, enloquece. El conde se había alejado, y cuando, después del bautismo, vuelve a la casa, se entera de que su mujer ha sido internada en un manicomio, en lo que en la actualidad se llama un sanatorio.

Resulta extraño; nuevamente hemos sido conducidos ante una personalidad cuyos principios constitutivos humanos se han aflojado. Nos enteramos de las palabras que la mujer pronuncia con motivo del bautismo, antes de enloquecer. Cuando iba a ser bautizado, la mujer comprende la desgracia que se cierne sobre el niño por el hecho de que con sus talentos y toda su humanidad no está a la altura de las experiencias de su esposo en los mundos espirituales; por el hecho de no haber dado a luz a un niño que pueda vivir de manera satisfactoria en los mundos espirituales, para que el padre pudiera amarlo. Y ella, con toda la fuerza de su alma, con todo su anhelo, quiere entrar en los mundos espirituales para buscar lo que allí se puede encontrar para su hijo. Ella pretende buscar en los mundos espirituales todo cuanto pueda proporcionar al niño una disposición espiritual. En esta búsqueda de !as disposiciones espirituales para el niño, ella enloquece. Como diríamos hoy, es internada en un sanatorio.

El viejo conde acude a verla allí; la encuentra y ella le habla. Pronuncia palabras en extremo conmovedoras. Primero le anuncia que quiere buscar para el niño aquellas fuerzas de los mundos espirituales para que el padre pueda amarlo, y luego pronuncia palabras admirables como éstas: puedo penetrar en. todos los mundos, mis alas se elevan a todos los mundos; quiero recoger todo lo que vive y brilla en los mundos espirituales para transmitirlo a mi niño; quiero recoger todo lo que vive en la luz espiritual y en el mundo de las esferas para que el alma del niño se forme de tal modo que se convierta en un poeta. Hay una palabra que nos hace penetrar con especial hondura en la presentida vida representativa del poeta, en los mundos .espirituales, allí donde el poeta hace decir al viejo conde cuando escucha que su mujer ha enloquecido: ¿dónde mora ahora su alma? En medio del clamor de los enloquecidos. Este espíritu esclarecido que vivía venerando el universo, se ha obscurecido. ¡Ella envió sus pensamientos al desierto, para buscarme!

Luego el padre va a ver al niño. Este ha nacido físicamente ciego, pero se ha vuelto clarividente y habla de su madre. Por de pronto, el niño permanece ciego y cuando éste habla, un tiempo después de esta escena, el conde pronuncia palabras singulares. Entretanto, la madre ha muerto. El niño le cuenta al padre que su alma se puede elevar, como si tuviera alas, hacia allí donde está la madre, a la que nunca ha conocido. Y así el niño cuenta -describiendo que penetra con su mirada en el mundo espiritual- lo que él por

supuesto no ha escuchado, pero que el padre ha oído de boca de la mujer enloquecida como su último deseo. Entonces el conde vuelve a pronunciar palabras singulares, singulares para quien, con su mirada, puede penetrar en estas regiones desde el punto de vista científico-espiritual: ¿es posible que aquél que haya pasado por la muerte conserve aún durante un tiempo, en el mundo espiritual, las últimas ideas que ha tenido aquí antes de atravesar el umbral de la muerte?

Vemos así que la madre y el niño quedaron físicamente quebrantados y que de cierta manera anormal, son llevados atávicamente al mundo espiritual. Junto al conde, que con su espíritu vive totalmente inmerso en el pasado, se derrumban, pero son llevados atávicamente al mundo espiritual.

No se puede menos que encontrar una relación eterna entre los que están en la proximidad del conde polaco, que son llevados atávicamente al mundo espiritual y el fabricante de dioses -llevado también de esa manera-; este gran pecador del "Maha Guru" que describe su arte, que como por un encantamiento presenta un mundo de dioses totalmente nuevo, y que al enloquecer, se viene abajo físicamente. En el drama polaco se percibe casi con mayor claridad aún que en el "Maha Guru", el grito de la humanidad: ¿qué acontecerá si las almas humanas no pueden recibir de manera verdadera y pura las doctrinas de los mundos espirituales? ¿Qué será de la humanidad en el futuro? ¿Deberán derrumbarse físicamente los hombres para poder llegar al mundo espiritual?

Estas preguntas serias tenían que ser planteadas al destino por almas serias. Y precisamente leyendo el prólogo a la "Comédie Infernale" se percibe que el poeta polaco tenía ante su alma los interrogantes que acabo de tocar. Acaso no exista en la poesía una descripción más sutil, más intensa de esta tragedia que la que reproduce el prólogo de la "Comédie Infernale". En lo que sigue, el conde -que ha visto derrumbarse físicamente a su familia en torno suyo- es llevado a enfrentarse a una personalidad que el poeta presenta como una personalidad vigorosa, que nada quiere saber del pasado; interiormente es un carácter tártaro mongólico; exteriormente, una personalidad que ha asimilado las doctrinas socialistas de Fourier, de Saint-Simon y de otros; él quiere arriesgarlo todo y destruir lo que existe; darle a la humanidad una nueva vida social. Dice: lo que existe, lo que vive en el conde debe ser radicalmente extirpado de la tierra. Se señala a este hombre que quiere lograrlo todo mediante la violencia, que todo lo quiere destruir, que no soporta que nada sea como es. Y se desencadena una lucha entre el portador del pasado y el portador del presente, una lucha de gran violencia, que es descripta de manera brillante. Cada una de esas escenas traducidas al francés tienen el mismo vigor.

A continuación se reproduce una conversación, un diálogo entre el hombre de la violencia y el viejo conde, un diálogo que sólo puede ser mantenido por hombres en cuyas almas viven y se enfrentan el destino del mundo con el destino del mundo. Se desencadena una lucha en la que incluso aparece el conde con el niño clarividente. Como consecuencia, el niño y el viejo conde polaco sucumben; el hombre de la violencia triunfa. La servidumbre, los servidores del conde, son abatidos. Lo que el viejo era, ha sido superado, el hombre de la violencia obtiene la supremacía. El presente obtiene la victoria sobre el pasado.

La descripción del campo de batalla es grandiosa. Luego se nos presenta otra escena: después de la batalla el hombre de la violencia está allí con un amigo y mira el cielo, o mejor dicho, un peñasco detrás del cual se hunde el sol, y al hundirse, lo tiñe de oro. De pronto tiene una visión. El amigo no ve nada especial, sólo percibe el peñasco encendido

por el sol; pero el hombre de la violencia -que tiene cargada el alma, que ha sido impresionado por un hombre que, como el conde, ha experimentado tantas cosas en su vida- está allí y ve aparecer la imagen del Cristo Jesús en la cumbre de la montaña.

Desde este instante sabe que ni el viejo conde, representante del pasado, que en el espíritu sólo ha llegado hasta la vida atávica y que no pudo salvar el pasado que en torno suyo se derrumbaba; ni tampoco él, que vive en el mundo del presente, han logrado la victoria. Comprende que se va a desencadenar una lucha, pero que ninguno de estos dos pueden vencer, ni el pasado -que sólo puede llegar a lo atávico en lo que atañe a la vida en. e! mundo espiritual-, ni el presente, representado por el hombre de la violencia. El presente erigido sobre las doctrinas de Fourier y de Saint-Simon, se mofa de los ángeles y de las doctrinas de Dios. El Cristo Jesús que ahora se le aparece, le muestra que la victoria no está ni de un lado ni del otro, sino en aquello que se eleva sobre ambos. Y lo que el hombre de la violencia percibe por encima de la rocosa cumbre, dorada por los rayos solares, le lleva a decir: "¡Tú has vencido, Galileo!" Esto es lo que exclama el hombre de la violencia y cae muerto. La gran consecuencia trágica se origina en lo que está por encima de ambas corrientes, las que de manera tan grandiosa se enfrentan en este drama. En este drama extraordinario de la literatura polaca conocemos una manifestación significativa del mesianismo polaco. Vemos que los hombres, con el advenimiento de la época moderna, deben plantearse grandes preguntas en torno al destino del género humano.

XII CONFERENCIA

1 de noviembre de 1915

Ayer hice referencia al gran drama polaco "Comédie Infernale", de Krasinski, poniendo de relieve la especial significación del mismo. Uno quisiera decir que este drama ha sido introducido en el mundo de manera verdaderamente consciente como resultado de un diálogo con los espíritus de la evolución de la humanidad, que en la mitad del siglo XIX hablaban con quienes querían escucharlos.

Fijemos por un momento la atención en los pensamientos que hemos podido obtener, viendo de qué manera se revela en la cultura literaria exterior lo que vive en lo más Intimo de la evolución humana. Tenemos que decir que tanto del "Maha Guru" como de la "Comédie Infernale" -podríamos citar aún otros muchos ejemplos similares, sólo he elegido dos muy marcados- se desprende que detrás de los bastidores del acontecer histórico exterior se desarrollan aspectos importantes de la cultura humana. y hemos tenido que derivar una y otra vez de tantas y tantas fuentes lo que nos debe orientar con nuestros sentimientos hacia el gran momento de la evolución del mundo en el que estamos inmersos, hacia el momento que hace necesario que prestemos atención a lo nuevo que debe entrar en la evolución de la humanidad con la participación de las almas humanas que pueden sentir comprensión por ello. Existen diversas expresiones para caracterizar la importancia del momento; pero para señalar la significación de éste quizá baste solo lo que hemos de decir.

En la antigüedad los hombres recibieron una antiquísima herencia de gran sabiduría, consistente en una clarividencia atávica y en conocimientos atávicamente adquiridos. Pero esta herencia se obscureció y decayó, y surgió la corriente materialista -sobre todo aproximadamente en los últimos tres siglos, desarrollándose hasta alcanzar su culminación

en el siglo XIX-. Esta corriente extendió un velo total sobre todas las posibilidades de penetrar en el mundo espiritual; pero ahora, con la Ciencia Espiritual, surge un nuevo camino, una nueva modalidad. Con frecuencia he subrayado que esta evolución llega de manera espontánea a las almas humanas. En la actualidad las almas, en su gran mayoría, deben aún aprender que existen repetidas vidas terrenales. Pero como lo he expresado en múltiples ocasiones, la mayoría de las almas que viven ahora, cuando reencarnen, sabrán, no sólo en base a una teoría, que existen vidas terrenales repetidas; estas almas vivirán en una época en la que se difundirá un conocimiento natural referente a la existencia de vidas terrenales repetidas. Así como las almas humanas, en su recuerdo, se remontan naturalmente hasta un determinado momento de su niñez, así como los pensamientos de la niñez surgen una y otra vez, también brotará naturalmente, en la intimidad de las almas humanas, la impresión viviente de haber estado aquí muchas veces. De la misma manera que las almas humanas han evolucionado desde otros estadios primitivos de la vida humana hasta el estadio actual, también evolucionarán en este aspecto. Para ello nada deberá acontecer puesto que esto habrá de sobrevenir por sí solo. Pero lo que deberá acontecer es lo siguiente:

Necesariamente, las almas que hoy nada han aprendido de la Ciencia Espiritual morirán y reencarnarán en una nueva vida. No habrán aprendido nada de la Ciencia Espiritual y no sabrán qué hacer con la impresión de vidas repetidas que habrá de brotar en su interior; es decir, lo que como a borbotones brote de su interior podrá llevarlos a la desesperación. Pues sólo a través de los pensamientos se podrá comprender lo que como impresión interior ascienda en el alma; y los pensamientos necesarios para comprender lo que surgirá de manera natural, son los pensamientos de la Ciencia Espiritual. Estos deberán hacer comprensible en todos sus detalles el curso del yo y deberán mostrar cómo este yo está contenido en el ser humano. Sólo con la fuerza de estos pensamientos se podrá comprender esa impresión que vendrá por sí sola, y de la cual existirá el recuerdo.

Pero la comprensión de este recuerdo deberá, de ahora en adelante, apoyarse en la Ciencia Espiritual; deberá adquirirse el conocimiento de las conexiones del yo. Y aquellos que no lo hayan adquirido, sólo podrán decir, cuando estos recuerdos asciendan en ellos: "¡no me entiendo!" Será algo terrible cuando en el futuro los hombres, en su desesperación clamen: "¡No me entiendo!". Tratemos de comprender esto correctamente. Para que el alma humana no desespere, lo que debe venir sólo puede ser esclarecido si estas almas humanas se procuran el conocimiento adecuado. Así, cuando el yo que va de encarnación en encarnación se anuncie a los hombres del futuro -esto es, a nuestra futura encarnación- éstos tendrán también la posibilidad de entender este yo. Lo entenderán si han trabajado en sus almas mediante los pensamientos de la Ciencia Espiritual.

El yo, para cuya total comprensión se consumó el Misterio del Gólgota, no puede ser jamás entendido conservando en el alma los sentimientos más sagrados -tal como lo he caracterizado ayer en el caso del conde polaco- aún cuando sea en relación a los acontecimientos del Misterio del Gólgota: los sentimientos del pasado. Con sentimientos de esta naturaleza se pueden comprender históricamente los acontecimientos del Misterio del Gólgota, pero, de esa manera, no se puede entender realmente el Misterio del Gólgota. El Misterio del Gólgota sólo puede ser entendido en su realidad si se hace verdad esta sentencia: "¡No yo, sino Cristo en mí!" Pero entonces se hará posible que el Cristo, en su obrar viviente, no permanezca inaudible para los hombres dentro de la evolución de la Tierra. Es necesario que él se torne audible mediante lo que por inspiración suya tenga que decirnos la Ciencia Espiritual. Por ningún género de sentimientos que se apoye en

recuerdos puede la humanidad ir al encuentro de la salvación del futuro. Pero no es tampoco a través del hombre del presente, del hombre de poder, que hemos caracterizado ayer, que e! futuro de la humanidad pueda recibir un impulso de progreso, pues ese hombre de poder hace valer el yo, pero no hace valer el Cristo en el yo. Es éste el profundo enigma que con tanta claridad se nos presenta en el poema polaco.

Así se enfrentan estas dos personalidades de las cuales una posee el Cristo de la tradición, el Cristo histórico, pero corriendo el peligro de que se le escape. y lo que vive en torno a él en la mujer y en el niño, recae en una relación atávica con el mundo espiritual. Con ello se expresa un gran peligro para nuestra época: que aquellos que no quieren incorporar de una manera nueva los conocimientos de la relación de la humanidad con el mundo espiritual -aún percibiéndola en sí mismos- salgan de la relación correcta con el mundo espiritual en la que se hallan colocados sus principios constitutivos humanos. La humanidad tendría que dividirse en aquellos que desesperan Y mueren por causa del pasado, como el conde, y aquellos que se elevan a los mundos espirituales de manera atávica, como la mujer Y el niño; éstos, por no haber acogido realmente al Cristo en su interior, penetran en los mundos espirituales sin encontrar en sí mismos el verdadero punto de equilibrio humano. ¿Qué es lo que no han desarrollado plenamente los miembros de la familia del conde? No han desarrollado plenamente el yo. En el fondo son rezagos de aquella época que en el curso regular de la evolución de la humanidad ya han sido superados desde el Misterio del Gólgota, pero en especial, en los últimos siglos. Son rezagos de una época antigua en la que el yo no había aún tomado plena posesión del ser humano; hombres sin yo que pierden al Cristo por no haber podido acogerlo en ese yo que no han podido desarrollar totalmente con la necesaria fuerza. Frente a esta personalidad está el hombre de poder que ha conformado el yo al que lleva en sí mismo con toda intensidad; este hombre, sin acoger al Cristo en ese su yo, quiere dar la felicidad al mundo pero no puede hacerlo. Ante la muerte del hombre de poder surge, bella y grandiosa, desde la visión -que este hombre no comprende, como tampoco comprende cómo uno puede entregarse a la muerte- la sentencia: "¡Galileo, tú has vencido!". Esto es, para aquellos que han conquistado su yo pero que no han acogido en él al Cristo, sólo existe un momento en el que pueden relacionarse con El: es el momento en el que pasan de este al otro mundo. Pero, puesto que el Cristo ha pasado del otro a este mundo para encontrar aquí a los corazones humanos, necesariamente lo pierden en el acto al arribar al otro mundo, después del momento de la muerte. Todos los impulsos más profundos de nuestra época viven en una esfera de esta naturaleza, en la que se quiere realizar algo grandioso.

Pero ahora debemos profundizar algo más sobre ciertos aspectos que, aunque conocidos, tenemos que considerar en un cierto contexto, si queremos comprenderlos plenamente en el sentido de nuestra época. Como sabemos, tenemos que dividir la evolución terrestre en un período anterior al Misterio del Gólgota y un período posterior al mismo. Sabemos que antes del Misterio del Gólgota obraban también en el alma humana aquellos espíritus que deben ser designados como espíritus luciféricos y ahrimánicos. Precisamente cuando consideramos la época que precede al Misterio del Gólgota, debemos tener en claro que no podemos quedamos con la disparatada afirmación de que no queremos tener nada que ver con Ahrimán y Lucifer. Pues Ahrimán y Lucifer fueron admitidos por las entidades espirituales que han evolucionado regularmente, para que interviniesen de manera adecuada en la evolución humana terrestre.

Ahora bien, sabemos que se trata de entidades espirituales que bien considerado, son entidades superiores a los seres humanos y que durante la evolución lunar no alcanzaron

las alturas que podrían haber alcanzado; con todo, se encuentran en un nivel superior al del hombre. De ese modo, si consideramos las relaciones de las entidades ahrimánicas y luciféricas, podemos comprender mejor la denominada antigua sabiduría de la evolución terrestre. Por ejemplo, la antigua sabiduría de la que se abusó en la época de la Lemuria Y que sucumbió con los lemurianos; de la que con posterioridad se abusó en la época de la Atlántida, lo que trajo consigo el hundimiento de ésta. ¿Qué es lo que vivió allí entre los hombres? ¿Qué es lo que propiamente había allí? Lo que allí había es caracterizado de manera meramente abstracta si sólo se dice: existía una gran sabiduría de la cual se abusó a través de la magia negra. Con esto no se llega a una idea precisa. Consideremos, por ejemplo, cómo estaba constituida la sabiduría en los últimos tiempos de la época lemuriana. ¿ De dónde provenía esta sabiduría?

Ciertas entidades espirituales que no se habían desarrollado plenamente en la etapa lunar, pero que sin embargo, habían alcanzado un nivel superior al del hombre, estaban ligadas con la evolución terrestre del ser humano. Ahora bien, existía el hombre, pero como bien pueden imaginario, sólo en su forma más primitiva. Todo lo que los hombres desarrollaron posteriormente en la época de la Atlántida y en la post-atlántica, no existía aún, lo desarrollaron más tarde. En aquel entonces, en la época lemuriana, el hombre, tal como se presentaba, carecía aún por completo de inteligencia, pues ésta debía recién desarrollarse paulatinamente durante la evolución terrestre. El hombre era primitivo en su querer Y en su obrar, en su evolución anímica; era totalmente como un niño. Ahora bien, si sólo hubieran existido los cuerpos de los hombres, con todos sus principios constitutivos superiores desarrollados por las entidades espirituales de las jerarquías superiores que evolucionaron regularmente, los hombres, en esa época, no hubieran sido capaces de desarrollar nada especial en lo referente a una sabiduría superior. Pero éste no fue el caso, pues precisamente en esta época lemuriana se desarrolló una sabiduría superior, una sabiduría extraordinaria desde todo punto de vista. Así, por ejemplo, en ese entonces se difundió entre estos primitivos hombres terrestres, el conocimiento acerca del tratamiento que había de darse a un niño en el período que va del nacimiento hasta el séptimo año, de suerte que por una cierta transformación de su cuerpo etérico que obra sobre el cerebro, se podía lograr que se desarrollara un hombre de una inteligencia extraordinaria. Nótese bien: en la actualidad es preciso aplicar medios pedagógicos sistemáticos si se quiere que un niño se convierta en un hombre inteligente, y todos saben que hay muchos casos en que esto no se logra. En todo caso, este arte de preparar el cerebro mediante un cierto influjo sobre el cuerpo etérico del cerebro, para que el sujeto en cuestión se convierta en una persona inteligente, se ha perdido totalmente en la actualidad. Hago la acotación de que este arte ya no puede, en absoluto, ser utilizado en la actualidad, pues si se difundiera tan solo el grado más primitivo del mismo, se cometerían terribles abusos con él.

Ahora bien, un arte de esta naturaleza existió en la época de la Lemuria porque seres que en la Luna no habían alcanzado el pleno nivel de su desarrollo -pues de sus siete principios constitutivos habían desarrollado únicamente los seis primeros y aún no el séptimo- se encarnaron en seres humanos que de otro modo hubieran sido totalmente primitivos. Estas entidades espirituales que en la Luna habían alcanzado un desarrollo superior al de los seres humanos, pero que no pudieron elevarse al nivel pleno de su desarrollo, adoptaron cuerpos humanos de esta naturaleza y procedieron a obrar con su arte superior a todo conocimiento terrenal humano. Podrán imaginar lo que una entidad de esta naturaleza era capaz de hacer en un cuerpo humano; una entidad que había desarrollado su sexto principio constitutivo, el espíritu de vida -con una modalidad que para colmo era aún

superior a la modalidad propia del ser humano- y que ahora se introducía en estos cuerpos humanos primitivos, dúctiles y blandos. ¡Se convirtieron en magos temibles!

Y ahora consideremos la época de la Atlántida. ¿Qué arte fue el que se difundió allí? Ante todo, se había difundido la sabiduría que hay que aplicar para transmitir puramente, por herencia, a los descendientes, los talentos existentes en los antepasados, y para incrementar aún más estos talentos en ellos. Eran expertos, asimismo, en este arte, los hombres de la época lunar que no habían alcanzado su pleno desarrollo en la Luna, pero cuyo nivel era superior al del hombre terrestre. Eran grandes expertos en este arte. Se trataba de transmitir como disposición, bajo ciertas condiciones, las cualidades del genio que dependen de toda suerte de constelaciones estelares, de tal modo, que estas cualidades espirituales de carácter genial no sólo se heredaran sino que se incrementaran también. Estos seres superiores que habían adoptado la figura humana eran capaces de cosas prodigiosas en aquella época. Todo esto ha desaparecido. Ahora bien, muchas cosas dependen de estas artes especiales. ¡Muchas! De ellas depende la posibilidad de observar el paso del desarrollo espiritual, la posibilidad de conducir la corriente de lo espiritual hacia la corriente hereditaria física.

Así, existían en aquella época, en los tiempos de la Atlántida, comunidades dirigidas por seres de esta naturaleza que he mencionado, que habían adoptado la figura humana; éstos ayudaban a una determinada individualidad, de la que pretendían que volviera nuevamente a la Tierra, a encarnar en un ser humano suscitando ciertas cualidades por medio de la herencia y buscando siempre nuevos descendientes. Esto es, las cosas se presentaban así: supongamos que un ser de esta naturaleza hubiese orientado a determinada individualidad hacia un cuerpo humano terrestre, de forma tal que hubiese encarnado en ese cuerpo humano. Este cuerpo humano muere. Entretanto la individualidad se encuentra en el mundo espiritual, y ahora, de lo que se trata, es de crear, dentro del género humano, por medio del dominio de la herencia, un cuerpo humano tal que en él pudiera encarnar otra vez esa individualidad. Este cuerpo humano debía ser creado; a esa misma individualidad había que proporcionarle un cuerpo. Esto es, la misma individualidad era conservada consecutivamente en la Tierra (dibujo 18).

Todo esto se ha perdido, debía perderse porque la humanidad tenía que desarrollarse en el sentido al que hemos aludido frecuentemente. Pero Ahriman tiene un gran interés de retener lo que debe evolucionar, de retener en el mundo aquello que debe dejar su lugar a otra cosa.

Y así tenemos en la evolución de la humanidad una infinidad de cosas -ya la consideración más superficial lo muestra- que en tiempos antiguos tenían su justificación.. pero que se mantuvieron en la forma que tienen. Esto se da en lo pequeño y en lo grande.

Gutzkow, en su novela "Maha Guru", quería mostrar algo así en un ejemplo de gran magnitud. Quería mostrar el efecto que posee lo que tuvo alguna vez una significación en tiempos antiguos de la evolución humana -en los tiempos antiguos de la Atlántida, cuando los hombres aún tenían la posibilidad de regular la herencia-; el efecto que tiene cuando esto se traslada a una época y a una comunidad que, aún cuando ha conservado la tradición, no conoce del pasado más que un arte inferior que en el ocultismo se conoce bajo el nombre de química oculta. Mostró que algo así existía en el Tibet. Por cierto que estos sacerdotes tibetanos ya no poseían el conocimiento para crear, mediante las condiciones hereditarias, un cuerpo para la individualidad de la cual se creía que debía ir

de cuerpo en cuerpo; pero conservaron las antiguas costumbres. Por consiguiente, tenemos allí un ejemplo de que lo que existe en la realidad exterior contradice fuertemente con lo que puede ser según las condiciones existentes de hecho en la evolución de la humanidad. ¡La realidad puede ser maya frente a sus condiciones! -es lo que uno se siente tentado a decir al leer el "Maha Guru"

Pero consideremos otro aspecto. Bien podemos pensar que los hombres de la época de la Lemuria y de la Atlántida no tenían la misma apariencia que los hombres actuales, pues lo que en aquella época se había desarrollado anímica mente, en el interior; configuraba también la forma exterior. La forma exterior -en su totalidad, era distinta, era blanda y dúctil. Pero esta figura del hombre de la época de la Lemuria y de la Atlántida no era en modo alguno simiesca, los antecedentes, del hombre, los verdaderos antecesores, no poseyeron una forma simiesca. He subrayado esto con frecuencia. ¡A menos que la evolución de la humanidad hubiera hecho una excepción con aquellos hombres que de sí mismos han escrito que pueden recordar que descienden del mono! Mas dejemos esto. Pues bien, los hombres no tenían una apariencia simiesca pero si imaginamos a nuestros niños, acrecentando aún más su carácter infantil y volcando sobre todo el cuerpo un elemento natural, elemental, podrán acaso tener una imagen de la constitución del cuerpo humano en aquella época. Pero por el hecho de que en estos cuerpos más blandos encarnaran seres de la naturaleza descripta, que habían quedado rezagados en la Luna -consúltese mi obra "De la Crónica de la Akasha" - estos cuerpos blandos se asemejaron más a animales que a hombres. Surgieron formas desfiguradas e incluso distorsiones peculiares de los miembros: he ah í el origen de las figuras de los dioses que se encuentran en los distintos pueblos. Estas figuras singulares con caras inhumanas y miembros descomunales provienen del hecho de que hubo que tener en cuenta esta concomitancia entre los seres lunares encarnados y los cuerpos humanos.

De haber existido pintores y escultores en la época de la Atlántida, estos podrían haber reproducido en imágenes a los seres que vivieron en cuerpos humanos como seres lunares encarnados. Pero en el Tibet estos seres ya no existían. Por eso era preciso atenerse a los cánones, pues de otro modo, los artistas hubieran procedido según su arbitrio. Cuando alguien no se atenía a los cánones y creaba según su fantasía, se hacía merecedor de la muerte. Por cierto, se puede preguntar: ¿tiene sentido que alguien que modifique algo en la figura de una divinidad -como lo he señalado ayer- sea por ello castigado con la muerte? ¿Tiene esto sentido? Pues bien, en el Tibet ya no lo tenía. Pero lo tuvo una vez, pues éstos seres, como hemos dicho existieron, y si no se los reproducía tal como eran, uno se apartaba de lo existente y creaba una mentira. Una mentira, empero, en aquellos tiempos antiguos, era algo que tenía un poder mucho mayor que en el presente. Si en la actualidad todos aquellos que pronuncian una mentira sufrieran la muerte por asfixia, entonces - ¡pero no! - prefiero no pronunciarme sobre esta cuestión, pues creo que el temor de morir por asfixia sería demasiado grande para permitir que la gente mintiera. No creo que ahora la gente se asfixie por mentir, pero en aquella época realmente era así: pues el pensamiento formulado en palabras tenía la fuerza de configurar el aire en la laringe y entonces asfixiaba al hombre. Y quien en la Tierra representaba de manera incorrecta un ser de esta naturaleza que no había evolucionado plenamente en la Luna, moría por asfixia, esto es; moría por un acontecimiento natural.

Estas son las relaciones existentes. Pues, ciertamente, la evolución de la humanidad es muy compleja y es preciso adentrarse en la Ciencia Espiritual si se quiere entender los hechos. Pero para tomar una posición correcta frente a los hechos de la evolución del

universo que salen al encuentro de nuestra alma, es preciso ocuparse realmente, sin temor, de lo que la Ciencia Espiritual nos anuncia acerca de los mundos espirituales. Pues esta Ciencia Espiritual es, en cierto modo, un primer impulso al que deben seguir agregándose otros impulsos para que la humanidad pueda, en el futuro, ir al encuentro de la evolución adecuada a ella. De lo expuesto se ha visto que hay que pasar entre Escila y Caribdis, que en nuestra Ciencia Espiritual es preciso tomar un camino bien determinado, y esto hay que considerarlo con profunda seriedad. Practicamos una ciencia natural con métodos materialistas. He intentado caracterizar y poner en claro sus peculiaridades en las últimas semanas. He dicho que el método materialista de la ciencia natural puede, en verdad, ser plenamente justificado. ¿Pero, por qué ha de existir este método materialista? Pues, podemos caracterizarlo diciendo -lo hemos escuchado en las últimas semanas- que se adecua para velar, para ocultar lo propiamente espiritual que se halla detrás. ¿Por qué debe existir este método materialista? ¿Por qué existe- hoy precisamente en nuestro tiempo?

El saber natural antiguo debía ser sustituido en nuestro tiempo por el saber natural moderno. Me he referido a este saber natural antiguo. ¡Pensemos en él! A través de ciertas disposiciones bien determinadas, reguladas en el sentido de la ciencia antigua, formar un cerebro genial como herramienta para un alma genial, esto es, regular la herencia de tal modo que las cualidades geniales pasen a los descendientes, esto implica un saber extraordinario, de un poder mayor aún. Ello superaba en miles de casos a lo que en nuestros tiempos vuelve a surgir como doctrina de la evolución, como física, química, etc.

Pero es precisamente este saber antiguo el que debía ser ocultado, velado por el actual método materialista, plenamente justificado, que puede permanecer en el campo puramente físico. Pues en aquella época en que existía aquel elevado saber natural que he caracterizado, el hombre no era un ser libre, sino que estaba recién en camino de desarrollar paulatinamente la libertad. Era dirigido y guiado. No era un ser con una voluntad libre y la mayor parte de lo que acontecía para guiar al ser humano era obra de las jerarquías superiores. Y sólo unos pocos que se apartaron del camino, que en el camino de la libertad fueron arrastrados demasiado lejos, provocaron el hundimiento en el abismo, determinaron que fuera necesario el anegamiento de la Atlántida. Pero, al tornarse la voluntad más y más libre, el ser humano no hubiera podido resistir la posesión de un saber de esta naturaleza.

La posesión de un saber de esta naturaleza que existió antiguamente en la Tierra se hace hoy inconcebible porque el hombre posee aquella medida de libre voluntad que provocaría, ciertamente, hoy en día, un abuso de aquel saber. ¿De qué manera es encauzada por el buen camino esta libre voluntad que los hombres poseen? Por ciertas alusiones hechas en el curso de las últimas semanas, se puede inferir que la libre voluntad es bien encauzada por el hecho de que el hombre se ha embarcado en la práctica del método científico natural, con su rigor y exactitud; este método es, por el otro lado, una maravillosa disposición pedagógica para el desarrollo de la libre voluntad.

No hay pues razón alguna para combatir el actual método científico-natural, al que reconocemos en su plena legitimidad para estos tiempos. Y si se repasa todo lo que dicen nuestros ciclos y libros, se encontrarán refutadas todas las afirmaciones de los distintos detractores acerca de que dirigimos nuestros ataques contra la Ciencia Natural. A veces hay que volverse contra las pretensiones de ciertos investigadores y eruditos de la Ciencia Espiritual. Pero nunca se encontrarán en nuestros escritos ataques contra las conquistas de

la misma. Sería una calumnia si se afirmara que en nuestros escritos hay algo que se vuelve contra la ciencia natural; no hay ni que pensar en que podemos volvernos contra ella. Lo que hay que tener en claro es que los ataques pueden provenir de la llamada ciencia natural. Entonces, cuando ello se hace necesario, es preciso dirigirse contra el ataque. Pero más y más tiene que hacérseles conscientes a los verdaderos confesores de la Ciencia Espiritual que hay que entender plenamente la necesidad del método científico-natural, y que debemos mantener alejados del mismo todos los posibles conceptos no científico-naturales, como por ejemplo, el de átomo o el de movimiento atómico, de los que he hablado en los últimos tiempos. Estas son fantasías de la ciencia natural. Es preciso advertir la diferencia.

Es preciso esforzarse y aclarar adecuadamente dónde está la verdadera Ciencia natural y dónde existen meras fantasías científico-naturales. Cuántas veces se oye decir en la actualidad que esto o aquello ha sido establecido por la ciencia cuando no hay nada establecido, porque sólo se atiende a meras palabras. Nunca fue mayor que en el presente el ciego reconocimiento de la autoridad en el ámbito de la ciencia, en donde cada cual deja que decida la cuestión aquel a quien él cree. Este es el sentido del Misterio del Gólgota, que en cierto modo es corregido de nuevo, paulatinamente -a ello se alude también en la Biblia de manera simbólica- lo que Lucifer ha traído al mundo: vuestros ojos serán abiertos y podréis distinguir el bien del mal -esto es, distinguir exteriormente el bien del mal-. Pero cuando se percibe exteriormente en el mundo de las percepciones, resulta imposible recibir de este mundo otra cosa que percepciones (dibujo 19).

Tan pronto se comienza a reflexionar sobre las percepciones, a especular y a extraer toda clase de ideas de las mismas, se está en camino de encontrar en ellas, realmente, lo depositado por Ahriman y Lucifer. Las ideas tienen que venir del mundo espiritual y luego tenemos que unirlas con las percepciones: entonces estas ideas serán divinas. En la vida humana las ideas que le son dadas al hombre desde lo espiritual deben unirse con lo que él percibe exteriormente a través de sus sentidos. Es esta unión la que tiene que darse ante todo en la vida humana.

El significado científico de estas afirmaciones podrá encontrarse en mi libro "Verdad y Ciencia". Esta creencia de que es posible encontrar científicamente ideas y pensamientos en el exterior, en las percepciones, es una creencia que descansa en la ilusión, en la ilusión de Ahriman y Lucifer. Pero mientras fueron admitidas, en cierto modo de manera justificada, aquellas potencias de las que proviene esto: vuestros ojos serán abiertos y distinguiréis el bien del mal -es decir, mientras se justificaba buscar las ideas en el mundo exterior, esto es, hasta el Misterio del Gólgota, mientras Lucifer y Ahriman eran admitidos justificadamente, nada podía objetarse. Pero ahora las cosas han cambiado; Lucifer y Ahriman son ahora más injustificados aún, cuando la percepción es exteriormente penetrada.

También esto salió a luz en la mitad del siglo XIX provocado por una crisis especial. Esta crisis se anunció a través de grandes realizaciones, de realizaciones muy determinadas, por ejemplo, por el hecho del surgimiento del análisis espectral que acabó radicalmente con la concepción de que son entidades espirituales las que se encuentran cuando uno dirige la mirada a las estrellas, mostró que por doquier se extienden las sustancias que también se encuentran en la Tierra. Ahí ya no puede realizarse el antiguo entremezclar de las ideas con la percepción, pues descubrimientos de esta naturaleza hacen necesario que las ideas vuelvan a encontrar el camino espiritual hacia nuestras almas. Lo mismo acontece con el

darwinismo. Cuando sólo se combina lo que se encuentra en la percepción exterior, esto es, cuando se buscan las ideas en el mundo exterior, se arriba a una interpretación meramente materialista del mundo. En síntesis, la crisis se anuncia por doquier, está en todas partes, y en todas partes está también la oposición al hecho de que las ideas deben introducirse en el alma humana proviniendo del ámbito espiritual, si la humanidad quiere seguir evolucionando. Esto es, debemos reconocer la entidad de Ahrimán y la de Lucifer para en lo sucesivo observar cuando estas entidades quieran continuar con lo que yace en las palabras: vuestros ojos serán abiertos y podréis distinguir el bien del mal. Debemos aprender a observarlos, tanto a Ahrimán como a Lucifer. Podremos hacerlo si impregnamos debidamente al yo, tal como ha evolucionado, con el Cristo.

Pero aún otros acentos resonaron en el mundo en tiempos antiquísimos, provenientes de otra dirección, después de que el hombre alcanzó la posibilidad de distinguir el bien y el mal, después de alcanzar la posibilidad de dirigir sus ojos hacia el exterior, es decir, de utilizar sus sentidos y obtener ideas sensibles a través de ellos. Escuchó entonces estas palabras: el hombre tiene que salir del ámbito del espíritu en el que vivió hasta ahora para que no coma del Árbol de la Vida. Pero el Cristo alimentará al hombre, ininterrumpidamente, del Árbol de la Vida y deberán ser vividas las ideas provenientes del ámbito del espíritu que penetran de manera inmediata en las almas humanas. Pero sólo pueden ser vividas si el alma humana acoge en sí al Cristo. En ese caso, tenemos otra cosa muy distinta al concepto del conocimiento: recibimos entonces el concepto de la vida. Al tener que mirar a Lucifer y a Ahrimán -cuando en tiempos futuros ellos hagan penetrar en nosotros un conocimiento desde el exterior- para observar que esto proviene de ellos, tenemos que tener en claro que el Misterio del Gólgota ha obrado en la entidad humana de forma tal que los hombres reciben en sí ideas para la vida, no para el mero conocer, sino para la vida. Y si desde este punto de vista de la vida consideramos las distintas religiones del mundo, estaremos muy, pero muy lejos de investigar estas religiones en vista a su coincidencia o no coincidencia con nuestra concepción del mundo. No es en modo alguno tarea nuestra aplicar a ellas nuestro concepto cognoscitivo, sino nuestro concepto de vida.

En la humanidad existen determinadas formas de religión. No debemos examinarlas para ver si las consideramos verdaderas, sino para ver si son adecuadas para nutrir y vivificar las almas humanas a través de lo que vive en el culto. Y puesto que existen distintas almas humanas, pueden también existir, evidentemente, distintos alimentos que le sirvan para vivir. Si comprendemos esto, veremos que nunca debemos embarcamos para combatir determinada forma religiosa; por el contrario, debemos esforzamos en comprender en qué medida es alimento para las almas a las que ha sido dada como vida; no sólo como conocimiento, sino como vida. Notaremos entonces también que es un punto de vista desfasado el que se adopta cuando la religión comienza a disputar con una ciencia en torno a su contenido. Sabremos también que es natural que la religión se coloque en un punto de vista contrario frente a la Ciencia Natural o Espiritual en avance. Pues estas religiones no quieren desprenderse aún del viejo tentador, todavía no quieren apelar solamente a Dios, el que ha dicho a los hombres que quiere darles la vida y que por sí solos no deben comer del Árbol de la Vida. Los representantes de las religiones no quieren apelar solamente a Dios; quieren apelar también al espíritu luciférico y al ahrimánico; a través de las religiones quieren que se les abra el ojo para distinguir el bien y el mal. La religión pretende ser "conocimiento", Pero no puede serio, porque es sustancia de vida. Y bajo esta tentación que sigue murmurando a los oídos de los distintos representantes de las comunidades religiosas, éstos creen entregar conocimientos en sus religiones y combaten los conocimientos de la ciencia en avance; pero entre religión y ciencia no puede tomarse

en consideración la cuestión del conocimiento. No tenemos ni el más mínimo motivo para combatir a determinada comunidad religiosa y nunca debemos sentir hostilidad frente a alguna comunidad religiosa porque preguntamos a éstas por su sustancia de vida y no por el contenido de conocimiento. Pero las comunidades religiosas siempre se sentirán tentadas a preguntar a la ciencia en avance si ésta coincide con lo que aquellas consideran como conocimiento. Pero como la vida evoluciona, la ciencia en avance nunca podrá coincidir con la religión, que tiende a ser conservadora.

Y ahora veamos el conflicto que, naturalmente, debe tener lugar una y otra vez. Quiero que dirijan la atención. a este conflicto, que lo hagan de manera correcta, para llegar a comprender que los representantes de las comunidades religiosas, ciertamente, desde su punto de vista, siempre habrán de caer en la tentación de combatir a la Ciencia Espiritual. Así como la ciencia natural ha sido combatida, lo será también la Ciencia Espiritual. 'Pero tendrán que tener en claro que éstos que luchan, lo hacen por incomprensión. Esto no los disculpa, es evidente que ellos a su vez deben ser combatidos por esto; pero es preciso tener en claro: ellos luchan por incomprensión, no pueden colocarse en el punto de vista correcto.

Quiero, como un símbolo, exponer ante vuestras almas ciertas palabras que en el siglo XIV pronunció un hombre que vio surgir la época en la que debía venir la ciencia natural, el pensamiento científico-natural: que vio surgir el humanismo y que escuchó de boca de un amigo estas palabras: que no debía uno ocuparse con lo que se puede saber, con lo que no está en la Biblia o no ha sido conservado por la tradición eclesiástica. Las cosas han cambiado en este sentido desde el siglo XIV. La "Divina Comedia" de Dante es un gran poema, un poema omniabarcante. Pero Dante vivió precisamente en aquellos tiempos en que llegaba a su fin la época en la que uno se limitaba al cristianismo meramente histórico. Para Dante, Virgilio era simplemente aquel que había sido desterrado al infierno. Dante no sabía gran cosa de algo que no fuera el cristianismo; éste se le presentaba como un gran orden. Otra era la situación de Petrarca. Un siglo después, en el siglo XV, Petrarca ya leía a Virgilio, concediéndole un crédito mayor. Vuelve atrás dirigiendo su mirada no sólo a la vida espiritual cristiana, sino también a la pagana. Cuando, en cierta ocasión uno de sus amigos escribió a Petrarca que en sueños se le había aparecido un ser espiritual diciéndole que no se debía ocupar de la literatura que no viviera en el cristianismo, aquel le dio una significativa respuesta. Pero se trataba en aquel entonces de la época de la ciencia natural; hoy se trata de la época de la Ciencia Espiritual. Quiero destacar esto, pues desde el mundo espiritual le fue advertido al amigo -y con ello también a Petrarca- que se ocupara únicamente de lo que el cristianismo consideraba en aquel entonces como cristiano. Petrarca escribió las bellas palabras, válidas para la época que en ese entonces comenzaba. Son aún válidas en la actualidad. Petrarca contestó a su amigo Boccaccio con palabras serias y significativas; le explicó su punto de vista acerca de por qué él leía literatura no cristiana y de lo que para él significaba:

"¿Por qué apartarse de los poetas y escritores paganos que no mencionan el nombre de Cristo, por la única razón de no haberlo escuchado nunca? Pues los libros de los infieles que nombran al Cristo combatiéndolo, deberían aparecer como mucho más peligrosos; y sin embargo, los defensores de la verdadera fe los leen con el mayor afán. Créeme: múltiples cosas que tienen su origen únicamente en la pereza y en la cobardía son atribuidas a una reflexión prudente. Los hombres frecuentemente desprecian aquello que no pueden alcanzar; es propio de la ignorancia condenar lo que no puede comprender y a nadie quiere conceder una aspiración, de la que ella, por sí misma, es incapaz".

"De ahí nacen los juicios torcidos sobre cosas desconocidas en los que no llama tanto la atención la ceguera del que juzga, como su indolencia. Pero nosotros no debemos alejamos de la ciencia dejándonos intimidar por una admonición moral cualquiera ni por una alusión a la proximidad de la muerte. Si las ciencias son asimiladas con ánimo bondadoso, ellas suscitan el amor por las buenas costumbres y nos quitan el temor ante la muerte, o al menos lo reducen; si renunciamos a las ciencias, esto puede despertar la sospecha de la falta de fe la cual es atribuida al saber. Por consiguiente, las ciencias no impiden el camino hacia la perfección de aquel que las posee de manera adecuada, sino que constituye una ayuda; allanan los caminos de !a vida y no son un impedimento. Un estómago débil y enfermo no podrá soportar ciertos alimentos que uno sano y hambriento digiere sin ningún problema; de la misma manera, lo que es benéfico para un espíritu sano y fuerte puede ser perjudicial para una naturaleza débil".

"Sé muy bien que algunos han alcanzado la sublime santidad sin conocimientos, pero sé también que los conocimientos no le han cerrado a nadie las puertas de la santidad. Si quieres que te diga mi verdadera opinión, es ésta: el camino hacia la virtud a través de la ignorancia es, acaso, llano, pero cobarde. Una es la meta del bien, pero múltiples son los caminos que a él conducen y los que juntos van peregrinando difieren entre sí: uno es más lento, el otro más rápido; aquí hay uno que marcha en lo oculto, allí, uno visible para todos; éste, doblegado en humildad, aquel erguido. Todo peregrinar es bendecido; pero el más excelso es aquel que se lleva a cabo libre y erguido ante la vista de todos. El saber que ha conquistado la fe después de una larga lucha supera ampliamente a la simplicidad, por santa que ella sea; y ninguno de los necios que jamás haya entrado en el reino de los cielos se eleva a la altura del sabio que alcanza la corona de la bienaventuranza."

¡Esto también acontece con nuestra Ciencia Espiritual!. Y no sólo al Párroco Raggenbach, sino a todos aquellos que nos combaten y nos hacen frente se les podría mencionar las palabras arriba citadas, que Petrarca escribe a su amigo: "Un estómago débil y enfermo no podrá soportar ciertos alimentos que uno sano y hambriento digiere sin ningún problema; de la misma manera, lo que es benéfico para un espíritu sano y fuerte puede ser perjudicial para una naturaleza débil"

Si uno se quiere quedar en la contradicción que surge entre el primer y el tercer Evangelio y no quiere ver que ella se resuelve tan pronto se toman en consideración a los dos niños Jesús; si se cree que hay que permanecer en lo simple y que no se necesita de lo fantástico de "aquellos de allá arriba"; si no se quiere ver que todas las formas de la vida han afluido hacia nuestras formas arquitectónicas y se habla, en cambio, de "formas. fantásticas y desfiguradas", es preciso decir: "El saber que ha conquistado la fe después de una larga lucha, supera ampliamente a la simplicidad, por más santa que ella sea, y ninguno de los necios que jamás haya entrado en el reino de los cielos se eleva a la altura del sabio que alcanza la corona de la bienaventuranza."

Tales pensamientos son necesarios para tener en claro, al menos, que según nuestros principios, nosotros nunca podemos combatir a una determinada comunidad religiosa; no es más que una calumnia, cuando alguien se presenta poniéndonos como enemigos frente a las corrientes religiosas. Y este hecho pone en evidencia que no se nos quiere entender. Esto, al menos, tenemos que saberlo; y nos debemos oponer a toda tendencia agresiva contra cualquier comunidad religiosa, de la misma manera que debemos abstenernos de cualquier tendencia agresiva hacia la ciencia natural, por cuanto de éstas surgirá

espontáneamente la manera en que habrán de encontrarse con la Ciencia Espiritual. No tenemos necesidad de combatir a ninguna comunidad religiosa. En verdad, de nosotros no pueden partir luchas, pues no está en ninguna naturaleza el atacar. Este nos es totalmente ajeno. Y es necesario comprender que es un axioma que cuando no tenemos paz, es porque al mal vecino no le place; pues no está en nuestra naturaleza el combatir. Hagan la prueba y que nos dejen en paz; verán que la paz se mantendrá. Por cierto, debemos estar penetrados por esta convicción. También pecamos en muchas ocasiones atacando tales o cuales dogmas u objetos de culto, a menudo, sin entenderlos. Debemos entenderlos; cuando lo hacemos adecuadamente, rige lo enunciado como nuestro principio. Así pues, quiero apelar a la comprensión de este principio de paz. Así como he tenido que exhortaros a ser pacientes en los tiempos actuales, debo también exhortaros a mantener la vigilancia para hacer lo necesario para preservar la posesión sagrada que nos ha sido confiada. Pues cada vez más y más tendremos que marchar por el mundo con una fuerza interior segura para poder pisar firme el suelo en el que nos quiere colocar la Ciencia Espiritual.

El Misterio del Gólgota y el principio del Cristo se relacionan íntimamente con la necesidad de ver lo espiritual en el mundo. Nunca bastará la mera observación, aún cuando sólo se quiera llegar a comprender la realidad histórica del Misterio del Gólgota. Este sólo puede ser comprendido espiritualmente. El que se quiera entregar a una ciencia todo lo recibe del exterior, el que se niega a dirigir su mirada a las nuevas revelaciones que siempre pueden afluir hacia nosotros frente al Misterio del Gólgota, no comprenderá lo que a mediados del siglo XIX, en 1838, fue cantado por otra personalidad acerca de lo eternamente cambiante pero que eternamente es V que obra a través de la humanidad terrestre desde el Misterio del Gólgota. Permítanme leer un pasaje que nos narra cómo aquello que no puede comprender el Misterio del Gólgota se enfrenta a este Misterio del Gólgota.

EL DESATIERRO
CANTO CUARTO

En las primaverales Pascuas, con tiernas palmeras,
toda Jerusalén se había preparado,
resonando el arpa en salmos jubilosos.

Una única casa, la última de la hilera,
-la puerta de Ahasver, el rencoroso-
quedó sin ornamento festivo, sin consagración.

Y miles y miles de extranjeros,
de cerca y de lejos, en peregrinajes llegaron
cual olas de mar, rugientes bajo el viento.

He ahí que llega el Hijo de Dios
para cumplir con lo último, con su sacrificio,
humildemente, en modesta cabalgadura.

Y todo el pueblo, alborozado, va a su encuentro,
extendiendo ante él las vestiduras,
esparciendo tiernas ramas por los caminos.

Sólo uno, irritado consigo mismo, colérico,
sólo Ahasver estaba quieto, reconcentrado,
un día sofocante, incubando secreta tormenta.

Escucha el Hosanna de miles de voces,
pero él maldice secretamente
y no habla, pues siente encono en su corazón.

Por fin callaron las hordas del pueblo judío.
Cayó la noche, una noche
llena de amargos sufrimientos, de ásperos suplicios.

Existen noches, ¡oh! tan misteriosas
en las que se siente que la naturaleza
quisiera veladas en dolorosa oración.

En ellas ningún ojo, ni piadoso ni impío,
puede cerrarse; no hay alma
que del sueño reparador gozar pueda.

En esta noche, el Hijo de Dios fue traicionado
expuesto a la maldad, a la ruindad del mundo,
abandonado a los crímenes del mundo.

En esta noche, Ahasver se estremece,
un escalofrío atraviesa sus huesos,
y comienza a hablar y a lamentarse:

"¿Cuándo un pueblo padeció tan atrozmente
como tú, Israel, desde un comienzo?
Con piedad te has hecho culpable."

"De ahí tan impotente, débil, cobarde y vano,
pues sirve a todos, cual bruto animal,
el que por Uno fue esclavizado."

Así hemos sido esclavos en todos los caminos,
en Egipto, en Babilonia;
¡así hemos servido a un Dios hasta el exceso!"

Y mientras el sol se hundía en las nieblas del lago,
se sumió Ahasver en sí mismo, en una pena sin fin,
infinitamente profunda;

pero así como por poderes subterráneos,
la Tierra, a veces, hasta el núcleo
es dividida en su rojo corazón latiente,

Así, de pronto vio en sí mismo,

la causa de los males ¡oh, dolor eterno!
y siguió diciendo, en profunda reflexión:

"¡La pobre Tierra! Pocas horas felices
tuvo en sus brazos a un Dios:
expulsado ha sido y Dios ha desaparecido."

"La Tierra, engañada por el Dios traidor,
crió fiel, con amor y lágrimas,
a su pobre hijo, honradamente."

"Su hijo, el hombre, al que gozosa alimenta,
¿por qué se empeña tras del orgulloso Dios?
Al bastardo le ha sido negado el camino hacia él"

"Por eso quiero arrojar de mí su recuerdo,
del pecho arrancar el impulso hacia él,
este pobre legado paterno."

"De la Tierra es el hombre
y en la Tierra de la Tierra vive,
para volver como su madre, a la Tierra."

Calló entonces. Pálida y doliente como la flor
que lleva la sagrada pasión,
florece el día hacia el gran Martirio;

Y todo el pueblo aglomerado
se dirige ruidoso al juzgado
donde en lo alto, junto a la columna, está el Salvador.

En su cabeza, la ensangrentada corona de espinas,
en un manto de púrpura envuelto, una caña en la mano
con real atavío, para burla y escarnio.

Y Ahasver escucha un griterío interminable:
"!A la Cruz! ¡A la Cruz el rey!"
y siente el grito de muerte renovarse.

Y con furor creciente oye gritar:
"!Ha seducido al pueblo! ¡Llevadlo!"
A la escalinata de su casa salió entonces.

El pueblo se acercaba como si con risas y befas
a la superficie de la Tierra brotara
la plebe diabólica, del último de los infiernos,

para golpear a muerte al Dios traicionado
que en medio de ellos vacilante caminaba
cargando, en su suplicio, con la propia Cruz.

Jubiloso, un grito de miles de voces resuena atroz:
"!Ha seducido al pueblo! ¡Llevadlo!
¡A la Cruz, el Rey a la Cruz de Israel!"
"!Muerte al Nazareno, a Dios y a todos!"
gritó Ahasver; se hizo un silencio de muerte,
y delante suyo, Cristo cayó bajo la Cruz.

Y al liberarlo los siervos de la Cruz,
Cristo implora a Ahasver:
"!En tu umbral déjame reposar!"

Mas éste, en son de burla, le replica:
"Tu Padre en los Cielos no te auxilia,
¿y tú te llamas el Unigénito de Dios?"

"Yo de mi umbral te arrojo
sea verdad tu palabra, o hayas mentido
¡que no haya descanso para ti en este lugar!"

"Que no haya paz, que no haya descanso para ti"
replicóle el Señor. "Vive eternamente,
sin descanso, tu vida aquí abajo!"

Apenas pronunciadas estas duras palabras del Señor,
el espanto apoderóse de Ahasver,
cayó sobre su rostro y quebróse su espíritu.

La terrible misteriosa nueva
pasa ahora ante Ahasver, ante mí!
¡Ha pasado la terrible hora del sacrificio!

CANTO QUINTO

Por cielos y tierra se escucha un amargo llanto;
el sol deja de brillar
cuando Cristo es elevado a la Cruz.

Y cuando en dolor mortal el Mediador exclama
"Se ha cumplido", y muere,
el corazón de la Tierra es atravesado por el filo de la espada.

Un lamento atroz resonó en la Naturaleza
penetrando hasta lo más profundo, inaudito,
tan desgarrador, inconmensurable, extraño

como si la lanza mortal le hubiera
atravesado el alma, ¡ay! como si
súbita y asesina, hubiera penetrado en su cálido pecho materno.

Y un temor, un estremecimiento invencible
y una gran oscuridad, pesada, impenetrable,
descendió a la Tierra en toda su extensión.

Y como un pajarillo en las garras del buitre
el suelo comenzó a temblar y a levantarse
movido por interior terror.

Todos los lazos se disolvieron,
vaciló interiormente el fundamento de la Tierra,
los muertos despertaron y resucitaron.

"¿ Entonces era Dios y tuvo que morir?",
dijo, quedo Ahasver. "¿y yo no podré
ganar la muerte en la Tierra?"

Y como por una escala peligrosamente vacilante
un poder enigmático lo impulsó
a través de los espantos, a seguir adelante,
hasta que errante, rodeado por los muros
de un gran ámbito vacila de corredor en corredor
como un sonámbulo bajo la influencia de un sueño.

No puede encontrar una salida
en esta gran tumba desierta
y va de aquí para allá.

No puede adivinar cómo llegó,
no puede recordar dónde está, errante y solitario,
en esa hora de espanto.

y tanteando las paredes,
con una mesa de pronto se topa,
en sus manos cae el cuchillo del sacrificio.

Exclama entonces casi con temor y angustia:
"¿Cómo he llegado a la casa de Jehová,
al templo de Salomón?"

"Si ha vivido en el Cristo acá abajo
si ha elegido la muerte bajo figura humana
entonces de buen grado al Dios muerto en paz dejaría”

Terrible enigma, ¡quién pudiera resolverlo!
en el Sagrario ha reinado,
-¿si me permitiera echarle una mirada?

Con corazón agitado
encontró los escalones que casi vivientes
también, como el suelo, se movían.

Pero cuando penosamente subía por ellos
la cortina del templo se rasgó de arriba a abajo,
con un trueno.

Y terrible, resplandeciente como un rayo
el Angel Micael con flamígera espada
apareció magnífico, allá arriba, en el lugar sagrado.

Sobre nubes de fuego descansaban sus pies
envuelto en llamas levantó su brazo
y entonces habló con voz de fuego: I

"¿A quién buscas aquí? El demonio ha sido juzgado,
el colérico demonio de tu pueblo;
¡al Hijo de Dios ha aniquilado su poder!”

"¡Jehová!" gritó Ahasver espantado.
El Angel dijo: "¡también él, un ídolo!
El Dios de la Verdad tiene que abatido".

"A él como a todos los ídolos de esta Tierra
para que todos los hombres sean un pueblo
y una en él la Creación entera!"

"!A la vida terrena has apostado!
¡que la suerte te depare lo que has deseado,
a esta vida encadenado quedas!"

"Que los tiempos pasen para ti sin dejar huella
que para ti impotentes pasen
¡lentos pasen como eternidad!"

Negada te sea la dulce paz de la muerte
negado el último consuelo del hombre, el sueño,
negado, desde ahora, todo descanso aquí abajo."

"Pero siempre abiertos están los brazos en clemencia
del Hijo de Dios en el Reino de los Cielos
para de cada ser apiadarse"

"Para que lo resuelvas, te devolverá así
el enigma de tu propio destino,
tres veces también el de la joven vida de tus hijos"

"Hasta que para salvación hayas tu camino encontrado
con ellos hacia el divino pecho paterno
desligándote así de la servidumbre de la Tierra."

"La primera vez podrás lograrlo

la segunda, implora el consejo de Dios,
la tercera, tienes que realizarlo."

"Si no, ¡pobre de ti! Hasta el Juicio Final
deberás vagar sobre la Tierra,
hasta el final de la Historia del Mundo."

y de pronto se apagaron las milagrosas llamas
y atroz, temible, obscura, la noche descendió
en desolado torbellino.

Nuevamente un ejemplo de esta naturaleza: un alma que se siente apremiada a enfrentarse con lo que ha surgido en el tiempo. Y ahora, después de haber hecho pasar ante nuestras almas estas imágenes, quiero recordarles lo que ya he dicho una vez desde este lugar: debemos modificar nuestra concepción si con nuestra mirada queremos introducirnos adecuadamente en el mundo espiritual. No debemos creer que podemos observarlo como al mundo sensible. Incluso debemos acostumbrarnos a otras formas de expresión. Los árboles, los ríos, las montañas, todo esto, lo vemos, lo percibimos cuando estamos en el mundo físico. Las entidades espirituales, en cambio, las vivenciamos de tal manera, que tenemos que decir: ellas nos ven, nos perciben a nosotros. Esto es necesario saberlo para lograr una verdadera comprensión del Misterio del Gólgota, porque éste solo puede ser adecuadamente comprendido en lo espiritual. Es de esta manera que queremos comprender el Misterio del Gólgota.

Deberán llegar los tiempos en que, por una verdadera comprensión de las palabras: "No yo, sino Cristo en mí", será posible elevarse adecuadamente, con el saber, a los mundos espirituales. En el año 1838 se publicó este poema épico "Ahasver", de Julio Mosen, y éste nos revela también que Mosen realmente pudo ser tocado por el trágico destino que sufrió, puesto que pudo escribir esta leyenda de este modo. La mayor parte del tiempo, casi toda su vida, tuvo que yacer en el lecho, pues su cuerpo físico estaba casi totalmente paralizado. De ahí que pudiera ascender a ideas más elevadas. En esto nos recuerda a aquel pecador del que hablé ayer, en la novela "Maha Guru", el cual, ya enloquecido, encuentra su arte: y nos recuerda a la mujer del conde del drama polaco, que asimismo tuvo que caer enferma para entrar en relación con el mundo espiritual. Hoyes tarea de la Ciencia Espiritual permitir, precisamente, que el hombre se eleve al mundo espiritual en un estado normal y de salud. Todos estos son signos de la seriedad y la dignidad con que hemos de concebir la misión del movimiento científico-espiritual. Hoy en día, si compendiamos en una palabra, en una sentencia lo que nos puede vivificar como fuerza, la sintetizaremos de la siguiente manera: el Misterio del Gólgota nos muestra que es necesaria una comprensión espiritual, que tenemos que buscar al Cristo como espíritu. Entonces también tenemos que decir: El Cristo nos ve, nos percibe.

Queremos grabar esto profundamente en nuestra memoria y tenerlo siempre presente; nuestra conciencia moral anímica-espiritual deberá poder ser contentada si sustentamos nuestros conocimientos científico-espirituales de tal manera que con buena conciencia podemos llevar en el alma estas palabras: el Cristo puede mirarnos cuando practicamos la Ciencia Espiritual. Esta es nuestra creencia, la que nos puede inspirar, así como los hombres fueron inspirados cierta vez por las palabras de Bernhard de Clairvaux: "Dios lo quiere", que llegó a ser una sentencia que se transformó en acción. Que aquí también sea

lo mismo, que podamos creer que entendemos adecuadamente al Cristo cuando vivimos bajo la impresión de la palabra: El Cristo nos conoce. Y si esto es correctamente entendido, yo no podría dar nada que fuera más esotérico para el alma que percibe nuestra Ciencia Espiritual bajo una luz adecuada y para el corazón que siente en el sentido correcto a la Ciencia Espiritual, que estas palabras: ¡El Cristo nos ve!

Viva así en nuestra alma la palabra: ¡El Cristo nos ve!, pues esto podemos creerlo si comprendemos adecuadamente la Ciencia Espiritual: ¡El Cristo nos ve!

XIII CONFERENCIA

7 de Noviembre de 1915

Como tenemos aún la posibilidad de reunimos hoy aquí para hablar, quiero tocar algunos puntos relacionados con lo que hemos considerado en el curso del tiempo. Ante todo quiero que dirijan la mirada al hecho de que la disposición de ánimo de la que hablé la última vez, de un cierto rechazo de los mundos espirituales, de los mundos espirituales verdaderamente concretos, es en realidad algo bastante generalizado en el actual mundo exterior; en cambio, sólo está presente en un pequeño grupo de hombres la disposición de ánimo de aproximarse a los mundos espirituales, para incorporar algo de ellos para el enriquecimiento y fortalecimiento de la vida. Esto podemos observarlo.

Sólo llegarán a entenderse estos hechos, si se tiene en claro que en la actualidad muchos hombres no conocen aún lo que habrá de difundirse cada vez más en el mundo: la trágica lucha por el conocimiento. La sensación de que se necesitan los conocimientos de los mundos espirituales, pero que éstos sólo pueden ser alcanzados en una entrega paciente del alma a los mundos espirituales: esta sensación, esta lucha interior con el conocimiento no podía darse todavía en los tiempos antiguos, en que los hombres recibían el conocimiento a través de la clarividencia atávica.

Precisamente, a partir de los hechos que he expuesto aquí en las últimas semanas, es que puede tomar forma en nuestro tiempo esta lucha por el conocimiento. De ahí que hoy en día, cuando se trata del conocimiento, de la aspiración por el conocimiento, los hombres tiendan en gran medida a engañarse a sí mismos. Por una parte quieren liberarse de toda fe en una autoridad, pero por la otra, se entregan, precisamente en nuestros días, a la más extrema fe en la autoridad. Pues si alguien trae algo encubierto por el manto del cientificismo -esto ya lo he tratado con frecuencia en conexión con otros temas- la fe en ello se generaliza. Los hombres se niegan a luchar para elevarse hacia algo que provenga realmente de un impulso cognoscitivo individual. Son en verdad, sin que se den cuenta de ello, demasiado cómodos, demasiado indolentes para accionar aquellas fuerzas del alma que obran cuando se lucha para conquistar el conocimiento. Y de ese modo, los hombres buscan tranquilizarse como con un narcótico anímico-espiritual, con lo que es reconocido de manera generalizada como autoridad científica. Quieren adoptar como un producto terminado lo que es reconocido de manera general, para no tener que poner en actividad el esfuerzo individual hacia el conocimiento. En el fondo, la rebelión contra la concepción científico-espiritual debe atribuirse esencialmente al hecho de que ella exige que cada alma ponga en actividad las fuerzas individuales para pensar y sentir. Pero los hombres no quieren esto. Quieren entregarse sin esfuerzo a un saber autoritario pre-determinado.

Es cierto que las almas que por su constitución están inmersas en la lucha de nuestra época -y cuando digo "nuestra época", me refiero, como lo he mostrado siempre en este contexto, a los tres o cuatro últimos siglos- esto es, aquellas almas inmersas de este modo en la lucha de estos siglos, presienten que necesitan sacar lo que yace en las profundidades del alma para llegar a los mundos espirituales, para enlazar- las propias almas con lo que teje y se agita espiritualmente en el mundo. En almas de esta naturaleza podemos estudiar cómo se sienten éstas inmersas en la lucha del tiempo.

La última vez hemos llamado la atención sobre estas almas. He mencionado importantes obras de la literatura en las que se ponía en evidencia la lucha del alma de esta naturaleza en medio de los impulsos de la época. Pero aquellas almas que quieren embotarse mediante un narcótico anímico-espiritual, se adecuan a la corriente de una determinada concepción del mundo en la que han nacido o se han educado, y viven en ella. Se trata, en nuestra época, de un gran número de almas que por su karma y por lo que de éste depende, se inclinan más por el materialismo. Reciben lo que el materialismo ha producido como concepción del mundo. Otras son almas orientadas hacia el espiritualismo, que adoptan lo que el espiritualismo o el idealismo han traído al mundo; se embotan con todo esto sin desarrollar la voluntad para librar aquella lucha que sobreviene al alma cuando verdaderamente quiere entrar en los mundos espirituales.

Hoy quiero tratar el ejemplo de un alma luchadora que pese a su significación modesta, ha vivido plenamente la lucha espiritual del siglo XIX. En aquella época en que la gran ola filosófica atravesaba los tiempos, este hombre del que quiero hablar, era aún joven. El participó de aquellos grandes pensamientos que los filósofos idealistas concibieron a comienzo del siglo XIX, los filósofos idealistas y de la Naturaleza que, como Fichte, Schelling y Hegel, creyeron poder introducirse en la esfera en que se develan los enigmas cósmicos mediante un intenso esfuerzo del pensar, del pensar individual. Este hombre participó de aquella ola filosófica que pretendía construir la totalidad del mundo partiendo de una cierta unilateralidad rígida del pensar. Más tarde participó de la transición hacia la época en que se creyó que nada se podía lograr con el pensar, que por este camino no se podía en absoluto llegar a develar de alguna manera los enigmas del universo. El se forma en aquella época en que se decía: el pensar es impotente, hay que dirigir la mirada al extenso campo de la experiencia sensible exterior; hay que medir, pesar y comparar entre sí las experiencias sensibles y derivarlas por medios exteriores. Hay que añadir que él tiene presente todavía a aquellos que aún creen en la fuerza del pensar, en tanto que en la segunda mitad del siglo XIX reinaba cierta desconfianza hacia el pensar y subsistía la idea de que el ser humano sólo debía creer en la observación exterior sensible. Posteriormente este hombre realizó descubrimientos de gran importancia en este ámbito exterior sensible, precisamente en una esfera que resulta muy esclarecedora desde el punto de vista de la teoría del conocimiento.

Pero, por haberse formado en una época de transición entre los tiempos orientados hacia el pensar y aquellos orientados a la observación sensible, se removieron en él las fuerzas interiores del alma que luchan con esta pregunta: ¿cómo puede el hombre relacionarse con la verdadera realidad, con lo verdadero en el cosmos? Es aquí donde le sobrevienen al alma humana momentos peculiares, momentos en que el alma humana se siente como ante un oscuro precipicio; y en ese momento se pregunta a sí misma: los intentos de crear pensamientos, todo lo que se desarrolla interiormente, ¿qué seguridad, qué criterio se tiene para saber que esto no ha sido extraído del alma, que no se trata de algo humano-

subjetivo, algo que eventualmente pierde toda su significación con la muerte, que en el fondo no llevaría a los engranajes del universo?

En otros momentos el alma se pregunta: ¿para qué intentar extraer algo del alma misma? Pues aquí no existe ninguna certeza. Cuando se lleva a cabo una investigación química o física, cuando se confía en el mundo físico exterior, se puede al menos sentir que se sigue el hilo de éste.

Estas disposiciones anímicas hay que tomarlas como tales: ellas hacen oscilar al alma entre la búsqueda y el rechazo a toda búsqueda. Cuando se considera un alma semejante, se trata por lo general de una de aquellas que poseen aspiraciones cognoscitivas legítimas y verdaderas, pero que en nuestra época se sitúan de una manera peculiar en el engranaje del mundo, allí donde este engranaje del mundo aspira al conocimiento; al contemplar a los hombres en torno suyo, esta alma fácilmente puede decirse a sí misma: ¡qué camino fácil el que toman los hombres cuando ponen su fe en esto o aquello como si fuese algo irrebatible! Basta solamente con abrir algo los ojos espirituales para ver cuán frágil es esta fe.

Así, por ejemplo, el alma que he mencionado podría encontrar que los hombres -también aquellos que cargan con la responsabilidad de ciertos asuntos en el mundo- ven surgir algún descubrimiento aparentemente importante, anunciado como algo grandioso, como algo estupendo; lo consideran importante, pero después de algunos años es nuevamente olvidado. Aquella alma se afligía sobre todo por lo que acontecía con los distintos medicamentos: un medicamento es descubierto aquí o allá; se anuncia que puede curar talo cual enfermedad.

Las personas que en la vida son indolentes consideran esto como algo grandioso; pero los que saben algo, saben también que tales cosas surgen y vuelven a desaparecer. Así, un alma de esta naturaleza encontró en los años treinta del siglo XIX, que un medicamento, la yodina, había hecho carrera. Pero esta persona no podía decirse sin más ni más que iba a participar de la batahola producida en torno a la yodina, pues conocía demasiado la ligereza con la que los hombres, en su indolencia, adquieren por lo general los conocimientos. Y allí estaba, era el año 1821 -la yodina había hecho carrera- y él escribe en la segunda edición de un pequeño folleto -aparecido en 1832-, que la Luna está formada por yodina y que debido a ello también se puede curar con la Luna.

"La primera edición de este folleto apareció en 1821, en la época en que la yodina comenzó a causar sensación como medicamento. En realidad se calculaba que el interés iba a ser temporal y, en parte, local; aún queda por verse hasta qué punto hay alguien que todavía pueda interesarse por él."

"La yodina es un medicamento de extraordinaria eficacia. Esto es natural. No ha pasado un año desde que comenzó a ser efectivo contra el bocio, y por consiguiente, por su novedad, no ha perdido nada aún de su primera fuerza. Pues encontramos que todo medicamento, cuando se lo comienza a usar, muestra efectos insuperables haciendo superfluos todos los remedios anteriormente utilizados contra esa misma enfermedad; pero tan pronto corno ha estado guardado durante un tiempo en la caja de medicamentos de la "Materia médica", se convierte en mercancía caduca y sin fuerza, como los niños en los que en los primeros años se observa una inteligencia notable, pero que en los años siguientes se convierten por lo común en tontos de remate. Hemos visto, años atrás, un ejemplo perfecto, en el caso de la

raíz de Ratanhia. ¿No amenazaba, acaso, en su arrogancia, con arrojar todos nuestros tónicos y astringentes de la caja del farmacéutico, y no avergonzó a la misma quina -que otras veces siempre sabía mantener el respeto que se le debía- por las curas maravillosas que de sí misma contaba? Ahora la Ratanhia quiere curarse a sí misma con Ratanhia puesto que -como le suele suceder a los médicos que se contagian de las enfermedades que suelen curar- sufre de una debilidad tan crónica que ha olvidado todas las jactancias, yendo a reunirse con Tormentille y Colombo, a las cuales antes pasaba por alto con gesto desdeñoso; y si antes no existía blenorrea o sangría que no temblara ante el mero nombre de Ratanhia, vemos ahora a estas enfermedades insolentes reírse en la cara de la gran maestra y mostrar una rebeldía de la que no había ni huella en el comienzo de su carrera, según todas las noticias. Es preciso, pues, según lo que antecede, decirles a los médicos, una y otra vez, que utilicen a la yodina con tanta frecuencia como sea posible, ahora que está en sus años juveniles, antes de que el marasmus senilis la vuelva inutilizable."

"Ahora, en efecto, apenas existe un bocio que la yodina no pueda curar total y absolutamente; y esto no es todo. Un remedio nuevo ataca primero al hombre en un punto débil; pero acomete como un cáncer; y así, la yodina ya ha atacado las escrófulas y las enfermedades del útero; y no cabe duda que desde allí se seguirá extendiendo; acontece con los remedios como con las gentes juiciosas: muchos años pueden pasar antes de que alguien piense en utilizarlas; apenas se sabe que están allí; pero en cuanto han probado su destreza en algo, se les endosa paulatinamente tantas funciones, honras y méritos -sean o no aptas para ello- que, porque no pueden cumplir con todo a la vez, ya no sirven para nada y sólo se alimentan de su viejo prestigio. Por cierto que la yodina no ha llegado a este punto; aun tiene que trabajar y moverse, antes de poder retirarse. Hay que apoyarla en esto; tanto más pronto se tendrá el placer de pasar a otro remedio. Sin embargo, es innecesario exhortarla para ello de manera especial, ya que en tiempos recientes se ha hecho todo lo posible para que un remedio recorra todas las enfermedades hasta que finalmente, cansado, desista; además, tenemos ahora la ventaja de que esto se produce doblemente más rápido que antes, pues mientras que un remedio es recetado para una mitad de las enfermedades por la alopatía, es utilizado al mismo tiempo para todas las enfermedades de naturaleza contraria por la homeopatía, de manera que no hay enfermedad que fácilmente se le escape. Así veremos seguramente, en un futuro próximo, que unos recomendarán la yodina para la obesidad porque adelgaza, y que los otros la recomendarán para la tisis, también porque adelgaza; y puesto que, por esta razón, la yodina es capaz de producir dos efectos contrarios, no sabrán decir de qué no es capaz en los cielos y en la tierra, por la mera razón de que adelgaza."

"Dicho sea de paso, me causaría un gran placer si la yodina atacara a la tisis. Hace ya demasiado tiempo que Herz indicó -en el Hufeland's Journal- al phelandrium aquatícum como síntoma de la tisis en el recetario de la cama del enfermo; ésta a veces puede ser reconocida por aquel síntoma, aún cuando los demás falten (en cuyo caso se realizan con éste curas especialmente felices); quiera el phelandríum aquatícum ceder su lugar a la yodina; y ésta, a cambio, le cederá gustosamente alguna otra enfermedad; seguramente es necesaria esta insinuación para posibilitar que algún médico la ponga en práctica."

"Claro está que estas propuestas y otras semejantes quedaran sólo *pía vota*, a menos que encontremos un camino para obtener la yodina en forma más abundante de lo que ha sido posible hasta ahora. Aunque en el caso de la homeopatía no subsiste la dificultad de cómo obtener una gran cantidad, sino una muy pequeña, de yodina, pues si a todos los

homeópatas les regalamos un grano, correrán desesperados como las hormigas en torno al Chimborazo, para llevárselo y dividirlo en porciones; pero los alópatas, menos fáciles de contentar, también quieren curar. En efecto; para éstos sería de desear que se descubriera una mina de yodina que proveyera la cantidad necesaria de quintales, requerida para el consumo anual. Ya no bastan todas las especies de fucus del océano para satisfacer la demanda de yodina, ahora, que no se extrae de la misma otra cosa que la tintura. Pero qué pasará cuando en poligamia con otros remedios genere toda una descendencia de pomadas, emplastes, pastillas y otros compuestos que no pueden faltar a un medicamento tan poderoso. En vista de que hasta ahora no hay huella de un filón de esta naturaleza, propongo lo siguiente, para que sea encontrado. En el futuro permítase trabajar en las minas únicamente a mineros que padecen de bocio y de escrófulas y a mujeres que padecen de desórdenes menstruales. Si acontece que desaparece un bocio o disminuye una glándula hinchada, o que en una mujer se presenta nuevamente la menstruación: se tiene eo ípso la prueba de que la mina contiene yodina, y por contener yodina, se pueden utilizar las tierras que de ella se extraen, en combinaciones adecuadas, para combatir dichas enfermedades. Pues de manera similar se descubrió también la eficacia de la pirolusita contra la sarna, con la única diferencia de que aquí invierto el final, esperando no obstante no haber faltado a las reglas de la lógica."

"Ahora bien, preparo el camino hacia el objetivo principal de este pequeño libro, echando luz brevemente, sobre métodos comunes por medio de los cuales se solía hasta ahora, explorar y probar la presencia de yodina, y mostrando a la vez en qué medida estos métodos daban resultados útiles, y en qué medida no lo daban."

"Un farmacéutico, Courtois, descubrió por primera vez la yodina en la ceniza del tang, un vegetal de mar. Inmediatamente se comenzó a sospechar que todos los habitantes marinos ocultan este medicamento; de inmediato se practicó el más estricto registro domiciliario a través de todo el mar; los españoles sedientos de oro no podrían haberle jugado una peor mala pasada de la que nosotros le jugamos a las criaturas marinas: pues no hubo tortura, prueba de agua o de fuego que se dejase sin probar en nuestros laboratorios químicos para sacarles la confesión a los pobres productos marinos, de que mantenían oculta a la yodina; y por tal prueba se consideró en general un vapor rojo que se solía obtener de ellos mediante el ácido sulfúrico en ebullición. Este vapor rojo era suficiente para condenar a todos los individuos de la especie a la hoguera -como son suficientes los ojos rojos de la hechicera-; y con implacable severidad se los sacaba de sus escondrijos para obtener la yodina de sus cenizas. Este es todavía el método común de buscar y producir la yodina, y todo producto marino que se sabe libre de esta peligrosa mercancía puede dar gracias a Dios. Por cierto que bien pronto se advirtió que por este camino sólo se obtiene una cosecha escasa, y lleno de disgusto por el hecho de que es tan poco lo que se puede obtener de los hijos del océano, se echó mano al viejo océano mismo; se lo echó en un alambique (en efecto, se investigó el agua de mar en búsqueda de yodina) y se intentó forzarlo a declarar sus riquezas sometiéndolo al calor y a la ebullición; pero hasta ahora soportó los tormentos imperturbable."

"¿Qué hacer ahora? Los médicos necesitaban yodina, y los farmacéuticos no la producían. Así pues, incurrieron en una modalidad mucho más ingeniosa de la hasta entonces utilizada para investigar la presencia de yodina, y tuvieron la suerte de encontrar a ésta en substancias en las que el químico, con sus reacciones, no había podido encontrar ni huella de la misma. ¿y cómo procedieron? Pues bien, despidieron a la química y convirtieron a la lógica en peón. Esta tiró todas las retortas y los alambiques por la ventana, y se sentó al

fuelle, hizo arder silogismos y sorites y he aquí que en breve se estuvo en posesión, a partir de toda suerte de substancias, de unos bellos granos marrones de yodina, que mejores no se hubieran podido desear..."

"Puesto que, como base de nuestras investigaciones, hemos establecido el principio de que toda substancia que cura el bocio contiene yodina, enumeraremos los remedios que en grado sumo poseen esta facultad; son los siguientes: la esponja tostada, de la que ya se habló más arriba, *extractum cicutae, digitalis, antimonium crudum, mercurius dulcis,* cáscaras de huevo tostadas, piel de Rusia y paños. No hay duda de que todos estos remedios contienen realmente yodina y sería fácil probar que ello es así con nuestros métodos de fraccionamiento; e incluso el escalpelo que lleva a cabo la extirpación del bocio no puede efectuar esto sino por su contenido de yodina; pero es de temer que en nuestra época, en la que el bocio tiende a acrecentarse, todos estos remedios ya no alcancen y para prevenir esta escasez, he reflexionado si no se podría descubrir otro cuerpo que contuviera yodina en abundancia; y he aquí que llegué a un descubrimiento maravilloso: con el que no hubieran soñado nunca ni el médico, ni el químico o el físico y que, puedo decirlo con orgullo, figurará como brillante meteoro en los anales de la ciencia. ¡Escuchad y maravilláos!. La Luna, sí, la Luna, no es otra cosa que una gran masa compacta de yodina. Como auténtico producto de mar, nada en el azul océano celestial para desalojar los bocios de esta tierra -como lo sabe cualquier vieja-; certifica con ello, de manera maravillosa, que nada ha sido colocado en su lugar si no es con un cierto fin. Se podría, por cierto, preguntar: ¿para qué están las pequeñas manchas de yodina, las estrellas? Pues bien, seguramente para curar las verrugas, cuya extirpación, como pequeños bocios de las manos y del rostro, se atribuiría de otro modo, falsamente, a la Luna. Qué rica fuente de yodina se nos abrió de pronto con esta perspectiva, cómo coinciden con ella todos los fenómenos lunares, y a qué brillantes resultados nos habrá de llevar, de modo que puedo afirmar que todo este siglo no puede exhibir un descubrimiento más importante para la ciencia y con mayores consecuencias."

"Por otra parte, no necesitaría mayores pruebas de la yodina de la Luna, pues si se la somete a la prueba de nuestro principio, arriba mencionada, la Luna la resiste; pero quiero mostrar al mundo que no necesito temer que se le eche mayor luz a mi hallazgo, y quiero a la vez llamar la atención sobre las importantes consecuencias que de ello se derivan."

"Sólo ahora estamos en condiciones de explicar de manera suficiente el periódico decrecimiento de la Luna: puesto que hemos encontrado que la Luna solamente cura el bocio cuando está en el período menguante, se infiere de ello, no muy naturalmente, que es precisamente este gran consumo para los enfermos de bocio lo que provoca la pérdida de sustancia lunar; ésta se reproduce nuevamente todos los meses de manera aún desconocida para nosotros y que no podemos explicar, como tampoco podemos explicar porqué al cangrejo le vuelven a crecer las tijeras."

"Nuestro punto de vista otorga también una mayor probabilidad a la ya antigua opinión de que la Luna sería un excremento y quasi sputum de la Tierra, que ésta habría vomitado después de un empacho. Esto explica al menos de manera suficiente por qué se encuentra tan poca yodina en la Tierra, pues cuando se vomita mucha bilis, el estómago queda limpio."

"Además, se aclara finalmente el origen de las denominadas piedras lunares. Con frecuencia se las consideraba hasta ahora como una especie de desertores y tránsfugas que

habían pasado de la Luna a la Tierra. Pero si realmente se hubieran originado del cuerpo de la Luna, necesariamente tendrían que contener yodina, o tendrían que estar formadas en su totalidad por yodina. Pero puesto que esto no ha sido probado por los defensores de su origen lunar, me parece más probable una de las dos siguientes opiniones: o bien deben ser consideradas como una especie de concrementos gotosos que se generan en la. atmósfera, que es el líquido articular entre dos cuerpos celestes, de los que se suele decir que son los huesos del universo; o bien son una especie de coágulo del éter similar al queso, el que cuaja como la leche por medio de procesos eléctricos y de galvanización..."

"Pero si el brillo de la Luna no es una verdadera luz, ¿qué es entonces? Pues no es naturalmente otra cosa que una emancipación de yodina. ¿Pero su aspecto es amarillento? Pues a esto respondo que ello proviene solamente del hecho de la diferente potenciación sufrida por la yodina, y espero haber dado a los filósofos de la naturaleza una respuesta clara y comprensible; y puesto que sólo escribo para personas inteligentes, todo filósofo de la naturaleza sabrá de inmediato que me doy por satisfecho si él me ha entendido. Por otra parte, esto explica también porqué el brillo de la Luna genera frío, pues éste se presenta siempre que una sustancia se volatiliza, y también en el caso de la volatilización de la yodina."

"Después de todo esto, mi consejo sería que un químico recogiera la luz de la Luna en una palangana y la sometiera a un análisis químico..."

"A la característica de la Luna como bola de yodina, sólo agrego esto: el cutis amarillento de la Luna proviene ciertamente de la cualidad de la yodina de teñir la piel de amarillo, cualidad que ella ha probado primero en la propia piel; y el tinte rojizo del cielo que se produce al anochecer y al amanecer se explica convenientemente por el hecho de que la Luna probablemente transpire más al anochecer y al amanecer que en otras horas del día; lo que acaso provenga del estado febril de la misma, ya que frecuentemente decrece en esas ocasiones de manera ostensiva; y resulta un hecho conocido que la yodina transpira un bello color rojo o violeta."

"Con estas dos últimas explicaciones espero haberme reconciliado con aquellos químicos que en determinadas ocasiones no hayan estado del todo satisfechos con lo expuesto por mí en el transcurso de este escrito; pues los razonamientos sobre los que descansan las pruebas se basan en puros hechos y desdeñan toda especulación."

"Con esto me despido de todos en paz, deseando, por último, a la yodina una juventud más prolongada de la pronosticada en mis análisis."

Se trata de algo que aparentemente toda persona ilustrada llamaría, con razón, un absurdo. Pero esto no es obstáculo para que esa persona esclarecida cometa un error semejante una vez por hora. Sólo que no presta atención a ello cuando se trata de algo que está contenido en los objetos de su fe. El hombre que ha escrito esto en el año 1821 -en ese entonces se llamaba doctor Mises- es el mismo que en la literatura científica se conoce con el nombre de profesor Gustavo Teodoro Fechner; es el mismo que en los años cincuenta intentó fundamentar una estética desde abajo hacia arriba sobre la base de experimentos sensoriamente perceptibles y no de arriba hacia abajo, esto es, a partir del material anímico de pensamientos y sentimientos. Fue un hombre -y esto realmente puede decirse- que sufrió todos los tormentos de la lucha por el conocimiento del siglo XIX. Se trata de la misma persona que sostuvo una controversia con el botánico Schleiden en torno

a la influencia de la Luna sobre distintos fenómenos de la tierra. Les he relatado cómo, por intervención de la señora Schleiden y de la señora Fechmar, se decidió luego quién de ambos tenía razón. Se trata también de la misma persona que intentó, en una dura lucha, ganar una especie de concepción del mundo idealista y espiritualista. Se pueden ver estos intentos en la exposición sobre Gustavo Teodoro Fechner en mis "Enigmas de la Filosofía".

Quisiéramos decir: en un alma como ésta se percibe la realidad que el hombre puede sentir como aquello en que vive con su aspiración al conocimiento, cuando toma a esta aspiración con toda seriedad. Pero sólo la Ciencia Espiritual nos puede aclarar toda la seriedad y la significación del caso. Si un hombre como Gustavo Teodoro Fechner se expresa como lo ha hecho en su pequeño opúsculo, "Demostración de que la Luna está compuesta por yodina", entonces quiere mostrar cuán superficial es el pensamiento del ser humano, y cuán fácilmente ni siquiera toca la realidad, queda lejos de ella. Lo que ocurre es que el ser humano no siente toda la seriedad, toda la significación y todo el peso de la evolución humana. Es por eso que, con respecto a la naturaleza humana, la Ciencia Espiritual quiere ampliar el horizonte que abarcamos con nuestra mirada, más de lo que puede hacerlo la ciencia actualmente reconocida. Nos quiere remitir a épocas muy antiguas de la evolución de la humanidad, a la época de la Atlántida, por ejemplo; nos quiere mostrar cómo era el hombre en la Atlántida, y nos quiere indicar el proceso de transformación en el que este hombre está involucrado en su evolución.

Que quede esto claro cuando dejemos pasar ante nuestras almas lo que hemos aprendido acerca de la vieja Atlántida: ¿qué acontece si echamos una mirada a lo que hoy vive en torno nuestro como mundo animal, como mundo humano? ¡Todo esto era muy distinto en los tiempos de la vieja Atlántida! Recordemos lo que sabemos al respecto. Sabemos que recién durante la antigua Atlántida los hombres bajaron del viaje que habían emprendido por el mundo de las estrellas. Eligieron los cuerpos humanos formados del material, de la sustancia de lo terrenal. Y sabemos por la descripción que se ha dado, cuán diferentes eran estos cuerpos humanos en la época de la Atlántida. Una y otra vez he llamado la atención sobre este hecho -y lo pueden leer en mis escritos- de que el cuerpo humano era en aquellos tiempos, blando, dúctil, plástico, de tal manera que las almas que bajaban de los mundos celestes podían aún darle forma.

Supongamos que una mujer, o para ser imparciales, un hombre, monta en cólera hoy en día, se enoja verdaderamente y arremete contra otra persona con malos pensamientos. Esto no se expresa mucho en la transformación del rostro, se expresa algo, pero no mucho. Los hombres pueden enojarse bastante hoy en día, pero ello no se expresa con demasiada fuerza en sus fisonomías. Otra cosa acontecía antes, en la antigua época de la Atlántida. En aquel entonces, el rostro del hombre, cuando abrigaba un propósito malvado, se transformaba totalmente, expresaba por completo su interior, de tal suerte que no hubiera sido incorrecto en ese entonces decir: tiene el aspecto de un gato. Realmente, el ser humano, cuando mostraba falsedad, tenía entonces el aspecto de un gato o el de una hiena. En aquella época el aspecto exterior del ser humano expresaba aún, totalmente, su interioridad. En aquel entonces, éste tenía una gran capacidad de transformación.

Esta capacidad de transformarse era ya menor en los animales, pero también existía en ellos; sus cuerpos físicos estaban mucho más solidificados que el de los seres humanos y la transformación se producía de manera paulatina. Los animales, en particular, se transformaban de manera genérica, no heredaban las cualidades de manera estereotipada, como lo hacen en la actualidad. De este modo, desde la época atlante, todo se ha ido

solidificando cada vez más en el cuerpo humano físico, se ha ido moldeando en formas consistentes. Cierto es que el ser humano tiene aún, en la actualidad, la posibilidad de mover su mano, y también la de desarrollar un cierto juego de gestos en el rostro; pero en cierto sentido, la forma de su cuerpo se ha fijado. Y las formas animales se han solidificado totalmente, de ahí la rigidez fisonómica que nos muestran. Esto no acontecía así con los animales, en estas proporciones, en la antigua época atlante.

Podemos decir, en general, si queremos caracterizar al ser humano: en la actualidad su cuerpo físico, muestra una gran rigidez y su cuerpo etérico es aún ligeramente móvil. Es por eso que el cuerpo etérico se forma de acuerdo a lo que el ser humano es internamente. Así, por ejemplo, cuando alguien se enoja, tiene sentido e incluso una cierta realidad, decir que su rostro adquiere exteriormente una forma algo parecida a la de la hiena, pero que su cuerpo etérico se hace aún más parecido. El cuerpo etérico puede metamorfosearse, todavía tiene algo que hace posible que se transforme. Pero está igualmente en camino hacia la rigidez, como el cuerpo físico. Así como el cuerpo físico ha adquirido formas fijas desde la época atlante hasta nuestro quinto período post-atlante, así también el cuerpo etérico adquirirá formas más fijas desde el quinto al sexto período post-atlante, y la consecuencia será -he aludido a esto en distintas conferencias- que este cuerpo etérico, que con sus formas se introduce nuevamente en el cuerpo físico, tendrá una gran influencia. Nosotros estamos en el quinto período de la primera época post-atlante, luego le sigue el sexto y el séptimo período; en el sexto y en el séptimo período el cuerpo etérico tendrá, con su rigidez, una gran influencia sobre el cuerpo físico; convertirá a éste en su fiel imagen.

Esto trae aparejado importantes consecuencias. Trae aparejado que en este sexto período de nuestra evolución terrestre post-atlante los seres humanos nacerán con cuerpos bien determinados, que expresarán sus cualidades morales internas. Uno se encontrará con los hombres y por su aspecto se sabrá: moralmente tienen tales o cuales cualidades. Se revelará entonces con especial fuerza la fisonomía moral, en tanto que pasará a un segundo plano lo que ahora más bien constituye la fisonomía. En la actualidad el ser humano está determinado en alto grado, en su fisonomía, por la herencia; se asemeja a sus padres, a sus antepasados, a su pueblo, etc. En la sexta época esto ya no tendrá significación alguna. El ser humano tomará el carácter de su fisonomía de la sucesión de encarnaciones. Los seres humanos serán muy distintos, pero poseerán un carácter muy marcado. Se sabrá con certeza: ahora estás ante un hombre de buena voluntad o ante uno de mala voluntad. Del mismo modo que hoy se sabe: tienes ante ti a un italiano o a un francés. Es decir, cada vez más lo moral se expresará en el rostro.

En este sexto período se modificará también, de múltiples maneras, la fisonomía exterior del entorno. Desaparecerán, sobre todo, aquellos animales que en la actualidad los seres humanos eligen como alimento. Los seres humanos cantarán entonces grandes loas a la dieta sin carne, pues quedará como un viejo recuerdo el que en tiempos antiguos los padres hasta comieran carne. No morirán todos los animales, sino solamente ciertas especies; en especial habrán desaparecido de la tierra aquellos animales que han adoptado las formas más rígidas. También la fisonomía exterior de la tierra se habrá modificado en cierta medida.

Este estar inmerso en una fisonomía moral tan rígida, que sobrevendrá más tarde, será para el hombre un hado, un verdadero hado, como un destino, un destino que se le imprimirá a todo su ser. No podrá entonces encontrar en sí mismo la posibilidad de

emprender algo contra este hado, contra este destino. ¡Imaginen esta tragedia! En efecto, el ser humano tendrá que decirse entonces: en el quinto período post-atlante existían ciertos materialistas que creían que si los lóbulos occipitales no se extendían exactamente hasta el cerebelo, los hombres necesariamente tenían que convertirse en criminales. Para estos hombres esto constituía en aquel entonces una teoría, pero ahora se ha convertido en realidad: ahora, aquello de lo cual se decía que no podía ser conformado, es el cuerpo etérico, ha adquirido una forma rígida. Verdaderamente, vamos al encuentro de la tendencia de convertir en realidad las teorías de la concepción materialista del mundo. No son aún una realidad, pero vamos al encuentro de la tendencia. Nos encontramos en un punto peculiar de los secretos de la concepción del mundo. Aquellos que se resisten en modo absoluto a ser profetas, son los verdaderos profetas, son los que hoy nos dicen: se es un criminal porque los lóbulos occipitales no cubren el cerebelo. Estos probarán ser anunciadores de una verdad. ¡Esto acontecerá! Los materialistas de hoy son los peores profetas, por más que no quieran serio. Hoy existe aún la posibilidad de que pueda ser paralizada por un contrapeso -por medio de la educación- una formación tan peculiar del cuerpo físico, como lo es un lóbulo occipital demasiado corto; en el sexto período de la época post atlante esto ya no podrá suceder, los cuerpos etéricos ya no podrán ser transformados. Se necesitarán medios más poderosos, medios totalmente distintos para prevenir esto.

De no prevenirse esto, sobrevendrá el estado descrito por los materialistas, el que entonces se convertirá en una realidad: sobrevendrá el estado que de manera tan dolorosa es narrado en los versos de María Eugenia delle Grazie, que hoy hemos leído. Estos versos pueden aplicarse a una época ya presentida, que sobrevendrá realmente en el sexto período post-atlante. En estos versos fácilmente se puede percibir que ésta es un alma que se siente sumergida en la nada por aquello que como conocimiento actual se puede obtener. Ella quiere avanzar, pero no tiene aún el antídoto y entonces le viene una imagen de lo que sobrevendrá si el materialismo continúa como tal en los próximos tiempos. y los hombres no podrán preocuparse de otra cosa en la sexta época post-atlante, más que por aquello que encontramos expresado por delle Grazie, si no se crean los antídotos para hacer frente a la dirección evolutiva que toma el hombre con las fuerzas que él posee.

Todos los sistemas religiosos del mundo hasta ahora existentes, no podrían impedir que el ser humano, en la sexta época post-atlante, sea sometido a un hado atroz, al destino de que en su rostro, en toda su fisonomía corporal, se expresen sus cualidades morales -contra esto nada podría hacer el hombre si todo queda tal como la concepción del mundo actualmente en vigencia lo pide-.

Estas son reflexiones serias, enormemente serias. Existiría un buen recurso para transformar en realidad los sueños de los materialistas; este recurso consistiría en que salieran victoriosas -con respecto a la concepción del mundo- aquellas personas que dicen: allí está la Ciencia Espiritual; ella sueña que la humanidad habrá de ver, en el futuro, figuras etéricas, primero al Cristo en forma etérica y luego otras figuras etéricas. ¡Este es el sueño de la Ciencia Espiritual! Pero, los que afirman cosas semejantes son dementes y debemos encerrarlos en el manicomio. Las personas sensatas son las que consideran que éstas son algo así como alucinaciones. Si triunfara esta concepción del mundo, vendría lo que he narrado. Pero esta concepción del mundo no debe triunfar, ésta debe ser nuestra inquebrantable convicción. Tenemos que saber esto: para que nuestros cuerpos etéricos sean vigorosos y puedan corregir los errores de nuestro cuerpo físico, el vigor deberá provenir de que los seres humanos aprendan a tomar seriamente y como verdad, lo que,

procedente del mundo etérico, haya de salirles al encuentro. Ello obrará de manera cada vez más sanadora frente al futuro. Es para esto que debemos, ante todo, incorporar la Ciencia Espiritual, para prepararnos a ver, cuando se acerque, la figura etérica del Cristo; para tomarla con la debida seriedad.

Podemos trazar una gran línea divisoria en la evolución de la humanidad. Antes, lo etérico obraba en el ser humano y conformaba aún lo físico; pero vendrá una época en que lo físico y lo etérico estarán fijados. El ser humano tendrá que acostumbrarse a ver lo etérico afuera, en toda suerte de formas y figuras, y nos tendremos que dejar guiar por lo etérico así como nos salen al encuentro las percepciones sensibles. Vamos al encuentro de una época en la que hallaremos por lo pronto al Cristo, el que cada vez más traerá aparejado lo etérico. Lo etérico tendrá entonces la fuerza de hacer de nosotros seres humanos individuales.

Muchos son los secretos que yacen detrás del nacimiento de los mundos y estos secretos son estremecedores. Antaño vivió Homero. Léase con el entendimiento lo que he señalado en los diversos ciclos así como en el pequeño libro, "La conducción espiritual del hombre y de la humanidad", y tendrán que preguntarse: ¿cómo se convirtió Hornero en Homero? Se convirtió en Homero porque un espíritu superior lo conducía. Hornero sabía esto. Es por eso que sus poemas no comienzan con las palabras: yo canto; sino que comienzan con las palabras: "Canta, oh Musa ...". Esto debe ser tomado con toda seriedad. El sabía que un espíritu superior lo inspiraba. Sólo nuestra actual época las toma como frase las palabras de Goethe:

"Con la antigua armonía el sol resuena
entre el canto fraterno y a porfía
de las esferas; y anda, como un trueno,
hasta el final de la prescrita senda."

"Die Sonne tont nach alter Weise,
in Bruderspharen Wettgesang,
und ihre vorgeschrieb'ne Reise
vollendet sie mit Donnergang"

Si Hornero vuelve a encarnarse, se encarnará el "hombre", pero no el espíritu que en aquel entonces lo guiaba; este espíritu que inspiraba a Hornero será encontrado en lo etérico; o el espíritu que inspiró a Sócrates, a Platón, en la medida en que ellos fueron inspirados. Debemos comenzar a comprender el mundo espiritual a través de la Ciencia Espiritual. Lo demás vendrá por sí solo. Pero si no comenzamos con la Ciencia Espiritual, iremos al encuentro de una época que impondrá a la humanidad un terrible destino.

La concepción materialista del mundo no es necesariamente verdadera, pero contiene una verdad intrínseca. De esta verdad intrínseca se puede decir lo siguiente: lo que la concepción materialista del mundo expone acerca de los hombres se tornaría realidad si esa concepción triunfara. y está en manos de los hombres el no permitir que el materialismo triunfe, gracias a otra concepción del mundo. La cuestión no es tan simple: no se puede decir que la concepción materialista del mundo es falsa; sino que la situación es ésta: está en manos de los hombres vencerla, no mediante los débiles pensamientos de la refutación, sino mediante la acción. Y cuanto más personas se encuentren que abran sus

ojos a lo espiritual, tanto más serán las que comprendan que se puede impedir que el materialismo cobre realidad, que la posibilidad del materialismo sea refrenada.

Ahora el hombre está allí y presiente esto o aquello, es acaso un poeta, un artista que dice: ¡siento en mí a mi genio! Ciertamente, esto seguirá siendo así por un tiempo. Pero esta disposición de ánimo habrá de desaparecer, de desaparecer totalmente. Pues sobrevendrá aquella disposición que hará decir a los hombres: en una determinada hora se me apareció un ser etérico que me comunicó esto o aquello. ¡Yo soy el instrumento a través del cual este ser espiritual obra en el mundo! El mundo espiritual tiene que hacerse, cada vez más, realidad consciente.

Ciertamente, el mundo espiritual está allí, pero los hombres pueden apartarse de él. Y la concepción materialista del mundo puede ser denominada la gran conspiración contra el espíritu. Esta concepción materialista del mundo no es sólo errónea, es una conspiración, una conspiración contra el espíritu.

Espero que esto pueda prender en vuestras almas para que ellas trabajen con estos pensamientos -pese a los pocos y aislados trazos que he podido insinuar-. Son precisamente los adeptos de la concepción científico-espiritual del mundo los que deben conocer los impulsos de la evolución del mundo, en los cuales vive la humanidad. Y realmente es posible que aún vengan muchos hombres y digan: esto no es así, esto no es crístico, lo crístico es otra cosa, etc. Cuando vengan estos hombres, nosotros podremos presentir principios eternos en nuestra vida meditativa si con profundidad, seriedad y dignidad hemos comprendido, a partir de la Ciencia Espiritual, lo que mueve al mundo. Que los hombres digan que somos ilusos u otra cosa semejante; nosotros sabemos acerca de la evolución de la humanidad y del mundo. Y Aquel que por ellos pasó por el Misterio del Gólgota también percibe lo que se revela en nuestras almas como expresión de la evolución del universo. "Cristo nos ve", a esto debemos atenernos.